

# Josefina Aldecoa

LA CASA GRIS



Lectulandia

Corre el año 1950. Teresa, una española que acaba de concluir su carrera, llega a Gray House una residencia londinense para licenciadas universitarias. A cambio de ayudar en la cocina, Teresa tendrá alojamiento gratuito y la posibilidad de perfeccionar su inglés y de conocer a un grupo de mujeres de distintas clases sociales y nacionalidades que le darán una visión más rica y profunda del mundo que le rodea.

«Cincuenta y dos años después, me resulta difícil creer que un viaje a Londres pudiese significar tanto para mí y para los que me rodeaban. Hoy no podría imaginar un viaje que sorprendiese más», escribe Josefina Aldecoa en su libro de memorias *En la distancia* (2004), donde la escritora recoge el episodio de su vida que dará pie a esta novela, *La Casa Gris*, y que no es otro que el largo verano de 1950 vivido en Crosby Hall, una famosa residencia de mujeres universitarias postgraduadas y profesionales de distintas especialidades, fundada en 1927 y situada en el aristocrático y muy literario barrio de Chelsea. En aquella histórica mansión, Josefina Aldecoa trabajó de mayo a octubre, sustituyendo al personal de la residencia en tareas no cualificadas, como ayudar en los turnos de comedor, de cocina o de habitaciones, durante las vacaciones veraniegas de las empleadas fijas. Para la joven española, aquél fue un viaje a la libertad y a la cultura, y un viaje a una ciudad soñada desde la adolescencia.

Escrita cuando la autora tenía 24 años (1950) el caso es que el manuscrito fue a parar a un cajón hasta que su hija lo encontró en un trastero y se publicó en 2005.

**Lectulandia**

Josefina Aldecoa

# **La casa gris**

**ePub r1.0**

**liete** 27.08.14

Título original: *La casa gris*  
Josefina Aldecoa, 2005

Editor digital: liete  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**JUNIO 1950**

# 1. La llegada

---

TERESA

El jardín tiene un paseo largo. El paseo es blanco, de losas grandes y lisas, recién lavadas. A la derecha, hay una carretilla. A la izquierda, sólo césped.

La Casa, agobiante y oscurecida por el tiempo, el humo y las lluvias, se me viene encima al avanzar por el paseo. La puerta es negra, de madera muy gruesa. Tiene un llamador antiguo de posada o convento, que evidentemente no se usa, porque bajo el llamador hay un timbre negro, rodeado de un brillante cerco dorado.

—No me espera nadie. He llegado demasiado pronto. ¿Puedo ver a *Miss Dudley*?

Las maletas pesan mucho, tiran de mis hombros. Tengo las manos rojas y doloridas. A lo largo del viaje, mover estas maletas ha sido mi gran pesadilla.

La puerta de la Casa se cierra tras de mí. Una nueva puerta se abre. En la biblioteca hay una blanda penumbra de cortinas, alfombras y divanes. Los libros, adormecidos en los estantes, llenan de silencio la habitación. Sobre la chimenea un cuadro grande, de tonos verdes y grises, extiende un torbellino de agua y niebla a su alrededor. Es un puente sobre el Támesis. Mejor dicho, una extraña perspectiva del río desde un pilar del puente.

Son las siete y media de la tarde y seguramente nadie viene a la biblioteca a estas horas. Sobre las mesas pequeñas y redondas de los rincones, las revistas y los periódicos del día se entremezclan en desorden.

El silencio, los sillones oscuros, profundos y tentadores para mi cansancio, la tumultuosa bruma de la pintura sobre la chimenea, todo llega hasta mí, me envuelve y me adormece en estos lentos minutos de espera. El sillón más cercano me atrae y me hundo en él con las manos en los bolsillos de la gabardina. Dejo caer la cabeza hacia atrás. Ya estoy aquí.

Y ahora... la puerta se abre con suavidad. Me levanto, la mujer que ha entrado sonríe y me tiende la mano. Tiene los ojos y el pelo grises, es delgada y viste un traje de lana marrón.

—¿*Miss Dudley*?

—¿Teresa? —pregunta ella a su vez.

Concentro en el inglés todas mis fuerzas.

—He venido antes de lo que pensaba. Afortunadamente todo se arregló bien, al final.

—Me alegro mucho, porque estábamos necesitando su ayuda. ¿Quiere venir conmigo?

Las dos maletas y el bolso esperan mi último esfuerzo. *Miss Dudley* se empeña en coger una. El ascensor alivia mis manos. Cuarto piso.

### MISS DUDLEY

Al bajar las escaleras, Lucila va pensando en la cena. Ha sido un día agotador de caras nuevas, problemas de alojamiento, sonrisas a todo el mundo. Al llegar al segundo piso, Lucila se asoma a la ventana del descansillo.

«Es preferible bajar andando —piensa por millonésima vez—. Subiendo y bajando en ascensor se pierde este minuto mágico ante la ventana abierta».

Del río viene un aire fresco, con una olorosa mezcla de humo y árboles mojados. Desde la ventana, abierta en la fachada principal de la Casa, se ve el puente. Lucila se ajusta las gafas montadas al aire y se apoya un momento en el alféizar de ladrillo.

Después de diez años de vida rutinaria en la Casa, Lucila sigue encontrando nueva e inesperada la ventana del segundo piso. El pelo gris, escaso y corto, rizado sin gracia en las puntas, se le alborota levemente.

Pasa un remolcador con grandes números rojos en los costados. Lucila Dudley no sabe bien por qué se asoma a esta ventana, por qué siempre se detiene aquí un minuto. No puede decirse que piense en nada determinado. No es que ella recuerde o añore algo ante el río. El pasado de *Miss Dudley* es una nube vaga en la que aparecen a veces rostros neblinosos y muy lejanos. No hay nada hiriente en la nube de los recuerdos. *Miss Dudley* siente por el paisaje que enmarca la ventana una atracción puramente física, una necesidad de mirar y respirar. Es algo parecido a lo que le sucede con el césped cuando trabaja en el jardín: un tremendo deseo de absorber su frescor, de acercar la cara a la hierba para olerla y tocarla.

Distraídamente, *Miss Dudley* deja la ventana y sigue bajando las escaleras. Las sandalias chancletean en la madera. En la planta baja hacen crujir el suelo encerado hasta la puerta de la Secretaría. Cuando se deja caer fatigada en su silla de trabajo, el gong suena, cercano y amortiguado, anunciando la cena.

### DELIA SOTO

—Ha llegado una española, *Miss Soto*.

Al entrar en el gran salón, *Miss Dudley* había alcanzado a Delia Soto. Ésta la saludó con su extraño inglés cadencioso e incorrecto.

—Buenas noches, *Miss Dudley*.

Los ojos ligeramente oblicuos de la uruguaya inquietaban a Lucila. Los ojos negros y vivarachos estaban demasiado juntos, apenas si los separaba el puente afilado de la nariz. *Miss Dudley* los esquivaba siempre que podía. Y no eran sólo los ojos; también la sonrisa de aquella boca grande, de dientes separados, le hacía sentirse desconcertada.

«Es una india —se decía—. Una india americana».

Lo pensaba para poder despreciarla y liberarse de la incomodidad de sus propias sensaciones. Pero la «india» extremaba con ella su amabilidad y le preguntaba cada día por su jardín, la compadecía por su mucho trabajo y se sentaba a su lado si, como sucedía ahora, coincidían en el comedor.

—Ha llegado una española, *Miss Soto*. Podrá usted hablar con alguien en su idioma. Será agradable.

Lucila estaba ante el mostrador del gran salón y extendía su mano izquierda para coger el plato que le tendía la camarera. Con la mano derecha se sirvió de la fuente caliente: pudding de queso. La uruguaya, un poco apartada, esperaba su turno.

—¿Una española? Sí, será agradable. ¿Cómo se llama?

—Teresa. Teresa... algo.

—Ya.

Con su plato lleno en la mano, Delia fue a sentarse en la mesa de *Miss Dudley*. La noticia de la secretaria apenas le interesó. ¿Una española? Significaría más cuidado en las conversaciones por teléfono con Romualdo, más cuidado cuando Romualdo viniera a comer al gran salón. Practicar castellano no sería agradable, como creía *Miss Dudley*. El tiempo volaba y ella debía aprovecharlo más con el inglés. Perdía demasiadas horas hablando castellano con Romualdo.

«Le llamaré en cuanto cene. ¿Habrá salido o estará trabajando como me prometió? Hoy no estaba contento. Habrá tenido carta de allá... No avanza mucho en su trabajo. No estoy tranquila. Le llamaré enseguida».

—Buenas noches, *Miss Soto*.

—Buenas noches.

Delia se sobresaltó. Se dio cuenta de que tenía casi entera la ración de pudding. *Miss Dudley*, sin embargo, ya había terminado su segundo plato y se levantaba para marcharse. Delia se levantó también y fue hacia el mostrador. Tendió el plato de pudding a la camarera y cogió uno limpio y caliente de la placa de su izquierda. Buscó con la mirada la fuente del dulce.

—Aquí, *Miss Soto*, aquí la tiene usted.

Sonriente, Louise, la camarera, le acercaba una tarta pastosa, espolvoreada de azúcar.

—Gracias, *Mrs. Childs*. Un trozo pequeño.

—¿No le gusta la cena?

—Sí, pero estoy desganada.

En aquel momento entraban dos residentes que se acercaron al mostrador buscando sus platos y sus servilletas. Delia sonrió de un modo mecánico y se retiró a su mesa con la tarta.

Instintivamente miró al fondo del salón, bajo el coro, donde estaban las mesas de los invitados.

«¿Las ocho ya y todas vacías?». De pronto recordó. «Es viernes. No hay invitados». La tarta era pesada y dulzona. Delia pensó que Romualdo no soportaba la cocina inglesa. «Mañana voy a proponerle que vayamos a cenar al Soho, a cualquier restaurante francés. Habrá música y Romualdo se pondrá sentimental. Es conveniente que los hombres se pongan de vez en cuando sentimentales».

Delia bebió su vaso de agua y se levantó. Decidió llamar enseguida a Romualdo. «No quiero pensar que haya salido». Su falda roja, de mucho vuelo, giraba rápida, se le venía toda a uno y otro lado del cuerpo al deslizarse entre las mesas sorteándolas en su camino hacia la puerta.

La cabina del teléfono, al otro extremo del pasillo, parecía libre. Al pasar junto al saloncito, Delia vio en un ángulo alejado de la puerta a *Miss Dudley* tomando café con una anciana residente del primer piso. Delia no tomaba café. No resistía el café recocado de la Casa ni la «agradable sobremesa» de charloteo insulso entre las residentes. *Miss Dudley* también vio a Delia Soto, y su imagen fugaz, cruzando por el hueco de la puerta, la hirió un instante. El rojo era un color insultante y plebeyo en opinión de *Miss Dudley*. El rojo y la piel oscura eran símbolos que Lucila asociaba inconscientemente a gente inferior, a cromos antiguos de esclavos del Imperio. Delia y sus trajes pertenecían a un mundo de siervos emancipados.

«América —pensó una vez más la secretaria de la Casa— sigue sin civilizar». Y se refugió en la deliciosa conversación de *Miss Stappleton*, especialista en Historia de Inglaterra y residente distinguida —su cuarto daba al río, en el primer piso—. *Miss Stappleton* exponía a Lucila, razonándola, su preferencia por la porcelana de Limoges.

En la cabina de teléfonos, Delia Soto marcaba por segunda vez unas letras y unos números. Al otro extremo del hilo, la llamada se repetía aburrida e insistentemente. Con el auricular apretado contra la oreja, haciéndole daño, Delia esperaba tensa el corte en seco del irritante timbre, la voz familiar interrogando. No contestó nadie. Lentamente, con los ojos llenos de lágrimas, mordiéndose los labios, fue separando el teléfono de su cara. El timbre seguía llamando. Esperó un minuto más. Luego, colgó; rabiosa y sin preocuparse de recuperar los peniques de la llamada, salió al pasillo. La camarera venía del salón con una bandeja en la mano. La cena había terminado y Louise iba al saloncito a recoger los servicios de café a medida que fueran quedando libres. Al acercarse a Delia, sonrió.

—Buenas noches, *Miss Soto*.

Delia cruzó hacia el ascensor.

—Buenas noches, *Mrs. Childs*.

Louise admiró la falda de *Miss Soto*. *Miss Soto* le recordaba las películas de Carmen Miranda que tanto le gustaban a Charlie. Los trajes de *Miss Soto* eran como los de la artista brasileña, de los mismos colores vivos y alegres.

Louise se preguntó si en el país de *Miss Soto* se bailarían la samba. Tarareó unos compases del *Tico-Tico*. Entró en el saloncito.

Al detenerse en el segundo piso, Delia giró el resorte de la puerta del ascensor. Con la mano todavía en él, hizo fuerza hacia la derecha y fue plegando los muelles de hierro. Salió y desde fuera arrastró el acordeón metálico con un movimiento brusco a su posición de seguro. Alguien lo reclamaba desde abajo, porque, inmediatamente, empezó a descender.

Delia dudó un momento y bajó dos peldaños para ir a apoyarse en la ventana abierta del segundo piso. La idea de refugiarse en su habitación a las ocho y media de la noche le dio escalofríos. Imaginó lo que iba a suceder. Daría vueltas por el cuarto solitario. Se miraría en el espejo. Se encontraría delgada y envejecida. Londres la estaba destrozando; día a día se sentía peor. A pesar de Romualdo, en el otoño se marcharía. Era imposible soportar otro invierno de clima duro y malas comidas. Tenía que cuidarse. Los años asomaban cada noche a las arrugas del rostro, al peso de la espalda, al dolor de la cintura, al cansancio de las piernas.

El río estaba en aquel momento desierto. Delia sintió que el aire fresco le hacía bien. El pelo negro y lacio se le adhería, húmedo, a las sienes, le caía sobre la espalda. Delia percibió el roce y se irritó. «Mañana me peinaré con moño».

El río estaba desierto y la luz de la tarde recorría la superficie acerada del agua. Inesperadamente se encendió una luz roja en una casa de la otra orilla. La luz estremeció de frío a Delia; decidió ir a buscar un chal y volver luego a mirar el río. Su cuarto era el segundo a la derecha del ascensor. Giró la llave y la puerta se abrió. La habitación estaba casi a oscuras. Los cristales con visillos dejaban pasar una luz turbia. La ventana daba a una calle y la habitación no tenía, en ningún momento del día, la claridad de los cuartos que miraban al río. Avanzó hasta el armario, empotrado a los pies de la cama, y lo abrió. Un olor denso de perfumes distintos y ropa usada se esparció por el cuarto. En la puerta del armario, por dentro, había un espejo. Delia lo evitó. Buscó el chal en los estantes revueltos. Medias, jerséis, pañuelos, cartas. Lo fue arrojando todo sobre la cama, despejando espacio para la búsqueda. El chal no estaba allí. Echó una ojeada alrededor, sobre las sillas y la butaca. Los zapatos se alineaban detrás de la puerta. En una silla había una taza con restos de té frío. En la mesa, papeles, libros y frascos de tocador. «Está todo muy desordenado», observó.

El olor del armario abierto se había adueñado de la habitación. Delia olvidó el

chal y se sentó en la cama. Apoyó la cabeza en las manos y con sus dedos calientes fue recorriendo las arrugas de la frente. Acariciante, estiraba una y otra vez la piel, borraba momentáneamente los surcos paralelos y profundos.

La habitación estaba ya por completo a oscuras. Delia Soto escondió la cabeza entre los brazos y se echó a llorar.

## LOUISE

Al entrar en el saloncito para recoger los últimos servicios, Louise estiró inconscientemente su traje negro. Había engordado un poco esta temporada. Charlie también lo había notado.

El salón estaba silencioso y abandonado. Las tazas del café aparecían distribuidas en desorden por las mesas, sobre el piano, en la repisa de la chimenea. En los ceniceros, todavía humeaban las colillas. Louise se inclinó a recoger una cucharilla que asomaba bajo un sillón. Al agacharse, la cintura se negaba a obedecer. Louise se irguió con esfuerzo y dejó la cucharilla sobre la bandeja. Respiró. Decididamente estaba engordando. Charlie le gastaba bromas acerca de esto. «Ya no soy una niña. Mejor dicho, casi soy una vieja». Recordó los preparativos de la boda. Ella sería la madrina. Parecía imposible que Dick fuera a casarse tan pronto. Era un niño, había sido un niño en sus brazos hasta hace poco tiempo. ¿Cómo podía casarse ya? Distraída, Louise entró en el *office* del gran salón. Dejó sobre la mesa de mármol la bandeja cargada de platos y tazas. En un estante, al lado de los platos, descansaba su bolso. Lo abrió pensativa y tanteó el paquete de Player's. Quedaba sólo un cigarrillo. Se lo puso en los labios, estrujó el paquete vacío y se sentó en el único taburete del *office*.

Dick tenía veinticuatro años y su novia, veinte. Cuando Louise y Charlie se casaron, ella tenía veintidós y él, veinticinco. Era algo muy distinto.

Buscó la caja de cerillas en su delantal y encendió el cigarrillo. Tiró al suelo, lejos de sí, el paquete vacío y con los ojos cerrados aspiró el humo, lenta, deleitosamente.

## 2. La mañana

---

### MISS JACKSON

«Las siete de la mañana es una buena hora para levantarse». El padre de *Miss Jackson* se pasó la vida repitiéndoselo a su mujer, a sus hijos y a sus amistades. El reloj de la casa de *Miss Jackson*, lejano en el tiempo y en el espacio de la infancia, estremecía la mañana, sacudía el sueño, con sus siete campanadas, cada día.

El padre de *Miss Jackson* se levantaba antes que nadie y enseguida quería tener a la familia a su alrededor, quería verlos aparecer con cara de susto, en la puerta abierta de las distintas habitaciones. Cuando estaban todos reunidos, el padre rezaba. La mujer y los hijos contestaban, todavía medio dormidos, destemplados y temblorosos. El rezo era breve y enérgico. Luego el padre permanecía unos momentos en silencio con la cabeza inclinada, mientras los hijos le miraban con el rabillo del ojo esperando el final de su meditación. Después la madre se iba a la cocina y advertía siempre: «Arreglaos. El desayuno estará pronto».

Lentamente los niños —en el recuerdo de *Miss Jackson*, ella y sus hermanos eran siempre niños— se retiraban a sus habitaciones. «Las siete y media es una buena hora para desayunar», decía el padre de *Miss Jackson*.

Cuando pasaron los años y *Miss Jackson* fue sucesivamente huérfana en casa de su hermano, profesora en un internado y por último administradora de esta casa, trató siempre de inculcar en los demás el horario heredado del padre.

El horario justificaba su existencia. Cada hora era un ladrillo, un escalón, un tornillo, una pieza de un todo armónico: casa, escalera, máquina. Si fallaba una hora, fallaba el conjunto.

Con los sobrinos, en casa del hermano, lo logró. A las siete de pie, a las siete y media desayuno.

La cuñada estaba enferma y, por otra parte, era una madre desastrosa. Le permitía a ella que educase a sus hijos y se lo hubiera permitido a cualquiera. Los sobrinos, somnolientos y ceñudos, acudían al cuarto de la tía a las siete en punto y rezaban.

En el internado lo consiguió a medias.

Las niñas se habían levantado siempre a las ocho. Pero *Miss Jackson* logró de la directora una hora de adelanto en el toque de la mañana. Una hora ganada. Las niñas la rodeaban en silencio, espiando tras el rezo su gesto de final de meditación.

En la Casa no pudo hacer nada. Las residentes pagaban mucho. Las residentes eran mujeres independientes. El desayuno se les servía en sus habitaciones, a las ocho, y podían seguir durmiendo si lo deseaban. En la Casa, *Miss Jackson* sólo pudo

aplicar su dogma al servicio. A las siete, las camareras de los pisos esperaban su llegada reunidas en el *office* del primero. No había rezos.

*Miss Jackson* aparecía con su manojito de llaves, apretadas las comisuras de los labios, caídas las mejillas rojizas y flácidas, dura la mirada azul tras los cristales de las gafas. Las contemplaba a todas acusadora, daba instrucciones y descendía con lentitud los escalones del primer piso, camino de la cocina.

—Entre.

Habían sido dos golpes secos, seguidos, en la puerta de *Miss Jackson*. Dos golpes extraños a aquella hora. Las siete menos cinco minutos. *Miss Jackson* se disponía al rezo.

—Entre.

No contestó nadie. *Miss Jackson* se había puesto, como todos los días al saltar de la cama, su guardapolvo verde claro, encima del camisón. Instintivamente lo cruzó sujetándolo con una mano sobre el pecho plano, y con la otra alisó su cabello, grisáceo a mechones. Abrió la puerta. *Miss Helen Hutkins*, la residente del número tres en el primer piso, estaba en el otro lado del umbral, mirándola.

*Miss Jackson* se explicó inmediatamente la ausencia de respuesta a su invitación de entrar. *Miss Hutkins* padecía una extraña sordera que iba y venía, que se agudizaba o desaparecía a días y a momentos.

—*Miss Jackson*, perdone... A estas horas.

—Es mi hora, *Miss Hutkins*.

—Lo sé, pero es molesto de todas formas. Yo sólo quería pedirle que me sirvan el desayuno enseguida, dentro de media hora si es posible. Y mañana también. Tengo que salir temprano.

—De acuerdo, *Miss Hutkins*, de acuerdo; yo misma se lo prepararé. Precisamente, es mi hora.

## HELEN HUTKINS

Helen Hutkins entró por primera vez en el cuarto número tres del primer piso dos años antes. *Miss Dudley*, la secretaria de la Casa, le había anunciado: «Es una habitación privilegiada. Si usted necesita, sobre todo, luz, es una suerte encontrar libre el número tres del primer piso».

Cuando Helen abrió por primera vez la puerta de su nueva habitación, no pudo apreciar, de momento, nada extraordinario.

Desde el umbral contempló el rectángulo extendido ante ella, el nuevo rectángulo que iba a marcar sus límites. Cerró la puerta, dio unos pasos. Enseguida percibió la luz viniendo de su espalda, y al girar, buscando la ventana, apareció el torreón, que,

detrás de la puerta y oculto en parte por ésta al abrirse, avanzaba sobre el jardín.

El torreón se volvía transparente a partir de una altura... Los cristales continuaban metro y medio más y luego reaparecía la piedra. La luz surgía del torreón y desde allí se extendía, debilitada, al resto de la habitación. Helen Hutkins, maravillada, abrió los cristales y respiró hondo. El aire y la humedad del río lo inundaron todo.

Después de dos años de posesión ininterrumpida del rectángulo y del torreón, Helen los siente absolutamente suyos. Encerrada allí, olvidaba la Casa y sus habitantes y el mundo que empieza de puertas afuera.

«A las siete y media el desayuno. Luego, tres cuartos de hora de autobús y diez minutos para recorrer esa calle interminable. Puedo estar allí a las ocho y media».

Helen está arreglada para salir. Es la residente más elegante de la Casa. Y una de las más atractivas. Las inglesas decían que no parecía inglesa; que sus rasgos eran demasiado duros y que podría ser alemana.

Helen ignora todas las opiniones porque tiene una extraña capacidad de aislamiento. La sordera también influye, pero siempre ha sido igual.

Helen da vueltas por la habitación. En el semicírculo del torreón, hay una mesa alta, de dibujo. En la mesa, los papeles, los recortes de revistas, se amontonan. Helen busca y al fin encuentra unos diseños. Los contempla y los ordena. «Estoy segura de que no le gustarán. Cuando viene de Italia está transformado. Tiene ideas disparatadas, se exalta explicando las modificaciones que conviene hacer en los proyectos. Pero sólo dura unos días. Lo que dura el escozor del sol en su piel. Luego, esto le puede. Lima sus exuberancias latinas».

Helen cierra un libro abierto sobre la mesa de dibujo. *Arquitectura y decoración*, de Luigi Acosta. Encima de la mesa, clavada con chinchetas a la pared, hay una gran fotografía: un hombre joven, en mangas de camisa ante un gran tablero de trabajo. El hombre había levantado la vista sorprendido, y en aquel momento le aprisionó la fotografía. La frente se arruga, interrogante. El pelo revuelto le cae en mechones desiguales sobre la frente. Tiene las orejas un poco grandes, los labios finos, la mirada triste.

«Luigi tenía la mirada triste. Entonces, sin motivos».

Helen se ha sentado en el taburete que hay al lado de la mesa, de espaldas al torreón. Observa distraída la fotografía de la pared. Luego mira a la puerta. Consulta el reloj. Las siete y veinticinco. Enseguida traerán el desayuno. Vuelve a mirar la fotografía y a pesar suyo, en una asociación refleja, recuerda el día en que sorprendió a Luigi, con el disparador de su máquina fotográfica.

—Perdona, Luigi —había dicho cuando él todavía conservaba el gesto de sorpresa reflejado en la fotografía—. Perdona. Tenía verdadero deseo de una fotografía tuya, así, mientras trabajas, mientras trabajamos.

Luigi la había mirado un momento sorprendido, luego volvió a la tarea sin perder tiempo.

—Está bien, Helen. Si es un capricho... Oye, ¿cómo van los apuntes para el salón de los Maxwell?

La fotografía estuvo clavada en las distintas habitaciones de Helen y desde hace dos años recibe la luz de la ventana del torreón. Helen se ha acostumbrado a tenerla allí y posa sobre ella sus ojos muchas veces al día, sin verla, sin detenerse el tiempo suficiente para que se produzca la asociación de hace un minuto.

«Es consolador que se pueda llegar a este grado de insensibilidad. Si no fuera por eso, no podríamos vivir en habitaciones con fotografías, con libros, con...».

En la puerta suenan dos golpes cortos fuertes. Helen se levanta y va a abrir. La camarera del primer piso entra con la bandeja del desayuno. La deja sobre la mesita llena de libros, que está apoyada en la pared, al lado de la chimenea.

Antes apila los libros cuidadosamente en un extremo.

—Gracias, Verónica.

—Buenos días, *Miss Hutkins*.

## RACHEL

Sentada en el alto taburete de la cocina, Rachel se cambia de calzado. Para hacer el camino desde Chiswick, donde vive, a la Casa, calza unos zapatos negros, de ante, deslucidos de lluvias y viajes diarios. Al llegar, los zapatos negros van a descansar sobre un estante bajo, dispuesto para el calzado, en los cuartos de aseo del servicio. Para el trabajo, Rachel usa unas sandalias marrones, cómodas y anchísimas. En el invierno usa las mismas sandalias pero con calcetines de lana.

La cocina es enorme. Alrededor de las cuatro paredes, se apoyan armatostes negros o blancos —cocinas con hornos alternan con armarios y mesas de mármol—. Las cocinas funcionan únicamente con gas. También se emplea el gas para el tostador del pan. Sólo la máquina de pelar patatas es eléctrica.

Rachel abre un cajón, saca un cuaderno con tapas de hule y, todavía sentada en el taburete, consulta los menús del día, que *Miss Jackson* confecciona para ella, cada semana. «Sábado, sábado... Extraordinario... Carne asada, ensalada, patatas cocidas, tarta de ciruela... Qué original, *Miss Jackson*... Otra vez carne asada...».

Rachel tiene cuarenta y cinco años y hace veinte que trabaja como cocinera. En la Casa sólo lleva cinco años. Antes estuvo en un gran hotel. Estaba contenta con el sueldo y con el trabajo, pero se marchó de allí por una mala jugada que hicieron a una compañera. Rachel la defendió pero no logró nada. La compañera se tuvo que marchar y Rachel la siguió. El asunto de Maudie le había parecido injusto y lo que

más desquiciaba a Rachel en este mundo era la injusticia.

«Yo soy así», decía por toda explicación. Pero la verdadera explicación tenía su origen en la torturada infancia de Rachel.

Había ingresado en un orfanato a los cinco años; fue humillada mil veces y maltratada constantemente. A los ocho ingresó como pinche en la cocina del orfanato. Sus compañeras ayudaban en otros servicios. En la cocina no lo pasaba mal, la cocinera le daba mucha comida. La comida no había sido nunca un problema para Rachel. Antes de estar de pinche, tampoco pasaba hambre. Lo que se servía en el comedor era suficiente. El dolor y la privación no eran físicos. Lo tremendo era la disciplina, el no poder explicar nunca las causas de una acción mal interpretada, la soledad.

En la cocina era casi feliz porque la cocinera, que no vivía allí, que salía a su propio hogar donde tenía marido e hijos, era buena con ella. La trataba como a una persona de verdad, como a una niña, como a cualquiera de sus hijos. La reñía y a veces le traía caramelos en los bolsillos.

Rachel recordaba muchas injusticias en el orfanato, pero sobre todo una. La prohibición que llegó, nadie sabe cómo, cuando ella iba a salir una tarde con la cocinera, a su casa, para jugar con sus niños. La prohibición no venía acompañada de una explicación. Rachel lloró y la cocinera quería despedirse, pero no lo hizo por la misma Rachel.

Años más tarde, cuando la pinche llegó a ser cocinera del centro, entró *Miss Jackson* en él como profesora. No puede decirse que fueran amigas, ni siquiera que llegaran a intercambiar muchas palabras, pero *Miss Jackson* admiraba la buena marcha de la cocina y juzgó a Rachel desde el primer momento: una cocinera ejemplar.

Después, Rachel encontró trabajo en un hotel y se despidió del orfanato. Al hotel fue a verla un día *Miss Jackson* y le dijo que si alguna vez le interesaba, tendría un buen puesto en la casa donde ella era administradora.

Rachel aceptó la oferta y desde hace cinco años viene cada mañana desde Chiswick hasta la cocina de la Casa.

—Buenos días, Rachel.

—Buenos días, Emily.

Rachel ya está maniobrando en la máquina de pelar patatas.

Esta semana no hay pinche: las vacaciones. Detrás de Emily entran las demás; a las siete y cuarto desayuna el servicio. Las encargadas de los pisos todavía no han despachado los desayunos de las residentes. Las encargadas del comedor han empezado a limpiar el polvo de las mesas y las sillas. Pero Rachel ya ha preparado el té para todas.

—Buenos días, Rachel.

—Buenos días, Louise. Buenos días, Verónica. Buenos días, Mary.

Rachel interrumpe la máquina de pelar patatas. Su ruido no le permite entender nada de lo que dicen sus compañeras.

Una de las mujeres que acaba de entrar se dirige a ella.

—Lo que te hubieras reído anoche en el *pub* de Johnny. ¡Qué chistes! Imagínate uno en que un escocés le dice a su amiga, una irlandesa...

## TERESA

—Rachel, la cocinera. Verónica, encargada del primer piso. Louise, camarera. Mary, camarera y Emily, encargada del segundo piso. Es el turno de servicios de la semana. Ya sabe, Teresa, que son ustedes pocas. En verano, con las vacaciones...

Miss Jackson se dirigió luego a las mujeres que había en torno a la mesa, dispuestas a sentarse cuando nosotras entramos. Me pareció que su tono al volver a hablar se iba endureciendo.

—Quiero presentarles a Teresa. Es una estudiante española que viene aquí a ayudarnos, del mismo modo que lo hizo Jacqueline, la muchacha francesa, el verano pasado. Les agradecería que la ayudasen. Es joven, es extranjera y no conoce bien nuestras costumbres, nuestros métodos de trabajo. De momento estará en el comedor con usted, Louise. Gracias.

Miss Jackson sonrió borrosamente y se dio media vuelta. Sus pasos se perdieron por el pasillo que da a la cocina. El comedor del servicio me pareció triste. Las mujeres se sentaron y empezaron a hablar deprisa. La luz llegaba de arriba, de una ventana pequeña que se abría a la calle, a la altura de la acera. Por la ventana, pasaban constantemente piernas, zapatos, trozos de pantalón. Las mujeres, en conjunto, parecían alegres. Una me llamó.

—Ven, siéntate aquí. Sírvete té.

Todas comían ya. Se servían enormes rebanadas de pan de molde, cubiertas de gruesas capas de mantequilla y mermelada. La que me había llamado me sirvió té. Otra me acercó la mantequilla.

—¿Te gusta la margarina? —me preguntó.

Las demás rieron. Yo sonreí. Hablaban muy deprisa, entrecortadamente, a golpecitos, y yo no lograba entender una palabra. De vez en cuando, una levantaba la cabeza y me sonreía. La mayor parte del tiempo, sin embargo, parecía que no me daban ninguna importancia. Como si mi llegada y mi presencia fuera algo natural, que sucede todos los días. La mermelada era de naranja y en el tarro de cristal tenía pegada una etiqueta que decía «Seville-Spain». Todas hablaban y manoteaban mucho. Tenían un acento muy diferente al de Miss Dudley, Miss Jackson y cualquier

otra persona inglesa que yo hubiera conocido antes. Pensé: «Es horrible, nunca las entenderé». Pero cuando se dirigían a mí, hablaban despacio y pronunciaban enfáticamente. La primera que me había hablado se volvió y sonrió. Era delgada, joven, tenía el pelo castaño claro, rizado, y ya había terminado de desayunar. De una manga se sacó un paquete de Player's.

—¿Fumas?

—Gracias, tan temprano, no.

—Me llamo Verónica. Estoy en el primer piso. ¿Estás casada?

—No.

—Yo sí. Tengo dos niñas.

Me pareció muy joven y no estaba segura de haber entendido bien. Frente a mí estaba sentada una mujer más bien gorda, con un aspecto sano y risueño, que luchaba con un tenedor y con un extraño pescado que olía muy fuerte. Reía a grandes carcajadas por algo que le contaba su vecina, bajita, con los ojos medio cerrados, el pelo de ratón, liso, mal cortado, de edad indefinible.

—Oh, Mary, no sigas... —reía y se atragantaba la gorda.

—¿Qué pasa, Louise? —preguntó Verónica.

—Me está contando algo tan divertido... —Louise había abandonado el tenedor, el cuchillo y el pan; se apretaba el vientre con las manos y seguía riendo.

—Miss Dudley, imagínate, Miss Dudley... decía ayer a la suiza del segundo piso... que... adora... los deportes...

Verónica se echó a reír. Intentó explicarme la gracia de todo aquello, pero reía mucho y entremezclaba la explicación con comentarios rápidos dirigidos a Louise.

No la entendí, pero traté de sonreír y de parecer enterada y cómplice de su risa.

—Emily, ¿no te hace gracia? —preguntó Verónica a una muchacha que fumaba, seria y ausente, recostándose en la silla.

Emily había estado callada todo el rato. Era fea, llevaba gafas y le faltaba un diente en un lugar muy visible. Tenía el pelo rizado con una horrible permanente.

—No, no me hace gracia. Hasta luego.

Se levantó y se marchó. Las otras se hicieron gestos burlones y cambiaron miradas de inteligencia.

La cocinera fue la primera en levantarse. Supe que era ella porque llevaba un delantal envolvente y de vez en cuando salía para asomarse a la cocina y ver si todo iba bien. En enormes calderas de hierro, hervían verduras y patatas. El olor llegaba hasta el comedor del servicio.

La cocinera hizo a las demás señas muy expresivas para que fueran levantándose.

—Vamos, chicas, vamos que es tarde.

Al pasar junto a mí se detuvo. Se apoyó en mi silla y me dijo:

—¿Te gusta Inglaterra?

Dejé la taza sobre el plato y me volví.

—Desde luego, mucho.

—Yo soy Rachel. Pídeme lo que necesites. Estoy siempre en la cocina.

Salió llevando sus platos, su taza. Las otras empezaron a desfilar también. Cada una llevaba su servicio del desayuno. Yo salí detrás de ellas con el mío. Louise todavía reía. Verónica y Mary charlaban a gritos. Al llegar a la cocina, Louise me guiñó un ojo.

—¿Vamos, pequeña?

### 3. El mediodía

---

TERESA

El mostrador es metálico y a estas horas abrasa. Me aísla en un cerco sofocante de hornos y platos que hay que sacar deprisa. En realidad, no es un mostrador, sino una placa que se calienta con gas. Otro plato. Hoy se han presentado veintiséis residentes para el lunch.

—Buenos días, *Miss Dudley*. Muy bien, muy fácil, *Miss Dudley*, gracias.

Louise a mi lado, un poco roja del calor y la excitación del trabajo, reparte platos y sonrisas. Procuero ayudarla. Yo estoy encargada sólo de los platos limpios, que Louise va llenando, y de los platos sucios que las residentes van dejando en la mesita que hay a mi derecha.

Por las vidrieras abiertas se ve el jardín. Londres empieza ahí, en ese césped, en la carretilla de *Miss Dudley*. Otro plato. Estoy en Londres. Tengo que pensar en inglés.

—Un día muy agradable. Gracias.

—Sí, es el primer día. De España... Gracias.

—Su plato. Gracias.

Si me dan un plato, dicen «gracias». Si les doy un plato, dicen «gracias».

Hay que decir «gracias» por todo, por dar y por recibir. No hay que olvidarlo, «gracias». También hay que sonreír. No es muy difícil. Es el primer día.

España estará quemada de sol, pero Londres desde las vidrieras del gran salón es un trozo de jardín y una carretilla mojada.

KATE

—Gracias, Teresa.

La muchacha española parece sorprendida. Kate sonrío. Le dan ganas de decir:

«Sé su nombre porque ya lo tengo apuntado, entre las residentes. Habitación número siete en el cuarto piso, cerca de la mía. Teresa... algo, universitaria, Ciencias Naturales, viene de Madrid, España, cuatro meses. Es una residente más, no hay contrato de trabajo que justifique... Es una ayuda pero con todos los derechos de las residentes... Comerá en el gran salón cuando no tenga servicio... Envíele invitaciones como a las demás... Puede traer invitados... Ya sabe usted, Kate, como Jacqueline el año pasado... Teresa se ha sorprendido porque sé su nombre».

Kate suele sentarse entre *Miss Jackson* y la doctora Rupa. No tiene sitio fijo. Nadie tiene sitio fijo excepto la directora, pero hay una tendencia a ocupar, a ser posible, el asiento del día anterior. Hoy la directora no come en casa. Frente a Kate se sienta Delia Soto. A Kate la uruguaya le parece muy simpática. Sonríe siempre al saludar y está como desamparada, diría Kate.

—*Miss Soto*, ¿sabe usted que ha venido una española?

—Sí, sí, Kate. Ya me lo dijo *Miss Dudley*. Todavía no la he saludado.

Kate no añade nada más. Sería incapaz de señalar. De hacer alguna indicación hacia el mostrador para que *Miss Soto* se volviera.

En el gran salón apenas se oye el murmullo de las conversaciones. Las residentes comen y charlan educadamente. El acento de la mayoría es extraño, pero para Kate es una extrañeza familiar. Está acostumbrada a este retorcimiento del idioma, suavizándolo unas veces, endureciéndolo otras, haciéndolo incomprensible muchas. Las residentes son en su mayoría extranjeras. Universitarias extranjeras. No estudiantes, sino posgraduadas. Doctoras en distintas cosas. A Kate, en otro tiempo, le asustaban un poco los títulos acumulados por las mujeres de la Casa. Le parecían seres extraordinarios cargados de ciencia, de talento. Kate era muy joven entonces.

«¿Cómo podía yo al principio asustarme ante una doctora Soto, por ejemplo? Tan inofensiva, tan indefensa. Algunas me asustan todavía, pero ya no por su doctorado. Algunas asustan como mujeres».

Kate aprendió a medir exactamente a las personas durante la guerra. La guerra había anticipado su madurez y había transformado su asombro en crítica. De esto no se pudo apercebir Kate hasta que no volvió a la Casa. La Casa fue su punto de referencia para examinarse a sí misma y para determinar la dimensión del cambio. Cinco años de movilización y cinco de posguerra la habían convertido en una mujer de treinta, segura de sí misma, espectadora un poco amarga del mundo circundante.

Kate saludó a *Miss Dudley*, que venía a sentarse a su lado.

—Hoy me ha telefoneado Mary Bee, aquella muchacha de la Navy. ¿Recuerda, *Miss Dudley*? Aquella muchacha que vivía en Southampton Court, que nos invitó a su casa cuando todo acabara, y que luego encontró la casa destrozada y lloraba porque no podía invitarnos... Ahora ya tiene otra casa. Vive cerca de aquí. Me ha dicho que algún día, cuando usted pueda, tenemos que ir a pasar la tarde con ella, como prometimos hace seis años...

Lucila Dudley se quitó las gafas y se puso a limpiar los cristales con un gran pañuelo blanco. Los ojos, cercados de arrugas, se movieron hacia Kate.

Kate pensó, como otras veces, que *Miss Dudley*, sin gafas, era un ser desconocido. La nariz se agrandaba, la frente dejaba paso al dominio de las cejas, grises y pobladas. Los ojos casi desaparecían, hundidos, lejanos, pequeñísimos no eran los mismos ojos que podían sonreír o entristecerse ayudados por el cristal de

aumento. Se oscurecían, cobardes, a la luz directa, temerosos del contacto con las cosas.

—Cuánto me alegro, Kate. Iremos, desde luego. Dígale que escoja un día de la semana que viene. Cuánto me alegro...

Delia Soto comía en silencio. A Kate le pareció triste y cansada. Fue a decirle algo amable, algo que la hiciera sonreír, pero en aquel momento la uruguaya se levantó y, después de saludar, depositó su plato en el mostrador. Kate pudo observar que ni siquiera reparaba en la muchacha española. Sin detenerse a buscar el postre, *Miss Soto* salió del gran salón. Kate siguió comiendo. Lucila Dudley se volvió a ella otra vez.

—Oiga, Kate, mañana llegan las cinco australianas que esperábamos de paso para Edimburgo. ¿Me ayudará usted dentro de un momento a estudiar la forma de alojarlas?

—Por supuesto, *Miss Dudley*.

En aquel momento Kate estaba pensando en lo que diría su madre cuando recibiese la carta y viera que, aunque estaba libre, tampoco este fin de semana iría a casa. La tristeza de Delia Soto había liberado, en un reflejo condicionado, sus propias tristezas.

«Es mejor que no vaya. Así se darán cuenta de que no tienen derecho a meterse en mis asuntos. Y esa imbécil de Lissi, con su cómoda manera de resolver la vida, su vida... y su afán de querer resolver del mismo modo la de los demás... Lo siento por mamá... Pero mamá está con Lissi, es como Lissi... Yo soy la histérica y la...».

Las palabras de *Miss Dudley* le llegaron claras sólo al final... «Estudiar la forma de alojarlas».

—Por supuesto, *Miss Dudley*.

Tardó un momento en desprenderse del torbellino de ideas y sentimientos en el que se sumergía a su pesar, una y otra vez. El torbellino estaba siempre dentro de ella; discurría por zonas dormidas, subconscientes, podía oír su rumor sordo en cualquier momento, pero trataba de olvidarlo como un enfermo crónico trata de olvidar el dolor, oscuro y resguardado en algún pliegue del cuerpo; el dolor que a veces se desenrosca, se estira y sale a la corriente de la sangre. Así Kate quería olvidar el desorbitado girar, el desquiciado agruparse de los recuerdos y los presentimientos que latía en su torbellino. Pero al menor descuido, el obsesionante rumor se extendía y el torbellino se adueñaba de Kate. Por fuera era difícil verlo, adivinarlo. La cara de Kate no se alteraba, la dolorosa obsesión la invadía sin traicionarla, lenta y familiar, como una costumbre.

Con un esfuerzo, Kate contestó a *Miss Dudley*.

—Además, este fin de semana no pienso ir a casa.

«No pienso ir a casa, como el anterior y el otro y todos los fines de semana desde

hace un mes. Tenía que haber dicho: “La ayudaré, *Miss Dudley*, desde luego. Resolveremos entre las dos este gran problema suyo que es alojar a cinco australianas. Si le parece, después resolveremos también entre las dos alguno de mis problemas... Aunque usted no sepa que existen otros que los de organizar esta casa cada día... Aunque usted haya pasado por la guerra sin que la guerra pasara por usted... Aunque usted, con esa sonrisa estúpida...”».

Kate comía a un ritmo ligeramente más rápido que el ordinario.

Terminó antes que *Miss Dudley*. Se levantó y fue a llevar el plato al mostrador. La muchacha española la distrajo un momento. Parecía sofocada y ligeramente inquieta. Trataba de no hacer esperar a Louise en la distribución de los trozos de tarta para los distintos platos que ella le iba tendiendo. Kate sintió una vaga ternura por Teresa. Desde hacía algún tiempo solía decirse: «Envejeczo». Lo decía porque se conmovía ante cosas de las que antes ni siquiera se hubiera apercebido. Otras veces, cuando el chorro de ternura le brotaba del pecho, tranquilo y seguro, pensaba: «Puede que no sea envejecer. Puede que esto sea riqueza, sea el precio que se recibe por el dolor y las preocupaciones graves y los problemas sin solución. Puede que esto sea el resultado de la angustia».

## MARJORIE DEWEY

Estaba echada encima de la cama con los ojos cerrados y sentía el calor como un ancho ondear que le subiera a la cabeza para luego descenderle por el pecho y el vientre, hasta las piernas. El camisón se le pegaba al cuerpo sudoroso y caliente. Había retirado hacia atrás las mantas que el frío de la noche hacía imprescindibles, y se cubría sólo con una sábana hasta la cintura. Marjorie pensaba en las calles de Londres, extrañamente llenas de luz en estos días, sofocantes de polvo negruzco, impuras y sucias, vagamente hermanas por unos momentos de las calles de las ciudades meridionales. Pero el calor del verano londinense duraba poco como calor luminoso, como castigo directo del sol. Enseguida se enturbiaba y brotaba húmedo y vaporoso de la tierra, de las casas. Un calor opaco, casi sólido, que oprimía los pulmones al respirar y golpeaba el cerebro.

«Debo de tener fiebre. No es posible que hoy haga calor. Seguro que es la fiebre que ahora sube otra vez».

La ventana estaba cerrada, las cortinas echadas, pero la luz del verano se filtraba por algún resquicio, aclarando levemente la habitación. Marjorie pensó en las habitaciones de enfrente que daban al río. La sola idea del agua fresca del río la hizo suspirar.

«Un baño ahora, Dios mío, un baño en el río. En casa se habrán bañado hoy ya

por dos veces en el lago... Ya habrán comido. A la tarde saldrán los chicos a remar con los Leeville o con los Branney...».

Frente a la cama, sobre una estantería llena de libros, Marjorie había colocado en un marco dorado la fotografía de su casa en Kingston, Ontario, Canadá. Abrió los ojos para mirarla. La oscuridad le impidió distinguir las formas, pero no era necesario. Conocía de memoria la imagen de la casa grande, colonial, heredada de sus abuelos y gradualmente embellecida por dentro con los ahorros de la familia.

En torno a la casa se extendía un parque. Los árboles, altísimos, rozaban sus copas con los árboles del bosque que comenzaba en una línea de difícil precisión, agrandando el parque y protegiendo la casa. Un ancho paseo, que nacía de la puerta principal del edificio, llevaba hasta el embarcadero. El lago asomaba apenas sus aguas por un ángulo de la fotografía.

Marjorie, desde la cama, bebía el frescor de los árboles oscuros, cautivos en la cartulina.

«... Ellos no pueden imaginarse cómo estoy yo ahora... Ellos estarán cómodamente sentados en el porche, charlando después del café... Mamá no puede imaginarse que estoy enferma... La fiebre debe de haberme subido... Hasta la noche no me verá la doctora. Puede que sea algo grave... Puede que no sea sólo el agotamiento del maldito cólico...».

En la puerta sonó un golpe débil. Marjorie dijo «adelante», aunque no estaba muy segura de que hubiera sido en su puerta. Entró Delia Soto. Desde el umbral sonrió un poco a ciegas, buscando, adivinando la figura de Marjorie en la cama.

—¿Dormías, Marjorie? —preguntó.

—No, Delia. Me alegro de que hayas entrado. ¿Qué tal estás? ¿Has comido aquí? ¿Has estado fuera toda la mañana?

Las preguntas fluían encadenadas con rapidez, con la ávida curiosidad por los pequeños acontecimientos que muestran los enfermos.

Delia se había sentado en una butaca, al lado de la cama. Con su inglés dulce e irregular, explicó a su amiga todos los pasos del día:

—Sí, he estado en la biblioteca del British Museum toda la mañana. Pensé comer allí, pero estaba demasiado cansada y decidí volver a la Casa. Pienso acostarme un rato largo esta tarde. Y tú ¿qué tal estás? ¿Ha venido la doctora Rupa?

—No, Delia, no ha venido desde ayer. No vendrá hasta la noche. No sé cómo estoy pero tengo mucho calor. Ahora mismo, cuando tú llegaste, estaba pensando que debo de tener fiebre. No es posible que haga realmente tanto calor.

—Sí, sí hace calor. Pero puede ser que tengas algo de fiebre. ¿Te has puesto el termómetro?

—No, no quiero ponérmelo hasta la tarde. Me asusto y me pongo peor cuando tengo unas décimas. Me sugestiono. Soy muy cobarde. No quiero ni pensar que me

pusiera grave, quiero decir, estando tan lejos de casa, tan sola.

—No te preocupes, Marjorie. Esto no es nada. Ya te dijo la doctora que no era nada. Además, no estás sola. Puedes llamarme en cualquier momento y yo vendré. No seas niña...

Marjorie, ante Delia Soto, se sentía un poco niña. Necesitaba de alguien que la mimara y la uruguaya le parecía instintivamente la persona más indicada para dar y recibir afecto. Las otras residentes vivían demasiado aisladas de ella, de todas, aisladas entre sí. No era fácil saber si estaban tristes o alegres y se limitaban a saludar cortésmente en el comedor o donde una se las encontrase. Y eso sucedía con las inglesas, las americanas, las australianas, las que podían estar más cerca por razones de idioma. Con las verdaderamente extranjeras de la casa, Marjorie se sentía desvalida. Las barreras le parecían aún mayores, insalvables, y se imaginaba diferencias psicológicas que harían imposible una amistad. Con Delia Soto, sin embargo, todo fue más fácil, porque al llegar Marjorie a la Casa, habían sido compañeras de habitación durante un mes. Delia era cariñosa y bastante mayor que ella. La había tomado un poco bajo su protección cuando la vio entrar, joven y asustada, cargada de maletas en la habitación.

Marjorie acababa de llegar de Canadá en busca de un empleo. Quería conocer Europa, trabajar en lo que ella llamaba «la Patria de los antepasados», «el origen de nuestra cultura», etcétera. En Canadá había sido profesora ayudante de Historia Antigua, en la universidad, después de terminar brillantemente su carrera. Pero al cabo de un año de ayudantía se había cansado y había empezado a planear el viaje a Inglaterra. La aventura la atraía. Pensaba que en Londres sólo encontraría gente interesante, hombres extraordinarios, saturados de vieja cultura, de sensibilidad, de talento. Sus compañeros de universidad, en Kingston, le parecían vulgares, desprovistos de atractivo y tremendamente estúpidos con sus preocupaciones por el *baseball*, la natación y el remo.

—Estaba también pensando en casa, Delia —dijo de pronto Marjorie. Habían estado calladas las dos unos momentos—. Estaba pensando en mi familia, en que estarán muy bien ahora en la casa tan grande y tan fresca, junto al lago. ¿En tu país tenéis lagos, Delia?

—Sí, hay lagos al sur. Pero no en la ciudad donde yo vivo. Mi ciudad está en un terreno seco, árido. Es una ciudad un poco triste para el que llega de fuera, con sus calles estrechas y sus casas de balcones salientes, de pura arquitectura española.

Marjorie parecía olvidar su preocupación de hace un momento. Hablaba animada.

—Tu país debe de ser muy interesante. Me gustaría ir algún día, viajar mucho. Viajar creo que es una de las pocas cosas que merece la pena hacer en esta vida.

Delia asintió.

—Sí, viajar es una delicia, pero hay que viajar con alguien. Viajar solo es una de

las cosas más tristes que puede sucederle a uno...

—Desde luego —la interrumpió Marjorie— es mucho mejor acompañada, si la persona que nos acompaña quiere ver las mismas cosas que nosotros y detenerse donde nosotros queremos detenernos.

Marjorie se había sentado en la cama y hablaba de un modo exaltado. Delia pensó que, en efecto, debía de tener un poco de fiebre.

—Perdona, Marjorie, pero voy a dejarte. Debes descansar. Yo también tengo ganas de echarme un poco. Me encuentro siempre cansada y aunque no tengo ningún dolor localizado, no estoy bien. Prefiero no sugestionarme, como tú dices. A la noche volveré a ver qué te ha dicho la doctora. Si puedes, trata de dormir. Te encontrarás como nueva después de una buena siesta.

Marjorie asió la mano de Delia y la estrechó con fuerza.

—Gracias, Delia, por venir. Estoy mejor ahora, después de charlar contigo. Es tan aburrido. Aquí todo el día sola y sin tener ganas ni siquiera de leer...

Cuando Delia Soto salió de la habitación, Marjorie volvió a tumbarse. Le dolía un poco la cabeza.

«He charlado tanto... Qué buena es Delia... Parece algo triste y preocupada por su salud. O quizá le preocupe también ese muchacho amigo suyo con quien sale. Debe de estar muy enamorada de él».

El calor volvía a molestar a Marjorie. La idea de un baño en el río, en el lago, volvió a asaltarla. «Si pudiera darme un baño estoy segura de que me encontraría mejor. Un baño en el Támesis, en las aguas sucias del Támesis, aunque tuviera que darme luego otro baño en la bañera...».

«Otro baño en la bañera» fue una frase que se quedó grabada en la mente de Marjorie. A los pocos momentos se decidió: iría al cuarto de baño y se daría un buen remojón. «El agua sale caliente. No hay miedo a que me resfríe. El agua caliente deja tan relajada...».

Se levantó, buscó a tientas las zapatillas bajo la cama, bajo la butaca. Cuando las encontró metió en ellas los pies, sin calzárselas. Luego cogió de una silla un salto de cama de seda y se lo puso. Vaciló un momento, midiendo sus fuerzas, y abrió la puerta de la habitación.

## VERÓNICA

—Y tú, Emily, ¿cuándo te vas de vacaciones? —preguntó Verónica.

Estaban sentadas en los taburetes del pequeño *office*, en el segundo piso. Emily fumaba lenta, parsimoniosamente. La bata blanca que se ponía para trabajar destacaba el feo tono de su piel, el color indeciso del pelo, entre negro, pardo y

castaño.

—No sé todavía. No tengo ninguna prisa porque no pienso moverme de aquí — contestó al fin.

—Pero ¿no vas a visitar a tu familia?

—Este año no. Mi madre vive ahora en Glasgow con mi hermano casado. Me arruinaría si intentara hacer el viaje hasta allí.

Verónica no dijo nada, pero compadeció para sus adentros a su compañera. Verónica no podía comprender que Emily viviese en la Casa todo el año y que pasara las vacaciones también en la Casa. El sueldo era pequeño, desde luego, porque para eso incluía habitación y comida. Emily no hubiera podido pagarse una habitación fuera. Por otra parte, mirándolo bien, no tenía objeto cambiarse a otro sitio, al menos por razones de independencia. La Casa no se metía para nada en la vida de sus residentes ni de sus empleadas. Las unas pagaban su hospedaje, y ahí terminaban sus obligaciones. Las otras, ellas, el servicio, tenían sus horas fijas de trabajo.

Fuera de estas horas podían salir y entrar lo que quisieran. Dormir o no dormir en casa, o como solía decir Verónica: «Morirse por la calle sin pedir permiso a nadie, con tal de que en las hojas de *Miss Jackson* una no tuviera asignado trabajo para aquel momento».

—Yo quisiera mandar a las niñas con mis padres a Devon, pero Tom no quiere separarse de ellas. Dice que las niñas están fuertes y sanas y que, todos juntos, podemos pasar un buen verano. Los fines de semana pensamos ir a la playa... Tom y yo siempre preferimos tomar las vacaciones en invierno, en Navidad.

—Es una buena idea —comentó Emily.

«Navidad —pensó Verónica—. Navidad en casa, preparando los regalos de las niñas, de Tom. Este año, Tom necesita un jersey nuevo. Puedo empezarlo en noviembre... Las niñas llegan de la escuela tan contentas... Tom traerá el árbol de Winchmore de casa de sus tíos. Todos los días juntos, en casa, y a la tarde salir a pasear, a ver los escaparates, los juguetes... Este año Charlotte es ya mayorcita y hay que comprarle una muñeca grande...».

—¡Qué bonita es la Navidad, Emily! —exclamó Verónica.

Emily no contestó y siguió fumando. Verónica la miró un instante. Luego cortés, suavemente, suplicó.

—¿Podrías darme un cigarrillo, Emily? Estoy sin un penique hasta que cobremos...

Emily sacó el paquete de cigarrillos un poco aplastado de un bolsillo de la bata y se lo tendió a Verónica.

—Gracias.

Verónica fumaba con verdadera delectación. Después de Tom y las niñas, si había algo que necesitaba vitalmente eran los cigarrillos.

—A *Miss Jackson* le molesta muchísimo que fumemos. No lo puede remediar. ¿Te acuerdas, Emily, cuando yo le dije?: «Pero, *Miss Jackson*, ¿usted no ha hecho la guerra?». Y ella me contestó: «Sí he hecho la guerra, *Mrs. Cadwell*, pero de una guerra hay que salir más limpio». Y yo le dije: «Oh, *Miss Jackson*, fumar no es un vicio tan grande». Y ella me contestó: «*Mrs. Cadwell*, usted tiene dos hijas, puede que tenga algún hijo más todavía, y ¿cree que tiene derecho a destrozar su salud para que sus hijos hereden un cuerpo enfermo? Los británicos hemos dominado al mundo gracias a la pureza y a la fortaleza de nuestras mujeres...». Fue un discurso precioso. Yo, como no quería discutir, le dije: «Puede que tenga usted razón, *Miss Jackson*. Los británicos degeneramos a gran velocidad...». Me miró con verdadero odio, te lo juro, Emily.

Emily se había levantado ya y recogía su aspiradora, su bayeta del polvo y su cepillo.

—Vamos, Verónica, hay que empezar.

La encargada del tercer piso estaba de vacaciones, y después de terminar su trabajo, Verónica y Emily se repartían sus habitaciones. Verónica miró su reloj. Eran las dos y media.

«Después de comer es bastante molesto tener que seguir trabajando. Menos mal que hoy es sábado... Mañana dormiré mucho... Hay que decirle a Tom lo del Chelsea Palace... Podíamos dejar a las niñas acostadas temprano... ¡Qué cuarto más desordenado, Dios mío!».

Rápida, con verdadera destreza, Verónica manejó de un extremo a otro de la estancia la aspiradora. En el tercer piso las habitaciones eran pequeñas y casi todas de dos camas. Verónica echó hacia atrás la ropa, y sin molestarse en sacarla de los pies, en un momento, hizo la primera cama. La otra estaba ya hecha.

Cogió la bayeta de una silla y se puso a limpiar el polvo de los pequeños objetos que se amontonaban en la repisa de la chimenea. La puerta de la habitación estaba abierta y en el umbral apareció *Miss Jackson*.

—Verónica, ¿terminará usted pronto?

—Sí, *Miss Jackson*, enseguida.

—Baje usted a cobrar antes de las tres. *Miss Dudley* tiene hoy mucha prisa.

*Miss Jackson* desapareció. Verónica volvió a tararear un vals y siguió limpiando el polvo, por encima, muy por encima, de los objetos de la chimenea. Luego, recogió sus bártulos de limpieza y pasó a la habitación siguiente.

«Dinero, dinero... Qué agradable es tener dinero... Como dice Tom: “El dinero, Veric, es bueno cuando se tiene todo lo demás, como nosotros lo tenemos. El dinero es bueno teniéndote a ti y a las niñas”... Desde luego, Tom, porque ¿qué iba a hacer yo con el dinero si no te tuviera a ti? Iré corriendo a casa y al pasar por Stone compraré dos paquetes de Player’s y dulces para las niñas...».

## 4. La tarde

---

### MISS LANCASTER

—Sólo el salón es del siglo XVII; el resto, naturalmente, es bastante más moderno, y los dos pisos superiores apenas si cuentan cincuenta años.

La visitante toma unas notas en el bloc que lleva en la mano. Su marido —debe de ser su marido— resopla con frecuencia y contesta con gruñidos ininteligibles a las explicaciones de *Miss Lancaster*. La directora de la Casa piensa que es uno de tantos maridos americanos que desfilan aburridos por los museos, catedrales y palacios de Europa, entre los gritos admirativos de sus cultas mujeres y las monótonas explicaciones de los guías.

La visitante inquiere.

—Así que llaman ustedes a esto la Green House, ¿no es así? Y ¿por qué?

*Miss Lancaster*, paciente, y también un poco rutinaria, explica:

—No, señora, no es Green House sino Gray House. ¿Por qué? Ni yo misma podría decírselo. Parece un capricho de *Sir Charles*, que construyó el salón para conciertos. Vean el coro: allí tocaron más de una vez los músicos de la corte. En este salón se reunía con frecuencia lo más destacado de la nobleza inglesa durante los siglos XVII y XVIII. *Sir Charles* era un gran aficionado a la música y un gran entendido.

*Miss Lancaster* habla con orgullo de propietaria, de descendiente de todas las glorias de Inglaterra. La pareja, intimidada, guarda silencio un momento. Luego se despiden. El marido intenta dar una propina a *Miss Lancaster*. Lo intenta repetidas veces aunque su mujer, que se ha dado cuenta de la situación, le da un codazo violento, y aunque *Miss Lancaster*, roja de vergüenza y de ira contenida, le explique que aquello es una institución privada, universitaria, y que sólo en casos excepcionales, de turistas especialmente recomendados, se permite visitar el interior. La mujer trata de arreglarlo todo con sonrisas y alabanzas. «Maravilloso, doctora —sin saber por qué ha decidido llamar doctora a *Miss Lancaster*—. En los Estados, desgraciadamente, tenemos tan pocas oportunidades de admirar la antigüedad en todo su esplendor...». «En los Estados —pensó *Miss Lancaster*— deben de abundar tanto los tontos como los dólares... La antigüedad... ¿Es que puede darse mayor antigüedad, entendida como primitivismo, que la de esta gente?».

*Miss Lancaster* está sentada en un sillón de su despacho, ante una mesa repleta de papeles y carpetas. Frente a ella, de pie, esperándola, la secretaria de la Casa sonrío.

«*Miss Dudley* y su sonrisa... Bendita sonrisa...».

—Está arreglado el alojamiento de las australianas, *Miss Lancaster*.

Lucila Dudley ha hablado porque los ojos de la directora, interrogantes, se habían dirigido a ella.

—Muy bien, *Miss Dudley*, muy bien. Usted siempre tan eficiente... Y ¿qué tal la muchacha española que llegó ayer?

—Bien, creo que irá bien en el comedor. De momento interesa más que esté en el comedor. Louise es una buena instructora... A propósito de Louise, me ha pedido las vacaciones para el mes que viene. Se casa su hijo, ¿qué le parece?

*Miss Lancaster* frunce el ceño. Retira con un gesto un tanto brusco los papeles que hay en el centro de la mesa y apoya los codos sobre el tablero de madera oscura, encerada. Con la palma de la mano se acaricia la frente.

—Muy mal, querida, muy mal. Me parece muy mal porque el mes que viene tenemos por lo menos dos fiestas: la fiesta que da la Casa a las residentes extranjeras y el banquete de boda de *Miss Rye*. ¿Se acuerda de *Miss Rye*? Se casa con un médico que está en Suráfrica... Se casa el día 15 de julio... Por favor, pídale a Louise que retrase sus vacaciones o la boda de su hijo o lo que haga falta. No podemos prescindir de ella. Es una excelente camarera y aunque nos envíen dos más de Lee...

*Miss Dudley* asiente con gestos mudos todo el tiempo que dura la explicación de la directora. Luego, vuelve a sonreír.

—Lo intentaré, *Miss Lancaster*. Hasta mañana. Estoy invitada a cenar con unos amigos. Es sábado, *Miss Lancaster*.

La secretaria se retira. La directora se echa hacia atrás en el sillón y enciende un cigarrillo. «Tiene posturas de hombre —diría Rachel—, igual que un hombre. Y con esa voz y esa risa de caballo y ese cuerpo grandote, destartalado».

«Se casa su hijo, se casa *Miss Rye*, ¡bah! A todo el mundo le da por casarse... *Miss Rye*, casada y en África... Adiós carrera. La doctora Rye se ha acabado. Señora X... Ni siquiera ayudará a su marido. Estas mujeres que van a Suráfrica acaban haciendo vida de sociedad exclusivamente... Doctora Rye... Doctora Lancaster, como dijo la americana. Doctora Lancaster, doctora en Leyes. ¿Acaso es mejor dedicarse a buscar alojamiento en la Casa a unas australianas, y suplicar a una camarera que me ayude?, ¿acaso es mejor que casarse y acabar asistiendo a fiestas diplomáticas en África del Sur?».

*Miss Lancaster* gusta de hacerse preguntas a sí misma. «¿Es esto lo que yo quería cuando entré en la Casa?», solía decirse. Las preguntas enlazaban con otras preguntas, pero *Miss Lancaster* nunca se preocupaba de encontrar respuestas.

Más que fumar, la directora mordía el cigarrillo. Rachel lo había observado muy bien y lo comentaba en la cocina con las demás: «El otro día cuando fui a cobrar, estaba allí *Miss Lancaster*. No podéis figuraros qué aspecto tenía. Daba zancadas con sus patas de caballo y mordía un cigarrillo».

Al fumar, *Miss Lancaster* gustaba de cerrar los ojos y hacerse pequeños proyectos

inmediatos, como: «Esta tarde me lavaré la cabeza», o «mañana visitaré a Lina», o «tengo que comprar el último libro de Bertrand Russell». Planes pequeños que la aliviaban de momento en su trabajo. Al abrir de nuevo los ojos, parecía que éstos habían aclarado su color, que, en algún lugar de dentro, habían recuperado dos chispitas de alegría.

Cuando Rachel, en la cocina, hablaba mal del físico de la directora, Louise la defendía apasionadamente y empleaba siempre como supremo argumento los ojos.

—Ah, Rachel, quisieras tener sus ojos. Es el azul más azul que he visto en mi vida. Reconozco que la boca es fea y los dientes de caballo, como tú dices, pero los ojos valen por todo.

Rachel no quería discutir y se callaba.

*Miss Lancaster* no pensaba nunca en sus ojos ni en su cara ni en nada que se refiriera a la belleza del cuerpo. No es que pretendiera no ocuparse, es que ya hacía mucho tiempo que había llegado a esta indiferencia. Cambiaba de trajes con la estación, y este concepto puramente meteorológico del vestido sólo se alteraba un poco cuando asistía a una fiesta: entonces se colocaba su eterno traje de seda gris perla y olvidaba enseguida el pequeño y molesto tributo que había tenido que pagar a la sociedad.

El reloj del despacho de *Miss Lancaster* marcaba las cuatro. Las campanadas cayeron sobre la directora como un aviso. «Las cuatro ya... Estas visitas... Sábado. *Miss Dudley* estará pagando a las chicas. Pero no, lo habrá hecho ya. Hoy tenía prisa... Sábado. No estaría mal llegarse a cenar con Lina... Mañana revisaré las cuentas... No estaría mal». El cigarrillo humeaba todavía en un cenicero de plata con motivos aztecas regalo de una amiga viajera. Inclinandose sobre la mesa, la directora dio por terminado su minuto de descanso y alivio y se puso a leer cartas aburridas que había que contestar.

«Alojamiento para el día 2... Alojamiento para agosto... Presupuesto de cortinas... Alojamiento... Petición de visita colectiva al salón... La visita... Doctora Lancaster».

## ISOLINE KATZ

«Falta sólo una hora para el té».

Isoline piensa: «Han pasado dos horas desde la comida, falta sólo una para el té».

Cuando Isoline espera todo el día una conferencia telefónica desde París, Roma, Amsterdam o cualquier otro punto del continente, no puede salir de la Casa. Isoline se aburre mortalmente y mide el pasar del tiempo por las comidas. Falta una hora para el té, tres horas para cenar, etcétera.

Isoline tiene ojos gatunos. Cuando habla con alguien, se le queda mirando somnolienta, impertinente, y el otro no puede por menos de temer el zarpazo inminente de sus manos cuidadas.

En el fichero de Kate, Isoline figura como Isoline Katz, periodista, Suiza. Tiempo que piensa permanecer en Inglaterra: indefinido. Trabajos en que se ocupa: crónicas sobre la vida inglesa para un periódico suizo.

Isoline gasta mucho dinero. No en la calle, porque apenas sale, sino dentro de la Casa. Encarga constantemente cosas: vino francés para sus invitados en el gran salón, flores para su mesa, dulces y helados especiales para su té. Isoline recibe cada semana a dos invitados, por separado. Los lunes viene a cenar un señor moreno, de aspecto extranjero, italiano quizá, joven y bien vestido. Isoline pide una mesa de las del coro, arriba, de las reservadas para los invitados de honor (tres chelines de recargo). Durante la comida, Louise observa que la pareja habla un idioma extraño. «No es francés, Rachel, ¿crees que no he oído hablar francés? Tampoco es alemán. De sobra sabes que Charlie trabajó en Alemania y habla muy bien ese idioma de perros. No, tampoco es italiano, ni español. ¿No ves que no lo entiende *Miss Fiorina*? He visto la cara de *Miss Fiorina* el otro día al oírles, cuando salían del salón. Ah, y tú sabes que *Miss Fiorina* entiende perfectamente a *Miss Soto* y *Miss Soto* a *Miss Fiorina*. Te digo, Rachel, que no es un idioma cristiano». Tanto a los invitados del coro como a los de abajo, del salón, se les sirve en la mesa. Con ellos es una excepción el *help yourself* de las residentes. Por eso Louise tiene oportunidad de observar de cerca a los invitados de Isoline Katz.

Los miércoles llega el segundo invitado. Es viejo, inglés y va mal vestido. Con éste, *Miss Katz* cena abajo, en el salón, pero también pide vino. Hablan en inglés. Louise entiende lo que dicen pero no le interesa. Hablan de libros, de autores. «Tú sabrías de quiénes, Verónica, tú que has leído tanto en casa de tu madre y has recibido una educación tan distinta de la mía».

Isoline no sale nunca con ninguno de sus dos invitados semanales. A veces han venido otros a tomar el té, cualquier tarde, y no han vuelto. Un único día estuvo una mujer a comer. La mujer era también extranjera, no cabía duda. Louise no estaba de servicio aquel día. Sirvió Mary, y como Mary sólo conoce el inglés no pudo informar en la cocina de si lo que hablaban era idioma cristiano o no.

Isoline Katz espera hoy una conferencia con Portugal, con Lisboa, ya se lo advirtió a Kate. Probablemente no llamarán antes de la cena, pero es necesario aguardar. Falta una hora para el té.

Isoline, en su habitación, se derrumba en una butaca. Está cansada de no hacer nada, de esperar a que el tiempo pase, de desear que pase deprisa.

Extiende la mano y busca un libro en la mesa que tiene al lado. No se molesta en volver la cabeza para facilitarse la búsqueda. *A tientas*, alcanza un volumen color

naranja. En el lomo: *Novelas de detectives*.

El libro se le cae de las manos sin abrirlo. Isoline siente los ojos doloridos, los párpados pesados. Piensa que con los ojos cerrados oíría mejor el timbre del teléfono del piso cuando indique conferencia. Con los ojos cerrados los sonidos llegan más claros.

«Así se concentra en el oído toda la atención, todo el interés. Las cosas que se ven distraen aunque sean cosas tan conocidas como los horribles muebles de este cuarto».

Isoline no sólo encuentra horrible el cuarto que le han dado en la Casa, un cuarto magnífico del segundo piso, que mira al río.

—El mejor cuarto, por favor, que tengan libre —había pedido cuando llegó el pasado mes de abril.

También encuentra desagradable el clima de Londres, insuficientes los medios de transporte —aunque sale tan poco que no los necesitaría, excepcionalmente buenos —, detestable la comida...

—Por favor, ¿no podrían hacerme una comida especial? —pidió un día a la secretaria de la Casa.

*Miss Dudley* la miró un poco sorprendida y luego dijo:

—Lo siento mucho, *Miss Katz*, pero no es posible. Comprenda usted que con tantas residentes y tan escaso el servicio... De todos modos si usted no está contenta y quiere buscar algún otro sitio, nosotras no se lo reprocharíamos. Ya comprendemos que a veces es difícil para los extranjeros adaptarse a nuestra comida nacional.

«Comida nacional... —se repitió interiormente Isoline—. Porquería nacional». Pero no habló de irse. Se limitó a contemplar un momento a *Miss Dudley* con su mirada gatuna y a sonreír impertinente como nunca. Isoline derrochaba el dinero sin apenas moverse de la Casa. Todas las semanas había dos o tres conferencias con un país extranjero que corrían a su cuenta. Eran las conferencias que ella solicitaba con misteriosos números y letras (aparte de esto había otras dos o tres llamadas, también desde fuera de Inglaterra, para ella). «Federico desde Lisboa, sábado tarde. J.» Isoline se sabía de memoria el texto del telegrama que le había dado el miércoles en el comedor el señor inglés, viejo y mal vestido.

«Lisboa... El Mediterráneo... ¿O Lisboa no está en el Mediterráneo? De todas formas, Lisboa está en España y España... Oh... Este odioso país. ¿Cuándo llegará la llamada? Lunes, Beatriz, desde Berna. J. El lunes, encierro total, mañana y tarde. ¿A qué hora llamará? Desde Berna. Me gustaría ir a Suiza alguna vez... Isoline Katz, periodista, Suiza. Ir a Suiza sí, pero el periodismo no. Periodista como Franz Lippman. Franz con su nuez aguda, bailarina, que obsesiona cada vez que se habla con él. Periodista como Franz, no. Con la nuez hiriente de Franz, no. Ir a Suiza es distinto. Hay nieve y lagos. Lagos. Lagos. Lagos».

## EMILY

De pie, de espaldas al espejo de la chimenea, Emily cuenta una y otra vez el dinero que tiene en la mano. Tres libras. Sesenta chelines. Una semana de trabajo, de madrugar y limpiar habitaciones. Un día libre y una jornada doble: la vacación semanal de Verónica. Tres libras.

El espejo refleja media espalda de Emily: la cabeza, la permanente barata, exageradamente rizada. Refleja también un frasco de colonia que hay en la repisa, un frasco de esmalte de uñas, un cepillo del pelo con un peine clavado, abriendo brecha entre los hilos de nylon, tiesos y duros.

Emily parece extasiada con el dinero en la mano. Ya no le da vueltas, lo deja quieto, inmóvil, reposando en una de las manos. Tres billetes no muy grandes, tres billetes por una semana. «Por una semana, Emily, por una semana de tu vida. Pero tampoco es mucho una semana. ¿Para qué querría yo una semana regalada? ¿Para qué quiero yo las dos semanas de vacaciones que me regalan?».

Emily vuelve a mirar el dinero, fijamente, y se pregunta: «¿Y para qué quiero yo este dinero? El vestido de Selfridge's. El vestido de las flores grandes, rebajado. Me estaba muy bien. Un vestido de verano para..., para ir al cine alguna vez».

Emily coge, apuña las tres libras y va a guardarlas en una caja de cartón que está sobre el estante. En la caja hay más dinero: cinco medias coronas y dos chelines.

«Creo que lo mejor será que me meta en la cama, a descansar», decide Emily. Pero antes enciende un cigarrillo. «A *Miss Jackson* le molesta el humo, dice Verónica. *Miss Jackson*, la asquerosa puritana, mal bicho... Ella no fuma, no. Ella no fuma, Emily, porque no sabe lo que es tener los nervios destrozados... Ella duerme seguramente. ¿Dónde estaría este viejo loro cuando bombardeaban Londres? Las mujeres británicas y la raza... La cochina vieja...».

Un solo golpe en la puerta.

—Entre.

*Miss Jackson*, desde el umbral, se queda mirando a Emily, seria y despectiva. Se dulcifica un poco al suplicar.

—Perdone, Emily. Ya sé que ha terminado usted, pero, por favor, ¿querría ayudarme a preparar la habitación de al lado? La de Teresa, ya sabe... Quiero que se traslade hoy mismo porque necesitamos tener libre el otro hueco, en la habitación que ocupó anoche... Llegan cinco australianas.

Emily ha seguido fumando, de pie. Con calma deja el cigarrillo sobre un cenicero de metal. Lo aplasta y con su voz un poco chillona contesta.

—Vamos, *Miss Jackson*, cuando quiera.

La habitación de al lado es la primera del cuarto piso. La de Emily, la segunda. La tercera está ocupada por Kate. La del fondo, la más grande y luminosa, es la de *Miss Jackson*. Son las únicas que duermen en la Casa aparte de *Miss Lancaster* —primer

piso— y *Miss Dudley* —segundo—. El resto del servicio vive fuera.

La primera habitación no había sido habitada en mucho tiempo —«Desde el verano pasado, ¿cuando estuvo Jacqueline?», recuerda Emily—. Las residentes almacenaban en ella, durante el curso, las maletas vacías, los baúles, en desorden, mal colocados, ocupándolo todo. Había que despejar la habitación. Emily fue sacando cosas.

—El portero de noche, cuando llegue, las bajará al sótano; en verano no se estropearán.

La cama estaba sin hacer. El colchón-somier, tenso, nuevo, se cubría con una tela ordinaria.

—Voy a buscar ropa de cama mientras usted limpia esto.

«La vieja bruja —pensó Emily—. Ayudarla es siempre lo mismo: hacer las cosas que ella tiene obligación de hacer».

Con rabia, con cansancio, fue limpiando el piso con el cepillo. Luego, con desgana, quitó el polvo de la chimenea, del espejo, de la estantería y la mesa, vacías. Corrió la cortina del armario y sacó los estantes, para limpiarlos.

«Pobre chica, a las órdenes de *Miss Jackson*... ¿A qué vendrán aquí estas estudiantes que estarían tan a gusto en su país? Ésa que sube debe de ser *Miss Jackson*: “¿Ya ha terminado usted, Emily? ¿Por qué no dejó algo para mí?”».

Pero no es *Miss Jackson*; es Teresa, con dos maletas en la mano, que se detiene e interroga.

—Perdone. ¿Es ésta mi habitación?

—Sí, ésta es su habitación. La estaba limpiando un poco... Hace tiempo que no se usa.

Teresa deja las dos maletas en el suelo y entra en la habitación. Quita suavemente la bayeta de las manos de Emily.

—Gracias; yo continuaré limpiando. Gracias.

Emily se encoge de hombros.

—Como usted quiera. Adiós.

Teresa se queda sola en la habitación.

«¿Por qué no he sido más amable con esa chica? Debería haberle dicho: “Yo soy Emily y vivo aquí al lado, en la puerta siguiente. Estoy encargada del segundo piso. Bienvenida, Teresa”. No le he dicho nada y Teresa me odiará como las demás. Todas me odian porque no soy capaz de dominar mis nervios ni este mal humor constante...».

Emily ya está en su habitación. Se apoya en el alféizar de la ventana y mira al patio fresco y sucio, común a varias casas de la vecindad. Siente que el cansancio no es tan fuerte y que puede decidirse a salir.

«Iré al cine, a un cine del West End. A cualquiera. Tengo tres libras enteras y es

sábado. Si me acuesto ahora estoy segura de que me vendrá la pesadilla. Estoy segura. Si salgo, dormiré mejor a la noche».

Antes de salir, antes de empezar a arreglarse, Emily enciende un nuevo cigarrillo.

## TERESA

La tarde ha cambiado de aspecto repentinamente. Se ha vuelto oscura, pesada, un poco angustiada. San Pablo se viene encima con su mole grisácea. San Pablo tiene un jardincillo ingenuo, como de iglesia pueblerina. En él se puede descansar un poco, sentarse y tratar de respirar. La puerta principal está cerrada, pero no me ha importado mucho. Prefiero esta impresión de conjunto, este rato en el jardín. La alta escalinata estaba llena de turistas que tomaban fotografías.

Hoy no quiero seguir más adelante. Creo que acertaré a volver sin preguntar. Autobús 60 hasta Marble Arch, autobús 137 por Hyde Park. Tenía verdaderas ganas de llegar hasta aquí o hasta cualquier otro lugar, fuera y lejos de la Casa. Me parece que hace mucho que llegué. Es imposible imaginar que todavía hace dos días estaba en París. En la Casa hay una atmósfera tranquila, todo marcha tan ordenadamente; cada cosa a su hora, en silencio. Por eso, al entrar a formar parte del movimiento rítmico de la Casa se pierde la sensación del tiempo.

Si lloviera, desaparecería esta opresión. No hace frío ni calor, no. Es como un cerco sólido, la pesadez de las piernas, la respiración... Toda la mañana de trabajo, como si estuviera allí desde siempre sin darle nadie importancia. Estaba deseando asomarme a Londres. Es curioso que este paseo a través de la ciudad me haya aturrido tan poco. A pesar de la gente y los coches y el obsesivo girar de los anuncios, hay en las calles algo de la sosegada quietud de la Casa. Hay una imposibilidad física de que las cosas se muevan deprisa.

Han caído ya varias gotas. Al fin, llueve. Dando la vuelta a la catedral hay un buen resguardo: el hueco entre dos escaparates de una tienda que avanza en un portal. Ya no están los turistas de la escalinata. Sin saber de dónde, han comenzado a surgir impermeables amarillos, con capuchón, que los ciclistas llevan como un uniforme. La mujer de las flores con su sombrero negro, un poco viejo, se levanta, coge su cesta y se marcha en busca de algún conocido refugio.

La lluvia no dura mucho. Salgo del portal. De todos modos ha sido suficiente. Se respira mejor. Voy a andar hasta que me canse; Ludgate Hill, Fleet Street arriba. La gente del sábado camina sin apresurarse. La alegre tarde, la alegre noche del sábado está empezando. Todas estas gentes irán a divertirse a alguna parte. ¿Al cine, al teatro, a bailar? Las parejas van cogidas de la mano, sin hablar. La gente camina un poco somnolienta, un poco dormida. Debe de ser la lluvia y la hora. Yo también me

siento llevada paso a paso, sin quererlo, sin proponérmelo, un poco a tientas en la última claridad. La lluvia ha lavado la calle y las aceras. Al llegar a una parada del autobús me detengo. Prefiero andar luego, más adelante, acercarme a la Casa paseando desde Hyde Park.

Desde Hyde Park Corner se puede entrar en una red de calles iguales, en dirección del río, todavía un poco lejano. Creo que he perdido el último camino, la última dirección que me indicó una mujer que estaba parada junto a un cruce de peatones, sin decidirse a pasar. Todavía es pronto. Puedo seguir perdiéndome y buscar luego el camino. Las calles de este barrio están solitarias. Son calles largas bordeadas de casas con jardín. Las casas son muy parecidas: de ladrillo rojo, con grandes ventanales, de una sola planta. En casi todos los jardines hay un coche de niño vacío y en cada ventana abierta, un gato inmóvil, como de piedra, que contempla la llegada de la oscuridad.

En la acera, hay un niño que, de pronto, se ha quedado también en suspenso, con el palo o el aro del juego en la mano, pensativo. En algunas casas se encienden luces en silencio. El sábado parece haber llevado a la gente lejos de aquí o quizá es sólo el momento, el tránsito misterioso de la luz a la noche.

Instintivamente, tuerzo a la izquierda y de calle en calle dormida, voy a parar a una más grande, iluminada, comercial, con autobuses y gente. Una calle que ha entrado decidida en la noche del sábado. El río no está lejos; sigo la nueva dirección que me indican y alcanzo la sombra un poco inquietante del paseo, a su orilla. Sin acercarme a los árboles, camino deprisa, junto a las casas. En el borde de la acera, al lado de la puerta abierta y luminosa de un *pub* está sentado un grupo de chicos y chicas. Tienen en la mano barros de cerveza, charlan y ríen y charlan, sin ruido. Parecen estudiantes, sentados en el bordillo de la acera. Una pareja se sienta un poco más lejos, con los barros en el suelo, a su lado, y las manos entrelazadas. Del *pub* salen risas y voces un tanto destempladas, de hombres que empiezan a alcanzar la medida en que la inofensiva cerveza se vuelve alegre y parlanchina.

La Casa está aquí, enseguida. El jardín de la Casa tiene un paseo largo. En el primer piso y en el tercero hay luces encendidas.

## 5. La noche

---

### TERESA

Al entrar en la Casa ya es de noche. Louise está en el salón terminando de servir la cena.

—¿Has salido sola? ¿Te has divertido? Siéntate a cenar.

Como no estoy de servicio ceno en el gran salón. Los sábados cenan pocas residentes en la Casa, al menos a la hora en que se sirve la cena. Pero muchas se apuntan para cenar tarde, cuando llegan de la calle. Louise les guarda los platos con sus raciones de pudding y carne, y a las diez, las once, la una o la hora en que vayan llegando, los recogen de la placa caliente.

Después de cenar subo a mi habitación. Louise me ha advertido:

—Mañana harás el servicio del comedor con Mary. No estaré yo. Pero no te preocupes. Los domingos es muy fácil: comida fría. Mary te ayudará mucho.

El ascensor sólo llega al tercer piso. Luego está el pasillo de madera encerada y al fondo unas escaleras. Hay que subir andando un piso más. Me alegro de tener una habitación para mí sola. Tengo espacio suficiente para guardar todas mis cosas. La ventana es triste y da a un patio, negro del humo de las mil chimeneas que se ven desde aquí. Pero tiene buena luz. Una luz gris que parece venir de abajo, del fondo del patio, a pesar de estar tan cerca del cielo. Las casas cercanas son bajas, de una sola planta o de dos. No impiden ver a lo lejos. A la lejanía de tejados y tejados. Sobre la mesa hay un papel extraño, un papel que yo no dejé al salir. Lo desdoble: *Welcome*. Y continúa en inglés: «He venido a visitarla pero no había nadie. La puerta estaba abierta y me he tomado la libertad de dejarle este billetito. Vivo en el segundo piso, tres, y me gustaría saludarla. Soy uruguaya. Welcome, Delia Soto».

¿Uruguaya y me escribe en inglés? Un inglés muy defectuoso por otra parte. Una uruguaya. Alguna vez necesitará hablar español. Es tranquilizador saber que hay una residente que habla castellano, aunque me dé la bienvenida en inglés. Mañana la saludaré.

### DOCTORA RUPA

—No se preocupe usted, Marjorie. Esto no es nada. La fiebre ha desaparecido, prácticamente. Las décimas son consecuencia natural de un resto de infección que

está a punto de extinguirse. Con esta inyección dormirá usted muy bien.

La figura blanca de la doctora se mueve de un lado a otro de la habitación. Dentro de su gran cartera, la doctora Rupa lleva siempre preparado todo lo que puede necesitar. En sus visitas a las residentes no tiene ayudante; ella misma hierve el agua en la cocinilla de gas, en el *office* del piso. Ella prepara, levanta, arregla a la enferma. Es verdad que las enfermas de la Casa nunca son graves. Para casos graves está, enseguida, el hospital.

Marjorie, después de la inyección, se ha quedado quieta, recostada sobre la almohada.

—Pero ¿podré levantarme mañana? —suplica.

La doctora está recogiendo sus instrumentos de trabajo. Aguja, jeringas, algodón van desapareciendo en la gran cartera. Sonríe y su sonrisa ilumina la cara ancha y morena, llena de bondad.

—Desde luego, Marjorie. Puede levantarse un rato y bajar al jardín si se siente con fuerzas. ¡Ah! Y nada de disparates; nada de baños rápidos y refrescantes...

La doctora Rupa tiene una inagotable capacidad de ternura, paciencia y comprensión para sus pacientes de la Casa. Su profesión adquiere con ellas matices sutilísimos, calidades extracientíficas. Con un profundo instinto materno, la doctora practica una medicina psicosomática que se explica a sí misma en los ratos de tranquila meditación.

«Cómo buscar el pulso, cómo auscultar e interrogar fríamente, ignorando la mirada, la ansiedad y, sobre todo, la tremenda soledad de estas muchachas. Ah, las causas de la enfermedad suelen ser tan complejas...». Para la doctora Rupa las residentes son todas muchachas: jóvenes, maduras o viejas, pero muchachas al fin.

Ahora se ha despedido de Marjorie y, al subir a su habitación —tercer piso, al fondo—, va pensando en ella.

«La alegría que tiene Marjorie... El afán de ver las cosas, de conocer personas... Marjorie, tan joven, con su añoranza del lago y del hogar y, sin embargo, empeñada en aferrarse aquí... Ojalá triunfe al fin la añoranza».

La doctora Rupa sube las escaleras sin cansarse. Rara vez reclama el ascensor. A los cincuenta y cinco años, después de un día de intenso trabajo, Rupa O'Connor no se siente fatigada.

Ha llegado a hacer de su trabajo el más extraordinario y cambiante entretenimiento, el único imperativo, fresco y siempre renovado, de su vida.

La ocupación a que la doctora Rupa dedica la mejor y mayor parte de sus energías no es la visita de enfermos. Durante toda la jornada —de ocho a cinco—, y durante todo el día, si no hay nada importante en la Casa, trabaja de ayudante en el laboratorio de un famoso investigador médico. La doctora es allí una humilde, anónima pieza, que sigue extasiada el curso de los trabajos de su jefe, callada,

absorta, dispuesta a encargarse de la parte más pesada.

«Bien sé que no seré nunca una Marie Curie —se dice Rupa O'Connor muchas veces, contemplando el retrato de la investigadora que está colgado en su cuarto, sobre la chimenea—. Pero también es verdad que el doctor no sabría prescindir de mí, que me necesita casi tanto como a sus cultivos».

La doctora Rupa, que no ha sentido nunca la alucinada visita de una intuición creadora, de una revelación, es del todo feliz sólo con esa participación suya, silenciosa y necesaria, en el misterio. Cree en el proceso milagroso que su jefe ha provocado y espera, de un momento a otro, la revolución científica que sobrevendrá.

Esto es lo realmente importante: ser testigo en la elaboración del milagro, en la transformación, en la comprobación final.

Lo demás, las visitas a las residentes, responde a otras razones, a otras necesidades que nada tienen que ver con la verdadera vocación. Existe una razón práctica, material: la Casa le da comida, habitación y un pequeño sueldo, por sus funciones de doctora. Luego, hay otras cosas. Impulsos sentimentales que obligan a Rupa, casi a pesar suyo, a salir de vez en cuando de la celda aséptica en que se ha refugiado, que la obligan a descender de su limbo paradisíaco para ponerse en contacto con la inquietud y el dolor de los otros.

En el fondo de esta tendencia humanitaria late la herida vieja del recuerdo. El marido joven, muerto en la otra guerra, la juventud destrozada, la desesperanza final.

—Es difícil conquistar la serenidad —dice gravemente la doctora Rupa a alguna de sus pacientes—. Pero se consigue...

Lo dice con su sonrisa ancha, que le transforma el rostro. Luego se mete las manos en los bolsillos de su bata blanca y se retira sin cansancio, como ahora, después de la visita a Marjorie, sin sentir el peso de sus años.

En su habitación, la doctora Rupa se detiene sólo un momento. Deja la cartera sobre la mesa y con un gesto de alivio vuelve a bajar las escaleras. «Es sábado, habrá que divertirse un poco...».

Desciende hasta la planta baja, cruza ante el gran salón oscuro y vacío y entra en el saloncito de las sobremesas. Enciende una luz, la luz de la lámpara de pie; gira el mando de la radio y pone en marcha el pick-up. En un armario están los discos: la doctora conoce muy bien el orden, los títulos y los intérpretes de las grabaciones. Elige sin dudar: un programa ligero, intrascendente, alegre. Música popular, canciones de moda, bailables...

Hundida en el sillón, la doctora Rupa empieza su noche de sábado.

JOAN BRACKLEY

Joan apaga la luz y cierra al salir la puerta de su habitación. Se sube el cuello de la gabardina y va hacia la puerta de hierro: el ascensor está subiendo. Con el dedo apoyado en el botón de la llamada, Joan espera el cesar brusco del ruido, el chirrido del muelle al cerrarse en el segundo piso. Pero el ascensor no se detiene, se acerca, viene hasta el tercer piso. A través de las rejillas, Joan ve aparecer en la jaula de madera a Kate, la muchacha de la oficina de recepción. Kate abre la puerta.

—Buenas noches, *Miss Brackley*. Estupenda noche de sábado. Después de la lluvia, la temperatura es tan agradable... Casi frío.

Brackley escucha las palabras de Kate sin contestar; la mira como si no comprendiera bien lo que está oyendo. Al fin dice:

—Buenas noches, Kate. Voy a dar una vuelta, cerca; ya sé que es sábado.

Dentro del ascensor, Joan se repite en voz alta:

—Es sábado, claro que es sábado.

Bajo el brazo lleva el bolso, apretado. Le brillan los ojos. Los de Joan son negros como su pelo y brillan siempre.

«Claro que es sábado, pero se ha pasado muy rápido en la cama... Podía haber bajado a cenar, noto en el estómago un gran vacío... ¿desde anoche? No, esta mañana he tomado el té del desayuno. La mermelada y el pan no, pero el té lo he bebido».

La puerta del ascensor; la otra puerta. En el reloj de la planta baja son las diez menos cuarto. Joan sale al jardín. El jardín tiene un paseo largo. Los pasos de Joan se hacen cada vez más rápidos.

Joan es americana. Ha llegado hace tres semanas. Es licenciada en Leyes y ha trabajado en Viena en las oficinas del Ejército de ocupación. Viene a Londres a buscar trabajo. Se admira de todo lo que ve en la Casa: de la historia, de los muebles, de la cara de *Miss Lancaster*. Y dice cada vez que se admira: «Dios Santo».

Es alegre y amable. Cuando llegó a la oficina de Kate, con las maletas, parecía nerviosa y dijo:

—Una habitación, por favor, señorita. Me envían de la Embajada, me han dado allí esta dirección. Llevo dos días en Londres recorriendo hoteles, hoteles espantosos, Dios Santo, y carísimos. Una habitación no muy cara, por favor, y alguien que mueva estas endiabladas maletas.

Kate consultó con *Miss Dudley* y le dieron una habitación del tercer piso. Antes de subir, allí mismo, de pie y excitada, con las maletas a su lado, Joan abrió el bolso, contó dinero, y pagó una semana adelantada. Luego se encerró en su cuarto y estuvo veinticuatro horas sin salir. Emily tuvo que llamar muchas veces a la mañana siguiente cuando intentó servirle el desayuno. Por fin, Joan abrió con cara de sueño, cogió la bandeja, la colocó sobre la mesa y se volvió a meter en la cama. A la noche se levantó y bajó con cara de susto, Dios Santo, preguntando a todo el mundo a qué hora y dónde se cenaba.

Desde entonces nadie se volvió a ocupar de ella, ni de sus desayunos intactos ni de la ausencia de su nombre en los tableros de la comida y la cena, aunque era fácil suponer que estaba arriba, encerrada, porque Emily no había podido entrar a limpiar la habitación. Para Joan fue un alivio comprobar la absoluta independencia de que podía disfrutar en la Casa.

El jardín tiene un paseo demasiado largo. Los pasos de Joan son lentos. Llama. Abre el portero de noche. El ascensor está a la derecha. No, no es esta puerta. Aquí. Tercer piso. Joan no enciende la luz de su habitación. Tropieza ciegamente y se apoya en la chimenea. Un reloj cae al suelo. La débil luz que entra de la calle se refleja en la esfera: las once menos cuarto.

Joan intenta cogerlo pero el reloj se escapa, desaparece... Es mejor dejarlo.

*Lo dejaremos todo e iremos a la guerra... Iremos a la guerra y dejaremos a la rubia Molly regando su jardín...*

El hombre del *pub* cantaba aquello y también bebía solo. Tenía el pelo rojo y gafas gruesas de cerco oscuro.

«¿Cerveza, señorita? Ya es la hora, señorita. No se puede beber más. No se puede beber. Los Estados Unidos han venido aquí a moralizar el país y no simplemente a liberarlo. Lo siento, *Miss Brackley*».

Joan ha encontrado la cama. Se sienta y dando al pie un impulso desproporcionado, arroja al aire un zapato, luego otro. Tiene frío y la cabeza le arde. Se acurruca bajo el edredón. La almohada está deliciosamente fresca. Debajo de la cama, el reloj, con la cara pegada al suelo, recorre las horas iguales, los minutos vacíos de la noche.

## EL PORTERO DE NOCHE

«Las gallinas viejas son las últimas que entran en el gallinero», piensa Polish mientras cierra la puerta detrás de *Miss Dudley*, que viene elegante y sofocada. Sobre el traje azul estampado de aros blancos, lleva prendida una rosa roja, cerca del hombro.

—Buenas noches, Polish. ¿Ha cenado usted ya?

—Ahora mismo iba a bajar, *Miss Dudley*. Buenas noches.

«Pocas deben de quedar fuera —se dice Polish—, aunque hoy es sábado y hasta las viejas tienen derecho a divertirse».

En el reloj de la oficina de recepción son las dos y media. Polish baja las escaleras del sótano. Por el pasillo, el olor señala el camino de la cocina. Polish gira el interruptor. La cocina brilla, blanca y negra bajo la luz de neón. El olor de las comidas del día no ha desaparecido del todo. Las ventanas altas y estrechas, al nivel

de la acera, están abiertas, pero no es suficiente.

El olor está en las cosas, habita en ellas, ha llegado a impregnar madera, hierro y mosaicos. Pero Polish se encuentra a gusto en la cocina y el olor no le molesta: al contrario, le conforta, le acompaña. Con la luz encendida y el agua hirviendo en la tetera negra, sobre la llama rebajada del gas, la noche es corta, hogareña. Tiene algo de noche recién comenzada; la llama dispuesta para la cena, la madre que ha salido un momento y está a punto de volver.

Polish no se dice estas cosas pero las intuye de un modo impreciso. Le acompañan y le protegen en la larga noche de vigilancia. Rachel le deja la cena en el horno caliente. Sobre la mesa, los cubiertos, el pan y el agua. Polish retarda lo más posible el momento de comer. Tiene su tiempo muy estudiado, las horas de la noche perfectamente distribuidas. Hasta las doce, en la oficina de recepción, hojea los periódicos del día, lee los titulares sin entenderlos del todo, contempla las fotografías. A las doce, una taza de té en la cocina, un cigarrillo y otra vez arriba, hasta las dos. Generalmente las residentes llegan antes de esa hora.

«La que no haya venido ya no viene», dice Polish para sus adentros. Y baja definitivamente a la cocina.

El timbre se oye muy bien desde abajo y, si hay una llamada inesperada, Polish puede acudir en dos zancadas de sus piernas jóvenes y fuertes.

Los sábados, Polish se queda arriba hasta un poco más tarde. «Un sábado es un sábado», piensa, como un padre transigente que espera a sus hijos para acostarse.

«Y para uno nunca es sábado», filosofa mientras saca del horno la fuente de la cena. Pero lo dice sin rencor, tranquilamente, porque Polish, el portero de noche de la Casa, está muy lejos de sentir cualquier clase de rebeldía ante el destino, las cosas o las personas. Polish, como le llaman todos, porque efectivamente es polaco y su nombre es difícil de pronunciar y recordar, ha sufrido demasiado como para quejarse ahora de este remanso en que navega desde hace algún tiempo. Polish es joven, simple, no sabe explicarse las circunstancias históricas que le llevaron desde una aldea de Polonia hasta las filas del Ejército británico.

Llegó un día hambriento, destrozado a las trincheras aliadas. No sabía inglés. Le tradujeron los soldados polacos. No tenía mucho que decir, pero sus palabras, repetidas una y otra vez, eran tremendas.

—Padre, madre y los demás ya no están...

Se quedó con la tropa. Vio desfilar lo que quedaba de guerra. Todavía no había encontrado quien le explicara claramente el porqué de todo aquello.

En Londres le hicieron súbdito inglés, ex combatiente. Trabajó en muchos sitios distintos, a disgusto, en trabajos para los que no servía. Cuando iba a alistarse para trabajar en el campo, se presentó a la portería de noche de la Casa.

Al principio, *Miss Lancaster* no le quería admitir.

—Esto va a ser demasiado internacional, *Miss Dudley*. No confío nada en estos extranjeros exiliados. Nadie sabe exactamente de dónde han salido ni lo que se proponen hacer en este país. Es una verdadera nube, una invasión progresiva...

Pero tuvo que aceptarlo porque no se presentó de momento ningún inglés y urgía resolver el problema.

Polish come lenta y reposadamente. Hace durar la cena, como un entretenimiento. Después, una taza de té y un cigarrillo. A las cuatro de la mañana, otra taza de té...

## 6. El domingo

---

### MARY

—Ah, Teresa, ¡qué bonitas iglesias debe de haber en España! Cuando yo era pequeña, mi madre me llevaba a la iglesia. Soy irlandesa y católica —aclara—. Un día el Padre nos habló de las iglesias de España. Mi madre me decía siempre: «Mary, cuando seas mayor, y yo tenga ahorrado bastante dinero, iremos las dos a España a ver las iglesias».

Mary arrastra las palabras, apoyándose en ellas. Balancea una pierna mientras habla. Está sentada en un taburete del *office* del salón. Teresa, de pie a su lado, escucha. Faltan unos minutos para el lunch. Todo está preparado de antemano en los platos: comida fría, fruta.

Mary es tan pequeña que al sentarse en el taburete, las piernas le bailan como a un niño. Mary es pequeña, gordita, fea. Tiene el pelo liso y las manos torpes. Hay algo en ella de animal ciego, de topo al que se ha obligado a vivir en la luz. Los párpados caídos protegen sus ojos, diminutos, exageradamente miopes. Mary no ve, pero no usa gafas.

—¡Gafas, Teresa! Tú también dices que me ponga gafas. Con lo fea que estaría yo con gafas...

Y sonríe melancólica, bonachonamente.

—¿Has visto la lista, Teresa? Quince, sólo quince.

Y se acerca el cuaderno a la nariz. Los ojos de Mary parecen buscar un contacto, un roce directo con las cosas para descifrar su forma y su tamaño.

—Tú apuntarás a las que vayan entrando. Yo te diré los nombres cuando se acerquen. Tú los buscas en el libro. Yo te diré los nombres porque las conozco a todas muy bien...

Mary conoce los bultos, las voces desde lejos. Cuando las personas se le acercan a una distancia mínima, cuando la separación entre ella y los cuerpos prácticamente no existe, entonces puede ver las caras, los trajes.

—¿Para qué necesito gafas, Teresa? Veo todo lo que necesito ver.

Mary vive sola. Procede de Irlanda, donde dejó enterrados a los padres antes de la guerra. No tiene hermanos. No tiene amigos. Vive sola en una habitación realquilada, en un barrio obrero, triste y miserable, del otro lado del río.

—Ah, qué bonita habitación, Teresa. Con su ventana al río... En invierno hay goteras, desde la guerra. Nuestro barrio sufrió mucho. Las casas quedaron dañadas; las que quedaron en pie, Teresa, porque muchas, muchas cayeron para no levantarse.

¿Quién se va a preocupar de ellas si tampoco está la gente que las ocupaba?... Sírvete más, Teresa. Rachel cocina bien. Qué buena está la carne fría...

Mary es cariñosa con Rachel, con Louise, con todas las compañeras de trabajo. Procura tomar parte en sus bromas, avivar con su risa los comentarios pícaros sobre el carácter y las anécdotas de las de arriba. Las compañeras también la quieren, a su modo, sin tenerla muy en cuenta.

—Las compañeras son buenas chicas, ya lo irás viendo, Teresa. Todas tienen muchas cosas en que pensar y trabajan mucho. Verónica tiene dos niñas y Louise, un chico grande. Rachel nunca estuvo casada, pero como si lo hubiera estado porque tiene con ella, desde chico, al hijo de una amiga que murió. El chico la llama madre y Rachel es tan buena que de veras es como una madre para él. Ah, Teresa. Yo tengo mucha suerte de estar sola y no tener a nadie a mi cargo. Después de la guerra y de ver lo que se ha visto no quedan fuerzas para cuidar de nadie...

La tarde madura en el río, en el jardín, en el aire. Entra al gran salón por las vidrieras abiertas, brilla en las bandejas de plata, en la transparencia de las copas; mustia las flores de las mesas, apresurando el sofocado beber de los tallos en el estrecho recipiente de cristal, mediado de agua.

—Va pasando la tarde, Teresa. Tenemos que servir el té. Yo te diré cómo has de hacerlo. Coge diez bandejas y extiéndelas en dos mesas. Iremos colocando en cada una lo necesario. El té no se sirve en las mesas. Las bandejas están aquí y ellas van llegando y lo llevan a donde quieren: al saloncito, a la biblioteca, a su habitación. No te preocupes. Yo te ayudaré. Antes de nada enciende el gas...

El agua está hirviendo. Las teteras individuales esperan en las bandejas con la ración de té en el fondo de su vientre redondo. El agua se echa en el último momento, cuando la residente reclama su bandeja.

—Es tan fácil, Teresa. Lo aprenderás enseguida. Vamos a tomar nuestro té. Come tres pasteles; *Miss Jackson* nos da dos, pero Rachel siempre cuenta alguno de más...

Por el río bajan los *bateau-mouche* domingueros, llenos de gente. Desde *Queen's Gardens* a la Torre de Londres, con escalas intermedias. El río refulge de tan negro, resplandece como un hierro bruñido. Una tarde de domingo con sol. En el jardín lee *Miss Dudley* echada en una hamaca: hoy es domingo, día del Señor, y no se puede trabajar con la carretilla y la regadera.

Así como Louise admira a *Miss Lancaster*, Mary admira a *Miss Dudley*.

—Es muy buena, Teresa, y parece que no hace nada pero lo hace todo. Es muy cariñosa, además. A mí me dice cuando me encuentro con ella por ahí, por las escaleras o abajo, por la cocina: «Buenos días, o buenas tardes, Mary. ¿Trabajamos mucho?». Y yo le contesto: «Claro que trabajamos, *Miss Dudley*, usted y yo»... *Miss Lancaster* es muy diferente. Se cree que lo sabe todo y yo no sé lo que sabrá, pero ándate con cuidado, Teresa, porque te reñirá en cuanto tenga ocasión. Está amargada

aunque yo no sé por qué y se muerde las uñas, seguramente cuando está sola, porque delante de la gente no lo hace. Pero fíjate en sus dedos, no tienen uñas y yo creo que se come hasta la carne...

Se acerca la hora de la cena. Hace un instante, *Miss Dudley* ha plegado su hamaca y después de guardarla en la caseta del jardín, ha empujado la puerta y se ha perdido en la oscuridad de la Casa.

En el puente sobre el río se encienden cuatro luces: dos a un extremo y dos a otro. En el salón se encienden las cuatro lámparas, altas, severas, con sus velas eléctricas.

Mary y Teresa han subido, por el torno, desde la cocina, los platos de la cena ya preparados, y el postre, en dos grandes cuencos de cristal: mermelada y crema.

—Hoy ha habido poco jaleo. Pero algunos domingos cuando a todas les da por quedarse a descansar... Hoy ha sido un día muy hermoso y muchas estarán en el campo. Sírvete más crema, Teresa, por favor. No vamos a dejar este poquito, ¿verdad?

## TERESA

Lawrence, Lewis, Lindsay... Todos, cualquiera. Tengo que elegir uno sólo, pero cualquiera es bueno.

La biblioteca está vacía. Son las diez de la noche. Quiero algo para leer hasta tarde. No tengo sueño y el día de encierro y monotonía —lunch, té, cena, platos, gracias, Mary, platos, comida— me tiene con los nervios de punta. Quiero elegir un libro para llevármelo a mi cuarto. Entra *Miss Dudley*. Es ella la que cierra la biblioteca todos los días antes de retirarse a descansar.

—Hola, Teresa, ¿busca un libro? ¿Conoce a Cary? Joyce Cary. Oh, lea a Cary, entonces. *The horse's mouth*, en el segundo estante, aquí... Cadwell, Caron, Cary.

No he abierto aún el libro cuando llaman a mi puerta.

—Entre.

Una cara desconocida, otra cara desconocida de tantas como han desfilado estos días por mis ojos, llenando mi tiempo, dilatando estos dos días hasta hacerme parecer que han sido muchos más.

—Teresa, ¿verdad?

El español suena bien, descansa. Tiene que ser la uruguaya, la residente de la notita a la que debía haber buscado hoy.

—Sí... Usted me dejó una nota de saludo ayer. Gracias. Siéntese, hoy no he tenido tiempo...

La uruguaya entra en la habitación; se sienta en la cama. No parece muy joven pero es muy esbelta. Morena, los ojos negros y juntos. Me recuerda a alguien; tengo

la sensación de haberla visto antes, en alguna parte, o sus rasgos son típicos o...

—No se preocupe —me dice, y sonrío. Al sonreír las arrugas en torno a los ojos se acentúan—. No se preocupe porque yo he pasado el día fuera de la Casa. He salido temprano con unos amigos y ahora, vea, quería saludarla. Ya sabe usted dónde me tiene.

—Gracias.

Quiero decir algo más. Llevo dos días buscando palabras en la memoria del idioma extraño y ahora no sé qué decir, ahora que puedo decir cualquier cosa en mi propio idioma. La uruguaya se me adelanta. ¡Ni siquiera recuerdo su nombre, la firma de la nota!

—¿Es la primera vez que viene usted a Inglaterra?

—Sí.

—Pues vea, amiga, lo que voy a decirle: se asustará. Usted viene de un país como el mío, con su moral, sus costumbres, y aquí es un asco, amiga. Las mujeres inglesas son de una inmoralidad total. Usted las ve en esos parques, con los hombres... Un asco. Y los niños jugando al lado. ¿Usted vio eso en su país?

El acento suramericano quita dureza al discurso inesperado, al ataque fuera de lugar con el que la uruguaya intenta prevenirme, a modo de recibimiento, o asustarme o curarme de espanto. El dejo lamentoso, la queja prolongada que se sostiene en el aire cuando ya la palabra ha sido pronunciada... Esta mujer tiene algo, sufre o le acaba de suceder algún contratiempo. Al hablar se ha ido apasionando. El pelo, un poco húmedo, se le pega a las sienes. Los ojillos, cercanos, brillan. De pronto cambia de tema y de tono:

—Y este país es una maravilla, créame. Yo estuve aquí en primavera, cuando empiezan a florecer los rododendros y las campanillas. A la mañana me gustaba llegarme a Hyde Park, a la estatua de Peter Pan. ¡Qué maravilla!

Me decido a intervenir, a preguntar.

—¿Dónde trabaja usted?

—Con un gran químico, en la universidad. Yo me recibí de graduada en mi país y quiero hacer un trabajo para el doctorado. Estoy con el profesor...

Pronuncia un nombre extraño que no conozco, ni entiendo. No quiero que se pierda el rumbo lógico, tranquilizador, que va tomando la conversación. Ya tengo la próxima pregunta dispuesta.

—Y ¿qué tal en la Casa? ¿Hace mucho tiempo que está usted aquí? ¿Está a gusto?

—Hace más de un año que estoy aquí. *One year*. Pero vea: la Casa tiene grandes ventajas y algún grave inconveniente. Las ventajas ya las habrá visto: mucha independencia. Ah, no es que yo quiera la independencia para nada abusivo, entiéndame. El servicio es bueno, la comida no es peor que en otros lugares y el sitio es céntrico y tranquilo. Todo eso sí. Pero el gran inconveniente es que todas somos

extranjeras y las inglesas como si no estuvieran; usted no las ve ni les habla. *You don't see them*. Con las extranjeras no interesa hablar por el acento y así vive en un ambiente en que no puede practicar el inglés. Y la gente aquí habla tan poco y es tan difícil tener amistad con familias inglesas... Puede vivir años en Inglaterra *and you don't learn English*. Y usted no aprende inglés...

Entremezcla palabras y frases inglesas, que inmediatamente me traduce, en la charla. Es absurdo y ridículo. Esta mujer... Se ha levantado, se despide. Parece fatigada y aburrida de tanto hablar, de mí, de la situación. Con aire distraído me tiende la mano.

—Adiós, Teresa. Ya sabe, Delia Soto, piso tres. *Bye bye, dear...*

La visita me ha dejado inquieta, a disgusto. Abro el libro de Joyce Cary. Nota biográfica... La novela picaresca inglesa, en la actualidad... Delia Soto, se llama, Delia, como la prima que vive en Argentina. Soto, Soto de río. Delia Soto... La inmoralidad de las mujeres inglesas. *Miss Dudley*, la inmoral. Dan ganas de reír. No puedo leer... Son las once de la noche.

## 7. Una carta

---

### TERESA

Hoy hace una semana que llegué. Al pasar junto a las taquillas de correspondencia, encuentro, en la mía, una carta: de aquí, de Inglaterra. No sé de quién puede ser. Remite: Th. Dunn. Desconocido. A las dos quedo libre. Subo a mi habitación. Puedo leer un poco y luego salir. Delia ha prometido acompañarme al Jardín Botánico. Estoy deseando visitarlo. Luego podré ir todas las tardes libres. En esta semana he cruzado Londres en todas direcciones. Tengo que volver a la Tate Gallery. Cuántos Picasso y Van Gogh. En mi habitación abro la carta. Th. Dunn. Es una carta breve.

¿Recuerda nuestro encuentro en el tren? ¿Y la travesía? ¿Recuerda que le prometí visitarla en Londres? Me pregunto si le gustaría conocer por dentro la vida inglesa de una familia que se queda en casa un sábado por la tarde... La casa de unos parientes con los que pasaré el fin de semana en Londres. ¿Puedo ir a buscarla a Gray House, el sábado a las tres y media?

Recuerdo perfectamente a Thomas Dunn. Venía con dos irlandesas desde la Costa Azul y coincidimos en el tren París-Dieppe y en el barco Dieppe-Newhaven. Un viaje alegre. En el barco bebimos limonada y charlamos de hamaca a hamaca. La travesía fue excepcionalmente tranquila. El cielo azul duró hasta cerca de la isla, pero no pudimos alcanzar a ver las rocas blancas, porque la niebla, densa y gris, ocultaba la tierra. Las irlandesas, Thomas Dunn y yo intercambiamos las direcciones. Recuerdo a Thomas Dunn, pero no podría recordar su nombre ni esperaba su carta. Me parece muy bien visitar una casa inglesa. «Cuidado, Teresa —dirá Delia—, en Inglaterra nunca se sabe».

Reconozco que debería limpiar un poco el polvo de mi cuarto pero creo que por hoy ya he dedicado suficiente tiempo a los trabajos domésticos. Tengo media hora para leer y un cuarto de hora para arreglarme.

# JULIO

# 1. Sábado, 1 de julio

---

## TERESA

—Yo, particularmente, no puedo admitir que todos los hombres seamos iguales. Se necesitan tres generaciones para ser un gentleman. Yo así lo creo.

*Mrs. Lorigde* está exaltada, pero su exaltación es apenas perceptible. Sólo las mejillas, blancas y flácidas de ordinario, se han cubierto de un rubor leve y las venas del cuello, transparentes, golpean con prisa el collar de perlas.

—Teresa, ¿usted qué opina? ¿Qué opinan los españoles de la diferencia de clases? Ustedes no son demócratas, ¿verdad? Dígame por favor que a ustedes, los hidalgos y caballeros de siempre, no les ha enturbiado aún ese afán creciente de igualarnos haciéndonos descender al suelo...

El salón de *Mrs. Lorigde*, a esta hora, tiene una luz verde, reflejada, filtrada, de los árboles que rodean la casa. El sol está ya demasiado alto y la puerta vidriera que da al jardín, abierta hasta el oscurecer en verano, deja entrar una humedad agradable.

La diferencia de clases... España... *Mrs. Lorigde* no debe de saber Historia. Si no, recordaría los reyes, los nobles enamorados de lavanderas, la confraternización en las tabernas, en los bailes, entre las clases... La democracia, el sentido democrático de los españoles va por distintos caminos que en Inglaterra... Es una democracia sensorial, de piel a piel, pero no tiene nada de inteligente, de intelectual. Aquí no, aquí les repugna mezclarse, igualarse, pero lo practican porque «saben» que es justo.

Thomas Dunn está sentado frente a mí, en la alfombra, serio, desconcertantemente moreno a pesar de la pureza de su sangre sajona.

No me da tiempo a contestar, a intentar contestar.

—Tía Silvia, ¿cómo puedes creer que en España o en cualquier otro lugar de Europa, quedan gentes que piensan como tú y como muchos otros ingleses? Me parece difícil que este país levante la cabeza mientras no nos demos cuenta todos de una serie de principios verdaderos e inalterables...

Marta permanece ajena a la discusión. Con la mano apoyada en la barbilla, contempla hipnotizada, desde su butaca, el ciego ir y venir de los peces en el engañoso recinto submarino del acuario revestido con algas y piedras.

*Mrs. Lorigde* ha replicado algo a Thomas; algo que me he perdido en parte, distraída en observar la distracción de Marta.

—... y sé que ni tú mismo sostendrías esos principios si te obligasen a vivir una semana en la casa de uno de esos desgraciados que se hacinan en los *docks*. Ni, sin ir más lejos, con la familia honrada de un honrado cobrador de autobús...

En la mesa, al lado del sillón de *Mrs. Lorigde*, descansa el servicio de café, en una bandeja de plata. Las tazas están al alcance de nuestras manos: en el suelo la de Thomas, sobre el acuario la de Marta, la de *Mrs. Lorigde* y la mía en la mesa, y junto al candelabro, en la repisa de la chimenea, la del Mayor. El Mayor está siempre de pie. No recuerdo haberle visto sentado en esta casa a no ser para comer. Las sobremesas en el salón de *Mrs. Lorigde*, con el Mayor sosteniéndose o sosteniendo con su enorme cuerpo la chimenea, se me van haciendo familiares y necesarias.

Cuando trabajo en la Casa, sola, en algo tan mecánico y aburrido como limpiar el polvo, colocar cubiertos para treinta residentes en mesas de seis o secar platos en el *office*, recuerdo la casa, el salón y la hospitalidad de *Mrs. Lorigde*. Veo a Marta abstraída, como ahora, imaginando fantásticas aventuras de adolescente al ritmo del coleteo inquieto de sus peces. Veo a Thomas, ceñudo e infantil a pesar de su estatura, sentado en la alfombra, discutiendo con su tía. Y al Mayor, sonriente, como ahora, escuchando la discusión e interviniendo sólo al final, con su aire bonachón de estar de vuelta de todo, sus manos grandes, su espalda ancha, de hombre que puede sostener un ejército, una insurrección africana, una chimenea. El recuerdo de esta estampa, repetida cada sábado, me serena, contrarresta el influjo desequilibrante de otros momentos, de otras personas. El recuerdo me hace volver a ellos como a una obligación, como si les fuera o me fueran imprescindibles.

—Teresa, ¿un poco de café? ¿Un cigarrillo?

Marta y su madre no fuman. Thomas fuma en pipa. El Mayor fuma unos cigarrillos especiales que lleva distribuidos por los bolsillos y dejan un olor fuerte, dulce y picante, en la habitación. *Mrs. Lorigde* tiene para los invitados Gold Flake o Virginia en una caja de madera tallada, de artesanía india.

—No piense, Teresa, que tengo ideas anticuadas o egoístas. Usted sabe que trabajo demasiado, que he trabajado siempre. Antes de casarme, con aquella agotadora entrega a mi carrera musical, a los conciertos extenuantes. Y luego, esta casa que he llevado sin ayuda desde que las niñas pudieron andar por sí solas. He trabajado mucho y sigo trabajando como la última mujer inglesa. Sé muy bien que los tiempos son malos y que a Inglaterra le esperan aún golpes terribles después de tantos golpes cercanos... La guerra me hizo perder a mi marido y nosotras aquí sufriendo día a día el terror de los bombardeos. No vivo en un mundo falso, Teresa, pero reclamo un último derecho, el derecho a saberme distinta del bajo pueblo porque para algo se ha educado mi inteligencia y mi sensibilidad de modo distinto...

Yo sé que Thomas no se atreverá a seguir discutiendo con su tía. Temerá herir sentimientos y esto ya no entra en su concepto de la discusión. A Thomas, y probablemente a muchos ingleses les sucede igual, no le importa atacar, herir las ideas de los otros. Las ideas pueden ser defendidas, salen claras y fortalecidas del ataque si merecen la pena. Pero con los sentimientos es distinto. Los sentimientos no

son algo objetivo acerca de lo cual es necesario ponerse de acuerdo. Pertenecen al ámbito personalísimo de las propias dudas, exaltaciones y depresiones, y todo respeto y todo pudor son pocos cuando se trata de ellos.

—Ésa es la gran dificultad al discutir con las mujeres —me explicó Thomas la primera vez que yo vine a esta casa, después de su carta de invitación.

Como siempre, tía y sobrino se habían enzarzado en una de sus discusiones «de generación a generación»; una discusión como todas las suyas, correcta, reposada, sin salidas de tono en ningún momento. A *Mrs. Lorida*, mujer de espíritu inquieto, desasosegado por las transformaciones de que ha sido testigo a lo largo de su vida, le encanta este enfrentar sus ideas con las de los jóvenes. Necesita como contrincante un hombre y Thomas sustituye al hijo rebelde que a tía Silvia le hubiera gustado tener.

—Pero ésta es la dificultad al discutir con las mujeres —me decía Thomas aquel primer día al volver andando desde la estación donde nos dejó el tren de Wembley—. No saben o no sabéis discutir con ideas puras. Enseguida echáis mano de argumentos sentimentales. Pretendéis algo tan absurdo como razonar y justificar razonamientos usando situaciones y sucesos subjetivos y personales.

Marta ha salido de la contemplación de sus peces japoneses, diminutos, brillantes a la media luz que les llega de la lámpara, encendida hace mucho rato.

—Mamá, ¿dónde está el Mayor?

El Mayor ha salido del salón no sabemos exactamente cuándo. La pregunta de Marta nos sorprende.

—No sé. Estaba aquí hace un momento.

Ya es de noche. Wembley está lejos de la Casa. Saliendo del mundo de sensaciones amortiguadas que llegan hasta mi butaca —la masa negra de los árboles afuera, el humo del tabaco, el brillo débil del pelo gris-blanco de *Mrs. Lorida*, de sus perlas de un blanco grisáceo—, voy a hablar, a levantarme, cuando entra el Mayor. Entra sonriente, natural.

—Querida Silvia, yo me marcho. Hoy es un poco tarde para mí. Tengo que hacer...

Se ofrece a llevarme en su coche y nos despedimos de *Mrs. Lorida*, de Marta, de Thomas, que pasa los fines de semana en Londres, con Marta y tía Silvia. *Mrs. Lorida*, de pronto, recuerda o intuye algo. Entra un momento en la cocina blanca, limpiísima, con ventanas al jardín. Sale enseguida.

—Es indignante, Lewis. Indignante.

El Mayor sonrío torpemente, con su boca cerrada, con sus mejillas coloradas, con la mirada huidiza de la travesura descubierta. La puerta abierta de la cocina deja ver sobre la mesa de mármol los platos limpios, apilados, los cubiertos de la cena secos, en orden.

Seguro que mi sorpresa es la mayor de todas. Los demás ríen. El Mayor me

empuja levemente por la espalda.

—Vamos, *Theresa of Spain*.

El primer día que yo aparecí en el jardín de *Mrs. Lorigde*, invitada y acompañada por Thomas Dunn, expectante y un poco tímida, el Mayor jugaba al ajedrez con un muchacho joven.

Después, muchos otros sábados me he encontrado con gente nueva: amigos y amigas de Marta; Silvia, la hija mayor de *Mrs. Lorigde*, con su marido. Pero los constantes, como era fácil comprobar a poco que se frecuentase la casa, eran los cuatro: la mujer de pelo gris-blanco, casi anciana, aunque sus ojos vivos; la tersa frente inteligente y la rapidez de sus movimientos pudieran hacer desviar la atención del cuello torturado por el ramaje de nervios y venas en violento relieve, de las mejillas reblandecidas, caídas por el tiempo y el cansancio.

La hija, Marta, recién salida de su prolongada adolescencia, alta y desgarbada, poco habladora, con los ojos azules e infantiles, recorriendo las páginas de sus libros de pájaros o siguiendo la marcha de los peces por el agua. Marta, que, en las tardes tranquilas, cuando no hay amigos ruidosos ni visitas inesperadas, aunque esté yo, que he acabado por ser alguien cercano para los cuatro, toca el piano larga y apasionadamente, no para nosotros sino para ella misma, pero permitiendo nuestra muda presencia. Mientras, la madre seguramente añora el gozo pasado, el esfuerzo doloroso del gozo, la lucha por la expresión musical, por la interpretación expresiva. Marta es la única alumna de su madre, que ya no toca, que no puede tocar porque la mano izquierda está medio paralizada a consecuencia de un *shock* nervioso.

El Mayor, de la edad de *Mrs. Lorigde*, probablemente amigo de siempre, admirador silencioso de siempre.

Y Thomas, el sobrino que afirma su rebeldía a cada instante, que ya no es demasiado joven porque ha hecho la guerra, pero que se refugia aquí, en esta casa, en este rincón intacto, porque no parece tener demasiados sitios adonde ir. Seguramente muchos amigos murieron y los compañeros supervivientes no viven aquí o tienen a su vez otros amigos, familia, mujeres.

Aquel primer día el Mayor jugaba al ajedrez con un muchacho joven. Al presentarnos, *Mrs. Lorigde* dijo:

—Lewis, ésta es Teresa, la muchacha española amiga de Thomas, de la que Thomas nos había hablado tanto después de su viaje...

El Mayor pareció sorprendido, agradablemente sorprendido.

—Teresa, Teresa de España, ¡magnífico!

Después, aquella misma tarde me explicó su encuentro con Teresa de España, como él decía, con las obras de Santa Teresa. En sus años de África, aislado durante meses en un puesto destacado en la selva, solo con dos criados indígenas a su servicio, había empleado su tiempo en una doble, aparentemente contradictoria, tarea:

la lectura de los místicos españoles y la bebida. Así salía de la borrachera del alcohol para sumirse en la embriaguez luminosa de las páginas de San Juan o de Teresa.

El Mayor ha buscado y, según él, ha encontrado la verdad eterna, la misma verdad eterna en las páginas místicas y en el éxtasis indio.

—Vamos, Teresa de España...

En el coche, después de cruzar el río, camino de la Casa, el Mayor me mira de reojo y trata de disculpar la situación de hace un momento con *Mrs. Lorigde*.

—Ella está cansada y algo enferma, y no tiene quien la ayude. Claro que Marta es una buena chica de todos modos.

En mi cabeza dan vueltas ideas que pretendo ordenar: democracia, refinamiento, el Mayor limpiando platos, España, los nobles, la democracia.

Polish me abre la puerta de la Casa.

### MISS DUDLEY

—Lo siento mucho. A mí también me gustan los perros. Pero no está permitido tener animales en la Casa.

La nueva residente mira a *Miss Dudley* con pena y disgusto. Está de pie con el perro en brazos. A su lado, reposan un maletín y un saco de viaje.

—Yo creo que... sólo unos días. Además, no sé qué puedo hacer con él. Los amigos que me lo han regalado estarán fuera este fin de semana y... ¿No podría tenerlo conmigo hasta el lunes?

A Lucila Dudley no le conmueve el tono de voz de la muchacha. Pero mira el perro y algo que suele estar aletargado en su fondo y que a veces le brota, rebelde e incontrolable, se remueve y le hace decidir:

—Déjelo de mi cuenta, déjelo aquí. Yo veré el modo... Hasta el lunes, naturalmente.

La muchacha da las gracias. Deposita el perro en el suelo, le hace una caricia y se retira con su saco y su maletín. Lucila Dudley se queda mirando el animalito que se mueve asustado hacia todos los lados, sin atreverse a ladrar, quizá sin saber ladrar porque es un cachorrillo todavía. Intenta esconderse debajo de un sillón, de la mesa, buscando un refugio que adivina necesario en el lugar extraño. Lucila coge al perro en brazos y va a sentarse junto a la ventana.

—Cariño, cariño —dice lo que se ha removido dentro de ella—, cariño, perrito, no te asustes... Te trataré bien. Lucila te tratará bien. Es un caniche, qué bonito caniche. Pequeño, cariño, no llores, te daré de comer, te trataré bien...

El perro, ante las caricias, ha ido calmando su inquietud. Se ha quedado tranquilo en el regazo de la secretaria, como un garito. Lucila siente su calor y ese algo

turbador, esa ternura indiscreta, dormida casi siempre, pero que a veces con los animales, sobre todo con los animales, renace y la va invadiendo. Siente su cuerpo seco, repentinamente blanco, jugoso, relajado. Cierra los ojos. El perro no se mueve.

«Si pudiera tener un perro en la Casa, lo tendría. Es bueno tener algo vivo en el regazo... El perro es tan inteligente, tan buen amigo. A *Miss Lancaster* no le gustará si se entera, pero si no se entera, yo no necesito ir a decirle... No es ocultarlo, es evitar dar una noticia inútil que nada tiene que ver con la buena marcha de la Casa... Lo encerraré en la casita del jardín, junto a la carretilla. Le puedo hacer una camita dentro de la carretilla. Está oscureciendo. Dentro de un momento iré a la cocina... Rachel ya se habrá marchado y yo misma le puedo hacer unas sopitas de leche o buscar dulce de la cena para dárselo...».

Esta tarde de sábado, Lucila no ha recibido ninguna invitación.

Es su sábado en blanco de cada mes. Los otros tres los reparte invariablemente entre sus tres casas amigas. Primer sábado: cena en casa de *Miss Gall*, la vieja amiga de su madre que vive sola, que la conoce desde niña, que desde niña le ha dicho cada sábado: «Lucy, querida Lucy, qué alegría verte aquí. Siéntate. Enseguida está la cena. Tu pudding de nueces... Lo he preparado hace rato... ¿Qué tal mamá? —cuando era niña—. ¿Qué tal en la universidad? —cuando era estudiante—. Y ¿qué tal en la Casa? —estos últimos años».

*Miss Gall*, siempre sola, su pudding de nueces, su vejez progresiva, la casa fría y pequeña de Putney, las preguntas hechas sin interés, contestadas con amable indiferencia; la lenta, aburrida tarde, sin embargo esperada por Lucila con cierta alegría las mañanas del sábado, todos los meses una vez.

«Cuando se muera *Miss Gall* tendré dos sábados libres en vez de uno —piensa, a veces, Lucila—. *Miss Gall* se morirá cualquier invierno, en medio de la niebla. A lo mejor, cualquier sábado de invierno, cuando vaya a visitarla, la encuentro muerta. Nadie se habrá enterado aunque lleve dos días muerta. Nadie la conoce. Los vecinos no se enterarán. Nadie se enterará de que hace dos o tres días que no sale de casa, temprano, a comprar su escasa comida, porque *Miss Gall* no le importa a nadie ni le ha importado nunca a nadie, a no ser a mamá, que la conocía desde que eran las dos jóvenes, desde que mamá iba al colegio, y luego, cuando mamá se casó, siguieron siendo amigas. *Miss Gall* iba a casa los sábados. Luego, cuando murió papá, mamá o yo, o las dos, veníamos los sábados a casa de *Miss Gall*. Y, ahora, yo voy un sábado cada mes, pero tampoco a mí me importa *Miss Gall*, ni yo le importo a ella, todo lo más soy para ella una vieja costumbre. Pero nunca me ha dicho que me quiere un poco ni ha hablado de mamá con nostalgia, ni de su juventud, ni de nada. Ya sé que no es necesario hablar de esas cosas y por otra parte tampoco a mí me gustaría, pero es así y no lo sentiré cuando la encuentre muerta, porque la encontraré yo, sé que la encontraré yo, y como no tiene parientes ni a nadie, yo tendré que hacerme cargo de

todo, de avisar para que la entierren y de liquidar sus cosas. Y luego otro sábado libre, dos sábados cada mes en la Casa, aunque no lo siento porque es igual la Casa que *Miss Gall* y su pudding y sus preguntas indiferentes».

Segundo sábado: cena en casa de los Miller. El doctor Miller, el doctor de mamá, y su mujer, Linda, «que también era amiga de mamá, como *Miss Gall*, pero más amiga porque las dos se habían casado y *Miss Gall* no. Linda no había tenido hijos pero no importa, ellas se entendían, eran amigas, y aunque mamá me había tenido a mí, esto no era nada importante para ellas ni les impedía recordar el pasado y su juventud. El doctor asistió a mamá hasta los últimos, lejanos momentos... Luego dijo: “Ven todos los sábados, querida Lucila, ven con nosotros ahora que estás sola”. Yo, naturalmente, voy sólo un sábado cada mes, porque no se debe y porque no conviene ligarse demasiado a nadie y como ellos no tienen hijos y ya son viejos y yo no necesito otros padres, nunca los he necesitado y no es que tenga queja de los míos, pero ellos no están y desde luego yo no los echo en falta, menos aún para desear como padres a los Miller. Pero los sábados, un sábado, es distinto. Linda habla de mamá constante y, a veces, abusivamente. Tanto recordar me pone nerviosa. Yo, durante la semana, no recuerdo nada, pero luego Linda quiere a toda costa hacerme revivir cosas que no quiero revivir, que estoy muy a gusto sin revivir. El doctor calla y hace bien. No es necesario hablar de los muertos ni pensar en ellos. Es una manía de Linda hablar tanto de mamá, y hasta dudo que lo sienta, pero cree que yo lo agradezco, y no es verdad, aunque tampoco quiero decir que no sea agradable ir a cenar con ellos y charlar un rato y...».

Sin duda el mejor sábado de Lucila es el tercero. El tercer sábado tiene algo vagamente juvenil, remotamente propicio a la aventura, a lo inesperado. El tercer sábado, Lucila sale con su amiga, con su única verdadera amiga, a cenar en un restaurante. La amiga de Lucila está empleada en un banco; es de su misma, aproximada, edad... «Betty cuarenta y tres, ¿no?, y yo cuarenta y dos..., o quizá al revés».

Betty y Lucila salen a cenar una vez al mes, un sábado al mes. Se citan en Picadilly Circus. Luego pasean un rato por las calles llenas de gente. Miran escaparates. Se ríen y comentan discretamente las nuevas modas, los últimos acontecimientos mundiales. Lo personal apenas se toca porque no es necesario, es lo bastante impersonal para no hablar de ello. Sólo una vez, recuerda Lucila, le habló Betty de un asunto, de un problema sentimental, extrañamente complicado, impropio de ella, de Betty. Ya estaban en la sobremesa, Betty fumaba, habían cenado con vino en un restaurante italiano. Porque los sábados de Lucila y Betty eran sábados de restaurante continental, en el Soho o sus cercanías. Nada de comida inglesa; de vez en cuando es agradable variar.

Aquel día estaban en un restaurante italiano y habían cenado con vino. «¿Por qué

no? Cenemos con vino, Lucila, estos sábados son distintos». A Lucila le había sonado rara aquella afirmación. Después Betty fumaba y empezó a hablar. Lucila no podía creer lo que decía. No es que no le pareciera bien, sino que le parecía impropio de Betty, de ella misma, que lo estaba escuchando, de su amistad...

—Es un hombre muy joven pero creo que debo... No sé cómo decirlo, Lucy, pero me gustaría hacerlo. No sé lo que tú piensas de estos problemas, nunca hemos hablado de ellos... No soy todavía muy vieja, puedo gozar de la vida en ese sentido, ¿no crees?

—Betty, no hables así. Me haces daño. Es tan... grosero.

—Por Dios, Lucy, no veo lo que puede tener de grosero el que yo te hable de un asunto tan humano... Nunca lo había pensado, pero ¿es que quizá te repugnan los hombres?

—No digas cosas absurdas. Los hombres me dejan absolutamente fría. No me molestan ni me atraen. A esta edad ¿tú crees que se me pasaría por la imaginación pensar en hombres? Creo que nunca pensé en ellos como algo cercano, como posibilidad personal de que uno de entre ellos... Los hombres no han tenido que ver conmigo y yo nada he tenido que ver con los hombres.

—Pero este chico... ¿Qué te parece? Es alemán, trabaja ahora en el banco... Está muy solo en Londres... Imagínate, alemán y refugiado, aunque no era nazi, al contrario, huyó antes de la guerra... Pero ¿qué te parece? Le he invitado a casa, ha venido muchas noches a cenar... Yo no voy a hablar de matrimonio, naturalmente, pero acepto lo que viene, lo que la vida quiere todavía darme...

En dos o tres meses no había sabido nada de Betty. Ni la había llamado, ni esperaba su llamada. Después todo volvió a la normalidad. Se reanudaron las citas en Picadilly, las cenas en los restaurantes extranjeros, la sencilla aventura de sentirse turistas, o famosas o ricas una vez al mes. Y Betty no habló ya del joven. Lucila no sabía cómo había terminado aquello ni quiso preguntarlo. Betty estaba igual que antes. Fue fácil olvidar la confianza, la pequeña violencia, casi discusión de aquella noche.

Hoy Lucila está en su sábado libre, en su cuarto sábado y sábado primero del mes de julio. Tiene un perro en los brazos. «Hay que darle de comer».

Lucila sale de su sensual ensoñamiento, de su plácido olvido de todo, con el perro en el regazo, con el calor del perro recorriéndole el cuerpo dormido.

Se levanta, deja el cachorro en el suelo. Baja a la cocina. Al poco rato vuelve con un plato de restos de tarta nadando en leche. Recoge al cachorro y lo lleva al jardín, a la casita de la carretilla y la regadera, el cortacésped, las azadas...

«Ahora vas a quedarte aquí, perrito, cariño, aquí quieto, dormido, después de que cenas... Lucila te vendrá a ver luego a la noche, antes de acostarse, y mañana otra vez. Perrito, no llores, no ladres, cariño. Perrito...».

## DELIA SOTO

—Teresa, ¿vas a salir? ¿Qué traje te piensas poner? Me gustaría que me prestases la falda gris. Todos mis trajes me desesperan. Estoy harta de ellos. Si tuviera dinero, los quemaría todos o los regalaría o los tiraría y me compraría cosas nuevas. Me fatiga ver una y otra vez los mismos vestidos, los mismos zapatos... ¿No te ocurre a ti igual?

Teresa estaba ya descolgando la falda gris.

—Está un poco arrugada, Delia. Tendrás que plancharla.

Ante el espejo de su armario abierto, Delia gira, contemplando el efecto de la falda.

«Un poco larga. Teresa es más alta que yo. Pero me estará muy bien con la blusa roja..., los zapatos de piel de serpiente... A Romualdo le gusta que vaya bien vestida... Estoy contenta; no sé por qué pero estoy contenta... Hoy vamos a ser muy felices. Después de cenar, si Romualdo quiere, iremos a tomar café a su cuarto... Debo descansar; no debo excitarme... Me echaré un rato ahora mismo... Relax, Delia, relax...».

Delia se quitó la falda, se echó en combinación sobre la cama, sin molestarse en apartar a un lado el edredón. Le dolían las piernas. Al estirarlas sentía alivio, pero enseguida venía el cansancio otra vez. Un agotamiento sordo afluía a su conciencia desde los extremos de cada miembro, una sensación de agotamiento total, de incapacidad de movimiento.

«Necesitaría dormir diez días seguidos, sin interrupción, a ver si al final de ellos me levantaba fresca y nueva, como hace tanto tiempo que no me levanto».

Delia se sintió repentinamente deprimida. La alegría de un momento antes le pareció absurda y lejana. El dolor del cuerpo se extendió a los sentimientos, a las ideas. «La verdad es que hoy no seremos felices, ni mañana, ni nunca. Hay cosas que nacen condenadas, como esto nuestro. Es inútil luchar por ello. “Nunca se arreglará, con tu pesimismo anticipas la desgracia”, dice Teresa. A Romualdo no le gusta verme triste. “Te he dicho mil veces que te quiero y que si tú no lo estropeas todo con tu creciente histeria, si me das tiempo, todo se arreglará...”. Pero él sigue recibiendo cartas de allá, enviando dinero allá, esperando noticias de allá...».

Cuando la obsesión empezaba a dominarla, Delia sabía que el único remedio era la actividad, una desordenada, nerviosa y continua actividad. De un salto dejó la cama y el apenas iniciado relax. Sacó la plancha, la enchufó. Sacó los zapatos, las medias, el bolso... Mientras la plancha se calentaba, cogió de la mesa un tarro de crema y empezó a extenderla sobre el rostro suavemente con las yemas de los dedos.

Al volver, la Casa estaba en silencio. Al entrar en la habitación, Delia encendió la luz. Tiró el bolso en la mesa, se descalzó y buscó las zapatillas. Se las puso y sin apagar la luz, se abalanzó escaleras arriba.

Teresa estaba levantada y no se sorprendió al verla entrar.

—Teresa, he terminado definitivamente con Romualdo... Me ha pedido las libras, las libras que me había dado para hacer mi viaje a Dinamarca. Y sé para qué las quiere... Se las ha pedido la otra de allá... Se lo he dicho y se puso furioso... Me llamó loca, egoísta... Le dejé y me vine, pero no pienso volverle a ver... Me marcharé enseguida de Londres, a cualquier parte...

—No lo creo —dijo Teresa.

Delia se quedó mirándola en silencio, sorprendida. Su torrente de quejas, de propósitos, se cortó en seco.

—Yo tampoco —dijo lentamente—. Yo tampoco lo creo.

## LOUISE

Mary se servía grandes cantidades de mantecado. Verónica fumaba. Emily, pegada a la radio, prescindía de la conversación. Rachel estaba en la cocina. Louise hablaba.

—Me hubiera gustado tener ahora mis vacaciones. Esto de la boda nos ha dejado muy cansados a Charlie y a mí. Pero qué se le va a hacer... Gracias a que le he sacado tres días extra a la de arriba.

«Y Dick se casó ayer. A estas horas ya estaba casado».

—Mañana creo que ya podré traeros las fotografías. Me hubiera gustado que los vierais. Tan jóvenes, ¡Dios mío!

Verónica piensa: «Yo me casé muy joven. Tom y yo éramos también muy jóvenes».

Mary dice:

—Ah, Louise, qué bonito debió de ser todo. ¿Comisteis cosas muy buenas?

Mary saborea el mantecado. Sus ojillos tienen un brillo de gula que molesta a Louise.

—Mary, se diría que no comes bastante en la Casa. Siempre preguntas lo que comemos en nuestras fiestas, en nuestras vacaciones... A mí no me preocupa mucho lo que comimos, no vivo pendiente de lo que voy a comer, pero si quieres saberlo, comimos muy bien. Pollo frío y helados y bebidas.

Luego se dirigió a las demás:

—Es nuestro único hijo. Charlie tenía ahorrado sin decírmelo y pudimos gastar sin preocupación.

Mary se ha quedado pensativa. Parece que las palabras de Louise le han hecho reflexionar. «No es que yo la haya herido —se dice Louise, que en este momento la está observando—, sino que piensa en lo que yo le he dicho como si nunca antes se le hubiera ocurrido». La indignación, la pequeña irritación de Louise ha pasado. Siente

ahora una gran compasión por Mary.

«¿Y de qué va a preocuparse esta infeliz si no es de las comidas? Sola, absolutamente sola».

—¿En qué piensas, Mary? —dijo a su voz un tono alegre—. Te gustará mucho ver las fotografías. Os gustarán a todas. La novia estaba tan bonita con el traje blanco... Y yo no estaba nada mal, de veras. Charlie no tenía ojos más que para mí...

—Chicas, ¿sabéis qué es de Teresa?

—Hoy está libre —contestó Verónica—. Comerá en el salón.

Rachel fue a sentarse al lado de Louise.

—Estás triste, ¿verdad? No te preocupes, Louise. Si él es feliz, tú tienes que ser feliz. Han hecho bien casándose jóvenes. Los hijos, luego, cuestan más, pero a su edad son un juego. Te veo abuela enseguida, Louise...

Y Rachel piensa: «Mi Bobby cualquier día también me dirá que va a casarse. Si encontrara una buena chica como Dick...».

El silencio, invitado extraño en las sobremesas del servicio, se extendía incómodo por la habitación. La radio había dejado de funcionar y Emily se levantó para irse. Dijo sólo: «Adiós». Pero fue suficiente. Louise, Mary, Verónica y Rachel despertaron.

—Rachel, por favor —pidió Mary—, ¿puedes darme un poquito más de mantecado? Está estupendo.

—Voy, Mary. Deberías estar muy gorda, mucho más gorda de lo que estás con tanto pastel y tanto mantecado...

Mary sonrió apacible, casi dulcemente. Verónica le pidió a Louise:

—Por favor, ¿tienes un pitillo? Estoy sin fumar desde hace un rato. En cuanto cobre saldré disparada a comprarme un paquete.

Louise, sin contestar, le tendió un cigarrillo y una caja de cerillas. Al subir las escaleras que llevan al salón, Louise se cansa hoy más que nunca. «Me hubieran venido muy bien las vacaciones ahora, y no en agosto, cuando no las necesite ya. No deja de ser una tabarra estar siempre pendiente de lo que a estas señoras se les antoje. No deja de ser triste depender hasta estos extremos de un patrón y no poder disponer de las vacaciones a que una tiene derecho ni cuando se le casa el único hijo, o está enferma, o...».

En el salón, las mesas dispuestas esperaban a las residentes para el lunch. El servicio siempre comía antes. «A unas horas —pensó Louise desde su actual pesimismo—, a unas horas en que todavía no hay quien tenga ganas de comer, como no sea Mary, que comería piedras cada dos horas, si fueran piedras lo único que...».

La primera en entrar fue *Miss Lancaster*. Tendió la mano a Louise.

—Enhorabuena, *Mrs. Childs*. Espero que esa boda les dé mucha felicidad a todos ustedes.

Louise agradeció con toda su alma las palabras de la directora. Los rencores de Louise duraban poco tiempo. Se desvanecían si intervenía algún factor emotivo. «¡Qué buena es!, estoy segura de que es buena, una buena mujer. Una mujer lista además —se dijo—. Sabe que he sacrificado mis vacaciones por la Casa, pero ella también se está sacrificando a cada instante. Las chicas dicen que es fría como una serpiente, eso dicen, pero no se dan cuenta de que la gente fina y educada no es como nosotros... Ni mucho menos... Ellos no van a ir contando a todo el mundo lo que les pasa y lo que sienten, como hacemos nosotros. Ellos tienen que callarse sus cosas y nunca sabremos si sufren o no, porque no se puede ver por fuera, no lo dejan ellos ver y hacen bien. Es de personas bien educadas ser así y no como somos nosotros, siempre contando a todo el mundo las bodas de nuestros hijos, lo que les queremos, lo que nos cuestan, lo que nos preocupan...».

Louise se sentía reconfortada. Trabajaba deprisa, preparando las raciones de pescado en los platos. Mary todavía no había subido a ayudarla. En realidad faltaban unos minutos para el lunch. Sonó el gong. «Entonces es que ya está ahí Mary. *Miss Lancaster* hoy ha venido más pronto que nunca, pero debe de ser por mí. Ha debido de venir por felicitarme antes de que llegue la gente, a la que no le importa por qué me felicita la directora».

Mary, con sus ojos de topo, sus manos gorditas, de piel rosácea y opaca, se movía alrededor de Louise tratando de ayudar. Entró Teresa. Se dirigió a Louise.

—Enhorabuena, Louise. ¡Qué alegría verla otra vez! Ha estado tres días de descanso, ¿no? De cansancio y emociones mejor dicho... Ya me contará cómo fue todo...

Entre plato y plato, servido en mano a las «clientes», como las llamaban las camareras cuando hablaban entre ellas, Louise se hacía reflexiones.

«Teresa es también una buena chica. Tan cariñosa y tan buena como las otras compañeras... Ella es una persona educada y fina, pero también habla de lo que siente y se interesa y pregunta por las cosas de los demás...».

—Mary, por favor, date un poco de prisa y retira estos platos, porque ya se nos van almacenando a docenas y no hay sitio para nada.

## 2. Miércoles, 5 de julio

---

### MISS JACKSON

Antes de salir, ya con el sombrero puesto, *Miss Jackson* se miró al espejo. El sombrero era sencillo y vulgar, de un fieltro rojizo que avanzaba en forma de ala sobre la oreja derecha. *Miss Jackson* contempló un segundo su imagen y apretó los labios hasta que éstos fueron sólo una línea blanca, como una cicatriz en el rostro. Las escasas, rarísimas veces que se producía este encuentro mujer-espejo, *Miss Jackson* apretaba los labios, sin que ella supiese por qué, pero impulsada, seguramente, por un subconsciente deseo de afirmación ante algo: la belleza —que los demás no descubrían en su rostro, que ella misma no había descubierto nunca—. Y esta afirmación ante el espejo era como un reto a esa belleza ausente, a los juicios poco probables que pudieran hacerse de su físico.

*Miss Jackson* buscó en el armario su bolso, grande y anticuado, y se dispuso a salir. El miércoles era su día libre. Un día libre significaba para *Miss Jackson* más preocupación que descanso.

La mañana, desde las siete, la tenía ocupada con la limpieza extraordinaria de su cuarto. Sacaba los muebles ligeros al pasillo y se afanaba con la aspiradora y las bayetas. Luchaba enérgica y ciega con el polvo que ennegrece diariamente las superficies lisas de los muebles y objetos, en las casas situadas dentro del cerco múltiple de las chimeneas londinenses. A las once de su día libre, *Miss Jackson* terminaba su pequeño trabajo doméstico y tomaba un baño templado. Luego, hasta la hora del lunch, planchaba su ropa de la semana, lavada diariamente en los lavaderos del sótano.

Ésta era la mañana de *Miss Jackson* los miércoles.

Una mañana que terminaba con una especial toilette para el lunch. Toilette de fiesta, de día libre, que consistía en aplicarse polvos de una caja que le duraba exactamente un año, humedecer apenas los dedos en colonia, y sobre el traje gris de los miércoles —de seda o lana según la estación— colocar un broche bueno, con tres brillantes y nueve perlas, heredado de su madre.

Luego, a la tarde, *Miss Jackson* se dedicaba a actividades puramente espirituales.

Un rato de lectura en su habitación —Trollope, su favorito— y, temprano, la salida, de nuevo un toque de polvos, el sombrero rojizo, el bolso y un segundo de contemplación frente al espejo, como ahora.

Antes de salir, *Miss Jackson* cerró la ventana. Todo en orden, limpio, reluciente. *Miss Jackson* miró a su alrededor y se sintió satisfecha y purificada. Los labios,

incontrolados ya, mostraron su forma borrosa, sus límites imprecisos. La sonrisa no llegó a aparecer aunque los ojos azules brillaron alegres a través del cristal de las gafas.

Las cuatro y media. El tiempo justo para coger el autobús. El tiempo justo para llegar al club antes de que empezase la audición. Al bajar las escaleras, *Miss Jackson* no se detuvo en las ventanas abiertas, no miró al río que ofrecía al sol su vientre negro de gran ballena.

*Miss Jackson* nunca contemplaba el río, ni los árboles, ni las plantas de *Miss Dudley*, en el jardín. Se sabía rodeada de todo ello como de las casas cercanas y los patios estrechos que veía desde su habitación, pero no sentía que río, árboles, flores fuesen algo vivo, cambiante y sorprendente en su cambio.

Por el largo paseo del jardín, hasta llegar a la cancela, *Miss Jackson* saboreaba de antemano el programa del club. Tres obras para piano y orquesta de Chopin. Un descanso en medio para el té y luego, después de la audición, unos momentos de agradable charla entre las concurrentes.

*Miss Jackson*, al entrar en la Casa por vez primera, había puesto una sola condición: el miércoles sería su día libre.

El miércoles, día de reunión y de concierto, en el club femenino Amigas de Chopin.

## HELEN HUTKINS

—El negro es el color que mejor le sienta a *Miss Hutkins*, Louise —había comentado más de una vez Verónica, en las breves sobremesas del sótano después del desayuno, o en las cortas charlas del mediodía, entre plato y plato.

Verónica era la elegante del servicio y se sentía hermanada de un modo especial con *Miss Hutkins*, la elegante de la Casa.

—A mí me entusiasma el negro, Louise, ¿a ti no? A *Miss Hutkins* le sienta particularmente bien... Las mañanas que no sale a trabajar se pone un pantalón y un jersey negros que seguro no le habréis visto porque nunca se mueve de la habitación, y parece una modelo de *Vogue*, de veras.

Esta mañana Helen no ha salido. Verónica la ha visto ya levantada, «jersey y pantalón negros, Louise, ya te lo he dicho alguna vez», con un libro en la mano «de muebles y decoración, me parece que se dedica a eso. Es un bonito oficio, ¿no, Louise?».

Al entrar la camarera, Helen levantó la vista del libro con esfuerzo. Dijo un «gracias» breve y volvió a la lectura. Le dolían los ojos pero no quería cerrarlos. Le dolían los ojos y las muelas, la cabeza, todo.

«Los oídos, los oídos no me duelen. Están protegidos por el silencio. Ayer me cansé mucho, me acosté tarde... Y enseguida, logré dormirme... Pero sólo una hora, una hora de sueño y muchas de silencio... Es curioso, yo que antes para poder dormir necesitaba tanto la tranquilidad, la ausencia de ruidos...».

Los ojos se habían apartado del libro y miraban a algún punto perdido en el tiempo, de la infancia. «Mamá, ¿cuándo podré tener una habitación aislada? Sabes que no puedo soportar los ruidos, los tranvías tan temprano, los coches hasta tan tarde». «Domina los nervios, Helen. Vas a ser muy desgraciada si no logras dominarte. Todo te hiere, todo te molesta y sin embargo vas a tener que vivir entre personas y objetos más hirientes que los que te rodean ahora...».

Luego en la casa de campo, en Sussex, la paz.

«Creo que fue la única paz que he conocido. Fue la despedida de una infancia torturada por mil pequeñas cosas, una infancia triste, ciudadana, demasiado alejada de lo que me hubiera gustado y demasiado obsesionada por lo que me molestaba...».

Se lo había dicho así a Luigi un día de confidencias, una tarde —tres años atrás— en la que él, inexplicablemente, había pedido:

—Vamos a dejar el trabajo por hoy. Vamos a salir a tomar el té fuera, Helen.

Helen primero estuvo alegre y luego, sin saber por qué, se entristeció y tuvo necesidad de hablar de su tristeza. Luigi parecía extrañado de que ella hablase de sí misma.

—Nunca lo haces, Helen, y no debemos vivir como objetos uno al lado del otro. Precisamente yo quería decirte también...

Helen no mira al libro desde hace un largo rato. Los ojos le duelen mucho. Los cierra un instante y vuelve a abrirlos, angustiada.

«¿Por qué este miedo a la ausencia de los sentidos? No ver, no oír; yo creí siempre que esto era la paz... La paz huyó definitivamente cuando yo huí de Sussex... La casa de Sussex, las noches perfectas de sueño y silencio, el despertar maravillosamente silencioso... La ventana de los manzanos... ¿Quién vivirá en la casa de Sussex? La paz estaba allí, pero a lo mejor ya no es la paz para los que vivan en la casa, ahora...».

—También para mí ha variado la paz, Luigi, desde los bombardeos, desde que por vez primera sentí esto... Fue una noche, por eso las noches me aterran tanto. Si yo creyera en algo, Luigi, tú sabes que no creo, pero si imaginara la existencia de un Dios justiciero, pensaría que era un castigo: un castigo por haber sido tan exigente con lo que me rodeaba, por haber pedido tanto cuidado, tanta precaución a los que estaban conmigo. Ya te lo he dicho, odiaba el ruido; no podía dormir de noche si había pequeños ruidos insistentes a mi alrededor... Ahora, cuando despierto tantas veces con ese temor de verme sumergida en un vacío sin sonidos, añoro los tranvías, los coches que me exasperaban antes. Ahora, para saber que de veras no oigo, que

una vez más el silencio está conmigo y esta vez puede que para siempre, escucho el gran reloj de mi habitación. Pero no es bastante, tengo que dar la luz, comprobar que no está parado, dar un golpe en la mesa. Y luego, cuando lo único que podría hacer sería dormir, refugiada en el silencio, el silencio me desespera. Tengo que coger un libro que no llego a leer porque espero que, de un momento a otro, la cortina se rompa y el sonido irrumpa triunfante en mis oídos... Sólo entonces puedo dormir. Pero no siempre viene. A veces he estado tres días seguidos sin oír... Tres días sin moverme de casa esperando. Hay momentos en que desearía saber que no tengo nada que esperar, que ha llegado el castigo definitivo...

Luigi estaba callado, conmovido, aquella tarde de las confidencias. Había cogido la mano de Helen entre las suyas.

—Helen, no digas esas cosas. Estoy seguro de que tiene remedio. Debes insistir, visitar más médicos. Alguno acertará...

Más tarde, cuando Helen estuvo tranquila y pudo hablar de cosas indiferentes, Luigi añadió:

—Me alegro de que hayamos hablado de nosotros. No podemos estar siempre juntos, trabajar tanto tiempo juntos, sin saber uno nada del otro. Precisamente yo quería decirte algo mío...

«¿Cómo pudo un hombre sensible como Luigi ser tan ciego y tan inoportuno? ¿Cómo pudo estropearse una tarde de difíciles confidencias con confidencias tan intempestivas?».

—... Ya sé que Nina es caprichosa y a veces superficial pero creo que tiene ternura e instinto. Sabrá comprenderme, ¿no te parece, Helen? Además es italiana y eso es importante. Siempre he creído que el matrimonio entre gentes de distinta raza... No te rías, Helen, hay razas y colores de piel, fíjate en la diferencia que hay entre la tuya y la mía..., y el matrimonio tiene tanto de primitivo, de instinto, que si le quitamos esto queda sólo un pequeño muro de palabras e ideas parecidas, levantadas con esfuerzo por los dos, pero que no llega a ser una casa... Es un pequeño muro que se cae; no es bastante... Además, el matrimonio tiene que ser un árbol mejor que una casa, Helen... Las casas se pueden hacer con ideas, con una educación determinada, pero los árboles crecen solos por una incomprensible fuerza natural...

«Aquella tarde Luigi creía lo que decía, pero ¿cómo pudo decírmelo a mí? Después de saber que yo sufría tanto por otras cosas, no fue capaz de adivinar que eso sería un nuevo sufrimiento...».

Helen se levanta y va hacia el torreón. El sol de julio, el sol tímido del verano londinense brilla en los tejados de las casas negras, al otro lado del río. «La paz de la Casa, del jardín, del paseo, es verdadera, Helen. Seguramente, también fuera de ti está el silencio... El silencio, si no fuera por ese barco negro y blanco que cruza en

este momento bajo el puente... ¿No oyes su sirena de aviso? ¡Helen! ¡Sí, oyes, la has oído!... Oyes también el leve rumor del agua cayendo en algún sitio, cayendo, sí, en el jardín, de la manga de riego de Polish, que viene cada miércoles a hacer de jardinero... Y el reloj, Helen, el viejo reloj de tu habitación empieza a contar para ti un nuevo tiempo de sonidos...».

## RACHEL

*Sally Brown es una chica estupenda...*

A Rachel le gusta cantar. Las canciones de Rachel suelen ser siempre canciones marineras, aprendidas en la Navy, en los tiempos no tan lejanos de la guerra.

*Es alta y morena pero no demasiado sombría...*

En la Navy se habían resucitado viejas canciones de piratas, se habían inventado canciones nuevas con alusiones a los sargentos y a los hidroaviones.

—Buenos días, Rachel.

—Buenos días, *Mr. Brown*.

*Mr. Brown*, el panadero, era buen amigo de Rachel. En realidad todos los repartidores lo eran. La mañana en la cocina transcurría agitada con las prisas de la comida, pero había tazas de té y una frase amable para todos los visitantes diarios y obligados.

—¿Una taza de té, *Mr. Brown*?

—Sí, gracias, Rachel.

Rachel, mientras *Mr. Brown* toma el té, va contando los bloques de pan, los *cakes*, los pasteles.

*... gastaremos nuestro dinero con Sally Brown.*

—Está usted alegre, Rachel.

—No mucho, *Mr. Brown*, pero ¿qué sacaría llorando?

*Mr. Brown* se despide, recoge su cesta y sube las escaleras que dan a la puerta de servicio. Rachel se queda sola.

«Buenos días me esperan sin ayuda... Yo no sé qué se creen las de arriba. Comida para treinta, cena para cuarenta. Oh, Rachel puede hacerlo, es activa y

desenvuelta...».

Menú para hoy. *Miss Jackson*, con su letra menuda, ha escrito en lápiz, rojo: «Miércoles, lunch: huevo, patatas, coliflor con mayonesa y *custard*. Cena: carne con ensalada, mantecado».

Rachel puso en marcha la máquina de pelar patatas. Sacó una llave del cajón de los menús y los recibos de los repartidores. Salió de la cocina y, al fondo del pasillo, abrió la puerta de la despensa. Los botes, las latas, los paquetes y los sacos se almacenaban allí, en los dominios de *Miss Jackson*.

«La vieja bruja no debe de disfrutar de su día libre sólo de pensar que me da a mí la llave y tengo que cogerlo y mirarlo yo todo. Si la Casa fuera suya, no se preocuparía más de ahorrar».

En una cesta de mimbre había manzanas. Rachel cogió una y le hincó el diente.

*A su madre no le gusta un vulgar marinero...*

«Buenas manzanas. Voy a coger dos para Verónica, para sus niñas. Los niños necesitan mucha fruta... Esperemos que la vieja bruja no las tenga contadas».

Rachel colocó en su delantal unas cuantas coliflores, dejó la puerta abierta y fue hacia la cocina. Luego volvió con el pan y los dulces. Desde la cocina le llegó la voz de Verónica.

—Rachel, ¿dónde estás?

Rachel se apresuró a salir y cerrar la puerta con llave. No quería dejar a ninguna de las chicas que asomase allí la nariz. Ella podía coger alguna pequeña cosa y regalarla, pero las otras era mejor que no olieran nada de lo que había allí dentro.

—¿Qué hay, Veric? ¿Qué quieres?

Verónica estaba sentada en un taburete de la cocina, su cara infantil vuelta hacia la puerta del pasillo.

—Rachel, querida, ya estás aquí. Rachel, búscame algo de comer para las niñas porque hoy van a venir aquí a buscarme y no van a ir a casa. Quiero llevarlas al zoo. Tom irá a buscarnos allí cuando termine el trabajo.

Rachel le tendió las dos manzanas.

—Ahí tienes media comida. Luego te buscaré algo. Ven más tarde y te lo tendré preparado.

«En la Casa se tira demasiada comida. Ganancia para los cerdos. También en las casas particulares se sigue tirando la comida a pesar de los racionamientos. Ah, pero me parece que hacemos mal, que todavía lo vamos a pasar peor y que nos acordaremos de esto que tiramos ahora...».

Rachel, mientras reflexiona, prepara un paquetito para Verónica, con panecillos, carne y dos trozos de tarta de ciruela.

«No tengo ningún remordimiento de darle esto a Verónica, cuando tanta comida se pierde en esta casa».

Guardó el paquete en un cajón de la mesa de la cocina. Fue al rincón de la peladora eléctrica, detenida hace rato. Las patatas, en la pila grisácea, esperaban a que el cuchillo hábil de Rachel completase la imperfecta labor de la máquina. Rachel acompasaba sus movimientos al picoteo rítmico del cuchillo.

«Bobby empieza mañana sus vacaciones... Le hacen falta, está demasiado delgado... Me gustaría que fuera al mar, a un sitio tranquilo, a comer bien y dormir y no pensar en nada más, pero estos chicos no saben lo que les conviene... Está deseando verse libre para pasarse el día leyendo, devorando novelas... Bobby es un chico listo. Pobre Maudie si lo viera, ella que quería un chico listo. “Feo pero listo, Rachel”, me decía siempre. Si le viera... Pero si lo pudiera ver, sería yo la que no le tendría conmigo para contemplar su listeza... Dios mío, no es que yo diga que es mejor que Maudie haya muerto, pero siento que si Dios hizo que muriera y Dios hizo que Bobby fuera para mí, por algo será... Bobby no echa de menos a Maudie... Seis años, seis años sin cumplir cuando murió su madre... ¿Cómo va a acordarse?».

Las patatas van a parar a una marmita negra, de hierro, llena de agua, que está preparada sobre el hornillo apagado del gas. Rachel enciende la llama, débil al principio, que se extiende enseguida en un surtidor de chorritos de luz.

«Bobby es listo. Sé que le gustaría estudiar más, llegar a ser doctor o algo así, pero no se atreve a pedirme más sacrificios... Quiere ayudarme ya porque es un buen chico. Pocos hijos verdaderos serán tan buenos como él».

Rachel prepara las coliflores.

«Es ya un poco tarde para que pensemos en sacrificarnos los dos, él y yo... Él tiene un buen trabajo y cualquier día se encuentra una buena chica y se casa, como el hijo de Louise... Seré abuela... Abuela de los hijos de Bobby... Abuela de los nietos de Maudie, aunque yo he llegado a ser Maudie o por lo menos la madre de Bobby, más madre que ella misma, pobre Maudie...».

Rachel enciende otro hornillo de gas, en otra de las cocinas. Toda la estancia es un dominó, armatostes blancos, armarios, y armatostes negros, cocinas. Contempla la nueva llama que se enciende, como una rosa de pétalos movibles, ardientes, verticales. De pronto, se pone a cantar otra vez.

*A su madre no le gusta un vulgar marinero...*

*Sally Brown es una chica estupenda.*

TERESA

Desde lo alto del autobús, veo la calle larga, interminable, la calle única de los recorridos en autobús por Londres, de un extremo a otro. Porque todas las calles, la gran mayoría de las calles de la ciudad, al atravesarlas para ir de un barrio a otro, para ir como ahora, del suroeste al norte, me parecen iguales. Hay una calle repetida hasta el infinito, una calle obsesiva con las mismas tiendas, los mismos anuncios —cerveza, tabaco, cerveza, Player's Please, Ginger Ales—, los mismos cines —Odeón, Odeón—, los mismos Lyon's, los mismos estancos y confiterías.

Diez minutos, un cuarto de hora, vueltas, cruces, pero la calle sigue siendo la misma. Y si varía es para convertirse en la segunda calle obsesiva, la de las casas de ladrillo negruzco, rojo oscurecido, con su jardín o patio —en los barrios populares, siempre patio, yermo y sucio, en los barrios elegantes, patio limpio o jardín, flores en las ventanas, dorados relucientes, pinturas de colores vivos en las maderas—. A veces, la gran obsesión termina. Se atraviesa una zona personalísima, única, un verdadero oasis para la vista. Hay quizá un parque que se cruza, un jardín, un monumento, o se llega al otro barrio y todo cambia, la red obsesiva que une entre sí las distintas zonas diferenciadas termina. El otro barrio es ahora, Hampstead, el barrio de los artistas jóvenes y los extranjeros. En Hampstead yo busco a don Luis. Hace catorce años que vive en Londres, es amigo de amigos, español. Vive en una casita pequeña, vieja, con un jardín abandonado, descuidado. Me abre la puerta su mujer, doña Lola, gruesa, sonriente, madrileña.

—Pase usted, por Dios, que ahora mismo aviso a mi marido.

Don Luis me esperaba.

—Recibimos muchas visitas de España y cada una es diferente, cuenta cosas diferentes. Nadie me ha dicho si la verbena de San Antonio sigue siendo tan alegre como antes, se conoce que nadie va a la verbena...

Don Luis es delgado, menudo, nervioso, hablador, inquieto y también madrileño.

«¿Me gusta Londres, la Casa, la gente? ¿Hablo bien el inglés?».

—Nosotros hemos enseñado a cuatro amigos ingleses a hablar español. Se reúnen aquí todos los sábados.

La habitación de estar da al jardín. En la pared hay fotografías, un cartel de toros —«no por nosotros, sino por los amigos ingleses, que estaban deseando que tuviésemos uno»—. Los muebles son vulgares, alquilados con la casa. El conjunto, pobre, deprimente.

—Pero estamos contentos aquí. Yo con mi cocido y todo... Compró los garbanzos en las tiendas griegas... —dice doña Lola.

—La verbena, la verbena, si no fuera por la verbena de la Paloma y el sol y los aperitivos. ¿Qué se va a esperar de un país como éste, que no conoce el aperitivo?

Pero luego, don Luis habla bien de Inglaterra. Se emociona contándome la tragedia diaria de los bombardeos, la disciplina impresionante de la retaguardia.

—La guerra la ganó la retaguardia. Las mujeres..., las mujeres ganaron la guerra...

Yo pienso: *Miss Lancaster, Miss Dudley, Kate, Rachel...*

—Pero todo se paga —dice doña Lola—, y ahora muchas están mal de los nervios, de la cabeza... Nosotros pasamos lo nuestro, pero como veníamos de España, de aquella guerra, no nos pilló de nuevas.

Son simpáticos, repiten veinte veces la misma cosa, preguntan siempre lo de las verbenas y el sol y si es verdad que se vive en España tan bien como dicen unos y tan mal como dicen otros...

No hablo mucho. Probablemente les decepciono. No puedo pensar en España, me siento terriblemente alejada de España, aquí, en esta casita hablando con estos dos españoles. Me siento desplazada, más desplazada que en las calles de Londres, que en mi cuarto de la Casa. No puedo decirles lo que yo quisiera, preguntarles lo que necesito preguntar. Viven en un mundo fabricado con retazos de españolismo, recuerdos, rabia y nostalgia, y quiero comprenderles, sé que tienen derecho a ese mundo, pero me encuentro insegura, me faltan, nos faltan, puntos firmes de contacto. Será que todavía no tengo suficiente necesidad de añorar la España que añoran estos amigos, la España puramente física, el olfato, el sabor, el tacto de España.

Prometo volver. Nos despedimos hablando ruidosamente, yo desde la calle, ellos desde dentro de la casa. Un hombre que pasa se queda mirando, distraído, oyendo nuestra conversación. Quiero andar un rato. Hampstead me gusta. El parque queda a mi izquierda, a la derecha hay solares. Sigo el camino del autobús, recorro calles y calles. Me sobrecoge una calle muerta, destrozada en la guerra. A ambos lados de la calzada, las aceras levantadas, las casas desaparecidas, los jardines convertidos en selva. Es imposible, parece imposible que la guerra tan cercana haya sido cubierta por este florecer del césped, el musgo, las flores. Parece una calle muerta hace siglos, callada. Ni una casa está siendo reconstruida. Ni un jardín explorado. Hay camas partidas en dos, despedidas en el estallido repentino de las paredes, disparadas, apoyadas ahora en el árbol, podado violentamente por los cascotes, que ya tiene nuevas ramas... En un solar, entre casa y casa muerta, unos niños buscan algo: bichos, piedras, flores... Seguramente no se atreven, nadie se atreve a desvelar lo que va ocultando el tiempo, lo que quedó en las casas. Aunque quizá lo que yo veo sean sólo los restos inútiles de una búsqueda tremenda de cuerpos humanos... La calle, ancha, hermosa, céntrica, que fue alegre, o por lo menos tranquila, se queda atrás con sus dos filas de muñones reverdecidos, su solar visitado por los niños que buscan algo en silencio. Al final de la calle hay una iglesia intacta, fuera del área muerta. Me siento en un banco de piedra. Un viejo lee a la última luz, al último azulado claror, y súbitamente se hace de noche sobre las tumbas del jardín. Me levanto, intento no pisar los nombres y las fechas de piedra al andar, no puedo acostumbrarme a pasear

entre estos nombres y fechas tranquilamente, como si fuesen las indicaciones de los cruces, claveteadas en el suelo. En cualquier calle «Mirar a la izquierda» o «Conserven la derecha». «*Mister John Smith*, murió en Londres...». «Miren a la izquierda». A la izquierda queda la calle muerta, antes de la iglesia, y el jardín de las tumbas, limitado y cerrado por éstas.

### 3. Domingo, 9 de julio

---

#### TERESA

Hoy tengo que dedicar el día a estudiar. Delia me ha acompañado al laboratorio en que trabaja un amigo de Romualdo, un mexicano que estudia plantas tropicales como el doctor Craxton. Pero sólo he tenido fuerzas para ir dos días. Allí me siento abandonada, poco preparada, no sé si me interesan las plantas tropicales, no sé si me interesa buscar otro sitio para trabajar en algo serio y no perder el tiempo. Los días pasan y me veo demasiado solicitada por la ciudad, las gentes, los nuevos amigos... No era esto lo que yo me había propuesto. Es necesario que de una vez decida si debo o no dedicarme a la carrera que he elegido, en libre elección, sin coacciones externas que pudieran justificar o explicar este despego y esta falta de interés por...

El teléfono del piso suena insistentemente y nadie va a cogerlo. Me pone nerviosa. Salgo. Abajo, en la oficina de recepción, Kate reclama a alguien.

—¿A quién quieres, Kate?

Kate y yo hemos llegado a ser amigas. Ella y Delia son mis únicas amigas en la Casa, aunque todas las chicas de la cocina son buenas y me tratan con cariño, y aunque las residentes, sobre todo algunas, me hablan con frecuencia sin conocerme, se interesan por mi trabajo en el laboratorio y me preguntan detalles absurdos de España como si yo fuera una especie de guía turística.

—¿A quién buscas, Kate?

—Precisamente a ti. Hay un caballero que desea hablar contigo por el teléfono exterior. Baja, mujer fatal.

Kate me habla siempre con una mezcla de protección y burla que no me hiere, porque no intenta ser hiriente, sino de veras afectuosa y simpática. Mientras bajo las escaleras, corriendo contra todos los hábitos de la Casa, un presentimiento de tarde estropeada para la ciencia me invade.

—Sí, soy Teresa. ¿Quién es?

—Thomas. Thomas Dunn. Te llamo porque Marta y algunos amigos han pensado ir hasta Kew Gardens a dar un paseo y a merendar luego en algún sitio agradable. Si vienes, te esperamos en la parada del autobús. Puedes tomar el número...

La tentación, la tarde perdida, la ciencia, la frivolidad, todo lucha en mí en un combate inútil, porque desde el principio sé que iré.

—De acuerdo. Hasta luego. Sí, a las cuatro.

Los amigos de Marta son muy jóvenes, como ella. Alumnos de piano del Conservatorio, de danza, de canto. Dos muchachas y un muchacho. Todos hablan

mucho y como su principal preocupación es la música, recorren conmigo una España musical que conocen mejor que yo, que algunos interpretan. Hace calor. Las plantas de Kew Gardens aturden y marean de color. Flores enormes cuya especie desconozco crecen en los cuidados macizos, se transforman en seres casi monstruosos; las flores de los parques tienen algo de crecimiento irregular, excesivo. Dalias gigantes amenazadoras. Las flores no huelen, son demasiado grandes para oler. Imagino lo que sería Kew Gardens si a la borrachera del color hubiera que añadirle la del perfume. No entramos en los invernaderos que dejan ver desde fuera su flora exótica, temible. Afortunadamente nadie insinúa que yo, como especialista, debo de sentirme muy interesada. Yo como persona estoy abrumada de tanta riqueza vegetal, pero como naturalista me siento tan desgraciada que el paseo se me amarga un poco. Marta me dice:

—Mamá te espera a cenar luego. ¿Vendrás?

Sí, iré, necesito ver a *Mrs. Loridge* y al Mayor, en el salón, necesito la agradable cena, la sobremesa. Necesito la atmósfera civilizada, artificial, que se respira en la casa de *Mrs. Loridge*. Hoy, el aire libre, los jardines y la naturaleza toda me exasperan y me irritan como una acusación injusta.

## KATE

«Cada vez me gusta más trabajar en domingo. Los domingos son tan tristes, tan desmoralizadores... No es de ahora, es de siempre, esta sensación de vacío, tristeza, ausencia de algo importante que debía estar presente en el domingo y falló a última hora; la ausencia de un invitado alegre en la fiesta. Sólo que aquí el invitado es desconocido, y se nota su falta, el fracaso de la fiesta, impalpable, crecientemente. Se nota su ausencia más y más a medida que el día va transcurriendo...».

Kate está encerrada en su oficina. La habitación es pequeña y frágil como una garita, con sus dos paredes de cristal, la del jardín y la otra, la que da al vestíbulo. Kate se encuentra a gusto en su oficina protegida por la débil barrera transparente, que la separa de la Casa y la aísla, dentro de la misma Casa. Las fichas, los recibos, el teléfono son viejos amigos aburridos, pero no insoportables, viejos conocidos fáciles de manejar y de esquivar cuando es necesario.

El teléfono suena. Kate, profesionalmente amable, pregunta: «¿Quién? ¿*Miss Katz*? Un momento, por favor».

Kate sale de la oficina. En los tableros de control, *Miss Katz* figura como «dentro». Kate vuelve a su mesa. En la pared busca el timbre de *Miss Katz*. Lo pulsa. Kate pasa la comunicación a la cabina del pasillo. Todavía transcurren unos minutos antes de que aparezca *Miss Katz*, en las escaleras, bajando despacio, recreándose en

su propio balanceo al andar. Hace un gesto de saludo a Kate. Al pasar dice con su voz de sueño constante:

—Gracias.

Kate la observa hasta que desaparece en la cabina y se encierra y empieza una de sus conversaciones telefónicas.

«La misteriosa dama del Orient Express —se dice—, o la dama que juega a hacerse la misteriosa».

Pero Kate olvida enseguida a *Miss Katz*. Kate sabe demasiado, a pesar suyo, de cada una de las residentes como para sentir curiosidad.

Al final todas las complicaciones se resuelven con un «*Cherchez l'homme*». Todos los misterios, las discreciones, las indiscreciones, van a lo mismo. Las mentiras, los recados telefónicos contradictorios, las conspiraciones absurdas llamadas «agradable reunión para oír música en el cuarto de una amiga», «paseo en coche hasta Windsor». Kate aprovecha los domingos para poner en orden sus carpetas, eliminar papeles inútiles, etcétera. La semana es demasiado ajetreada para poder dedicarse a esos detalles. Cuando suena de nuevo el teléfono está absorta en su trabajo de clasificación. Coge maquinalmente el auricular. La voz que llega a su oído, golpeando su cerebro, despierta el recuerdo con violencia.

Kate casi grita.

—¡Dan!

—Estoy en Londres, Kate.

La voz sigue golpeando a Kate. «Dan, Dan en Londres. Otra vez volver a empezar».

—Dan, ¿por qué has venido?

—Tenía que verte, Kate. Necesito verte. No puedes decir que no. Te espero donde siempre. A las diez.

La voz enloquece a Kate.

—No puede ser, Dan, vuelve a casa. ¿Cómo está Ana?

—Mal, Kate, cada día peor. Tengo que hablarte. Estaré a las diez donde siempre. Estoy desesperado. Tienes que venir...

La voz implora. Kate sabe que no puede negarse a la voz suplicante de Dan.

—Iré. A las diez y media. Terminó el trabajo a las diez.

Kate mira el reloj. Las seis de la tarde. «Cuatro horas de encierro. Cuatro horas interminables aquí sin poder trabajar, ni moverme, ni...». Kate esconde la cabeza entre las manos.

—¡Kate!

Louise la mira sorprendida; acaba de llegar para el servicio de la cena y trae una taza de té para Kate, como todos los días.

—Kate, ¿te ocurre algo?

—Gracias, Louise, no, no me ocurre nada.

Louise duda un minuto; luego se retira. Kate acerca la taza y empieza a beber a pequeños sorbos el té.

«El té me sentará bien... Sabía que esto iba a suceder cualquier día. Dan no se resigna, Dan olvida las promesas, es débil, más débil que yo... Louise habrá pensado... Que piense lo que quiera... Louise no pregunta como mamá y Lissi... Algo indecoroso, Kate, debe de ser algo indecoroso cuando nunca hablas de él y ocultas cuándo le ves... Dan, por qué no puedes cumplir las promesas y quedarte allí todo el tiempo, al menos mientras ella, mientras Ana... te necesite... A las diez y media, donde siempre... Quién lo hubiera creído... El invitado del domingo. Pero no el invitado alegre que se echa de menos, no el invitado que va a animar la triste fiesta, sino el invitado triste que no era necesario... Que sí es necesario, que es siempre necesario, pero que no puede asistir a las fiestas...».

Kate ha recobrado la calma, la calma del rostro y las manos. «Ana está peor... Dan imagina que está peor, seguramente desea que esté peor... Pero pasarán años antes de que Ana... No puedo volver a pensar en eso. Prometimos que no volveríamos a pensar en la salud de Ana... Ana tiene, por fuerza, que estar mejor... Deseo con toda mi alma que Ana esté ya bien...».

—¿Estás ya bien, Kate?

Louise ha vuelto, inquieta, y se alegra de ver a Kate normal, recuperada.

—¡Ya estás bien! Te encontré tan decaída y tan... como enferma. Trabajas mucho, Kate, ¿cuándo es tu día libre?

—Mañana. Mañana me iré a casa... Hace mucho tiempo que no voy...

«Mañana iré a casa... Mamá estará arrepentida de todo lo que me dijo y me mimará para que vuelva... Hace mucho tiempo que no voy y al fin y al cabo es lo único que me queda, aunque sea un refugio tan incompleto y a veces tan incómodo... Mañana en el tren de las seis, iré a casa... Mamá no me esperará... Lissi estará trabajando... Mamá se alegrará y yo podré dormir en mi cuarto otra vez, horas, horas...».

## MARJORIE DEWEY

Después del lunch, Marjorie escapa, apresurada, del salón. Necesita llegar pronto a su habitación. Las piernas delgadas y larguiruchas se le doblan en la carrera, escaleras arriba. Marjorie no ha querido esperar el ascensor, porque no tiene paciencia para esperar. En la calle anda desde una parada a otra porque no puede estarse quieta esperando el autobús, sube o baja las escaleras porque no resiste los segundos lentos de espera del ascensor. Escaleras arriba, camino de su cuarto, Marjorie reflexiona su

prisa, la justifica.

«Cuando se es joven, es absurdo esperar. Es antinatural, además. Lo natural es ir al encuentro de los acontecimientos».

Ella, esta tarde de domingo, piensa salir a encontrarse con una posible fuente de apasionantes aventuras. Marjorie tiene una cita con un hombre, con un muchacho, a las cuatro, en Hyde Park, para ir a remar. Por eso Marjorie tiene prisa, necesita las horas que quedan para decidir qué traje le está mejor, qué peinado debe ensayar, qué zapatos...

«Sabía que en Londres sucedería esto, me tenía que suceder algo... Elisa y Cristina y todas las amigas se entusiasmarán cuando se lo cuente... Un persa... Pero no un persa cualquiera, no un vendedor de tapices, no... Un gran señor... Se ve... Hijo, seguramente, de un noble, de un hombre importante... Shirazi... ¿Será nombre o apellido? Los orientales que viven en Europa son distintos de los que vemos en América... Aquí vienen a estudiar los orientales cultos, las clases superiores... A nosotros sólo nos visitan los mercaderes enriquecidos o los que tratan de enriquecerse... Nunca se me había ocurrido esta diferencia, pero pienso que es así... Shirazi es inteligente. Shirazi debe de saber muchas cosas... ¿Por qué no habré estudiado yo más geografía y más arte en la facultad? No sabré de qué hablarle, cuando él empiece a contarme cosas de su país... En este sentido habría preferido que me hubiese invitado a salir el italiano... Sé muchas cosas de Italia... Hubiera sido preferible, pero el italiano estaba tan... embebido con la muchacha danesa... Fue muy agradable de todos modos que Shirazi...».

Ayer, sábado por la tarde, Marjorie asistió por primera vez a una reunión de estudiantes en el Club Internacional. Había estudiantes de todas partes del mundo. Europeos, americanos, africanos, chinos... Marjorie se sentía feliz. Se habló de música, de arte, de existencialismo, de comunismo... Shirazi había bailado con ella todo el tiempo. Shirazi bailaba con el cuerpo pegado al suyo, arrebatado por el ritmo, sin hablar... Marjorie aprovechaba los descansos entre baile y baile, entre discusión y discusión, para empolvarse discretamente la nariz. Imaginaba su piel más imperfecta que nunca y hubiera querido borrar a fuerza de polvos las rebeldes, inatacables pecas.

«Desde luego, no pensé en Shirazi al principio, hay que confesarlo —se dice Marjorie ante el espejo de la chimenea mientras recoge su pelo en bucles sujeto con horquillas, para que se rice—. Yo pensé en el italiano, que me pareció estupendo... Además, nunca hubiera soñado en salir con un tipo de otra raza... No es que los persas... No, por Dios, son completamente distintos a los negros y los amarillos, pero no sé..., el Lejano Oriente... no sé, debe de ser prejuicio... Con el italiano, sí, lo pensé desde el primer momento. Un italiano pintor, además... Qué bien hablaba, cómo defendía a Modigliani cuando aquel grupito insoportable de franceses le decía que Modigliani era blando y literario... Fue una pena lo de la danesa que lo echó a

perder todo al final... Bueno, no echó a perder nada verdaderamente, porque él ni se había fijado en mí cuando le tuve sentado tan cerca, pero quién sabe... Shirazi había bailado tanto conmigo... Pero no me imaginé lo de salir hoy a remar. Es estupendo de todos modos... Es un persa perfectamente europeizado y ni siquiera sé si la cultura persa es más antigua que la europea incluso, aunque sospecho que sí porque... ¡Qué pocas cosas he aprendido en la facultad!... Cuando pienso que ni siquiera el latín, la literatura latina la conozco lo suficientemente bien...».

Marjorie, después de hacerse las uñas, se tiende un rato en la cama, a descansar. Después será el momento de sacar los vestidos y elegir... «Aunque yo creo que no debo dudar, porque el de florecitas rojas es perfecto para ir a remar... Con el pañuelo para la cabeza igual...».

—¡Marjorie! ¿Qué te pasa?

Delia Soto contempla asombrada la cara enrojecida por el llanto de Marjorie. Por el pasillo avanza alguien. Delia se decide.

—Entra, Marjorie.

La habitación de Delia está en desorden. Un desorden de día entero transcurrido en la Casa, agotando todos los posibles entretenimientos: libros abiertos, cartas por contestar almacenadas sobre la mesa, ropa para planchar sobre una silla.

—Estaba acostada, tratando de dormir unas horas para luego estar despejada en la noche y poder trabajar hasta la mañana. Tengo tanto trabajo atrasado...

Intentaba dar tiempo a Marjorie para que se calmase, para que saliera de su inexplicable y acongojado mutismo. Pero Marjorie callaba. «No sé cómo empezar... No sé si debo decírselo todo a Delia o no... Habría sido mejor que me hubiese quedado en mi habitación... sola... ¿Por qué necesito siempre hacer confidencias a Delia?».

Delia esperaba, paciente, a que Marjorie se decidiera a hablar. Al fin no pudo resistir y preguntó.

—¿Quieres decirme qué te pasa? Supongo que no habrás encontrado malas noticias de casa, al llegar de la calle. ¿Qué tal has pasado la tarde? ¿Qué tienes?

«Debo hablar, debo hablar... ¿Para qué habré salido de mi habitación?».

—Delia, me ha ocurrido algo espantoso. He pasado una tarde de pesadilla. No sé cómo decírtelo, pero... he salido con ese chico de quien te hablé ayer... Con el persa...

Marjorie se detuvo.

—Sigue —exigió Delia.

—Ha sido una tarde de pesadilla... Al principio no, la verdad es ésa, al principio fue agradable... Remamos en Hyde Park, a mí me gusta tanto remar... En casa siempre...

Marjorie se echó a llorar desconsoladamente.

—Cálmate, Marjorie, y explícame lo que pasó...

Delia se había sentado al lado de la muchacha y trataba de levantarle la cabeza, oculta en el pecho.

«No debí venir a ver a Delia... Exige que le hable... No tiene compasión».

—Delia, creo que hay cosas difíciles de decir y de comprender. Será mejor que me vaya —contestó Marjorie repentinamente calmada.

—No digas tonterías, Marjorie. Cuéntamelo todo. No será tan grave como dices. ¿Crees que no he vivido cosas suficientemente serias como para que tus pequeñas aventuras me sean difíciles de comprender?

Marjorie intentó seguir.

—Verás... Remamos y pasamos una buena tarde al principio. Después, Shirazi, es que así se llama, Delia..., Shirazi me dijo: «Podríamos ir a casa a tomar un trago». Así dijo, y yo pensé..., qué sé yo, Delia, que sería una casa como esta nuestra en la que se invita a tomar el té o cerveza o algo... Pero no, él tenía un cuarto para él solo en una casa llena de habitaciones independientes en las que viven estudiantes y artistas... A mí no me importó mucho, de veras. Entramos y sacó una botella de ginebra... Seguimos charlando de arte y política y las cosas que se habían discutido ayer en el club... Pero...

—Si no quieres, no sigas porque me lo imagino todo, Marjorie —dijo tranquilamente Delia.

Marjorie la miró asustada.

—No puedo creer que te lo imagines... Es demasiado horrible... Fíjate que de pronto nos habíamos quedado un momento en silencio y me dice... algo que no comprendí al principio... Algo así, Delia: «Supongo que no te importará, Marjorie, pero como ayer fue sábado y en Londres los comercios cierran y no hay manera... No te importará al natural, ¿o vienes tú preparada?». —Marjorie estaba roja de indignación y vergüenza—. Eso dijo, y tardé mucho en comprender aunque con haberle mirado a los ojos podía haber comprendido...

Delia habló al fin.

—Eres más ingenua de lo que yo creía, Marjorie. ¿Cómo puedes asustarte por una situación así... tan normal?

—¿Normal? ¡Delia! ¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que tú apruebas esas situaciones? Te advierto que yo, que mi conciencia... En mi país...

Delia estaba completamente tranquila, un poco burlona quizá.

—Marjorie, yo no sé lo que sucederá en tu país y en tu conciencia, pero si una muchacha accede a acompañar a un chico a su casa no es difícil prever...

—Es asqueroso... Europa es asquerosa, te lo aseguro...

Marjorie había pasado de la desesperada tristeza de hace un rato a una encendida indignación puritana.

—Nunca creí que tú, Delia, opinaras así.

—No seas chiquilla, Marjorie, ¿te he dicho yo lo que opino de esto? Yo no opino nada.

—Así que tú ¿admites que un hombre y una mujer que no estén casados...?

Delia contempló un momento la cara sorprendida de su amiga, que esperaba, que necesitaba que ella dijera que no. Pero no pudo hacerlo.

—Marjorie, no sé si te parece bien o no, pero ya te he dicho que admito que un hombre y una mujer que se quieran..., sin importarme si son o no marido y mujer... Lo cual está muy lejos de una aceptación por parte mía de situaciones como la de esta tarde entre tú y ese persa... A propósito, ¿qué hiciste cuando comprendiste lo que quería?

«Ella acepta que aunque no se esté casado... Pero eso es pecado e indecente e inadmisibile... No puedo creerlo... ¿Es posible que Delia, que ella misma...?».

—¿Qué dices, Delia? ¿Que qué hice yo cuando...? Me levanté, me marché sin decir una palabra y él se quedó allí sin reaccionar, seguramente sorprendido...

«No puedo creer que Delia... Una cosa es aceptarlo en teoría y otra aceptarlo en la realidad, cuando le pasa a una misma... No lo puedo creer...».

## VERÓNICA

—... Y yo le dije: «No bebas más, Tom. De sobra sabes que luego te pones muy mal». Pero estaba en el disparadero, yo me di cuenta enseguida... Y así está... Se ha levantado con la cabeza dolorida y se ha vuelto a acostar. Por eso yo me dije, le voy a decir a Louise que si mañana no puedo venir porque estuviera él peor, se invente una disculpa para *Miss Jackson*: que estuviste a verme hoy por la tarde y que yo estaba con fiebre... o algo así. Sobre todo que no adivine la verdad... la vieja bruja.

Verónica había esperado a Louise, en la cocina, hasta que ésta terminó de servir la cena. Louise la escuchaba silenciosa y comprensiva.

—Me dije —seguía Verónica—: Un paseo, Veric, no te vendrá mal después de todo un día de encierro. Las niñas se quedaron jugando en el jardín de al lado, con unas amigas. Tom estaba más despejado.

Louise se sintió en la obligación amistosa de opinar.

—De todos modos, Veric, tú debías frenarle. Va a enfermar de verdad y además tenéis hijos, no podéis pasaros la vida gastando y gastando...

—No sé cómo explicarte, Louise: Tom lo hace con buena intención. Quiero decir que no bebe a la desesperada y por emborracharse como otros. Bebe porque está alegre y le gusta charlar conmigo y con los demás. No suele hablar mucho corrientemente. Y cuando bebe un poco, se siente como libre, como pudiendo decir

muchas cosas que tenía calladas, ocultas porque no se atrevía a decirlas. Y no necesita beber mucho para eso. Lo malo es que cuando se anima y pasa la medida ya no sabe volver atrás, y acaba rezumando cerveza y malestar, como ayer. ¿Qué puedo hacer yo? No voy a quitarle algo que le gusta tanto, ¿verdad?

Verónica dejó de hablar: «¿Qué puedo hacer yo? Claro que podía negarme a ir con él o a que él vaya... La verdad es que yo también soy feliz así, acompañando a Tom al *pub*, aunque ya sé que lo critican y que dicen que eso no es de mujeres dignas y menos de madres... ¡Qué difícil es entender por qué hacemos las cosas! Por qué somos felices con cosas que pueden ser tan perjudiciales y sabiéndolo seguimos haciéndolas...».

—De todas formas, tú tienes razón, Louise... —afirmó.

«Tú tienes razón, tu razón. Pero no sabes lo que es para nosotros, para mí... Al principio sólo es la alegría de estar con Tom, libres, de fiesta, unas horas de descanso y de despreocupación. Luego poco a poco viene el encantamiento. Parece que los problemas hubiesen volado. Que Tom y yo hubiésemos volado lejos de los problemas. Yo creo que él también lo siente así y nos miramos y sonreímos... Entonces podemos empezar a hacer planes, esos planes que, serenos, nunca se hacen, porque desde el principio se sabe que son imposibles. Tom dice: “Veric, cuando Charlotte tenga cinco años, empezará a bailar. Quiero que sea una gran bailarina de ballet. Puede serlo, Veric, tiene tu figura, delgada y flexible, y tiene gracia y... Como somos jóvenes todavía la veremos triunfar y podremos disfrutar de su triunfo antes de que nos salgan las primeras canas... A lo mejor llega a bailar ante los reyes... Cuando le pregunten en los periódicos dirá: ‘Me llamo Charlotte porque nací el mismo año que el príncipe Carlos, el heredero’... No sé lo que podríamos hacer con nuestra pequeña, Veric, es demasiado pequeña, pero ya lo pensaremos”...».

—Tú y Charlie ¿qué soñáis, Louise? Quiero decir, ¿qué queréis para Dick y su mujer y vuestros nietos cuando vengán?

«Dick es demasiado grande ya. A lo mejor cuando las niñas sean mayores nosotros ya no soñamos tanto y sólo deseamos verlas bien casadas, con un buen trabajo. Pero ahora... Otras veces, la cerveza nos hace pensar en nosotros mismos, solos, como si no tuviéramos hijos. Tom dice: “Tú siempre has sido muy elegante, Veric, y algún día tendremos dinero para que vistas a tu gusto y fumes cigarrillos egipcios... Podríamos ir una temporada a la Costa Azul, como recién casados”... Luego Tom se acuerda de las niñas y dice: “Se las dejaríamos a tus padres”...».

—¡Tienes razón, Louise!, ya te he dicho que tienes razón, pero no podemos evitarlo aunque sepamos que no se saca nada soñando.

«Es suficientemente bueno mientras dura... Si no fuera por eso, yo no sabría que Tom piensa esas cosas. Es tan callado...».

—Dile eso a Miss Jackson si no vengo mañana, por favor, Louise. Y ¿podrías

darme un cigarrillo? Olvidé en casa el paquete...

## 4. Jueves, 13 de julio

---

### MISS LANCASTER

—Nos falta sólo la bandera de Turquía. Dígale a Kate, por favor, que telefonee a Patrick's. Allí la encontrará seguro... ¡Ah! *Miss Dudley*, por favor: a Rachel que prepare más mantecado. Estoy segura de que al fin se presentarán muchas de las que no han contestado.

En la mesa de *Miss Lancaster* se alinean firmes, sobre sus metálicos soportes, dos filas de banderas. *Miss Lancaster* está sentada tras la mesa y su mirada se pierde en la inmóvil formación de los pequeños trozos de tela, pintados, bordados, patrióticamente cargados de simbolismos, de palabras vacías y vueltas a llenar con nuevos sentidos, con significados distintos.

*Miss Lancaster* mira las banderas, pensativa, recuenta las residentes que debe agrupar cada bandera, consulta la lista que tiene en la mano y vuelve a mirar las banderas.

«Diez australianas, cinco francesas..., la bandera de Francia me ataca los nervios..., dos indias... ¿Dónde está nuestra bandera? Esperemos que llegue a tiempo la de Turquía. Cada año hay que añadir alguna nueva, esconder alguna, transformar alguna... Me pregunto por qué en el mundo hay otra bandera que la nuestra...». *Miss Lancaster* pulsa el timbre que hay sobre la mesa, a su derecha. Entra Kate.

—Kate, perdone que la interrumpa en sus trabajos, pero necesito su ayuda. ¿Quiere ir comprobando el número de tarjetas, el número de invitaciones, la lista y las banderas...? Ya no podemos esperar más para encargar la cantidad exacta de dulces. Queda media hora y aunque está tan cerca...

«Las banderas, los dulces, las residentes..., el discurso: “Bienvenidas a la Casa, a Inglaterra... Como todos los años... Veinte naciones hermanas, sí, yo quiero que sean naciones hermanas —¿lo quiero realmente?—... Aquí todas reunidas en esta fiesta anual de unidad y recuerdo... La Casa será siempre para ustedes, cuando estén en sus respectivos países, este nexo momentáneo que ojalá sea duradero, de razas y naciones”... Podría ser un discurso digno de la ONU..., tan inútil como los de la ONU...».

Kate, con un lapicero en la mano, tacha, comprueba, *Miss Lancaster* sale.

—Hasta ahora, Kate. Voy a subir a la habitación a arreglarme un poco.

La habitación de *Miss Lancaster* es abigarrada. Tiene algo de restos de naufragio, de almacén provisional de muebles recién retirados de una casa en ruinas, muebles que van a ser llevados a otra parte porque su transitorio refugio no les sirve, les

resulta pequeño. La cama, grande, segura, los dos armarios uno frente a otro, distintos, magníficos, que prometen estar llenos de trajes isabelinos uno, de plata y china el otro. Las sillas de tres estilos distintos, las butacas, las chucherías, la mesa de trabajo. Bajo la ventana un diván intemporal, ni moderno ni antiguo, con almohadas y cojines de colores. Cada objeto desplazado, como perdido en su actual asentamiento, y sin embargo, definitivamente colocado, condenado a la compañía y la mezcla con otros objetos históricamente distantes, estéticamente lejanos.

Ésta es la primera impresión. Luego, la habitación descubre su interna, subyacente armonía. Hay una razón funcional, si no bella, en la distribución de los muebles. Se adivina, por ejemplo, el porqué del diván bajo la ventana, al lado de la mesa de trabajo, facilitando el descanso momentáneo, acercando el rápido descanso de un minuto entre hora y hora de lectura y estudio.

El gran armario, a la derecha del diván, el armario que promete trajes está abierto en este momento, y *Miss Lancaster* busca algo en su interior. El armario, vaciado de su primitiva estructura, se ha convertido en una biblioteca profunda, con estantes de arriba abajo, habitada de libros de lomo rojo, verde o apergaminado. *Miss Lancaster* busca algo en su armario-biblioteca; lo encuentra: una historia del mundo contemporáneo. La hojea. Piensa.

*Miss Lancaster* va hacia el segundo armario, el armario bajo y ancho que promete estar lleno con la plata y la china. Lo abre y, del centro, de la parte destinada a los trajes, escoge uno gris perla, el traje de las reuniones sociales. A ambos lados del cuerpo central hay cajones cerrados. Los de la derecha están llenos de objetos íntimos, de pequeños regalos, de fotografías. *Miss Lancaster* no suele abrirlos con frecuencia. Los de la izquierda contienen la ropa interior, los jerséis, los pañuelos.

*Miss Lancaster* se viste, forcejea un instante con el traje, ancho, holgadísimo, que se niega sin embargo a deslizarse a la altura del busto. El traje cae al fin, envuelve el cuerpo grande —destartalado, dice Rachel—, deja al descubierto un trozo de pierna delgadísima que parece incapaz de sostener la cuarta parte, no ya la mitad, del cuerpo. El cuello alto del traje, ligeramente armado por detrás, da dignidad a la cabeza inteligente y erguida; suaviza, al descender curvado hasta el escote, la dureza de los labios finos, que avanzan empujados por los dientes agresivos y desiguales. La manga cubre el codo y abandona los brazos a su desnudez blanquísima, que termina en el tono, apenas perceptiblemente tostado, de las manos. *Miss Lancaster* nunca ha usado joyas, adornos, flores. Con el traje puesto está lista, preparada para la fiesta de las residentes extranjeras, para el discurso sobre la hermandad de las naciones, para la sonrisa permanente, las frases amables, la atención a los detalles del servicio... «Afortunadamente es jueves. Peor hubiera sido en sábado, este próximo sábado con el cumpleaños de Lina y su estúpida manía de que hemos de pasarlo juntas y celebrarlo y...».

Sobre la chimenea de *Miss Lancaster* hay un gran óleo, un retrato de mujer. En la repisa no hay frascos, figurillas ni objeto alguno que pueda distraer la atención del cuadro. A *Miss Lancaster* le gusta verlo así, solitario, ocupando el paño de pared libre. Cuando lo trajeron, hace unos meses, tenía decidido el sitio. Descolgó un viejo grabado de la Torre de Londres y lo colocó allí, frente a la puerta, sobre la chimenea encendida. Luego, retrocedió, lo miró, asintió con un gesto y no volvió a preocuparse de él. El retrato había llegado a la Casa con naturalidad, había sido recibido, desempaquetado y colocado por *Miss Lancaster* con absoluta tranquilidad, y nadie se preocupó de él. Fue Verónica, al hacer la limpieza al día siguiente en la habitación de la directora, la que se sorprendió, se admiró y habló de ello, en la cocina.

—Juraría que es Lina, la misteriosa Lina, Louise. Es una mujer guapa, delgada, elegante, con un broche de brillantes en el pecho como único adorno, el pelo un poco gris, el cuello muy largo... Elegantísima, Louise... Yo entré y de pronto noté algo raro, algo distinto en el cuarto, y era el retrato... No te puedo decir por qué, Louise, pero inmediatamente pensé en Lina, la que vino aquel día, ¿recuerdas?, y llamó a la puerta de la Casa, desencajada, preguntando por ella, por la bruja número uno..., y cuando tú la viste salir del despacho, roja, sofocada, juraste... Acuérdate que juraste haber oído a *Miss Lancaster* decir: «No seas niña, Lina. Todo está olvidado». Y nunca más volvimos a saber nada de ella..., hasta hoy que yo te aseguro que el retrato... Si pudieras subir a verlo... Ya sé que no es posible, pero te lo volveré a explicar: es una mujer guapa, pero no demasiado guapa. Atractiva sí, atractiva muchísimo. Los ojos oscuros, el cuello largo, el broche... Ya te dije lo del broche. Creo que el traje era todo verde.

Louise dijo: «Ella puede hacer lo que quiera y traer a su cuarto todos los retratos de mujer del mundo».

Rachel dijo: «Estaba segura de que era una cerda además de un caballo».

Emily pensó: «Un retrato para no sentirse tan sola. Un retrato para morderse las uñas contemplándolo».

Mary dijo: «Debías explicarme, Louise, por qué *Miss Lancaster* tiene ese retrato y por qué habláis así de ella y de esa Lina»...

Rachel volvió a decir: «Es una cerda. No tiene vergüenza».

*Miss Lancaster*, sin mirar al retrato, sin verlo, cogió sus gafas de la mesa y salió de la habitación. Abajo empezaba a oírse el murmullo de las conversaciones.

«Me imagino que habrá llegado al fin la bandera de Turquía y Kate las habrá colocado todas en la mesa del salón».

—Buenas tardes, Delia. Esperaré su aviso con verdadero interés.

Isoline se despidió sólo de Delia y salió del gran salón. El ascensor no bajaba. Isoline no quiso esperar y subió escaleras arriba, lentamente. En los primeros escalones se detuvo un instante para arrancar de su pecho la cartulina redonda que colgaba de un pequeño lazo. La cartulina decía: *Miss Katz*, Suiza.

«Incomprensible. Incomprensible y estúpido».

Isoline estrujó entre sus dedos la cartulina y siguió subiendo escalones. Al llegar al primer piso, la cartulina era una bolita compacta y caliente. Isoline la tiró por la ventana abierta.

«Mañana la encontrará *Miss Dudley*, cuando juegue a arreglar el jardín. Creeré que es un billete de amor y se le pondrá la carne de gallina. A *Miss Dudley*, con esa cara de pastel mal cocido, inexpresiva y vulgar, seguramente le gustaría descubrir secretos».

Isoline entró en su habitación y se derrumbó, rendida, en la butaca, bajo la ventana cerrada. Los zapatos le hacían daño y se los quitó. Pensó que estaba arrugando su traje de fiesta, pero no tuvo fuerzas para levantarse.

«Una tarde de éstas agota más que una noche intensa de baile, alcohol y todo lo demás... Traje de fiesta, etiqueta, para una reunión de mujeres solas... Éste es el país más insoportable que me ha tocado recorrer en mi larga vida... Y aquella estúpida comentando: “Oh, *Miss Katz*, en Suiza ustedes deben de tener muchas fiestas como éstas. Me imagino su país tan tranquilo, tan ordenado, tan serio, tan...”».

El vestido de gasa, color malva, fue a parar a una silla. Isoline respiró descansada. Descalza y en combinación, fue hacia la cama, abrió las sábanas y se deslizó entre ellas.

«La combinación... Voy a dejar hecha una pena la combinación tan delicada... Bonito traje el de la uruguaya... Le sienta bien el blanco, la rejuvenece y buena falta le hace, porque se adivina peligrosamente su edad...».

Con los ojos cerrados recordó la fiesta.

El salón estaba iluminado con candelabros. Las habituales luces altas, severamente encaramadas en las lámparas de madera, apenas si se recordaban. Los candelabros encendidos manchaban de sombras los manteles, hacían brillar los ojos de las mujeres agrupadas en torno a las mesas, habían convertido el salón en un lugar íntimo, habían expulsado la frialdad de otras noches.

Las residentes charlaban en grupos. En la mesa de *Miss Lancaster* se sentaban unas cuantas señoras invitadas, que sonreían a todo el mundo. Las mesas estaban llenas de bandejas con dulces, de flores, de vasos y tazas. A primera hora se había servido té y café, luego, la limonada. Las residentes se levantaban a veces, iban hasta otra mesa, charlaban un momento con alguien. Volvían. En algunos momentos casi todas estaban de pie, moviéndose pausadamente, haciendo y deshaciendo pequeños

grupos. A ratos, un cansancio general las invadía y sin proponérselo, se sentaban todas a un mismo tiempo. El salón resplandecía.

—Parece una boda —dijo Delia Soto.

Isoline Katz estaba a su lado y la miró sonriendo burlona.

—Parece una triste reunión de mujeres que nada tienen que decirse y, sin embargo, se empeñan en vestir sus trajes de fiesta y reunirse aquí y hablar de sus naciones y aplaudirse y dar grititos histéricos.

Estaban un poco aisladas de la mesa de *Miss Lancaster*, hacia la cual se había desplazado el centro de la fiesta momentáneamente. Delia parecía aburrida y eso incitó a Isoline a continuar.

—¿Qué le parecen a usted estos festejos entre patrióticos y escolares?

Delia Soto sonrió y sus ojos oblicuos se empequeñecieron divertidos con la hiriente crítica.

—Me parece una pena... ¿Usted había visto antes una fiesta sin música, sin alcohol y sin hombres? Yo no...

El cartelito de Delia temblaba en su pecho. Uruguay. Uruguay.

Isoline contemplaba la palabra exótica. «Uruguay es una fiesta con muchas luces en la que se beben zumos extraños y se bailan danzas estremecedoras».

—¿Por qué está usted en Inglaterra, si no le gusta?

Delia Soto la miró con desconfianza.

—¿Y por qué está usted?

Isoline estaba preparada.

—Por mi trabajo, desde luego. El periodismo exige sacrificios, ya sabe...

Delia Soto contestó.

—Hay también otras cosas que exigen sacrificios.

Kate se había acercado a ofrecerles bombones.

Isoline creyó adivinar en su mirada una pregunta. Pensó: «Seguramente Kate está intrigada por la interrupción de mis conferencias telefónicas. Lo disimula pero le gustaría saber por qué de momento estoy libre».

—De momento estoy libre, *Miss Soto*, ¿cuál es su nombre? Es antipático usar el apellido para llamar a los amigos... Bien, Delia. Estoy libre y me gustaría, si usted tiene algún plan fuera de la Casa, acompañarla... Quiero decir una excursión o algo así.

«“Mañana —había dicho Delia Soto— véngase con nosotros a Stratford. Queremos ver *Measure for Measure* en el Memorial Theatre”. Nosotros... ¿quiénes serán “nosotros”?», se preguntó Isoline.

—Muy bien, mañana, ¿a qué hora?

Isoline estaba a punto de dormirse. Antes de apagar la luz se dijo muchas veces: «A las ocho, a las ocho, tengo que despertarme a las ocho... Todavía puedo dormir

muchas horas... No merece la pena bajar a cenar... con tanto pastel y tanto té y tanto aburrimiento... A las ocho, Stratford es un nombre conocido... Me pregunto por qué ese interés en ir a un teatro de Stratford...».

## EMILY

Emily encendió la luz del comedor del servicio. Sobre la mesa vio los restos de la cena. Comprobó que no había ningún plato intacto. Dejó el bolso sobre una silla y fue a la cocina. Rachel había dejado su plato en el horno. Había, además, otros dos. Emily pensó: «Kate o Teresa, o las dos, no cenan en casa».

El plato le quemaba la mano y Emily lo soltó. Buscó a su alrededor un paño para llevarlo cómodamente. Se frotó los dedos doloridos del instantáneo contacto. Oyó pasos y voces en las escaleras del sótano y se sintió intimidada, como sorprendida en algo ilegal. Dobló los dedos, apretándolos contra la palma, cogió el plato con la otra mano y se alejó hacia el comedor, sin esperar. Kate y Teresa se acercaban charlando.

Emily se arrepintió de haber entrado a cenar.

«Ahora me preguntarán y tendré que hablar. Tratarán de ser amables y de preguntarme qué he hecho, dónde he pasado mi día libre... Debí haber subido directamente a mi habitación, en realidad no tengo hambre».

—Buenas noches, Emily.

Kate y Teresa estaban de pie, mirándola con sus platos en la mano. Emily pensó: «No necesitan paño para ayudarse. Resisto el calor menos que nadie. Los dedos me arden y ellas están ahí, con los platos en la mano, sin dolor».

—Buenas noches.

Kate se sentó a su derecha. Teresa enfrente de ambas. Kate se dirigió a ella:

—¿Qué tal, Emily? Día libre, ¿no? De buena te has librado... Teresa y yo hemos disfrutado durante unas horas de la deliciosa compañía de las de arriba, en masa y vestidas de gala...

Kate hablaba con naturalidad, trataba a Emily como a una amiga. Emily pensaba: «Kate tiene derecho a asistir a esas fiestas y habla como si yo también... Kate no es una criada en realidad, sino una señorita. Teresa es una señorita también. ¿Por qué cenan aquí, ahora, y me hablan y tratan de ser amables?».

Emily de pronto habló.

—Me duelen los dedos.

Kate y Teresa la miraron sorprendidas. Emily explicó:

—Me duelen porque el plato estaba demasiado caliente...

«Estoy portándome muy bien... Tengo que seguir hablando».

—No resisto el calor, me hace daño en la piel.

Kate se aferró al titubeante cable que tendía Emily.

—A mí me ocurre al revés: no resisto el frío. ¡Viviría muy feliz en España, Teresa! En España no hace frío, ¿verdad?

Teresa comía en aquel momento, pero se apresuró a contestar.

—Claro que hace frío, en la mitad norte los inviernos son tremendos.

Emily no comía. Preguntó:

—¿Hay niebla en España?

«Ya no me duelen los dedos... Estoy tranquila. Cuando me pongo nerviosa algo me duele intensamente... A veces las muelas... A veces el estómago..., los dedos».

—La niebla no es frecuente, aunque si piensas en el norte, en la costa norte...

«Está hablando especialmente conmigo. No con Kate, sino conmigo. Yo he preguntado y ella contesta... Las demás habrán hablado mal de mí pero a ella no le importa... Me mira con simpatía... Tengo que hablar».

—Kate, ¿a ti te gustaría visitar España?

Kate comía. Contestó a Emily con un gesto afirmativo.

—Me gustaría mucho.

Se levantaron las tres. Por el pasillo, camino de las escaleras del sótano, Teresa propuso:

—¿Queréis acompañarme a tomar una taza de Nescafé en mi habitación?

Kate y Emily se miraron. Emily bajó los ojos.

—Desde luego, ¿verdad, Emily?

En el cuarto de Teresa, Emily se preguntaba: «¿Por qué es tan sencillo y tan difícil? O es ella la que lo hace sencillo. Kate me ayuda. Kate me comprende y me ayuda. Es la única; y ella ni se da cuenta... Me trata como a una persona cualquiera...». Teresa no tenía cigarrillos.

—Yo iré a buscar los míos —se ofreció Emily.

Su puerta era la siguiente. La abrió temblorosa. Buscó por todas partes los cigarrillos. No recordaba dónde los había dejado. De repente pensó en el bolso. Volvió a la habitación de Teresa. Explicó torpemente.

—Los tenía aquí... Olvidé que el bolso estaba aquí..., que los metí en el bolso esta tarde.

Las palabras le fluyeron después fáciles y seguras.

—He visto una película divertidísima. Una película musical que se titula *Un día en Nueva York*. Me encantan las películas musicales, las revistas...

—Un día podemos salir al cine, las tres —propuso Kate.

TERESA

—Estoy muy triste, Kate. He recibido una carta y estoy muy triste.

La fiesta es triste también. Los candelabros que han distribuido por las mesas aumentan la tristeza del salón. Las sombras de las mujeres al moverse de un lado a otro se agrandan, fantasmales.

—Espérame en la biblioteca —dice Kate—. En cuanto pueda librarme de esto iré allá. Podemos salir a dar una vuelta, si quieres.

En la biblioteca están los periódicos del día. «*Mister Bevin* hace declaraciones. Rapto de un niño en Putney». Las calles de Londres están llenas de cochecitos con su niño dentro. Cochecitos parados en la acera, instalados en el jardín. Las madres trabajan en la casa o van de compras y los coches siguen allí. No hay peligro. En Inglaterra no se roba nada. Las botellas de leche en las puertas desde la mañana temprano, intactas. Este niño de Putney...

Pero Londres es muy grande y hay muchos extranjeros. Esta clase de cosas las hacen siempre, en Londres, los extranjeros.

—Vamos, Teresa.

Me sobresalto. Estaba medio dormida con el *Daily Herald* en la mano. El ascensor sube hasta el último piso. Kate dice:

—Tomaremos una taza de té antes de salir. Yo también necesito dar una vuelta. Tengo dolor de cabeza y esa dichosa reunión me lo ha aumentado.

A través de la ventana de Kate, las chimeneas negras de las casas vecinas amenazan, calladamente, al cielo gris. El cielo gris de Inglaterra no es un tópico. El cielo es gris y yo tengo en mi bolsillo una carta dura y amarga.

—Salgamos pronto, Kate, en cuanto te arregles. Estoy deseando verme fuera de la Casa. Hay días en que no la resisto, en que se me cae encima...

Los *pubs* de Chelsea son *pubs* elegantes. Paseando hemos llegado, siguiendo el río, el barrio de los poetas, los artistas consagrados, los *snoobs*. En las casas hay placas de recuerdo: «Aquí vivió...».

Los *pubs* de Chelsea tienen velas en las mesas, cortinas almidonadas, maderas antiguas, nombres evocadores.

La cerveza dorada vierte su espuma sobre los bordes del jarrón de cristal. La espuma sabe amarga. Kate bebe cerveza negra.

—La cerveza negra me recuerda la guerra. Bebí mucha cerveza negra entonces, en la Navy.

A Kate no le gusta hablar de la guerra. Tampoco a Rachel, Verónica y las demás, en las comidas del sótano. Una vez yo pregunté algo acerca de la guerra y los bombardeos y me miraron entre doloridas y extrañadas.

Todas callaron. Comprendí que había hecho mal sin quererlo, sin saberlo. Ahora, sin embargo, sé que Kate piensa en la guerra. Se ha quedado abstraída. Kate tiene la sonrisa bondadosa y los ojos un poco tristes, como apesadumbrados, como si siempre

acabara de recibir una mala noticia. Ahora los ojos de Kate parecen saborear la peor de las noticias.

—¿Piensas en la guerra, Kate? Háblame, si quieres, de la guerra, si eso te hace bien.

Cuando Kate habló dijo cosas que al principio no pude creer, pero que fui comprendiendo poco a poco.

—Siento que haya terminado la guerra, Teresa. Ha sido una pesadilla después de la guerra.

Kate miraba a la cerveza, a las burbujas de la cerveza. Movía el jarro hacia los lados y la espuma de la superficie blanqueaba las paredes.

—La guerra era tremenda, pero alegre. Era lo más alegre que se puede vivir. Sí, no te extrañes. Es alegre saber que puedes morir en cada instante, que todo carece de sentido: obligaciones, mañana, porvenir. Eran días regalados, días libres del compromiso de seguir viviendo. Y se podía ser feliz porque no había que pensar en las consecuencias de lo que se estaba viviendo...

Las manos de Kate hacen girar el jarro. En el oleaje de la cerveza, Kate encuentra nuevas palabras.

—No puedes saber lo que fue la guerra en la Navy. Una locura con pequeños intervalos de descanso. Pero ¡qué intervalos! Cuando desembarcábamos en algún puerto a recoger víveres, a esperar órdenes... Recuerdo una noche en Bombay... Toda la noche en la ciudad. Al día siguiente Dan y yo nos separábamos. Él embarcaba dos días después, esperaba un nuevo barco, yo seguía... Aquella noche fue alegre a pesar de todo. Todavía esperábamos la muerte en cualquier momento. Por eso podíamos vivir sin preocupación. Por eso teníamos derecho a vivir. Después ya no. Cuando llegó la paz, ya no podíamos vivir. Dan tenía a su mujer enferma en Brighton y yo..., yo no tengo nada que merezca la pena, pero es lo mismo.

Kate bebió su cerveza de un trago. La bebió y se mordió los labios. Yo no sabía qué decir. Quise discutir eso de la alegría de la guerra porque no estaba conforme.

—Te comprendo muy bien, Kate. Comprendo tu caso y a mí me hubiera sucedido lo mismo. Pero no se puede generalizar. ¿Tú crees que para todos los ingleses ha sido lo mismo? Habrá mucha gente a la que la guerra la dejó deshecha. Mujeres que eran felices con sus maridos y los perdieron. Mucha otra gente. No sé...

Kate me miró viniendo de muy lejos.

—No lo dudo. Yo te he hablado de mí y de muchas mujeres que hicieron la guerra como yo, que estaban solas antes de la guerra y en ella supieron lo que es la amistad y la alegría de estar juntos y... Hablo de mujeres solas, como yo...

Al volver a la Casa, Kate se encontraba casi alegre. En la cocina estaba Emily, taciturna y huraña, como siempre. Kate le habló cariñosamente. Emily se esponjó. Kate me miraba y parecía decirme: «La soledad, ¿recuerdas?».

En mi habitación tomamos Nescafé. Kate decidió que fuéramos al cine juntas las tres el sábado. Un momento que salió Emily a su habitación a buscar cigarrillos, Kate me dijo:

—Trátala bien, es una desgraciada —y añadió—: Tú tratas bien a todo el mundo, ya lo sé, pero a Emily es más difícil...

Kate parecía purificada por la confesión que me hizo o se hizo en el *pub*. Sonreía como si tuviera por dentro una gran paz. La carta de mi bolsillo quedó olvidada en él. Me parece menos amarga desde que Kate me ha hablado de Dan.

## 5. Lunes, 17 de julio

---

### TERESA

Tengo miedo. No he dormido en toda la noche. Cerré mi puerta con llave, ajusté herméticamente la ventana tirando de ella hacia mí y levantándola un poco para que pudiese entrar del todo el pasador. Luego eché las cortinas. Pero no pude dormir. Esperaba, aterrada, los golpes en la puerta de mi habitación. Nadie va a vigilarla, nadie va a impedirle que se levante y aporree mi puerta. Su cuarto es el siguiente al mío. Rachel me avisó: las Navidades últimas quiso tirarse por la ventana.

Me gustaría marcharme hoy mismo de la Casa. La Casa, de pronto, ha perdido su aire pacífico, de templo o palacio. Ya todo puede suceder. No me atrevería a salir a los pasillos de noche, a volver tarde, a cenar sola en la cocina, aunque sepa que Polish vigila despierto la Casa. Ella ha roto la paz y es inútil que intente recobrarla, porque, ahora, estoy demasiado nerviosa, demasiado afectada para razonar.

Yo estaba aquí, ayer, por la mañana, pensando en el domingo, en el trabajo, en que me gustaría tener el día libre —un día claro— para salir a las calles con sol. Pensaba en el encierro del día mientras ordenaba el armario, porque era temprano para bajar y ya hacía muchos días que necesitaba un rato libre para dedicarlo al cuarto: demasiados papeles inservibles en la mesa; demasiados trajes en un mismo colgador. Ayer por la mañana, a las ocho, yo estaba pensando en todo esto, en la salida imposible, en el orden de mis cosas, puede que pensara algún momento en el día anterior, en la tarde del sábado. La tarde del sábado estuve libre. Kate me había llamado temprano, a las cuatro, cuando yo leía tranquilamente, para decirme: «Vamos al cine con Emily, ¿recuerdas?».

La película era intrascendente y divertida: una revista musical, como había pedido Emily. Creo que era algo parecido a *Annie gey your gun*. Además de la película —en que una pelirroja salvaje hacía de *cowgirl* en un circo, cantaba y se enamoraba, salvajemente, del protagonista—, el show incluía una demostración de patinaje artístico sobre hielo, un malabarista, etcétera.

A mí me recordó las fiestas de los colegios con asistencia de las familias, para recaudar fondos con vistas a una excursión, o a la adquisición de trajes y balón para un equipo de fútbol. Pero el público era distinto. Había muchos hombres y mujeres solas y todos fumaban sin cesar. Kate dijo: «Si en Londres no permitieran fumar en los cines, no vendría nadie».

Emily fumaba mucho, como siempre.

Después de cenar en la Casa, subimos a la habitación de Kate porque se marchaba

al día siguiente, temprano, de vacaciones y quería invitarnos. Yo le dije a Kate que sentía su marcha. Pero ella estaba muy alegre y lo comprendo. Son sus vacaciones de verano. Creo que se iba a una playa diez días, a casa de unos amigos. Charlamos, bebimos unas botellas de cerveza y nos separamos pronto porque Kate tenía que madrugar.

El domingo, ayer, oí el timbre de la habitación de Kate; es fácil oír los timbres de las otras habitaciones en el silencio de la noche. Debían de ser las seis. Polish la llamaba desde la oficina para que se despertase. Kate tardó muy poco en salir, pasó de puntillas —tenía el equipaje abajo desde el sábado— y al pasar le dije medio en sueños: «Bye, bye, Kate, buenas vacaciones». No sé si lo oyó. Seguí durmiendo aunque estaba preocupada por la hora y quería levantarme con tiempo suficiente para la limpieza del cuarto. A las ocho ya estaba yo dando vuelta al armario pensando en lo del día libre. Seguro que también pensaba en Kate y en sus vacaciones.

«Delia y Kate de vacaciones. Delia en Stratford desde el viernes empapándose de Shakespeare y Kate en la playa... Buen domingo para las dos, mejor que el mío, desde luego...».

Es muy fácil que yo estuviese pensando algo parecido.

Los dos golpes en la puerta no me dieron ni tiempo a pensar «¿quién será?». No era demasiado temprano, al contrario, para *Miss Jackson* por ejemplo, era tarde. Las camareras de los pisos también están de pie mucho antes. Podía ser cualquiera pero no tuve tiempo de pensarlo. Dije: «Entre». La puerta se abrió y Emily cayó a mis pies, el cuerpo de Emily, largo, blanco de la bata de trabajo, ocupando toda la habitación, llenándola y llenándome de espantada sorpresa.

—Emily, Emily, ¿qué te pasa?

Le hablé instintivamente en español porque no hubiera recordado en aquel momento que existiera otro idioma ni otra forma de gritar ante el miedo.

—Emily, Emily, ¿qué te pasa?

La mano crispada de Emily se aferraba a un periódico. Me pareció el *Daily Worker*, que es su periódico. De entre los dedos de Emily se escapaba en un pliegue la palabra Rusia. Yo pensé: «La guerra, esto sólo puede ser la guerra. Estas letras enormes... Y Emily no lo ha resistido».

Habían llegado ya dos o tres personas a la habitación. Mis gritos llamando a Emily con la puerta abierta las habían traído. *Miss Jackson* estaba allí y al poco rato llegó *Miss Dudley*. Alguna residente que no recuerdo. Entre todas habíamos logrado colocar a Emily en la cama. Emily gritó:

—¡Todas fuera de la habitación! Quiero estar con Teresa... Sólo quiero estar con Teresa... Os odio a todas vosotras. Fuera de la habitación.

Nadie sabía qué hacer. Alguien había ido a buscar a la doctora Rupa. Emily seguía gritando, dando tremendos alaridos.

—Teresa se quedará aquí siempre. Teresa se quedará conmigo y no me dejará pero las demás se marcharán lejos... Las odio... Sólo quiero a Teresa.

La doctora entró y nos hizo salir a todas. Se quedó encerrada con Emily un buen rato. Al salir nos advirtió:

—Nada de contemplaciones. Mano dura. No le consientan sus gritos y sus lamentaciones. Es la única manera de contener sus ataques histéricos. Mano dura.

En la cocina no hablaban de otra cosa. Todas reían y yo me asomé de su crueldad. Me tomaban el pelo y me decían:

—Guapo chico, Teresa, eres un guapo chico español...

Yo no comprendía cómo podían ser tan duras con Emily. Otros días me parecían buenas, amables, cariñosas, pero entonces me parecieron monstruos.

—¿No os da pena de Emily? —pregunté.

Louise me miró sorprendida.

—¿Pena? A mí me da pena de ti que has tenido que soportarla. ¿Por qué no se va a su casa si no está bien? ¿O al hospital? Todas hemos pasado la guerra y tenemos los nervios bien probados, pero si ella no es lo bastante fuerte, debe tratar de curarse... Lo que no se puede, Teresa, es crear estos conflictos..., molestar a los demás.

Rachel añadió:

—Está loca. Las últimas Navidades quiso tirarse por la ventana de su cuarto. Por lo menos dijo que iba a tirarse.

El domingo fue un día muy triste. Si no hubiera tenido trabajo me habría escapado de la Casa. Añoraba el salón de *Mrs. Lorigde*, la casa de los españoles, no sé...

Yo no me atrevía a preguntar si Emily estaba todavía echada en mi cuarto o si la habían hecho marcharse al suyo. Yo no sabía nada más desde las palabras de la doctora.

—Mano dura..., la histeria.

Emily me producía pena e indignación. Es una pobre chica sola y abandonada, pero ¿por qué ha tenido que tomarla conmigo que me siento aquí más sola y más abandonada que ella? Kate y Delia son mis únicas amigas y las dos están lejos.

*Miss Lancaster* me llamó a su despacho después del lunch.

—Cuánto lo siento, Teresa. Olvídelo. Emily no volverá a molestarla. En cuanto esté mejor se irá a su casa. Es muy desagradable que a usted, una extranjera, le haya molestado Emily con sus estupideces...

Me miró con cierta tristeza.

—Va usted a pensar que es éste un país de locos.

A la tarde me decidí. Subí a mi habitación. Abrí la puerta con cuidado. No había nadie. Sobre la repisa de la chimenea estaban las gafas de Emily. Recordé que habían ido a parar lejos de ella, bajo la mesa, cuando se cayó. Alguien las había recogido y

las había puesto allí. Las cogí y las bajé a la cocina. Se las di a Rachel.

—Devuélvaselas cuando la vea.

Como era domingo todas terminaban al mediodía. Verónica estaba libre y Mary también. Rachel se marchó pero se quedó Louise. Pasamos la tarde juntas en el gran salón preparando el té y la cena. Louise trató de animarme y estuvo alegre y charlatana toda la tarde. Yo estaba angustiada y temía el momento de subir definitivamente a mi habitación. Pensé en salir a casa de *Mrs. Lorige*. Le explicaría todo y me quedaría allí a dormir. La telefonaría. A las diez subí a mi habitación. Me había obligado a mí misma a subir, a vencer el miedo. Entré en mi habitación. En la de Emily no se oía ruido alguno.

«Es un miedo absurdo... Ella no va a volver a llamar».

Luego miré a la ventana —ya tenía cerrada la puerta con llave—. La ventana me fascinaba.

«Entrará por la ventana... Está loca, pasará de una ventana a otra». Cerré la ventana y me llamé veinte veces estúpida.

«No podré resistir muchos días aquí con Emily en la habitación de al lado. Acabaré volviéndome loca yo».

No dormí apenas. No recuerdo haber dormido. La noche tiene pequeños lados que parecen concentrarse en la habitación de Emily. Yo esperaba que su puerta se abriera.

«Ahora».

Su puerta no se abrió, pero no pude dormir. Ahora, por la mañana, tengo frío, sueño y dolor de cabeza. Tengo que trabajar. Estoy triste. Tengo miedo.

## DOCTORA RUPA

—Lo mejor sería que se marchara a su casa. ¿Dónde vive esta chica?

La doctora Rupa interrogaba a *Miss Lancaster*. Su cara ancha y morena se contraía de preocupación.

—Es una pena, estas chicas, ¿por qué viven tan solas? ¿Por qué se empeñan en vivir lejos de la familia? ¿Por qué se aferran a Londres?

*Miss Lancaster* no contestaba a las preguntas de la doctora. Se sujetaba la frente con las manos y cuando habló parecía cansada.

—Creo que su madre vive en Glasgow. Propóngale que se vaya con ella. Yo le pago el viaje para que se marche. Si no acepta, háblele del hospital. Aquí no puede seguir. Ha sido un conflicto desagradable con esa muchacha española...

La doctora Rupa seguía pensando.

«¿Por qué ha llegado a esto? Vive aquí sola por tres libras a la semana y la madre vive seguramente sola por otras tres libras. Y no piensan que es mejor vivir juntas,

que siempre es mejor estar juntas aunque sea molesto transigir, aguantarnos los unos a los otros».

—Estoy de acuerdo, *Miss Lancaster*... Emily no tiene nada grave. Nada orgánico, quiero decir. Necesita tranquilidad, compañía, cariño.

—¿Cariño? Eso dice ella, por lo visto... Que la quiera Teresa... No puedo resistir esa falta de personalidad, esa debilidad que lleva al absurdo y al escándalo.

La doctora Rupa pensó: «Es como un hombre».

La directora le parecía muy inteligente, muy capaz y una insustituible directora.

«... desde luego, pero como el mármol».

En la cocinilla del cuarto piso, la doctora hierve la jeringa, las agujas.

«Que duerma, no ha debido de dormir en toda la noche. Que duerma hoy».

Fue hacia la habitación de Emily. Llamó. Nadie contestó. Entró. Emily no estaba en ella. La cama estaba hecha. La habitación en orden. La doctora Rupa con la jeringa en la mano dudó un instante. Luego salió de la habitación.

«Se ha ido, pero ¿adónde? Con su madre no, seguro... Y sin dinero, con poco dinero seguramente... Tengo la culpa, no debí dejarla sola... La inyección... Ayer parecía calmada y razonable al fin..., pero ¿quién puede prever las reacciones de una histérica? Se habrá marchado para llamar otra vez la atención. Para llamar la atención de Teresa, que es en este momento su obsesión».

—*Miss Lancaster*, Emily se ha marchado. No está en su habitación.

*Miss Lancaster* se indignó. Se indignaron sus ojos.

—No quiero saber nada más de esa pobre mujer. No se preocupe, doctora. Ya volverá. Supongo que habrá dejado aquí todas sus cosas. Ya volverá.

«Yo tengo la culpa. Me parece que tengo yo la culpa. Ayer debí quedarme. No debí marcharme al laboratorio. Era domingo y pude telefonar al doctor. Decirle: “Un caso grave que tengo en observación”... A la noche parecía tranquila, pero ya tendría planeada la fuga. Ahora yo tengo la culpa. Ayer debí ponerle la inyección para dormir, aunque no quiso y parecía tranquila... Yo tengo la culpa, es imposible dedicarse a dos cosas a la vez».

La doctora Rupa colgó la bata blanca detrás de la puerta y salió de su habitación dispuesta a coger deprisa el primer autobús.

«Llegaré tarde, pero el doctor sabrá disculparme. Le diré: “El caso grave, un caso grave que tuve ayer y se ha empeorado”... Telefonaré cada hora por si Emily vuelve».

JOAN BRACKLEY

—¿Qué quiere usted?

Joan, sobresaltada, se irguió en la cama. La muchacha desconocida tenía una bandeja en la mano, la bandeja del desayuno. Joan empezó a comprender.

—Perdone, usted no es la camarera de todos los días. ¿Dónde está Emily?

Teresa se había quedado suspensa en la puerta, sin saber qué hacer.

—Emily no está. Yo la sustituyo. Ella puede que esté fuera... unos días.

Joan estaba ya completamente despierta.

—Gracias, gracias. Perdone mi brusco despertar... Gracias.

Joan se tiró de la cama. Fue a la ventana y la abrió. Llovía.

—¡No!...

Teresa iba a salir pero se detuvo un poco inquieta.

Joan estaba de espaldas a Teresa, mirando hacia fuera. Se volvió.

—No es posible que hoy llueva todo el día. ¿Usted cree que lloverá todo el día? Usted no es inglesa, ¿verdad? Claro que no es inglesa, usted es... italiana, ¿no?

—Española.

—¡Dios Santo! Española... Casi acierto. ¿Ha visto muchas corridas de toros? He querido decir que hoy no debe llover. Es injusto que llueva. Llegan unos amigos míos, compañeros de Viena. Debo ir a esperarles a la estación Victoria, a las seis y media. Vienen vía París... Es una pena que llueva.

La muchacha española la miraba silenciosa. Joan se sintió incómoda.

—Está bien. Gracias.

Hubiera querido añadir: «Váyase». Pero Teresa, sin decir una palabra, fue hacia la puerta. Joan se quedó sola. La lluvia entraba por la ventana abierta. No hacía frío pero Joan se estremeció.

«¿Lloverá todo el día? A las seis saldré de la Casa... Mejor a las cinco y media. Gilbert traerá dinero abundante. ¿Con quién vendrá?».

Buscó entre un montón de planos de Londres, guías de metros y autobuses. Una tarjeta de París con el Arco de Triunfo. La leyó una vez más: «Querida Joan: Llego a Londres el lunes 17 a la estación Victoria. El tren llega a las seis y media. Te sorprenderá ver quién me acompaña. Hasta pronto. Gilbert».

Joan se sentó en la cama y empezó a desayunar. El té estaba hirviendo todavía. Joan dijo en voz alta:

—Es el primer día que no lo tomo frío.

Su voz le sonó extraña.

«Hablo sola. Debo de estar muy mal de la cabeza».

Después de desayunar, Joan comenzó a arreglarse las uñas. A las nueve estaba lista.

—¿Qué haré ahora? —exclamó en voz alta.

Pero esta vez no se asustó. Le dio risa.

—Es divertido hablar sola —exclamó bajito.

Sobre el lavabo había un espejo pequeño. Sobre la chimenea, uno grande. Joan se miró primero en uno, luego en el otro.

«¿Cómo me encontrará Gilbert? El viejo Gilbert... Me quiere y yo le quiero más. Es una pena que nunca me haya dicho: “Cásate conmigo, Joan”. Le hubiera aceptado. ¡Dios Santo! Claro que le hubiera aceptado».

El espejo estaba sucio, salpicado de la pasta de los dientes. Joan se entretuvo moviendo la cara entre las manchas blancas, imaginándose lunares en la cara.

—No estoy tan mal —dijo en voz alta.

Revolvió en el armario hasta que encontró unos botes de crema. Los alineó sobre la mesa. Abrió uno de ellos y empezó a embadurnarse los párpados, la nariz, la frente.

«Hace mucho tiempo que no uso esta crema, pero algún efecto hará».

Con la cara barnizada se miró en el espejo. Hizo muecas a su imagen. Rió alta, prolongadamente. Fue hasta la ventana. Seguía lloviendo.

«Hasta las seis quedan muchas horas. Puede salir el sol todavía».

El bolso de Joan pendía de una silla, inclinado hacia un lado. Joan lo cogió. Lo abrió. Contó el dinero. Una libra, en total.

—La última libra.

Joan se puso una bata sobre el pijama y salió al pasillo. Descolgó el teléfono.

—Kate... ¿No es Kate? ¿Miss Dudley? Por favor, envíeme una camarera con una botella de cerveza. Tengo tanta sed...

La Casa tenía encendidos los cuatro ojos de siempre. Dos en la planta baja, dos en el último piso. Los ojos de luz exploraban el jardín. Investigaban, vigilantes, las entradas y salidas de sus habitantes.

«Esos ojos de checa me conocen bien», pensó Joan. Repentinamente se rebeló contra ellos, contra los ojos espías y contra la Casa.

«No entraré, no quiero entrar... Creen que pueden espíarme y están equivocados. Nadie va a espíarme de aquí en adelante. Ningún ojo brillante. Cada noche dormiré aquí, en el jardín... No importa que esté húmedo, la gabardina me protegerá».

Joan abandonó las losas del paseo. Entró en la yerba. Se sentó. Los ojos de luz de la Casa la miraban fijamente. Joan se echó. El frío de la yerba mojada pasaba a través de la gabardina. Joan empezó a tiritar pero no se movió.

«Me quedaré aquí toda la noche... Les demostraré que no tengo miedo a los espías... aunque se disfracen de ojos de luz».

La puerta de la Casa se abrió. Un hombre avanzó por el paseo del jardín. Joan se acurrucó y cerró los ojos. El acelerado galope de las sienas aumentó.

«Así no me verá... Ese hombre creerá que soy una carretilla o una mecedora caída...».

Joan pudo oír los pasos acercándose hasta ella, sonando en las losas de piedra. Al llegar a su altura, los pasos se detuvieron. Joan sintió que el hombre había dejado el

paseo central y se acercaba a ella por el césped. Abrió los ojos. El hombre la miraba desde lo alto, desde muy alto. Vio el brillo de sus ojos, como dos ventanas de luz. Gritó.

—Déjeme, no me toque.

Polish trató de levantarla.

—Señorita, señorita, levántese. No se quede aquí. Levántese, hace frío.

De pronto Joan se echó a llorar. Polish la cogió del brazo y la llevó a la Casa, despacio. Polish no hablaba. Bajó con ella a la cocina y le hizo sentarse. Joan miró a su alrededor y las lágrimas se le detuvieron en los ojos. La cocina la distrajo unos momentos y olvidó el llanto.

—Polish, no diga usted nada... Me van a echar de Inglaterra si usted habla... Lo mejor es que no diga nada.

Polish preparaba el té en su pequeña tetera.

—Estese tranquila, señorita. Yo no diré nada. Pero no debe quedarse en el jardín, señorita. Un día la descubrirán. Fue una suerte que yo la oyera andar en el jardín... Oí pasos y luego nada y me dije: «¿Quién ha entrado?». No debe hacerlo, señorita, la descubrirán. Además, hay humedad. Aunque no hubiera llovido, como llovió hoy, siempre hay humedad... Usted llama a la puerta y sube a su cuarto. Yo no voy a decir nada, desde luego.

Joan estaba tranquila. La cocina, caliente, olorosa de comidas, la conversación apacible de Polish iban despejando su agitada, hormigueante imaginación.

—Tú eres bueno, Polish, eres muy bueno. A ti no te importa que yo beba o no beba, ¿verdad? Me dejas en paz. Eso es todo. ¿Por qué no hacen los demás igual? Tú no me das consejos. Dices: «No se quede en el jardín porque le va a hacer daño», y nada más... Gilbert no solía darme consejos hasta hoy. Gilbert es un amigo mío, Polish. Un americano que ha llegado hoy de Viena o de París o de no sé dónde con una mujer horrible que es su mujer... Ya me lo advertía: una sorpresa... Enseguida se puso a hacerme cargos. Yo le dije: «Pensaba haberte pedido dinero, pero es inútil, ya veo que vienes dispuesto a dar sólo buenos consejos, ánimos y ejemplo. Adiós, Gilbert». Y les dejé plantados a los dos. Ella era horrible, si no, no me hubiera importado. Pero ¿tú crees, Polish, que se puede dejar a una mujer como yo..., vamos, que se puede pasar a mi lado sin fijarse para luego casarse con una horrible secretaria, desteñida, con gafas y esquelética...?

«Estoy hablando sola en voz alta. Polish no existe, como si no existiera. Es divertido hablar en voz alta».

Polish se dirigió a ella:

—Señorita, bébase el té. Suba pronto a la cama, mañana estará mejor. No se preocupe de esos amigos suyos. Beba el té.

Joan bebió el té de un trago. Se abrasó la lengua, la garganta, pero no dijo nada.

Le lloraban los ojos del escozor. Se levantó y miró a Polish.

—Buenas noches, Polish. Hasta mañana.

Por el hueco de la escalera del sótano entraba un chorro de luz. Joan cerró los ojos y se sumergió en él, escaleras arriba.

## EL PORTERO DE NOCHE

Con la cabeza sobre la mesa, apoyada en la almohada de sus brazos, Polish intentaba dormir. De cuatro a seis de la mañana siempre intentaba dormir. Eran dos horas muertas en la Casa. Nadie llamaría a esas horas ya. Nadie llamaría todavía. El sueño de Polish venía y se marchaba con facilidad. Una mesa, los brazos doblados para apoyarse eran suficientes para dormir. Unos pasos suaves en la calle, un ligero golpe lejos, inesperado, no habitual, era suficiente para despertar. De cuatro a seis, el sueño ligero de Polish se adentraba por caminos familiares, gratos. Antes de dormir, Polish pensaba: «¡Quiero soñar con el campo o con Nancy o con el río!».

Los sueños venían mezclados, confusos, y en ellos aparecían siempre los tres elementos deseados: Nancy, el campo y el río. Nancy risueña, gordita, charlatana, con el delantal arremangado, decía:

—Vamos de paseo al bosque, Polish.

Polish, el Polish fantasmal que no se veía a sí mismo en sueños, pero que indudablemente estaba allí, accedía y los dos se perdían por un bosque borroso en el que aparecían de vez en cuando caras, conocidas, desdibujadas, para escapar enseguida y dejarles solos, Nancy y Polish entre los árboles. Cuando llegaban a un lugar despejado del bosque, Nancy proponía:

—Sentémonos, Polish.

Los sueños de Polish iban por derroteros amorosos, ingenuamente eróticos, funcionales, poco complicados.

Otras veces no era así. Otras veces era en el río, en el Támesis. Nancy venía en una barca y le invitaba.

—Vámonos, por el río.

Él embarcaba invisiblemente, incorpóreo y sin embargo presente; se sentaba al lado de Nancy y le cogía las manos.

—Huyamos por el río, lejos de aquí.

Y la barca les llevaba lejos, a un lugar despejado como el del bosque donde desembarcaban para reanudar el idilio del sueño anterior. Durante dos horas y media cada día, Polish se dedicaba a Nancy. Dos horas por la noche, y media hora en el día. Nancy trabajaba cerca de la Casa en una panadería. Despachaba el pan durante la jornada comercial y a la salida tenía que ir a casa corriendo a preparar la cena de su

padre. Nancy vivía sola con su padre, al que Polish temía sin saber muy bien por qué. Se veían media hora por la mañana, al salir Polish de la Casa, antes de entrar Nancy en la panadería. Los domingos, algunos domingos lograba Nancy escapar de la tutela del padre y se iban juntos a Regent's Park. La tarde transcurría entre sobresaltos porque Nancy temía que el padre la hubiese seguido.

—No te perdonaría nunca que no fueses inglés —aseguraba Nancy.

Y Polish vivía en un perpetuo terror a su posible suegro y únicamente se escapaba del sobresalto en los sueños de cuatro a seis, apoyado en sus brazos, en la cocina de la Casa.

Hasta que llegaron las cuatro, hasta hace un momento, Polish ha estado reflexionando, sentado en la cocina. A las dos se dijo: «Hoy ya no subo, no tengo ganas de encontrarme a otra loca rondando por el jardín. Hoy me quedo aquí, tomando mi té, reposando la cena y, si no llaman, no subo... ¿Se lo contaré a Nancy? No se lo contaré... No se lo contaré a nadie porque a nadie le importa, pero no subo porque no quiero encontrarme con otra por el estilo... Si las viejas se enteran, no les parecerá bien, pero yo no tengo obligación de decir nada de nadie... Todo lo que tengo que hacer es abrir la puerta y nada más. Allá cada una si llega mal o bien o si se echa en el jardín o en la escalera... Yo hice bien, yo le dije, en cuanto me di cuenta: "Señorita, no se quede ahí, va a coger frío"... Le hice una taza de té y se acabó... No se lo diré a nadie, ni a la misma Nancy».

A las tres, Polish miró el techo y recordó.

«¿Y la otra? La que se escapó. No andará muy lejos. No entendí muy bien lo que Rachel quiso decir, no me enteré bien de la historia pero algo ha pasado aquí... A mí no me importa, allá ellas. Yo con abrir la puerta y estar al tanto toda la noche... ¿Volverá de noche la otra? Yo no subo. El timbre se oye bien desde aquí... La que quiera entrar que llame al timbre».

A las cuatro, Polish apoyó la cabeza en los brazos y se dijo: «A soñar con Nancy».

## 6. Viernes, 21 de julio

---

### MARY

—De diez a diez es demasiado, Rachel. Hay días que no sé cómo lo soporto, es muy largo el día de diez a diez.

Mary balancea los pies en el aire; está sentada en la mesa de la cocina con los brazos cruzados, la cabeza ladeada, el aire triste.

Rachel toma una taza de té en un taburete a su lado. Se compadece.

—Tienes razón, Mary. ¿Por qué no te quejas a *Miss Lancaster*? Ella es la única que puede hacer algo. De la de las llaves no esperes nada más que mala intención.

Mary está abrumada. Repite para sí misma, monótona y salmodiosa, las palabras de la queja, una y otra vez.

—Tres días a la semana de diez a diez. Es demasiado. No diría nada si no fuera demasiado.

Mary vive pendiente del horario de la semana. Cada domingo devora la tabla de servicios, busca los suyos, los localiza dificultosamente, con los ojos pegados a las letras, metiéndose la tabla por la nariz. Luego aprende de memoria los días, las horas de trabajo. Rachel se ha preguntado muchas veces: «¿Para qué querrá Mary el tiempo libre? ¿Por qué vivirá tan obsesionada con el horario?».

Mary trabaja lentamente, no puede cansarse mucho. Come bien en la Casa, mejor que cuando ella tiene que comprarse los alimentos en los días libres. Mary no tiene a quién cuidar, por quién luchar, quien la acompañe, ni a quién acompañar. Rachel no se explica su afán de libertad.

—Demasiadas horas —dice Mary.

Y no sabe explicar a Rachel por qué le duele el encierro, más cómodo que la libertad de su cuarto con goteras.

Sordo y oscuro, ilocalizable, Mary alberga en un rincón de su confusa mente, de su miope, empobrecida, raquítica mente, un brote jugoso de rebeldía. Mary quiere, sin comprenderlo, la libertad en sí misma, la libertad para todo, para nada.

—Menos mal que mañana se acaba, mañana estoy libre, Rachel, hasta el domingo. ¿Cuántos días tendré de diez a diez la próxima semana, Rachel?

«Mañana estoy libre».

Mary cierra los ojos y piensa, ve el río sucio, desde la ventana de su cuarto. En la otra orilla hay árboles. Bajo la ventana de Mary, el carbón cubre la tierra y sube en el aire, hasta las habitaciones. Mary en su día libre pasa la mañana asomada a la ventana, respirando el aire húmedo, olorosamente quemado del carbón de las fábricas

de la orilla, húmedo y quemado a la vez. Bajo la ventana de Mary hay restos de vigas herrumbrosas, retorcidas, maderas que se pudren.

«El río es igual en todas partes, el agua es la misma».

La tarde transcurre mirando al río. Mary, antes de comer, lava su vestido de la semana, lo tiende y pasa el día vestida de limpio, de domingo.

«Aunque no siempre es domingo mi día libre, pero para mí es como si fuera domingo».

Se acoda en la ventana. Mary no tiene calle con gentes que pasean, calle de pueblo, de barrio, con las gentes conocidas que van y vienen, que puedan contemplarse, a las que se puede saludar desde la ventana con una sonrisa o un gesto de la mano, mientras se deduce adónde van, por qué han pasado tres veces, quién es el desconocido que las acompaña. La ventana de Mary da al río. El borde de piedra del canal llega hasta muy cerca de la casa de Mary. Queda una faja estrecha de tierra entre Mary y el río, la faja donde se amontonan los hierros, las maderas, donde se posa el polvo del carbón. Desde dentro de la habitación, sin asomarse sacando el cuerpo por la ventana, sólo se ve el agua, parece que la ventana se abriera sobre el agua. Mary contempla el río en su vacación, como contemplaría la calle de su pueblo, sólo que lo que pasa por el río son barcas, silenciosas, sucias, industriales, aparentemente deshabitadas. Sobre la carga, a veces, pasea un perro y Mary sonrío al animal vivo, paseante de su calle de agua en el día de fiesta.

Una vez Mary vio pasar un árbol desgajado. Algunas veces pasan cajas de madera vacías. Un día el agua arrastró a un hombre. Mary lo supo porque oyó voces de gente que lo buscaba. Mary no supo si el hombre se había tirado o fue un accidente, pero sintió que su calle negra y movediza se disfrazaba de entierro. Cerró la ventana.

—Las cosas pequeñas no las veo —dijo Mary.

Rachel se movía entre sus cocinas. Destapaba cacerolas de hierro negras y humeantes. Había dejado a Mary sentada en la mesa, rumiando su horario.

—¿De qué hablas, Mary?

Mary estaba pensando en las cosas pequeñas que pasan por el río, que seguramente arrastra el río aunque ella no las vea.

—En el río; no veo las cosas pequeñas que van por el río, Rachel.

Rachel se indignó. Miró la cara de topo inexpresiva, adormilada, con el pelo pegado, sujeto con un gran pasador de celuloide.

—Mary, no digas tonterías... No ves las cosas del río ni ves las cosas que te rodean. Te he dicho mil veces que te hagas unas gafas... Dile a la doctora Rupa que te dé una carta para el Ayuntamiento. ¿Para qué pagas el seguro, si se puede saber?

Mary sonrió tímidamente. Movía la barbilla arriba y abajo, su tic habitual.

—No me hables de las gafas, Rachel. ¿Quieres que parezca más fea de lo que soy?

## TERESA

Ha vuelto. Me lo ha dicho Verónica cuando hacíamos juntas las habitaciones del tercer piso. Ya me había acostumbrado a que no estuviese. Todos creían que su marcha era definitiva porque telefoneó el día de su fuga diciendo que se iba con su madre, que no la buscasen. Pero ha vuelto. Verónica adivina mi disgusto.

—No te preocupes. Seguramente vendrá a buscar sus cosas. No creo que *Miss Lancaster* la acepte de ninguna manera. Está enferma. Si se somete a un reconocimiento, tendrán que mandarla al hospital. La doctora Rupa informará. No intentará quedarse...

Cuando subo a mi habitación, *Miss Jackson*, desde el fondo del pasillo, me llama. Está a la puerta de su cuarto. Voy hasta ella. Me hace entrar.

—Teresa, ha vuelto Emily, quiere quedarse. Ha prometido portarse bien y no molestarla a usted. Estamos tan mal de servicio... Compréndalo.

«Ha vuelto».

*Mrs. Lorigde* me mira pensativa.

—Es muy desagradable. ¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. Yo no debería ser tan débil, pero tengo miedo. Mi cuarto es ahora un lugar incómodo en el que me siento inquieta a cada ruido en el pasillo. Me estoy portando de un modo absurdo...

Marta ha salido con unos amigos franceses, cantantes. *Mrs. Lorigde* está sola. El salón de los sábados está vacío de Thomas, del Mayor. En el acuario de Marta hay un movimiento de colas brillantes. *Mrs. Lorigde*, como todas las tardes, lee, leía cuando yo he llegado.

—¡Qué alegría, Teresa! Qué buena idea has tenido viniendo...

El salón de *Mrs. Lorigde* había sido una tentación a lo largo del día. Desde que Verónica me habló de la vuelta de Emily.

—Marta ha salido pero volverá a cenar con sus amigos. ¿Te quedarás a cenar?

Las dos hemos estado silenciosas un rato. La madre de Marta me miraba. Inquiría, muda, la causa de mi tristeza, pero no se atrevía a preguntar. Le expliqué.

—Ha vuelto.

Y pensé que me era difícil recordar la cara de Emily a pesar de que su fantasma me perseguía.

—Debería darme vergüenza este estúpido miedo.

Emily lleva gafas, es fea, es vulgar. Tiene un diente desigual, pero no puedo dibujarme su cara con todos estos elementos.

—Quédate aquí esta noche, Teresa. Mañana estarás más tranquila. Quédate con Marta y conmigo.

Emily dijo que odiaba a todas. ¿Por qué no me odia a mí también? Se ha imaginado que me quiere porque soy extraña a la Casa, a las otras, a ella misma,

porque fui amable con ella, porque Kate y yo la invitamos al cine.

—Quédate, Teresa. Decididamente te quedas. Te prepararé el cuarto de Silvia.

¿Y por qué no Kate? Kate la conoce demasiado. Puede medir con exactitud su vulgaridad, su desamparo. Kate la compadece y ella no quiere compasión, quiere que no se vea la Emily fracasada, sola, sin esperanza. Quiere que alguien la libere, la levante, alguien que no la conozca.

—Muchas gracias, *Mrs.* Lorida, me quedaré.

## 7. Martes, 25 de julio

---

TERESA

He ido con Marta a ver *Un tranvía llamado Deseo*. A Marta le ha indignado. Le parece *lurid*, sucia y no sé cuántas cosas más.

—¿Cómo Vivien Leigh se presta a hacer esto?

Al volver a la Casa, tres buenas noticias.

Ha llegado Kate.

Se ha marchado Emily.

Hay una tarjeta de James.

Kate viene tostada del sol y del yodo. Me dice:

—En tu habitación te he dejado un pequeño recuerdo de las vacaciones.

Subo corriendo y sobre la chimenea veo un jarro amarillo, cerámica de Devon, con un refrán atravesándole el vientre anguloso: *Good courage breaks ill luck*. «El buen ánimo rompe la mala suerte». Creo que es verdad, porque estos días he tenido un buen ánimo a prueba de Emily.

Y Emily se ha marchado definitivamente. Estuvo estos días encerrada en su habitación, sin trabajar, sin salir. Miss Jackson ha debido de hablarle y ella se ha marchado. Kate se ha enterado de toda la historia y cuando entro es ella la que dice:

—Se ha marchado. Enhorabuena, Teresa.

# AGOSTO

# 1. Sábado, 5 de agosto

---

## MISS DUDLEY

«¡Dios mío, una negra! ¿Y por cuántas pruebas tendremos que pasar todavía?», piensa Lucila mientras sonrío a Kate y a la visitante.

—Me envían de la Escuela de Ballet. Creo que aquí tienen ustedes sitio para profesionales universitarias... Tengo el título de profesora de danza y expresión dramática.

—¿Habitación independiente? No sé si va a ser posible a no ser que hagamos algún traslado por un día... Comprende, *Miss... Miss...*

—*Mrs. Kelly...* Es sólo una habitación para cuatro días. Espero a mi marido el miércoles, luego nos iremos los dos a un hotel.

Lucila Dudley consulta sus libros, sus planos de la Casa. Piensa.

«Está libre la número cinco del primer piso, pero ¿tendrá suficiente dinero esta negra? ¿Merece esta negra la habitación número cinco con los muebles de la condesa?».

—Tenemos un cuarto libre, magnífico. Pertenece a una antigua residente que ya no vive aquí y ha legado sus muebles a la Casa. Quizá le parezca un poco caro, pero es el único libre de momento.

La negra es esbelta, graciosa, de una elegancia abrumadora. La línea de su traje de viaje, siena tostado, contrasta con la desgraciada confección del vestido rosado de *Miss Dudley*, comprado en un almacén de Oxford Street, a principios de temporada.

«¡Qué piel, qué espantosa piel! Los muebles de la condesa van a quedar impregnados de olor a negra... Las negras huelen... Pero no hay nada en contra, hay que admitirla. No es la primera vez que hay en la Casa gente de color. ¿Hay tanta diferencia entre ésta y *Miss Soto*? ¡Ah! Sí, Dios mío, la hay...».

Lucila Dudley toma unas notas. Kate se ha retirado. *Miss Dudley* llama al teléfono.

—Kate, por favor, acompañe usted a *Mrs. Kelly* al primer piso, al número cinco, sí.

«Kate se asombrará de que no la acompañe yo misma, como siempre, pero no puedo, estoy deseando quitármela de delante».

La negra se ha sentado mientras la secretaria decide los últimos detalles. Junto a sus piernas delgadas, bellas, fuertes, el bolso de piel clara reposa en el suelo. Al oír las palabras de *Miss Dudley* se pone en pie, le tiende la mano.

«¿Notará la repugnancia? ¿Estará acostumbrada a la repugnancia, imposible de

vencer nunca aunque se trate de una negra culta, de una negra profesora o lo que ella sea?».

—Bienvenida, *Mrs. Kelly*.

La negra, sonriente, salió de la habitación. Kate venía por el pasillo, a buscarla. *Miss Dudley* esperó en la puerta de su despacho, hasta que las dos, Kate y la negra, desaparecieron en el ascensor. Luego, cerró la puerta.

«Qué movimientos, qué ordinariez, qué insulto a los sentidos... Cuatro días».

Lucila consultó el reloj: las once y media. La mañana del sábado no solía ser muy molesta. Pocas visitas, pocos problemas inmediatos. El sábado era un corto paréntesis abierto que no se cerraba hasta el lunes. Lucila lo agradecía, porque llegaba al sábado, mejor dicho, al viernes por la tarde, rendida. El trabajo de la Casa no era excesivo, pero no terminaba nunca. A cualquier hora del día se reclamaba a la secretaria, se la interrumpía en su descanso, en su lectura, en sus trabajos del jardín. La secretaria ocupaba una posición intermedia y desfavorable —eso decía Lucila—, porque tenía obligaciones poco definidas y trabajos que, la mayoría de las veces, recaían sin necesidad sobre ella.

A Lucila no le molestaba el trabajo, pero los viernes estaba cansada.

«Afortunadamente el sábado por la mañana es tranquilo».

Del otro lado de la puerta oyó la voz de Kate.

—¿*Miss Dudley*?

—Entre.

—*Miss Dudley*, es sobre *Mrs. Kelly*, quiere que, si es posible, le sirvamos el almuerzo en su habitación todos los días.

Lucila Dudley lo pensó un momento. La norma de la Casa era servir las comidas en el cuarto únicamente cuando las residentes estaban enfermas.

«Pero este caso es excepcional. Es peor que estar enferma. Ser negra es peor que todo... Verla en el gran salón a las horas de las comidas, transformándolo en un comienzo de función de jazz...».

—Desde luego, Kate, no hay ningún inconveniente puesto que *Mrs. Kelly* va a estar pocos días entre nosotros.

«¿Qué dirá *Miss Lancaster*? Debía haber consultado, pero... creo que esto es algo fácil de decidir, creo que entra en mis funciones de secretaria».

## DELIA SOTO

—Romualdo, no mires abajo, te aseguro que no hay nada que merezca la pena mirarse...

Romualdo se movió incómodo en el asiento. Delia, frente a él, revolvía el azúcar

del café con una cucharilla diminuta, de plata. Desde lo alto, desde el coro del gran salón, las mesas del lunch tenían algo de teatral. Romualdo se echó hacia atrás en la butaca.

—No miro nada, Delia. Ya sé que no hay nada que mirar. No seas celosa.

Delia Soto está pálida. El traje amarillo vivo destaca más la palidez, las ojeras.

—De mañana no pasa, Delia. Mañana te vas de aquí. Estás muy mal.

«Peor de lo que te imaginas... La cintura... Toda la noche sin dormir por este dolor de cintura. ¿Tengo muy mal aspecto?».

Romualdo contempla el rostro ajado, sudoroso, la nariz afilada, los ojos febriles. Contiene un estremecimiento.

—No has dormido, Delia, no duermes, tienes necesidad de descansar.

Le coge una mano. La aprieta con suavidad.

—Delia, tienes que cuidarte. Márchate. Vete a la isla de White, vete a Francia, a cualquier sitio lejos de Londres. Te empeñas en quedarte aquí conmigo y no ves que así no te tengo ni me tienes de verdad...

Delia Soto piensa que es verdad, que sus nervios, su agotamiento, su enfermedad los separan, impiden que los pocos momentos de estar juntos sean alegres.

—Si yo fuera la que fui, Romualdo. No me conociste como fui antes. Alegre, despreocupada..., sin celos.

Romualdo es pequeño, moreno, fuerte. El pelo se le riza a pesar de la tirantez del fijador, del agua. Romualdo da sensación de solidez, de seguridad en sí mismo. Delia se aferra a él con la angustia del naufragio.

—He sufrido mucho y Romualdo es mi último amor —dijo una vez Delia a Teresa, en una de sus charlas, en uno de los monólogos—. Me quiere, Teresa, pero me hace sufrir porque no comprende mi debilidad, mis celos... Mis celos porque Romualdo tiene aquella cochina allá, en su país, una mujer vulgar, a la que envía dinero, con la que se siente comprometido de un modo especial e incomprensible.

Delia mira a Romualdo, frente a ella, que trata de sentirse natural y sin embargo se siente terriblemente incómodo, en el coro, en el salón, en la Casa.

—No me gusta que me invites al salón. Prefiero que comamos fuera, donde tú digas, pero no en este antipático comedor lleno de mujeres, ni en lo alto, donde parece que nos contemplan desde abajo, en vez de ser nosotros los que los contemplamos.

—Me marchó mañana, decididamente. Estaré unos días en White y luego, a Francia. Quiero buscar un pueblo de Francia, cerca de la costa, en un sitio en que te sea fácil ir a verme... La cocina francesa me devolverá el apetito.

«Además, prefiero no saber nada de ti, no telefonearte ni estar pendiente de tus llamadas. No saber si recibes cartas o si estás preocupado».

—Será un descanso dejar todo esto.

Romualdo se anima al ver la decisión serena de Delia. Hace proyectos, se vuelve optimista.

—Verás, Delia, qué bien te sienta el mar. En septiembre puedes venir y para entonces... Bueno, para entonces habré cancelado yo mis asuntos de allá definitivamente y podremos casarnos. Ya no tendré problemas de dinero. Buscaré este tiempo que estés fuera un pequeño apartamento... Tienes que descansar mucho este mes... Luego, en la primavera, cuando termine mi trabajo, nos iremos de aquí para siempre... Pediré un destino en Uruguay.

Delia siente grandes deseos de llorar.

«Será verdad, tiene que ser verdad, tiene que ser tan fácil como él lo ve».

Quiere evitar el llanto, cambia de tema.

—Romualdo, ¿y mi trabajo? ¿Cómo va a quedar mi trabajo, a medias?

—Lo terminarás en septiembre. Ahora, lo más importante es que te cuides.

El salón ha quedado vacío. Romualdo echa una ojeada rápida abajo y se siente más tranquilo.

—No se está mal aquí, cuando las señoras se marchan —Romualdo está alegre, se esfuerza en alegrar a Delia—. Estoy contento porque te vas, ya lo ves, porque me dejas solo... Pero tú sabes que mi contento es por ti misma, porque lo necesitas mucho y mientras no te sientas bien, vives y vivo en una pesadilla.

«El dolor de la cintura es una pesadilla».

Inconscientemente, Delia se sujeta la cintura. Romualdo ha observado su gesto, la mueca de dolor que no ha sido capaz de disimular.

—¿Qué te duele, Delia?

—Nada, es un malestar difuso, nada concreto. Cansancio...

Romualdo la mira preocupado. Delia le suplica.

—Quédate a tomar el té. No nos moveremos de aquí y nadie vendrá al salón; ya sabes que el té se sirve fuera. Quédate charlando conmigo.

«Es sábado, no va a trabajar en sábado. Si no se queda es que...».

—Claro que me quedo, Delia.

## LOUISE

—Precisamente la mujer de Dick trabaja allí al lado y me lo ha dicho: unas bolsas magníficas, de plástico, naturalmente, pero de un tamaño enorme. Ideales para ti, Verónica, cuando sales todo el día con las niñas. Son estupendas para llevar la merienda, chaquetas, lo que quieras... Seis chelines. Yo desde luego le he encargado una, y si vosotras queréis...

Cuando *Miss Jackson* está en la casa, las conversaciones accidentales entre las

mujeres del servicio fuera de las horas de la comida tienen lugar en el cuarto de los lavabos que sirve a la vez de vestuario. *Miss Jackson* no tiene acceso a aquel lugar, no lo pisaría nunca.

Aunque no exista una prohibición, de nadie, *Miss Jackson* no entraría en los vestuarios del servicio, simplemente por conciencia de clase. Por eso no puede sorprenderlas nunca, cuando charlan, aunque puede espiar desde el pasillo, esperar a que vayan saliendo y hacerles sentir su muda cólera con una mirada, con un gesto, con una orden desagradable. Hay momentos muertos en el día, cuando la limpieza de las habitaciones ha terminado, cuando el servicio del té no ha comenzado, pequeñas treguas que aprovechan las mujeres del sótano para hablar, fumar, reír, aconsejar.

Louise suele llevar la voz cantante. Conoce los mejores saldos, las nuevas tiendas, las medias, los zapatos y las bolsas que duran más, que son más baratas. Louise tiene un instinto, un olfato para comprar, para confrontar el valor del dinero y el de las cosas y descubrir el equilibrio o desequilibrio que hay entre ambos valores. Las compañeras de trabajo le piden opinión, consejo, información. Mary, por ejemplo, desde que está en la Casa, viste según las órdenes directas de Louise.

—Para ti, Mary, como para tu tamaño, he visto una falda de rayas, ayer, en Sloane Square. ¿Cómo andas de dinero? Deberías comprártela, porque necesitas mucho una falda, Mary. Sólo tienes aquella gris, fea, que te compraste el año pasado mientras yo estuve de vacaciones.

Mary es una dócil discípula de Louise. Verónica discute con ella, aunque acaba apuntando la dirección, tomando nota de la ganga. Rachel hace sus compras de un modo independiente pero escucha con simpatía las noticias de Louise.

—¿Una bolsa, Louise? Creo que me va a venir muy bien... Precisamente ahora se me está rompiendo la de lona. Te encargaré una, porque está cerca de tu casa, ¿no? ¿No dices que tu chica las vio?

Louise se hace cargo del dinero de Rachel.

—Mañana te la traeré. Te dará envidia en cuanto la veas, Mary. Te vendría bien para tus compras y para llevar lo que te da Rachel, las vísperas de tu día libre.

Por el pasillo, se acercaron unos pasos familiares. Rachel hace un signo pidiendo silencio y sale, cerrando la puerta tras de sí.

Las chicas, desde dentro, oyen la conversación.

—Buenas tardes, *Miss Jackson*. ¿Busca algo? ¿Me busca a mí?

—No, Rachel, busco a Mary.

Los pasos de Rachel siguen hacia la cocina. Los pasos de *Miss Jackson* van hacia el comedor de servicio. Mary aprovecha para salir. Louise y Verónica oyen sus desconcertadas excusas.

—¿Me buscaba, *Miss Jackson*? Oímos... Oí cómo le decía a Rachel... Estaba lavándome las manos y las oí en el pasillo.

Louise se pone furiosa.

—Mary es idiota, te lo he dicho mil veces, Veric. ¿Por qué tiene que darle explicaciones a esa vieja?

—Louise, estoy pensando que si no te importa adelantar el dinero hasta la semana que viene, puedes comprarme esa bolsa. Esta semana tengo ya gastado lo que me dará Lucy.

Cariñosamente, llaman a *Miss Dudley*, Lucy, a *Miss Jackson*, Jackie.

Cariñosa, y ofensivamente, porque el tuteo, la intimidad es lo que más podría herir a las jefas.

—Más que si las llamamos loros, solteronas o imbéciles, te lo aseguro, Veric. Lo que más les molesta es la familiaridad.

Y, sin saberlo, Louise profundiza en la llaga de la intolerancia, de la repugnancia de clases que late en *Miss Jackson*, en *Miss Dudley*, en cualquier jerarquía, elevada o insignificante del país.

—Mucho *Mrs. Childs* por aquí y *Mrs. Childs* por allá, pero no aguantan que te metas en su intimidad, ni un poco, ni quieren saber de la tuya.

—Yo haría igual si fuera ellas —decía Louise.

Y era verdad.

—He gastado lo que me dará Lucy. Lo debo ya, Louise. Esta temporada ando muy mal de cuentas. ¿Puedes tú prestarme, adelantarme los seis chelines de la bolsa?

—Sí, Veric, pero no creas que yo ando tan bien.

«Nos hemos quedado sin ahorros..., claro que eso no tiene importancia. Ahora gastamos menos, sin Dick... Dick, Dick, me preocupan esos chicos, sospecho que ya están esperando algo y sería una locura, una locura tan pronto... No sé si lo esperan o lo temen o lo andan buscando... Deberían esperar más tiempo... Luego andarán como Veric, con trampas y deudas».

—Tú ya no necesitas dinero, Louise, mucho dinero. Vosotros dos podéis divertirlos y vivir bien con poco. Pero mira yo... con esas dos fierecillas y tantas ilusiones puestas en ellas y tantas desilusiones como nos esperan...

—En cambio, vosotros sois jóvenes, Veric. Eso vale por todo.

Louise habló melancólica, apagadamente.

—¡Louise! No te vas a poner triste, ¿verdad? Sería la primera vez que te veo triste... sin motivo.

Louise no contestó. Repentinamente, al hablar, se dio cuenta de que lo que afirmaba era verdad.

«Ser jóvenes... Aunque me empeñe, Charlie y yo vamos para viejos, vamos para..., para muertos, uno primero y otro después».

Verónica insistió.

—No dirás en serio lo de la juventud, ¿verdad, Louise? Tú eres más joven que

muchas mujeres, incluso que yo, si lo miras bien. Tú eres fuerte, tienes un humor excelente, te conservas guapa.

—Y tengo cincuenta años.

—Y eso qué importa.

«Los años... Charlie, cincuenta y tres... Charlie está bien, no se suele quejar de nada... Pero la vejez viene de repente... Una mañana te levantas distinta, más cansada, sin fuerzas y es que has envejecido».

—Se envejece en un día, Veric.

Verónica se rebela.

—También se rejuvenece en un día... Un disgusto, tú te refieres a los disgustos que envejecen de pronto. ¿Y las alegrías? Las alegrías rejuvenecen. Imagínate que tú y Charlie ahora... Que os pasa algo muy bueno.

—Que somos abuelos, por ejemplo, ¿no?... Es algo alegre, ¿crees que nos rejuvenecerá?

—Louise, eres imposible, imposible discutir contigo.

«Se envejece en un día —pensaba Louise—, en unas horas...».

El corazón de Louise tenía un ritmo normal, perfectamente normal, jovial, impetuoso; no resistía mucho tiempo el fluir de la sangre entristecida de humores. En algún rincón del organismo de ella la sangre se purificó y sonrió, aliviada.

—De todos modos, Veric, puede que ese día, el de la vejez, quiero decir, esté lejos todavía.

Louise asomó la cabeza por la puerta del vestuario. No oyó nada. *Miss Jackson* debía de haberse marchado.

—Vamos, Veric, debe de ser tarde ya.

## 2. Miércoles, 9 de agosto

---

### MISS JACKSON

Por tercera vez desde que estaba en la Casa, *Miss Jackson* tuvo que renunciar al miércoles como día libre.

La primera vez fue a causa de un resfriado. Intentó hasta el último momento levantarse de la cama para asistir a la reunión de su club, pero no pudo. Le dolía el cuerpo, tenía fiebre y no podía respirar con facilidad. La doctora Rupa le había advertido:

—No se mueva de la cama en dos días, *Miss Jackson*, es una gripe benigna, pero empeorará si usted se mueve.

*Miss Jackson* sufrió tanto por no poder asistir a su concierto semanal como por no poder acudir al día siguiente a su cita con las camareras, a las siete de la mañana. La obligación era una obsesión para *Miss Jackson*, que había llegado a convertir hasta su misma diversión en un deber.

La segunda vez, el segundo miércoles fracasado, se debió a la inoportuna intervención de *Miss Lancaster*.

—*Miss Jackson*, querida, había pensado reunirías a usted y a *Miss Dudley* el miércoles en mi cuarto para tomar té y hablar de determinados puntos un poco dudosos en relación con los desayunos... Ha habido quejas, creo que podríamos tratar de mejorarlo sin que supusiera un gran desequilibrio... En fin, el miércoles, a las cuatro, las espero en mi cuarto.

Aquel miércoles *Miss Jackson* no se sintió tan defraudada porque era consecuencia de una interferencia de obligaciones, más que abandono de una de ellas.

Hoy es el tercer miércoles de renuncia a la música y *Miss Jackson* lo siente de veras.

En el club oirán unas grabaciones de Rubinstein, del propio Rubinstein, homenaje a Chopin, gentilmente prestadas por otra asociación filarmónica. El programa, cruzado de dobleces, está sobre la mesa de *Miss Jackson*, nostálgicamente abandonado.

En la Casa hay fiesta. No una fiesta propiamente de la Casa, sino uno de esos compromisos que aparecen en los estatutos. Una residente que vive en el primer piso da una fiesta para celebrar el regreso de su hija, de Norteamérica. Puede alquilar el salón, tiene derecho.

*Miss Jackson* evoluciona por el *office* del salón, por el salón, por la cocina. Da órdenes.

—Teresa, ¿a usted no le importaría encargarse del guardarropa de las señoras?

—Verónica, despeje pronto el primer piso. Las amigas de esta señora vendrán temprano, antes de la fiesta, a su cuarto.

—Kate, por favor, ¿qué hay de la orquesta? ¿Ha confirmado la hora?

—Louise, Louise, usted va a ser mi mano derecha.

«Necesitaré treinta manos hoy... La cena fría, las bandejas listas para luego, para las once, una segunda cena reducida a las once».

—Una segunda cena, en realidad, Rachel, quieren que sea todo abundante.

—Suspenderán el baile unos momentos, Louise, y usted con las que vengan de Lee's servirá lo que le pidan en el bufet.

«Me pregunto si Kate ha comentado a los músicos los números que, sin falta, quiere esta gente en el programa de baile... El programa, las grabaciones de Rubinstein... Ojalá mañana pueda encontrar en la radio por la tarde algún programa parecido, bueno, con Chopin, aunque no lo interprete Rubinstein».

## HELEN HUTKINS

La habitación olía a cerrada, Helen abrió los cristales del torreón. Respiró. Dejó en el suelo el bolso de viaje. Miró a su alrededor. Los objetos le parecieron viejos y nuevos a la vez, distintos.

Sobre la mesa de trabajo, en el torreón, los lápices, los papeles, en el mismo desorden momentáneo del último día. Helen levanta una cartulina del suelo. Un plano. Al margen hay unas advertencias a lápiz. Letra de Luigi. Helen mira el retrato, sobre la mesa. Deja el plano y acaricia, comprueba la fotografía. «Cuatro años conmigo sin que Luigi lo sepa».

Sobre la chimenea hay tres platos de colores vivos, barnizados toscamente. Cuatro platos de cerámica popular italiana, regalo de Luigi al volver de uno de sus viajes al continente. En la mesa de trabajo los planos de Luigi, la fotografía.

«He estado estos años viviendo entre cosas suyas sin saberlo, sin querer mirar a mi alrededor. Luigi me ha acompañado estos años sin que él mismo se diera cuenta y de pronto, en cuatro días, estas cosas han empezado a pertenecerme de veras, he empezado a tener derecho a la fotografía, al trabajo, a la presencia de Luigi en este cuarto. Lo que antes permanecía oculto voluntariamente oscurecido ha salido a la luz y al volver, los objetos me reciben, luminosos, saliendo de la sombra en que mi desesperanza los tenía».

Helen se quita la chaqueta. En el cuarto, cerrado varios días, hace calor. El aire fresco que entra por la ventana del torreón va abriéndose paso, ganando terrero al aire enrarecido.

«Se acerca el atardecer. Luigi estará en casa, dará vueltas en el estudio, buscará, me encontrará. Mi mesa cerca de la suya, mi taburete, comprenderá de pronto hasta qué punto hemos estado cerca, sin que él lo viese, viéndolo yo y olvidándolo y forzándome a no pensar en ello».

Por el torreón abierto, viniendo del jardín, del suelo, de abajo, o quizá de dentro, brotando de las entrañas mismas de la Casa, la música llenó la habitación. Helen se asomó a la ventana. Oscurecía. Por el paseo avanzaba una pareja de etiqueta, hacia la Casa.

«Tenemos fiesta. Eso significa que no podré dormir».

La música sosegada, para bailar despacio, salía de las ventanas abiertas del salón.

«No podré dormir porque oíré la música. Hoy necesito silencio para dormir. Lo necesito porque el miedo ha huido. El miedo al silencio nacía de la soledad. Creo que los intervalos de silencio no serán ya un terror, podré combatir el miedo y la angustia del silencio cuando llegue».

El cuarto está desordenado. Sobre la cama, Helen había dejado el día de la marcha ropas, guantes, sombreros desechados en la elección del conjunto para viaje.

«Todo fue muy precipitado», se dice Helen, y comienza a colgar trajes, a reponer las cosas en su sitio. El desorden la inquieta, la desconcierta.

«No puedo pensar a gusto, ni descansar, ni trabajar con el desorden rodeándome. La desarmonía exterior me confunde, desordena mis ideas».

La tarde de la marcha, sin embargo, todo fue demasiado precipitado para detenerse a pensar en el desorden que quedaba atrás.

Helen recuerda la sorpresa, jubilosa, irreprimible, de aquella tarde, apenas comenzada, apenas separada por unas horas de la mañana de trabajo igual a todas, en la que Luigi parecía más concentrado, más ceñudo que de ordinario, tanto que Helen había pensado:

«Nina ha vuelto, o le ha enviado fotos de la niña o se las ha negado. Algo ocurre para que Luigi esté más serio que nunca. Serio y lejano como nunca lo había estado en el último año, de seriedad y lejanía».

La mañana del sábado Helen pensó una vez más que Luigi se estaba destrozando y destrozaba al mismo tiempo lo mejor que tenía: la fácil, original inspiración creadora.

«El fracaso de su vida íntima le agobia, va extendiéndose a su vida profesional, le arrollará totalmente y cualquier día tendremos aquí la catástrofe, la destrucción definitiva del hombre, de la persona».

Helen lamentaba de veras que Nina y Luigi hubieran llegado a un desastre tan total, que él se hubiera engañado tanto y que ella hubiese hecho durar tan poco el engaño.

«Y no es eso, el fracaso sentimental, lo que más le afecta. Lo que verdaderamente

le consume es la hija, condenada desde el principio a la amargura, al desconcertado ir y venir del padre a la madre, a las influencias contradictorias, perjudiciales, de dos personas tan distintas que intentan además hacerle sentir a ella las diferencias».

Helen reflexionaba frecuentemente sobre estas cosas y aquella mañana, la mañana del pasado sábado, ante la nublada apariencia de Luigi se las había repetido, las había visto más claras y amenazantes.

«Todavía no me explico la reacción, el estímulo que provocó aquella llamada de la tarde, a las pocas horas de haberle dejado en el estudio, solo y ausente. ¿Qué pudo hacerle despertar, recordar, descubrir en un minuto lo que no pudo ver en años, a pesar de tenerlo al alcance de sus ojos, palpable, evidente?».

Helen se ha quedado suspensa, recordando. Se apoya en el armario. Del salón llega, suavísima, la música. Helen revive el instante milagroso, insólito.

—*Miss Hutkins*, la reclaman abajo, en el teléfono exterior.

Era Verónica quien la avisaba.

—Gracias.

«No existen los presentimientos, no adivinamos cuándo se acercan las grandes transformaciones, los acontecimientos decisivos. Al bajar las escaleras, hacia el teléfono, yo hubiera tenido que sentir algo anticipadamente, y no fue así, no recuerdo lo que iba pensando. Seguro que me molestaba la llamada, inoportuna como todas, y preparaba la excusa para el compromiso de sábado que me iban a proponer».

—Helen, ¿qué vas a hacer esta tarde? ¿Puedo ir a buscarte, puedes venir conmigo a pasar el fin de semana, en algún sitio cerca de Londres? Ya decidiremos por el camino. Hasta ahora, Helen.

«Luigi no dudó. La pregunta era pura fórmula. Él sabía desde antes de preguntar que yo contestaría sí». En el descubrimiento de Helen iba implícita la aceptación, la posición anticipada de la misma Helen.

—Helen, no es demasiado tarde, no me digas que es demasiado tarde. Todo está a punto de empezar. La vida está a punto de realizarse, nuestra vida, Helen.

Luigi había detenido el coche en la carretera, incapaz de seguir adelante por más tiempo sin antes haber hablado y explicado tumultuosamente todo lo que sentía.

Helen no había dudado.

—Claro que sí, Luigi. Para empezar siempre es temprano. Y nosotros hemos preparado este comienzo reposadamente, desde hace mucho tiempo.

La noche enfría la habitación. Helen enciende la luz, cierra la ventana del torreón, recoge apresurada las últimas cosas. Cuando está en orden, se desviste, se pone una bata y coge la toalla de baño. Mira a su alrededor desafiante, alegre, la fotografía de Luigi clavada en la pared, pensando en algo, sorprendido, interrogante.

—Perdona, Luigi. Quería tener una fotografía tuya mientras trabajas, mientras trabajamos.

—Está bien, Helen, ¿tienes el proyecto del salón de los Maxwell?

«Esto es ya mío porque todo ha comenzado y en cuatro días hemos recuperado cuatro años. Y la soledad, la zozobra y la lucha estéril de cuatro años han sido destruidas».

## RACHEL

—Por amor de Dios, Mary, te pido que no me estorbes... Yo te avisaré cuando todo esté dispuesto... Cenad vosotras lo antes posible... Diles a esas chicas nuevas de Lee's dónde se tienen que sentar... Quitaos todas de en medio de una vez y dejadme sola porque hoy no va a haber fiesta ni cena ni nada a este paso...

Rachel no está nerviosa, Rachel es tranquila por naturaleza y si parece alterada y agita a los que la rodean con sus palabras es sólo para convencerse ella misma de que, en realidad, hay prisa, y de que, verdaderamente, debe estar apurada. Pero Rachel sabe que llegará a tiempo como siempre, por complicado que sea el tinglado que *Miss Jackson* le ha organizado. Porque éste es el nombre que Rachel aplica a las recepciones que se celebran en la Casa, sean o no organizadas por la misma Casa.

—Son tinglados que me prepara *Miss Jackson*, que no está a gusto si me tiene una temporada tranquila, con sólo las residentes, que ya es bastante.

La fiesta de hoy, como otras fiestas, encierra para Rachel la única preocupación del número de asistentes. El número, que haya suficiente número de lonchas de jamón, de carne asada, de hojas de lechuga, de tomates, de dulces. Teme que *Miss Jackson* no le haya proporcionado la cifra exacta, que aparezca al final anunciando:

—¿Cómo podríamos arreglarlo, Rachel? Resulta que, a última hora, son diez más.

Descartado este posible obstáculo lo demás corre de cuenta de Rachel, y *Miss Jackson* lo sabe. Lentos, aparentemente tardos, los movimientos de Rachel son de una eficacia callada, que se evidencia en el resultado final de su trabajo.

Las chicas la conocen pero olvidan de una vez para otra la infalible puntualidad de sus citas con los que esperan su comida arriba en el gran salón. Hoy, las chicas temen el retraso, casi dos cenas, demasiado jaleo, y aconsejan:

—Rachel, por favor, date un poco de prisa porque hoy no vas a llegar.

Rachel se detiene en lo que está haciendo, se las queda mirando y pregunta:

—¿Adónde no voy a llegar? ¿Al cine? Desde luego que no voy a llegar y me gustaría de veras. Hay un buen programa hoy en el Palace...

Y reanuda la tarea pequeña, de importancia secundaria, que la ocupaba un momento antes. Y a la hora prevista, los platos, servidos, o las fuentes para que las camareras sirvan están arriba, en el *office* del salón.

«... No voy a llegar... Vosotras no vais a llegar a ninguna parte si es que queréis

ir a algún sitio y tenéis quien os espere...».

## TERESA

Se han acabado las perchas, las sillas, no sé dónde colocaré los próximos abrigos si llega alguno más. Por mi improvisado *cloakroom* han desfilado las señoras y señoritas de la fiesta. A cada una le he recogido el abrigo, le he dado un número, he clavado el mismo número en el abrigo. Abrigo o capa o chaqueta de piel me rodean, me alarman con el anuncio del maremágnum que va a ser la habitación dentro de unas horas, cuando todas vuelvan reclamando su número. El orden que he establecido es relativo: ventana, pared, puerta, sillas, butacas. Los brillantes tejidos, los aterciopelados o lanosos o tiesos tejidos de las prendas dan a la habitación un aire de camerino, de trastienda de alquiler de disfraces. La fiesta ha comenzado hace un rato y estoy sola. Me pregunto cuántas horas durará. Los trajes de noche eran pálidos, descoloridos, de telas transparentes o sedosas, rosa, azul claro, salmón. Algunas mujeres mayores estaban elegantes, pero las jóvenes en su mayor parte tienen un aire demasiado envarado, falta de naturalidad. En el espejo que *Miss Jackson* ha colgado encima de la mesa en una esquina de la habitación, las jóvenes se han mirado largamente, retocando su maquillaje. Las viejas han salido sin preocuparse de comprobar su belleza, seguras de sí mismas o escépticas e indiferentes.

Estoy aquí desde las nueve. Estoy cansada de la mañana de trabajo, de la tarde de andar, kilómetros de City, de East End, con Thomas.

Las calles severas de la City me han impresionado. Toda la fuerza de Inglaterra está allí: bancos que son mitad palacios y mitad catedrales, compañías de seguros, compañías de navegación, o los grandes periódicos.

En una calle transversal, recogida, había un *pub* antiguo, entre una casa-pasadizo, que comunica con otra calle, y una conocida editorial. Entramos. En las mesas hay candelabros con las velas todavía apagadas.

—Dentro de una hora estarán encendidas las luces de todos los candelabros londinenses —dice Thomas.

Londres nos tiene momentáneamente abrumados. La solidez del Londres que acabamos de recorrer nos vuelve pensativos.

—Thomas, ¿no te parece que Londres es una ciudad muy masculina? Cuadrada, angulosa, maciza, fuerte. Una ciudad hecha por hombres.

—Pero no olvides que en Inglaterra las mujeres cuentan mucho, no olvides el feminismo.

—Y no olvides tú tampoco que el feminismo tiene perfiles duros, viste traje sastre y corbata.

Thomas ríe, los dos reímos y yo miro el reloj: el nuevo servicio de la Casa me reclama.

Estoy aquí desde las nueve. Me pregunto a qué hora tiene lugar el vals final o el fox o cualquiera de esas lánguidas, desmayadas piezas de baile que la orquesta interpreta en el cercano salón y que llegan a mis oídos a través de la puerta, abierta al pasillo de la planta baja.

### 3. Domingo, 13 de agosto

---

#### TERESA

Delia se ha marchado hace unos días. Hace tiempo que no se encuentra bien y se ha decidido a descansar cerca del mar una temporada. Se ha llevado todas sus cosas. Piensa estar algún tiempo en la isla de White y luego pasar a Francia. Cuando regrese no volverá a la Casa, alquilará una habitación cerca de Romualdo, me ha dicho. Cuando regrese, quizá yo no esté en Londres.

—¿Estarás mucho tiempo en Francia? ¿Volverás antes de que yo me marche?

Delia no estaba segura al contestarme.

—No sé, Teresa. Depende de cómo me siente el cambio. Si mejoro y me encuentro bien, vendré enseguida...

Nos despedimos en la escalera después de un rato de charla en su habitación mientras ultimaba los equipajes. Romualdo vino a buscarla con un taxi y nuestra despedida fue rápida.

—Hasta, pronto, Teresa. Te escribiré.

Delia tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—Buen viaje, Delia. Espero enseguida una carta tuya diciendo que todo va bien.

Las despedidas deben ser rápidas, como fue la de Delia. Al estrechar mi mano, sin embargo, sus lágrimas se habían adelantado a nuestra urgencia. Se dio media vuelta y salió corriendo. Desde las escaleras vi a Romualdo en la puerta haciéndome un gesto de saludo. Yo también me volví de espaldas a ellos y subí a mi cuarto, entristecida. Delia era una costumbre ya en la Casa: la costumbre de comentar con ella, en español, las pequeñas cosas, de escuchar sus largas confidencias, sus pesimismo y sus exaltaciones. Delia se ha marchado.

Los *docks*, a esta hora, están vacíos. Tarde de sábado con Thomas. No hay voces de orden, de ánimo, voces de trabajo. Las cadenas penden de las fachadas rojas de los almacenes.

En una sala de té sucia, miserable, de bancos de madera unidos por el respaldo, de cromos colorinescos en las paredes, pedimos una taza de té. En un rincón dos hombres mal vestidos, con gorra de visera a cuadros, mirada triste, nos contemplaban. No hablaban y estaban el uno al lado del otro, dejando pasar el tiempo, sintiendo vagamente la compañía mutua. Yo pensé: «Es como en las tabernas de España. ¿Qué diferencia hay entre este narcotizado silencio, taza de té tras taza de té, y los vasitos diarios, silenciosos, en la taberna habitual, de los barrios bajos madrileños? Es esta tienda de té, pequeña, incómoda, íntima y sucia, lo que me

recuerda, lo que equivale a nuestras tareas. El *pub* es distinto, el *pub* puede que se parezca a los bares, pero no a las tabernas humildes, castizas, entrañables».

En las ruinas de las casas viven gentes que cuelgan sus trapos a secar, en cuerdas sujetas a estacas. La guerra, los bombardeos han barrido calles y calles. En el jardín de una iglesia desaparecida, verdeante en sus derrumbadas piedras, un niño pelirrojo está sentado con un perro lanudo al lado. El niño calla, inmóvil. La iglesia, el solar de la iglesia, es un triángulo entre dos calles que confluyen en el vértice del triángulo. El solar avanza, cinematográfico, en primer plano.

Las dos calles también están deshechas, aplanadas y aplastadas contra el asfalto. El niño y el perro contemplan el desastre sin verlo, porque el desastre es anterior, estaba ahí cuando nacieron y empezaron a mirar en torno a ellos. Probablemente está ahí desde siempre y no pueden imaginarse las calles y la iglesia como eran, dos filas de casas, alzadas piedra sobre piedra, y la iglesia, las torres verticales. En su llanura de ruinas, el niño y el perro reflexionan.

Thomas se marcha a Manchester. Quiere buscar un trabajo, algo que ocupe su tiempo y dé sentido a su vida.

—Y tú, ¿qué piensas hacer en España, Teresa, cuando vuelvas?

No quiero pensar en lo que haré, en lo que no estoy haciendo. No quiero recordar que Londres está lleno de bibliotecas, museos de ciencias naturales privados y públicos, invernaderos con rarísimas especies.

—Ahora estoy en una tregua. Y a la vez en una encrucijada. Cuando los meses de Inglaterra terminen, tendré que decidir. No puedo imaginarme lo que haré en España cuando vuelva, prefiero no pensarlo todavía..., pero también te lo diré, también recibirás alguna crónica privada mía.

Thomas no pregunta más. Sabe, intuye conflictos personales, crisis que nada tienen que ver con nuestra amistad.

—¿Recuerdas lo del otro día, lo de Eliot? Es una pena no estar con él, no poderlo resolver tan fácilmente como él.

El camino a seguir... Después de ver *The Cocktail Party*, hace unos días, Thomas estaba intelectualmente indignado.

—Demasiado fácil, dos caminos: vida vulgar, charla junto al fuego con la persona que no nos comprende, a la que nunca comprenderemos, vida en zapatillas al lado de esa persona o lo otro, el camino heroico. ¿Qué deja el señor Eliot para los que no elegimos lo uno ni lo otro? Lo heroico, la solución sublime... No estoy de acuerdo. En el medio quedamos los dudosos, los indecisos, los que no servimos para el heroísmo o no lo queremos seguir porque nos parece poco inteligente, demasiado sencillo, sin que por eso nos resignemos a «la mañana que separa y la tarde que reúne», a la «tolerancia, la rutina y el dar y tomar en la forma acostumbrada»...

—No desquicies a Eliot, Thomas, no creo que quiera decir exactamente eso.

Recuerda también lo otro, lo verdaderamente importante: la soledad. El remedio a la soledad: olvido o posesión. Eliot tiene razón, lo malo es no poder elegir la posesión, y seguro, seguro que tú y yo, y la mayoría acabaremos eligiendo el olvido. No te ensañes con Eliot, ¿qué más da el olvido de la soledad, logrado por la compañía de otra soledad, una compañía en zapatillas si quieres, que el olvido de la soledad logrado a fuerza de huida, barcos, mochila...?

Thomas no contesta. Thomas se marcha mañana. Cuando nos despedimos dice:  
—Buena suerte, Teresa.

## KATE

«Estoy tan decidida como no lo he estado nunca. Esta tarde o el próximo domingo volverá. Aprovecha los domingos porque puede salir por la mañana temprano y volver el lunes antes del trabajo. Espero que llame, hace muchos días que no escribe... Hoy me siento segura, preparada... Será un descanso, un triste y deseado descanso como el que se siente cuando muere una persona largo tiempo enferma». Kate siente un escalofrío, un desfallecimiento.

Kate está libre la tarde del domingo, pero no ha querido salir de la Casa, de su habitación. Mira al timbre, sobre la puerta, piensa.

«De un momento a otro sonará y aunque lo esté esperando me sobresaltaré. Aunque sonara ahora, mientras lo miro, me estremecería».

Kate mira a su alrededor buscando algo en que entretenerse durante la espera.

«Acabaré poniéndome nerviosa si va pasando la tarde sin que llame. Perderé fuerzas en la espera y cuando llegue el momento accederé, iré como otras veces. Y si le veo no podré decir nada...».

Leer, oír la radio, fumar. A Kate no se le ocurren otras soluciones. Necesitaría una ocupación manual, punto, costura, algo en que trabajen las manos mientras el pensamiento se ajusta al ritmo de la aguja.

«Hace ya mucho tiempo que no coso. Y sin embargo la labor empezada, cogida a ratos, acompaña, serena. Pero no tengo nada, nada que coser...».

Kate recuerda.

«Creo que hace años, en casa, antes de salir de casa, cosíamos o hacíamos jerséis, Lissi, mamá y yo. En el invierno. Entonces, el punto era un pretexto para dejar volar la imaginación, para concentrarse en el número de vueltas y olvidar a Lissi y a mamá, que comentaban el último acontecimiento social del pueblo, boda, bautizo o sermón».

Sobre la cómoda están los frascos de tocador de Kate. En la chimenea, una caja de piel, un retrato de los padres, antiguo, un pato Donald vestido de marinero, con una cinta en la gorra que dice «Navy». Kate mira el muñeco de trapo y se dice: «Por

algún sitio hay que empezar».

Y lo coge, lo envuelve en un papel, lo guarda en el primer cajón de la cómoda, al fondo. Vuelve a la butaca parda, desgastada por el respaldo, en que estaba sentada.

«Pocas cosas para guardar o destruir. Dan y yo estamos atados por muy pocas cosas materiales... No hay regalos, muebles, no hay siquiera una habitación determinada que pueda añorarse. Un amor en el aire».

Kate mira al timbre, al hueco que el pato Donald ha dejado sobre la repisa. La Casa está silenciosa. Desde la ventana, las chimeneas de las fábricas lejanas no echan humo, es domingo. «Domingo. Mamá y Lissi en la iglesia. “Ven a la iglesia, Kate. Hace tiempo que debes de estar condenada”. Aunque termine lo de Dan no volveré a la iglesia. Puede que sea la Iglesia la que me hace decidir en el fondo; ese resto de temor religioso al castigo... Pero no, el castigo es dejar lo que no hemos tenido tiempo de iniciar apenas. No es la Iglesia, soy yo, es Ana, que no puede defenderse. Si Ana estuviera bien, yo no dudaría, no me acordaría de la Iglesia. Es el instinto supersticioso que avisa de que el mal hecho a otro cae al fin sobre nuestras espaldas. Si ese timbre suena de una vez llamándome, hoy dormiré tranquila».

El timbre agudo, insoportable, eriza la piel de todos los objetos en la habitación. Kate salta de la butaca. Sale corriendo, sin preocuparse de cerrar la puerta.

Cuando vuelve, el temor y la angustia están en sus ojos. Cierra la puerta tras de sí. Se sienta, se muerde los nudillos.

Sale al pasillo y llama a la puerta de Teresa. Nadie contesta. Kate vuelve y del armario de su habitación saca un abrigo fino. Se lo pone.

«No resistiría un momento más aquí. Demasiado tarde... Ha llegado demasiado tarde. Antes, mucho antes tenía que haberlo hecho. Ana no vivirá más de hoy. Se está muriendo ahora mismo, se moría mientras yo esperaba la llamada de Dan y quitaba el pato Donald de la chimenea...».

Kate se sienta en la butaca. Las piernas le tiemblan y a la garganta le sube una opresiva sensación, las palabras de Dan en el teléfono.

—No estoy en Londres, Kate, estoy en casa. Ana se muere.

Y un rato después:

—No seas absurda, Kate. No digas disparates. Te exijo que te calles...

«Quiero creer lo que indudablemente es la verdad: Ana estaba muy enferma, Ana no tenía remedio, no podía salvarse de ningún modo y no ha podido afectarle nuestra... Ella no sabía que yo existiese. No quiero dejarme sugerir por este estúpido presentimiento... La oscura fuerza del deseo, de lo que se desea con intensidad... Hemos deseado su muerte, dormidos y despiertos, ocultándonoslo hipócritamente el uno al otro... Pero ella estaba enferma, si yo no hubiera conocido a Dan, lo mismo, a estas horas, estaría muriéndose...».

—¿Kate?

Kate se levanta de la butaca. Abre la puerta. Teresa parece triste.

—Me acabo de despedir de Thomas, Kate. ¿Conoces algo más antipático que una despedida? ¿Ibas a salir?

—No. Teresa, acabo de entrar...

«Si hablara, todo sería menos trágico, más normal. Si dijera “Teresa, acaba de llamarme Dan. Su mujer está muriéndose”, Teresa diría algo, rompería el maleficio y la muerte de Ana sería un acontecimiento vulgar, sobre el que mi imaginación cesaría de inventar fantasmas».

—Pues yo, Teresa, estaba decidiendo, hace un momento, lo que voy a resolver respecto de Dan...

—¿Con Dan? ¿Vas a decidir algo con Dan?

«No me ha entendido, lo ha entendido al revés, como yo he querido, todavía, que lo entendiera, porque quiero dar tiempo, retrasarme, volverme atrás...».

—Voy a terminar de una vez esta situación, Teresa.

«Todavía no he aclarado nada. Teresa sigue confusa. Puedo dar dos sentidos a la frase. Tengo tiempo de volverme atrás».

—Tengo remordimientos. Yo no he hecho nada directamente, quiero decir, no he creado disgustos, ni dificultades a la mujer de Dan, al contrario, tú lo sabes. No quiero que venga ni que me busque, ni saber nada de él, pero él sigue aferrado a la idea de que algún día esto tendrá arreglo. El arreglo es la muerte de Ana..., cosa natural, que sucederá cualquier día...

«Que puede suceder hoy mismo, que sucede en este momento, Teresa».

—... porque está muy enferma... Pero tengo remordimientos, me parece que nosotros, con nuestra urgencia egoísta por resolver nuestro futuro, anticipamos su muerte.

«La hemos anticipado».

—No pienses esas cosas, Kate. Termina si quieres la relación por un tiempo. Vive y actúa como si no creyeras que puede resolverse alguna vez, pero si se resuelve, como es lógico que se resuelva..., entonces no debes tener ideas negras y crearte complejos de culpabilidad, sombríos y absurdos.

—Ya no tiene remedio... Nunca tuvo remedio, pero ahora, menos. Dices estas cosas para tranquilizarme, pero sólo la separación definitiva de Dan me tranquilizará. No tiene remedio. Estamos condenados desde un principio. El engaño empezó cuando esperábamos nuestra muerte, deseábamos nuestra propia muerte, juntos, en la guerra, y terminó teniendo que desear la de Ana.

Teresa quiere dar un aire frívolo a las palabras de Kate. Se burla.

—Kate, ¿sabes que eres una actriz magnífica, una actriz que, además, inventa su papel a medida que lo interpreta...?

Kate mira a Teresa desde lejos, pensativa, serena.

—Puede que tengas razón, Teresa.

## MARJORIE DEWEY

Desde que Delia Soto se marchó, Marjorie habla poco con la gente de la Casa. Se sienta callada en el salón a la hora del lunch o de la cena, contesta si le preguntan algo, saluda y se retira sin preocuparse, como al principio, de la indiferencia o la cortesía formularia de las otras comensales. El té suele tomarlo en la biblioteca. Lleva su bandeja, y, mientras lee, come trocitos de *cake* o se lleva la taza a los labios. Marjorie ha organizado su vida en la Casa y ya no duda cuando se encuentra con alguien en el ascensor, cuando tiene que pedir a una camarera un plato, cuando reclama que limpien su habitación con más detalle, por la mañana. Marjorie se ha convertido, insensiblemente, en una residente más, segura, adaptada a la Casa y a sus pequeñas rutinas, con una vida aparte, una ocupación que dura toda la semana y amigos para pasar la tarde del sábado y el día del domingo. Mejor dicho, amigas. Marjorie se reúne desde hace una temporada con tres compañeras del University College que conoció en el British Museum. Dos son australianas y la tercera, inglesa. Trabajan en la biblioteca del British Museum, como ella, suelen tomar el lunch todas juntas en un Lyon's cercano y vuelven, después de un breve descanso, a trabajar. Una de ellas ha hablado a Marjorie de un posible empleo como profesora en un colegio de niñas, en el campo, pero bastante cerca de Londres. Marjorie espera con ilusión la solución de las gestiones de su amiga porque está gastando demasiado dinero y le gustaría resolver por su cuenta el alojamiento. Mientras tanto, Marjorie estudia concienzudamente, lee, repasa y ordena con cariño sus libros y cuadernos de la universidad. Su entusiasmo por la cultura no ha decaído, pero ya no asocia el talento a hombres o personas a las que le gustaría conocer, sino que se conforma con la belleza de las piedras, de los cuadros. Esta belleza estática, que se le ofrece en los museos, la serena y la reconcilia con Europa, después de sus primeros choques desilusionantes con la «cuna de la cultura». Las tres amigas de Marjorie adoran la música y, con ellas, Marjorie hace cola cuatro o seis horas los días de concierto interesante en el Albert Hall para lograr una entrada de «arena».

En el redondel, como de plaza de toros, del Albert Hall, la arena, el ruedo, es lo más barato, y los estudiantes se apiñan de pie en él, mudos, religiosamente transportados por la música a un paraíso en que se olvida el calor, el cansancio y los pisotones del señor de al lado.

Las australianas viven juntas en una habitación alquilada, y Marjorie las visita con frecuencia los días de fiesta. Toman el té, charlan, oyen discos. Cuando vuelve a la Casa, Marjorie está plenamente satisfecha de su tarde y todavía lee, aplicada, una

biografía o una tragedia clásica antes de dormir.

Hoy Marjorie se ha quedado en la Casa. Ha invitado a sus amigas a tomar el té con ella, en el saloncito de las sobremesas. Las tres amigas han disfrutado mucho. La tercera, la inglesa, vive con su madre y a veces, lleva a Marjorie y a las australianas a cenar a su casa.

Marjorie ha hecho los honores del saloncito, seria, circunstancial; luego ha explicado la historia del salón como se la explicó a ella *Miss Lancaster*. Las amigas comentan doctamente, añaden opiniones a las opiniones que ha dado Marjorie sobre la historia, la antigüedad de los muebles, de la chimenea.

Marjorie, a la noche, anota en su cuaderno de frases importantes algo que ha dicho la amiga inglesa y que la ha impresionado hondamente: «Inglaterra está aquí, en las viejas casas inmovibles, aunque ya no esté en otras partes».

Marjorie lee dos veces la frase. Suspira y cierra el cuaderno.

## VERÓNICA

—Sí, Mary, mañana es nuestro aniversario. Cinco años.

Mary es la única oyente de Verónica, porque la nueva chica que ha venido a sustituir a Emily es tan cardo como Emily, en expresión de Verónica, y porque Louise el domingo se marcha enseguida después del café, si no está de turno para la noche.

Mary escucha a Verónica con una atención concentrada y al mismo tiempo perdida en algo ajeno a lo que Verónica dice: el vaivén de sus zapatos, por ejemplo, los brillos que la luz hace en los zapatos al aparecer éstos de su instantáneo escondrijo bajo la mesa para volver a desaparecer, en el balanceo, apenas reflejada la luz en la punta, apenas contemplado el reflejo por Mary.

—Tom quiere que lo celebremos en serio. El quinto aniversario es una fecha importante, un poco menos importante que las bodas de plata, pero algo parecido. Charlotte estrenará un vestido blanco que le ha regalado mamá y Veric, la pequeña, uno que le he comprado yo, azul, con un lazo así de ancho en la cintura.

Mary sigue el movimiento de las manos de Verónica. Verónica piensa: «Seguro que no ve lo que le señalo. No sé ni para qué estoy hablándole a este tronco».

—Estarán muy elegantes, Veric —comenta Mary—. ¿Y qué haréis para que se note que es fiesta?

Verónica se empieza a sentir comprendida.

—La cena, Mary, la cena será lo estupendo. Vamos a adornar la mesa como en Navidad. Las niñas tienen guardadas las figuras de la mesa de Navidad, las cintas brillantes del árbol, las bolas de colores. Yo se lo guardo todos los años... Con eso adornaremos la mesa, y con un candelabro antiguo de cinco brazos que me ha

regalado mamá... Cinco, Mary, ¿te das cuenta? Son cinco por los cinco años... Mamá lo tenía en casa desde hace mucho tiempo. Ya sabes que la casa de la madre de mamá estaba llena de cosas buenas y que mamá misma tiene en su casa cosas preciosas que en parte serán mías algún día... Pues, como te iba diciendo, en el centro de la mesa, el candelabro con las cinco velas encendidas y las cintas brillantes colgadas de la lámpara y el techo... Prepararé la cena por la mañana porque es mi día libre. Lo elegí desde el domingo pasado, se lo dije a Jackie: Jackie, digo, *Miss Jackson*, por favor, necesito que mi día libre, la próxima semana, sea el lunes. Asuntos familiares, *Miss Jackson*. No le dije lo del aniversario porque como ella no ha estado casada ni sabe lo que es eso es capaz de fastidiarme por envidia o por rabia.

«Mary tampoco ha estado casada, pero es incapaz de tener envidia cuando le cuento estas cosas. Mary es de una pasta especial y con ella se puede hablar de todo, con la seguridad de que todo le importa poco y le afecta menos».

Mary, soñadora, contempla la punta de sus zapatos, levantando un momento los dos pies a la vez, suspendiendo el balanceo para la mejor contemplación.

—¡Lo pasaréis muy bien, Veric! Te doy la enhorabuena y te deseo que celebréis las bodas de plata con las niñas crecidas a vuestro lado y..., y todo bien.

Verónica se conmueve.

«Pobre Mary».

—Gracias, Mary. Dios te oiga. Ojalá nuestras bodas de plata sean alegres, con Charlotte hecha una bailarina famosa y Veric, tal vez, una actriz, y las dos con nosotros sanas y fuertes... Mary, qué intranquilidad dan los hijos... Mañana la fiesta es nuestra, pero será de ellas, ya lo verás, y nosotros casi no pensaremos en el aniversario, en nosotros mismos, como debe ser, porque estaremos pensando en ellas, en lo que harán y en lo que serán...

Mary se aleja en los zapatos de los que pasan por la ventana alta del comedor de servicio, en las sombras movedizas que los cristales le dejan ver. Mary adivina, juega a adivinar quién pasa por la ventana: hombre o mujer, entrecerrando sus ojos adormecidos para ver las formas más claras.

—¿Qué miras, Mary? —pregunta Verónica.

Mary no tiene tiempo de inventar.

—Me entretengo, Verónica, cuando estoy sola, quiero decir, mirando a ver si soy capaz de distinguir desde aquí los hombres y las mujeres. Es difícil porque las faldas oscuras, a veces, son como pantalones y los pantalones claros me parecen faldas...

—No te voy a repetir por milésima vez que con gafas te entretendrías mucho más viendo lo que realmente pasa a tu alrededor y no simplemente tratando de adivinarlo.

Mary sonrío apacible, e inicia el tic de la barbilla, arriba y abajo.

—¡Qué cosas dices, Verónica!... Anda, cuéntame cosas de mañana, de la fiesta. ¿Qué clase de dulces llevarás?

Verónica ha prescindido de Mary. Se refugia en sus pensamientos, en sus planes, en sus preocupaciones.

«Dulces... Esperemos que Tom lleve hoy dinero si queremos tener fiesta completa... Dinero, asqueroso dinero, qué pronto se gasta y cómo se necesita. La fiesta de mañana sin dinero... Tom dice que será alegre de todos modos y yo estoy convencida, pero el dichoso dinero. Debo seis chelines a Louise, pero que se espere... Ella puede esperar».

—Los hijos consumen mucho dinero, Mary. Y cuando son mayores más. Recuerdo los apuros de mamá, viuda y con tres hijas, cuando nosotras ganábamos poco y ella quería que vistiéramos bien... Porque mamá ha sido con nosotras muy cuidadosa, no como otras madres, que abandonan por completo a sus hijos cuando ellos ya trabajan. Mamá sufre porque yo estoy de camarera y por cosas así. Mis hermanas y yo le decimos: «Mamá, tú eres rara y antigua». Louise dice que mamá, teniendo hijas que trabajan en empleos humildes, no debe votar a los conservadores, pero yo ¿cómo voy a impedirselo, Mary? Mamá es una señora fina y no puede comprender que se vote a los laboristas tenga o no tenga hijas camareras, pero Louise es muy exigente en esas cosas, tanto que a veces no puedo contarle todo lo que quisiera contarle...

Mary parece absorta. Verónica sigue hablando para sí misma, en voz alta, sabiendo que Mary no escucha. De pronto, Mary dice, sobresaltada:

—¿Qué hora es, Verónica? Creo que me he dormido, Dios mío, y debe de ser ya tarde para preparar el té.

Verónica consulta el reloj.

—Pronto. Las cuatro menos cuarto. Yo tengo que esperar aquí una media hora más, hasta que venga a buscarme Tom.

## 4. Jueves, 17 de agosto

---

### MISS LANCASTER

«Trabajo, trabajo y sólo trabajo, señores, es lo que puedo ofrecer al país». *Miss Lancaster* cierra el periódico, lo dobla y lo deja a su lado. Enciende un cigarro y piensa.

«No es un programa malo después de todo. Peor fue cuando Churchill anunció que sólo podía ofrecernos sangre, sudor y lágrimas».

*Miss Lancaster* arruga la frente, junta los ojos en un gesto de preocupación y recuerdo.

«Y acertó, acertó demasiado bien».

La ceniza del cigarrillo se sostiene en el aire, sin decidirse a caer; al fin se desprende y va a parar al traje de *Miss Lancaster*. El primer cigarrillo, el periódico, la primera inquietud, el primer recuerdo. La mañana empieza siempre de un modo parecido. Pronto, ya, espera el trabajo. Trabajo para el país si queremos que levante la cabeza.

«¿Hacia dónde levantará la cabeza? En un mundo tan abatido, dan ganas de inclinarse más, de ocultarla y no hacer frente a nada».

Algunas mañanas *Miss Lancaster* se siente cansada y pesimista respecto a sí misma y respecto al porvenir de la nación en que vive. La política, interior y exterior, es una de las pasiones calladas de la directora de la Casa, que devora las noticias, los debates del Parlamento, los discursos electorales.

«Como un hombre», diría Rachel si lo supiera.

—Como un hombre —bromea Lina, que lo sabe.

*Miss Lancaster* se cansa a días con exceso. La noche transcurre despacio, el sueño llega con dificultad y la mañana la despierta y la desasosiega.

A las ocho, Verónica sirve el desayuno a la directora. *Miss Jackson*, como homenaje personal, le sube los periódicos.

La directora los lee y los devuelve a la biblioteca, personalmente, cuando baja al despacho. Allí, a las nueve, la espera *Miss Dudley* con su eterna sonrisa rindiendo cuentas del día anterior, esperando el programa del día que empieza.

«Cuando baje estará allí, como todos los días. Nunca se retrasa. Saluda, espera, informa. Todos los días igual. Me gustaría perder un día la cabeza del todo y empezar a decir lo que pienso. Lo que me parece la Casa, su organización, sus empleadas y sus residentes... Siento mucho que esto no suceda o que, si llega a suceder, yo esté lo suficiente loca para no saborearlo...».

Algunas mañanas, *Miss Lancaster* tiene los nervios tensos, cargados, y teme los contactos de todo el día. La actividad rutinaria y simple que exige su trabajo en la Casa la fatiga y la desgasta.

«Más que un trabajo en el que hubiera que emplear constantemente la inteligencia, esto está organizado desde el principio y marcha solo. Mi labor es mecánica, puramente formal. Es tarde para volverse atrás, para empezar de nuevo, pero siento, cada día, que el peso muerto de esta casa acabará aniquilándome».

—La mesa de *Miss Lancaster* estaba hoy llena de colillas. No el cenicero, hijitas, sino la mesa. No comprendo cómo a las nueve de la mañana se puede haber fumado tanto. Colillas frescas, Louise, no estoy hablando de las de la tarde de ayer que llenaban la habitación —dirá Verónica en la cocina a la hora de comer.

Louise añadirá:

—Hoy tiene mal día. Ha comido poco y los labios le blanquean de tanto apretarlos.

*Miss Lancaster*, después del té, del periódico y del cigarrillo, se dispone a bajar a su despacho.

«Trabajo para el día: soportar la visita de *Mister Kaye* mientras habla de sus presupuestos de pintura para el año que viene. ¿Es esto a lo que se refieren ustedes cuando hablan de trabajo, mis buenos, mis simpáticos amigos laboristas?».

## ISOLINE KATZ

A las diez de la mañana, el timbre despertó a Isoline. El timbre insistió dos veces y, desde su sueño, Isoline comprendió que la esperaban abajo, que no era el teléfono, sino una visita.

En una silla se amontonaban, confundidas, las prendas de vestir de Isoline, arrojadas descuidadamente la noche anterior. Sin lavarse, Isoline se vistió. Peinó por encima su abundante, lisa, cabellera oscura y bajó al saloncito. En el saloncito no había nadie. Kate la llamó. Junto a la oficina de recepción, vio Isoline a un botones. Pensó: «¿Es ésta la visita?».

—*Miss Katz*, el botones la espera a usted con un encargo. Ha querido entregárselo personalmente.

*Miss Katz* cogió de manos del chiquillo una caja envuelta en papel brillante, atada con un lazo de seda. Sujeto con la cinta, había un sobre pequeño, de tarjeta de visita. Isoline lo miró, reconoció la letra.

—Espera un momento, pequeño. Vuelvo enseguida.

En el ascensor, Isoline Katz iba mirando la caja.

«Afortunadamente llegó el momento. Esto se estaba haciendo demasiado

pesado».

En su habitación abrió la caja de bombones. Bajo la primera capa de chocolates variados, había un sobre grande, abultado. Isoline lo abrió. En un pasaporte suizo encontró su fotografía, el pasaporte pertenecía a María Lange. En una nota, a máquina, leyó: «Avión Bruselas, 29. Federico envía 28 flores desde París. L.».

De un cajón de la cómoda, Isoline sacó unos peniques. Salió.

—Muchas gracias, pequeño. Toma, para ti.

No hay respuesta. Isoline comía un bombón. Del bolsillo sacó unos cuantos.

—¿Un bombón, Kate?

Kate escogió uno redondo, envuelto en papel de plata.

—Me parece que éste es de licor. Gracias, *Miss Katz*.

«Ya era hora —piensa Isoline—, ya era hora de que se acordaran de mí. Hoy es diecisiete. Faltan once días para la llegada de las flores, doce para el veintinueve».

Isoline abrió su armario, contempló sus trajes. Arrugó el entrecejo.

«Habrà que ir pensando en el equipaje... Pero estoy libre, de momento estoy libre y puedo salir de este encierro».

Abrió la puerta y salió al pasillo. La nueva camarera debía de estar limpiando dentro de algún cuarto. Cuando la encontró le pidió:

—Por favor, venga a mi cuarto cuanto antes, quiero salir enseguida y voy a dejarlo cerrado. Cuando termine, venga...

«Haré unas compras, iré al cine, volveré tarde y mañana igual. Todos los días libres hasta el veintiocho. ¡Magnífico!».

En el baño, el correr del agua caliente en la piel aumentó el bienestar de Isoline. Se quedó quieta un rato, acariciada por el agua, percibiendo el abrazo perfecto del agua y la piel.

«Me gustaría vivir en el agua. El cuerpo no pesa, no duele, no se siente. El cuerpo dentro del agua está muerto y sólo queda libre la cabeza para pensar..., para no pensar y saber que las flores y los pasaportes carecen de importancia...».

Sus dedos cuidados, gatunos, arañaron la superficie del agua. Las gotas caían de las uñas limadas, afiladas, rojas. Con la mano en el aire, Isoline observó el caer de las gotas.

«Bruselas no es mejor que esto. París... Si estos doce días de descanso fueran en París. Comprar en París, gastar dinero a manos llenas... No hay otro sitio en el mundo para gastar dinero como París».

A manos llenas, Isoline vertió el agua por su espalda. De pie, pudo ver su figura en el espejo. La piel blanquísima contrastaba con el color oscuro del cabello. Se envolvió en la toalla de baño. Su cuerpo le disgustaba.

«Vestida sí. Vestida soporto los espejos y las miradas, pero desnuda preferiría estar dentro del agua, y de un agua oscura que no permitiera transparencias».

El descanso de largas horas de sueño, el baño tibio, prolongado, y las buenas noticias habían puesto a Isoline de un humor inmejorable.

La nueva camarera se preguntó, y no lo comentó en la cocina por falta de confianza, en qué idioma extraño, sonoro, triste y melódico cantaba *Miss Katz* al volver del baño, una sostenida, quejumbrosa canción.

## EMILY

Glasgow, 16 de agosto

Querida Teresa:

Estoy contenta de estar en casa, con mi madre y mi familia. Te escribo porque sé que debes de pensar que estoy muy loca, después del disgusto que te di. Rachel dijo que lo pensabas y puede que sea así, Teresa. Pero ahora, que estoy muy tranquila con mi madre y pienso que mis nervios se han calmado, quiero disculparme.

Si puedes, perdóname aquel desagradable disgusto, y que Kate y las chicas compensen con su simpatía mi antipático proceder.

Yo sé que no puedo compararme a ninguna de ellas en amabilidad, educación y buen carácter. Ya sé que estarás muy contenta de que me haya venido. Aunque vaya a trabajar a Londres no iré por la Casa. No te molestaré con mi indeseable presencia.

Adiós, Teresa. Te pido perdón,  
Emily

## TERESA

—Teresa, ¡qué abandonados nos has tenido!

... Marta se alegra de veras. *Mrs. Lorigde*, en su eterna butaca de las tardes, lee un libro.

Thomas no está; hace mucho tiempo que no viene a Londres. Ha conseguido trabajo en Manchester, me ha dicho *Mrs. Lorigde*, y está contento. Desde la guerra, vive unos años de indecisión y no se adapta a nada. Eso y sus avanzadas ideas políticas —que a *Mrs. Lorigde* le hacen sonreír— le convierten en un insatisfecho.

El nuevo trabajo le ha venido muy bien. Organiza los programas culturales: charlas, conciertos, etcétera, que una gran empresa destina a sus obreros todas las semanas.

—Es para lo que sirve Thomas —dice *Mrs. Lorigde*—, tareas románticas, un poco difusas, en las que la sensibilidad y el amor al prójimo tengan un gran papel.

Los fines de semana de la tía Silvia se han quedado sin Thomas. Ha perdido a su compañero en el juego polémico.

—Tendré que empezar a discutir con el Mayor, porque esto, si no, va a convertirse en una balsa, cosa que no les va bien a mis atrofiadas facultades. Teresa, ¿tú por qué no me llevas la contraria?

*Mrs. Lorida* bromea, pero añora realmente a Thomas.

—De todos modos estoy contenta de que el chico encuentre su camino... filantrópico-socialista. Es malo sentirse vacío e inútil como él se sentía, y luego, tan mal preparado por culpa de la guerra y de su especial carácter, para luchar en cualquier otra profesión... ¡Ah! Y además tendrá dinero ganado por él, y mi hermana, que sólo tiene ese hijo y que, por supuesto, puede mantenerle eternamente, se sentirá liberada y tranquila. Y lo mismo el padre de Thomas...

El padre de Thomas, que vive separado de la madre, amistosamente separado, es un abogado famoso que trabaja en Londres.

—Mi hermana no pudo resistir el carácter reconcentrado y hosco del padre de Thomas, y ahora, el hijo le ha salido igual. Por eso pienso que estará contenta de que Thomas parezca encauzado y libre de caer en la misantropía...

Marta me propone un plan alegre para el fin de semana: un viaje a Cambridge, a casa de unos amigos, para volver el domingo por la noche o el lunes temprano.

El salón de *Mrs. Lorida* se oscurece muy pronto. Agosto avanza sobre la luz de la tarde, robándola temprano. Tengo que volver a la Casa.

—Hoy no, Marta, hoy es imposible que me quede a cenar.

Kate, al verme entrar, me da una carta. De Emily.

## 5. Lunes, 21 de agosto

---

### TERESA

Al despertar, los barrotes de madera retorcidos de los pies de la cama me sorprenden. Medio en sueños pienso: «Una cama con dos barrotes de madera, en tirabuzón, trepando hasta llegar a la punta y quedarse en el aire, en una última pirueta».

Esto es lo que había pensado la noche anterior, al entrar en la habitación. El recuerdo me hizo despertar del todo. La noche anterior no, hace dos noches. Es el segundo día que duermo aquí. La habitación tiene tres paredes forradas de estanterías, llenas de libros. La cama se apoya en la cuarta pared y al lado de la cama, una mesa de trabajo recibe la luz de la ventana, abierta sobre el campo. El campo de Cambridge.

Ayer estuvimos allí, Marta y yo, con los amigos de *Mrs. Lorigde*, tío Arthur y tía May, como los llama Marta.

El sábado dormimos aquí y anoche también. Me asomo a la ventana. Los árboles y las tierras verdes, cultivadas, limitan el horizonte. Abajo, en la huerta, veo a tío Arthur, que viene hacia la casa con una cesta de fruta.

Cuando bajo a desayunar, tío Arthur me ofrece una manzana enorme, roja y verde. Quiere enseñarnos su huerta, su pequeño parque que rodea la huerta y la casa.

—Ayer no me dejasteis, hoy sufriréis mis debilidades.

Tío Arthur ha sido profesor de Biología en Cambridge. Hace dos años abandonó la cátedra y vive, con su mujer, su granja y sus perros, cerca de la ciudad, de la universidad.

La casa y la primitiva granja son del siglo XVIII. Una casa cubierta de yedra, de tejado gris, con grandes ventanas acristaladas. Por el salón se sale al parque. En el salón hay la misma apacible, intacta serenidad que en el de *Mrs. Lorigde*. Los muebles, los objetos vienen de un mismo mundo, casi perdido, sostenido milagrosamente fuera del tiempo.

El campo que rodea la casa es, también, tranquilizador, suave, sin aristas. Blando. Dan ganas de quedarse en la casa de tío Arthur, a dejarse vivir. En el parque, en la casa, con los dos viejos.

Tía May nos sirve el desayuno. *Porridge* campesino, té y mermelada. Ayer, en Cambridge, tío Arthur dijo:

—Teresa, ¿no oyes la paz?

Estábamos sentados junto al Cam, frente a la calma pétrea de los colegios. Los sauces se doblaban de cansancio sobre el río; sus delgadas ramas culebreaban en la

superficie del agua. La ciudad nos rodeaba, pero no se oían ruidos.

No hay muchos estudiantes en verano, pero alguno queda. Quedan los enamorados de la ciudad y los estudiosos.

La paz del río está en los colegios, en las calles, en una iglesia circular, rodeada de jardín.

Los estudiantes van en bicicleta.

En el Museo hay pintura española.

Las ventanas de las habitaciones de los estudiantes, en las residencias, dan a patios monásticos.

—Cambridge me gusta mucho. Me gustaría estudiar aquí.

Tía May nos sirve el desayuno y empieza sus quehaceres domésticos, Marta me recuerda:

—Teresa, tenemos que marcharnos. Es lunes.

Los viejos nos dicen adiós desde la puerta. Marta conduce el cochecillo de su madre. Atrás quedan los dos con su campo, su paz, en la cercanía nostálgica de la ciudad universitaria del tío Arthur.

## DOCTORA RUPA

—No puedo, de momento, saber nada concreto, no le puedo asegurar nada. Esperemos a mañana, al resultado de los análisis. Hay algo indudable, para lo cual no necesito saber más: está al límite de sus fuerzas. ¿Me quiere decir por qué no deja esto una temporada? O sin dejarlo, aunque usted siga en Londres, deje la dirección a otra persona, a *Miss Dudley*, por ejemplo...

*Miss Lancaster* reposa en su cama grande, desproporcionada para la habitación, poco en armonía con los otros muebles. Las mejillas sonrosadas le dan buen aspecto. Los labios, aflojada la tensión habitual, parecen gruesos, llenos. El pelo gris, sujeto de ordinario en un moño imperfecto, le cae suelto a ambos lados, en dos guedejas tristes sobre los hombros.

La doctora contempla el cuerpo grande entre las sábanas y piensa: «Es una mujer enorme, como una fortaleza, que está desmoronándose».

—La edad, *Miss Lancaster*: es la suya una peligrosa edad. Requiere cuidados y atención médica. Prométame al menos que cumplirá el plan que le trace mañana.

*Miss Lancaster* sonrío un poco desdeñosa. Le molestan las cariñosas súplicas de la doctora.

—Claro que lo cumpliré, si es un plan lógico, que tenga en cuenta mi trabajo y mi régimen de vida, que no puedo alterar.

Antes de salir de la habitación la doctora Rupa se fija en el retrato. *Miss Lancaster*

observa la dirección de su mirada y aclara:

—Mi buena amiga Lina.

La doctora sonrío.

—Me he fijado porque, exactamente en ese sitio, sobre la chimenea, tengo yo también un retrato de mujer: el de *Madame* Marie Curie, una especie de ideal femenino para mí, lo que yo hubiera soñado ser...

*Miss* Lancaster mira el retrato de mujer que hay sobre su chimenea.

—Pues Lina es precisamente el tipo de mujer que yo no hubiera querido ser.

La doctora Rupa se sorprende un poco.

«¿Por qué, entonces, el retrato?».

Por el pasillo viene *Miss* Jackson. Se detiene al ver salir a la doctora del cuarto de *Miss* Lancaster.

—Dígame, doctora, ¿qué tal está?

La doctora Rupa contesta reflexiva:

—No creo que sea nada importante, nada grave.

«Mañana veremos, mañana sabremos... Esta mujer que fuma tanto... El té, el café, el tabaco..., no me gusta. ¿Y el retrato? El retrato tampoco me gusta. No. Desde que ella ha dicho eso de que no le gustaría parecerse... ¡Bah!... ¿Estaré yo volviéndome un poco histérica también?».

—A veces lo temo, doctor —solía decir la doctora Rupa a su jefe, en los breves descansos de ambos, en el laboratorio, para tomar un poco de café o para comer unos sándwiches—. A veces temo acabar yo un poco neurótica. Cada una de esas pacientes mías en la Casa esconde, cuidadosa, celosamente, un problema y deja ver sólo ramalazos, descargas incontroladas con las que reacciona el psiquismo... No me gustaría desertar de aquello, doctor, pero usted debe avisarme al menor síntoma que observe. No vaya a perecer con ellas, embarcada en una misma locura...

El doctor se reía. El doctor tenía buen humor. Lo tenía con Rupa al menos, porque los otros ayudantes temían su genio hosco, sus enfados sin palabras.

«Yo le tranquilizo —pensaba Rupa—. Porque no le molesto con intervenciones personales, opiniones. Yo no quiero hacer méritos y él lo sabe y descansa en mi humildad».

En la mesa de trabajo de la doctora Rupa, en su habitación de la Casa, hay apilados dos grupos de carpetas. A la derecha están los historiales, los datos de las enfermas de la Casa, las últimas enfermas o las que todavía están en sus manos. Al otro lado, descansan los papeles llenos de números, dibujos y anotaciones que la doctora maneja en su trabajo del laboratorio.

—Mis dos platillos de la balanza —bromea consigo misma Rupa O'Connor cuando se sienta ante la mesa.

En el centro, entre los dos muros de cartulina y papel, hay una fotografía

enmarcada en piel, un hombre joven, de uniforme. La sonrisa tierna de la doctora se borra a veces, hoy, ahora, al mirar la fotografía. Una mueca sustituye a la sonrisa. Las cejas se levantan asombradas y la mujer se pregunta por millonésima vez: «¿Cómo pudo ser?».

En la Segunda Guerra, la doctora trabajó en diferentes hospitales. Los heridos morían con demasiada frecuencia. La doctora enarcaba las cejas, como ahora al mirar la fotografía del joven marido y se preguntaba: ¿cómo pudo ser?

«¿Cómo puede ser la guerra y las enfermedades y la muerte?».

Y prefería no seguir preguntándose. Cerraba los ojos y pensaba en otra cosa. La doctora Rupa temía el desaliento momentáneo que le invadía después de sus preguntas.

«¿Para qué, para qué esta lucha del doctor y mía y de todos? La muerte puede ser en cualquier instante y estamos tan condenados a la guerra que no merece la pena vencer a los microbios, salvar vidas para otra muerte peor».

Un día no pudo contenerse y preguntó en voz alta:

—Doctor, ¿por qué se esfuerza? La radio y los periódicos y el temor de cada hombre de la Tierra hablan constantemente de guerra. ¿Por qué luchamos nosotros, doctor? Deberíamos dejar que la naturaleza destruyese a la naturaleza. Sería más noble. ¿Por qué esforzarse en ofrendar a las bombas una humanidad lo más sana y desinfectada posible?

El doctor había contestado:

—Rupa, hay que tener fe.

Y ella no había comprendido.

—¿Fe en qué, doctor? ¿En qué podemos tener fe?

El doctor no levantó la cabeza; se inclinaba vigilante sobre el trabajo.

—Fe en nosotros mismos. Fe en que si cada uno de nosotros no lo desea, la guerra se evitará.

«La guerra está en nosotros mismos», pensó Rupa, pero no dijo nada. Y siguió trabajando.

Las carpetas se agrupan grises, en dos altas columnas tambaleantes. Entre las de la derecha, la doctora Rupa buscó un nombre: *Miss Lancaster*. Abrió la carpeta y al final de la hoja ya empezada escribió unas líneas. Antes de cerrar la carpeta pensó en el retrato.

«Absurdo. Inadmisibile. Seguramente, falso».

JOAN BRACKLEY

«Un trabajo en Londres no es fácil, nada fácil. Un trabajo como el que yo pretendo,

bien pagado, especial. Debo ensayar lo que salga, debo cambiar de planes y adaptarme a la realidad».

Con el periódico abierto por la sección de anuncios —se necesita...—, Joan consulta las ofertas, estudia las posibilidades de obtener y soportar los trabajos ofrecidos.

«De la Embajada no me avisan. En la Embajada no hay nada que hacer. Ni con carta ni sin carta».

Febril, ávidamente, Joan repasa los anuncios.

«Un trabajo, necesito urgentemente un trabajo».

Los bolsillos de Joan están vacíos. Hace tiempo que se consumieron los últimos peniques. No paga la cuenta de la Casa desde hace un mes. Cuando baja al salón a las horas de comer, ahora que los días transcurren sin salir de la Casa para nada, siente las miradas de *Miss Jackson*, escudriñando su rostro, «abriendo mi bolso si pudiera, para contar lo que hay dentro». Y luego, la última humillación. «Menos mal que viene de Kate, que sabe dar a las cosas un tono menos duro».

—*Miss Brackley*, no podemos servirle más cerveza en su habitación. Va contra todas las normas y costumbres de la Casa.

Pero Joan sabía que no eran las normas lo que impedían que le sirvieran cerveza en su habitación, sino el mes atrasado, el mes imposible de pagar, si no aparecía un empleo, unas libras.

«En la Embajada me ayudarían... A cualquiera podría hablarle de un apuro momentáneo... Pero no quiero. Ellos saben, estoy segura, la historia de Viena, de Lewison y de su despedida hiriente: “Los Estados Unidos no han venido...”. Estoy segura de que, a pesar de la carta hipócrita de recomendación que me dio a mí y la carta de trabajo con buenos informes, envió también a esta Embajada la verdadera historia... desde su punto de vista además, que es lo más grave».

Los anuncios bailaban en los ojos de Joan. Se necesita señorita interna, enseñar niños, francés, alemán. Preferible nativa. Se necesita camarera...

«Si me admiten, le diría a *Miss Jackson*: “Un puesto de camarera aquí en la Casa, para pagar esa cuenta que tanto le preocupa a usted, puesto que me mira con esos ojos de dueña de casa de huéspedes, como si esta casa fuera suya”».

«Se necesita secretaria, empresa privada. Reservadísimo».

Joan hizo una señal.

«Esto puede servir».

«Se necesita cocinera... Necesito portero de día... Se necesita, se necesita...».

Joan se cansó de leer anuncios, iguales, descorazonadores.

«Si por lo menos tuviera amigos en Londres... Si tuviera un poco de dinero, el suficiente para salir por mi cuenta y sin necesidad de pedir favores a la gente de este elegante palacio... Tres chelines, sólo tres chelines para cerveza... Kate, ¿Kate?, para

cerveza. Kate tiene un modo tan cordial de decir: “*Miss Brackley*, tengo sus cuentas de cuatro semanas guardadas, para que usted, cuando pueda, cuando realmente pueda me las pida”...».

La tarde oscurecía los ojos de Joan. La noche los volverá brillantes, resecos y brillantes; dilatará sus pupilas. La noche traerá el aleteo de la nariz de Joan, un temblor en las manos.

«Un trabajo, Dios mío».

El periódico con la única señal, con el único trabajo que puede interesar a Joan, está en el suelo. Joan se acerca a la ventana. La abre. Respira el humo oloroso del patio. El humo huele a tocino frito, a carbón. Joan siente hambre. Hoy no ha bajado a comer al salón.

«Dinero, unos chelines para un sándwich de jamón y unas cervezas».

El pelo negro de Joan no brilla, está grasiento, opaco. Joan se lo toca y dice en alta voz:

—No tengo dinero para comprar champú, ni siquiera jabón barato. No tengo dinero para nada.

La noche llega temprano.

«Cada día más temprano».

El gong de la cena suena por la Casa. Joan se mira al espejo, los ojos fulgurantes, la boca sin pintar, la piel reseca.

«Bajaré y le diré a Kate...».

—Kate, ¿usted no podría...? Es un favor personal, fuera de toda norma y costumbre, como ustedes dicen, como me dijo el otro día respecto a la cerveza en mi cuarto. Kate, ¿no podría dejarme..., pongamos, cinco chelines, hasta que yo..., hasta que empiece a trabajar en un nuevo, maravilloso empleo que la Embajada me ha proporcionado?

Kate se avergüenza. Se ruboriza.

—*Miss Brackley*, yo puedo dejarle el dinero, desde luego, pero no emplee ese tono amargo para recordar... Yo estoy aquí trabajando y mi obligación es decir cosas que a veces me gustaría no decir.

Joan se escandaliza y casi grita.

—Pero Dios Santo, Kate, ustedes las inglesas son tan susceptibles. He querido gastarle una broma recordando lo de la cerveza... Para mí no tuvo importancia.

Kate se ha recuperado del desconcierto y del rubor. Domina la situación.

—Cuando quiera, ahora, o después de cenar, pásese por mi cuarto y le daré el dinero.

Joan pasa por encima del periódico, pisándolo, coge de una silla la gabardina, se la pone. Sale rápida de la habitación.

El aire del jardín tiene humedad de río, de árboles, de lluvia que se aproxima.

Joan aprieta en su mano las dos medias coronas, duras, redondas, confortadoras.

## EL PORTERO DE NOCHE

La noche es fresca y húmeda. Los días van haciéndose más cortos y la noche gana horas, oscuras y frías. La cocina encendida con los hornos calientes todavía molesta de día, pero de noche se agradece. Polish siente en las últimas noches de agosto los pasos silenciosos, veloces del invierno. Se refugia lo antes posible abajo, en el sótano, junto a las calderas encendidas de carbones rojos que mantienen el agua de la Casa caliente constantemente, o en la cocina, pegado a la chapa negra y confortable que abriga sus espaldas.

«El invierno se acerca —piensa Polish—, no el otoño, sino el invierno. El otoño es el invierno un poco menos frío».

En el otoño se acaban los paseos con Nancy, bajo los árboles gigantescos de los parques. La lluvia primero, luego la niebla y la oscuridad del día hacen los parques inhóspitos, hasta temibles. Nancy no sale de casa en invierno más que para ir a trabajar. Las entrevistas con Polish se reducen a la media hora de la mañana.

—¿Por qué no vamos al cine como otras parejas? —pide Polish malhumorado.

Nancy trata de hacerle comprender. El padre, que no aceptaría la idea de un novio todavía y menos aún de un extranjero...

—Yo no soy extranjero, yo soy inglés desde hace tiempo —arguye Polish.

Los inviernos son tristes y largos. Las noches se resisten difícilmente a pesar de las cocinas, las calderas, la calefacción de cualquier clase.

«Se necesitan las mantas y la cama —se dice Polish—. Y a ser posible un cuerpo al lado».

En el otoño, los sueños de Polish empiezan a cambiar. En su cabeceo de dos horas, sobre la mesa de la cocina, la imaginación liberada, sin frenos, vuela por los caminos del deseo.

El bosque, el río, la barca desaparecen. Hace frío en el bosque y en el río. No se puede huir en invierno, aunque sea Nancy la que tienta a la huida. En invierno hay que soñar interiores.

En el invierno, Polish sueña que Nancy le hace entrar en su casa. El padre ha salido y la casa de Nancy es lujosa, la misma Nancy luce un traje de casa vaporoso, porque hace calor dentro y no importa la ropa. Los sueños de Polish se pierden en alcobas forradas de pieles, de sedas. Como en las películas.

El amanecer sacude de frío los sueños. A Polish le duele la espalda. Ha dormido mucho tiempo en una postura incómoda. Pero pronto, dentro de un par de horas, podrá irse a su cama, a dormir la mañana con el recuerdo de Nancy. Después de que

Nancy, a la puerta de la panadería, le haya dado la mano y entre los dos se hayan cruzado unas palabras. Soñolientas, del sueño de ella, interrumpido temprano y del sueño de él, no iniciado seriamente todavía.

## 6. Viernes, 25 de agosto

---

### MARY

—Ya se ha marchado mi negra, chicas. ¿Y qué diréis que me ha regalado? Dos pares de medias de nylon, americanas, sin estrenar, ¿qué os parece?

Mary abrió la boca con admiración.

—Veric, ¡qué suerte! Precisamente yo...

En este momento, Mary tiene el problema de las medias. Hace dos días que llueve. Se acerca el frío y ya no es posible ir con las piernas al aire. Las medias del invierno pasado están rotas, inservibles.

—Qué suerte estar en los pisos. En el comedor no cae ni una mala propina, ¿verdad, Louise? Louise, dime dónde debo buscar medias de hilo para el invierno. También necesitaría unas de nylon, ¿verdad, Louise?

Es temprano, los desayunos de las residentes todavía no han sido servidos. Louise acaba de llegar. Rachel está en la cocina. Verónica bebe el té a sorbitos; está contenta.

—Fijaos que ayer por la tarde, me busca por el piso, me encuentra y dice: «Venga a mi habitación». Y yo me digo: «Ésta se va a quejar de que no le he limpiado bien el polvo». Pero ¡no!, nada de eso. El cuarto estaba en orden, las maletas hechas, la negra sonriente. Por cierto, llevaba un traje rojo, de una tela rara, entre algodón y seda, maravillosamente hecho, a medida, estoy segura, y por una buena modista. Bueno, pues me dice: «Aquí tengo un pequeño regalo para usted. Gracias, me ha atendido muy bien estos días...». Estaba encantada porque se marchaba. Al fin la había venido a buscar su marido y se iban los dos a un hotel. Cuando yo bajé las escaleras, delante de ella, me encontré al marido junto al ascensor: un negro horroroso, gordo y feo, mucho más feo que ella, porque ella, aparte de ser negra, de fea no tenía nada...

Mary piensa: «¿Por qué no estaré yo en los pisos? El trabajo de los pisos es más agradable, no hay prisas como en el salón. Ellas hacen despacio sus camas, limpian despacio el polvo, sirven los desayunos, mueven un poco la aspiradora...».

—... y me han venido perfectamente porque tengo un solo par, bastante averiado por cierto...

«Madre me cosía las medias cuando era pequeña... Las monjas me enseñaron a coserlas yo misma. La hermana me decía: “Mary, rompes tus medias más que ninguna, y no me lo explico, con lo poco que te mueves”».

—Mary, ¿en qué piensas?

—Te escucho, Verónica.

Louise también escucha.

—De todos modos yo prefiero el salón a las intimidades de los cuartos. Y tú, Mary, también lo prefieres, ¿no? No me digas que por un apollado par de medias te cambiarías a los pisos...

Mary sonrío bonachona.

—No, Louise, prefiero estar contigo de todas formas. Aunque no me caiga una propina ni por casualidad.

«Mañana, cuando cobre, podría comprar las medias. De hilo. De hilo, con los calcetines de lana, no hay invierno...».

—Buenos días, Teresa.

—¡Hola, chicas! Me he dormido. ¿No hay té para mí?

Teresa se sienta al lado de Mary.

—Se acabó el verano, Teresa —dice Mary—. Hay que ir pensando en las medias fuertes, en los abrigos.

«Las primeras goteras, ya tengo la lata bajo las goteras. Cuando llegue estará llena. Dos días lloviendo...».

—Teresa, ¿te gusta la lluvia? No podrías vivir aquí mucho tiempo si no te gustara.

«Si no fuera por las goteras, a mí no me importaría la lluvia. Me gusta la lluvia en el río. Cuando llueve mucho...».

—Cuando llueve mucho, Teresa, en mi cuarto da gusto estar. Hay goteras, pero si tienes la lata no lo notas. Y da gusto ver el agua del río. Si llueve con fuerza parece que el río se borra y no ves más que la lluvia cayendo sobre el río... Todo gris. No sabes dónde está el río y dónde la lluvia.

—Mary, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo no vas a saber dónde está el río y el agua?

«Yo no lo veo. Es todo la misma cosa, cuando llueve mucho. Agua y agua. No se ve el otro lado...».

—No se ve el otro lado, Verónica. Puedo decírtelo porque, cuando llueve, miro por la ventana. Sólo se ve la lluvia en el río, todo gris.

—Estas lluvias, Teresa, nos dejan sin verano. Se ha estropeado el verano este año —Louise mueve la cabeza, con pena.

—Una vez, de noche, estando yo a la ventana, mirando la lluvia, fijaos que pasa un barco con una gran luz encendida. Yo sólo veía el resplandor entre el agua gris. Veía moverse la luz, como un sol...

—Mary, ¡qué cosas cuentas! ¿Y qué pasó?

—No pasó nada, Verónica. La luz. Parecía que se movía sola, porque el barco era negro y tampoco se veía, porque ya os advertí que era de noche y hasta la misma lluvia parecía negra...

## 7. Martes, 29 de agosto

---

### TERESA

Hoy he vuelto a trabajar en la cocina con Rachel. Es el trabajo que más me gusta hacer. La cocina es alegre. Las chicas bajan y suben, los proveedores van desfilando a lo largo de la mañana, cuentan alguna cosa, bromean con Rachel. *Miss Jackson* entra varias veces a consultar, a indagar cómo van los platos del día. Rachel me da instrucciones, me envía de un sitio a otro, me pide ayuda.

—Sentiré que te marches, Teresa. Deberías quedarte en la Casa siempre, trabajando con nosotras, ¿no te gustaría?

Si pudiera estar en muchos sitios a la vez, Rachel, o al menos elegir cada mañana al despertarme, elegiría muchos días tu cocina, elegiría charlar con vosotras o escuchar vuestra charla, vuestros pequeños y grandes problemas, vuestro buen humor y vuestra tristeza. Pero no se puede elegir, y tu cocina y todas vosotras quedaréis atrás inevitablemente, y cuando me vaya, también yo, para vosotras, quedaré atrás, aunque nunca os mováis de la cocina y de la Casa.

—Sí, Rachel, claro que me gustaría estar aquí más tiempo.

—Puede que algún día vaya yo a España.

—Ojalá, Rachel.

El verano se acaba. Todavía queda tiempo, muchos días en Londres, pero yo miro las cosas y las personas preparándome para la despedida.

—¿Volverás otro verano? No será tan difícil, ¿verdad, Teresa?

—Puede ser, Rachel.

No hablemos de mi marcha y de mi vuelta. Es pronto para hablar de estas cosas.

—Rachel.

—¿Qué?

—¿Corto el pan para el pudding?

—Sí, Teresa, córtalo.

Cuadrados grandes, luego éstos se dividen en cuadrados pequeños. El pudding se ajusta a una arquitectura y a una geometría que garantizan su sólida estructura.

—¿Cuántos pisos, Rachel?

—Tres, toma las pasas.

Desde muy temprano se necesita la luz eléctrica. Las ventanas del sótano ya no sirven. La luz de la calle es todo el día gris.

—Rachel, ¿cuándo volverá el sol?

—No sé, puede que salga un día de éstos. Todavía no estamos en otoño. Todavía

es época de sol.

En invierno, la luz de la calle será inútil. De la calle, por las ventanas de la cocina sólo entrará oscuridad, niebla y frío.

—Teresa, ¿quieres poner la mesa de las chicas? Son ya cerca de las doce.

# SEPTIEMBRE

# 1. La mañana

---

## MISS JACKSON

A las siete menos cuarto de la mañana hace frío en la habitación. Septiembre entra en su segunda mitad. Va siendo necesario encender las chimeneas. Unas monedas y la llave de gas funcionará, lo que debería ser troncos ardiendo, llamas, es una llave que obedece a unas monedas. El calor de la estufa de gas, incrustada en el hueco de la chimenea, vence lentamente el frío de la habitación.

*Miss Jackson* ha saltado de la cama. El agua del lavabo sale caliente, pero la piel, después de frotarla con agua tibia, se encoge de frío. *Miss Jackson* mira a la chimenea pero no se decide a encenderla.

«Todavía no. Hasta octubre, no».

Los tres primeros pisos tienen radiadores además de las estufas de gas. En invierno se necesitan las dos cosas. En invierno, el cuarto piso, el último piso, abuhardillado en las habitaciones extremas, sin radiadores, es como una cueva helada en medio de un bosque nevado: un refugio imperfecto. Con la chimenea encendida, a fuerza de peniques, la habitación logra caldearse. Pero en la noche, el calor se esfuma y el amanecer trae un frío doloroso a los cuerpos dormidos, arropados en muchas mantas.

*Miss Jackson* piensa: «Septiembre es una bendición. Octubre puede resistirse. En noviembre empieza la tortura y diciembre es como una huida entre hielos».

La humedad de septiembre todavía es sólo un escalofrío, un encogimiento de la piel, después de lavada, una mirada a la chimenea, una ligera tentación de encenderla.

*Miss Jackson*, bajo el guardapolvo verde, de cuello alto, de grandes bolsos, planchado, casi almidonado, severo, se pone una chaqueta de punto, fina. Se peina, se mira las uñas.

«El miércoles me las arreglaré».

En octubre las manos de *Miss Jackson* empiezan a sufrir, enrojecen, se vuelven duras y sensibles al mismo tiempo.

«Desde siempre, desde que, en la escuela, las escondía bajo el jersey, juntas, quietas. En la escuela hacía frío. Los niños llevábamos leña que nos daban en casa, de la que tenían guardada en el cobertizo del jardín. La llevábamos para la estufa de la escuela. Mis sobrinos dicen que ahora no, que ahora la escuela tiene calefacción. El pueblo ha cambiado mucho, lo han hecho cambiar las minas y la industria. El pueblo ya no es nuestro pueblo, el de papá y mamá. Es mucho mejor».

Las siete menos cinco. *Miss Jackson* está vestida —guardapolvo verde, estirado, sin arrugas—. Y calzada —zapatos de medio tacón, atados hasta muy alto con cordones, medias de hilo—. El pelo de *Miss Jackson*, asentado, alisado, corto; los cristales de las gafas, limpios, dispuestos a mostrar a los ojos cansados los menores detalles. *Miss Jackson* está dispuesta a empezar su mañana de trabajo. Las siete menos cinco. *Miss Jackson* reza.

«A ti, Dios, que estás en las alturas, contemplándonos...».

*Miss Jackson* sospechó siempre que la oración había sido inventada por su padre. Nunca, después, logró encontrarla en un libro, ni oírla a nadie.

«... conserva nuestro ojo claro, padre, para que reconozcamos el mal».

Las palabras eran del padre o estaba el padre tan unido a ellas que nadie sino él podía ser recordado al decirlas. «... la mano fuerte para la justicia...».

La mano del padre de *Miss Jackson* era, en el recuerdo, una mano alta, divina, castigadora de sus escasas travesuras infantiles.

«... arroja al fuego los cuerpos impuros...».

El padre de *Miss Jackson* no llegó a ver a su hijo mayor envilecido, sucio, impuro para siempre. Pero en su oración había palabras para él. *Miss Jackson* las repite cada día, en su nombre.

«... arroja al fuego a los impuros y salva a los intactos...».

Salva a la hija, a la virgen, a la no mancillada, exigiría a Dios, desde su otro mundo, el padre de *Miss Jackson*.

«... reúne a los míos, en torno a ti, para que canten tu gloria».

*Miss Jackson* piensa que el hermano ya no se reunirá con ellos. *Miss Jackson* imagina a los demás, la madre, los pequeños, que ya son hombres, los hijos de los pequeños y quizá sus mujeres, en torno al padre cantando la gloria de Dios.

El cielo de Dios y ellos, reunidos, alrededor del padre, somnolientos y tiritantes, en el ancho pasillo de la casa, espionando el final del rezo, como en la lejana infancia, el final del canto de gloria del padre.

*Miss Jackson* se estremece al pensar que el canto de gloria no tendrá fin.

*Miss Jackson* abre los ojos. Las siete de la mañana. A las once, *Miss Jackson* sube media hora a arreglar su habitación.

En el *office* del primer piso, las camareras esperan su llegada.

—Buenos días, *Miss Jackson*.

*Miss Jackson* las examina.

—Como si nos hubiéramos dejado en casa un brazo o una pierna —dice Verónica en la cocina—. Nos mira para comprobar si venimos al trabajo con todo el cuerpo...

*Miss Jackson* dice:

—Pueden bajar a desayunar.

## HELEN HUTKINS

«La chimenea del estudio estará encendida ya. Los troncos arderán. Luigi estará tomando una taza de té, junto al fuego, pensando: “Dentro de una hora estará aquí Helen”. Luego se pondrá a trabajar».

Helen abre su gran cartera y empieza a meter papeles en ella.

«El mes que viene habrá aún más trabajo. Urge que Luigi arregle la casa de Hampstead. Trabajaremos allí mejor... Y podremos vivir allí», piensa Helen, pero no se lo dice, lo piensa contra su voluntad, rechaza el pensamiento.

—Viviremos allí —ha dicho Luigi—. Tenemos que irnos allí enseguida. Tú no puedes vivir sola, en la Casa. En cualquier momento puedes volver a...

—... Ya lo sé. Pero no es como antes, Luigi. Sabes que hasta en el silencio estás ahora tú.

Nina no aceptaría el divorcio. Nina no lo pediría, de momento al menos, hasta que se convenciera de que todo estaba perdido.

—Para ella no está perdido nada, de todas formas —había dicho Luigi—. Ella tendrá el dinero que pide y no creo que necesite nada más. La pequeña...

Helen no quiso intervenir.

—Es un asunto vuestro, Luigi. Yo no puedo, no debo opinar. El divorcio no me preocupa... No te preocupes tú por mí.

«El divorcio no me preocupa. El divorcio no cambiará las cosas. Luigi seguirá sufriendo por la niña de todos modos y yo no puedo hacer nada en todo esto... Pero nos iremos a vivir a Hampstead. Abandonaré el torreón...».

El torreón deja pasar la luz blanca de la mañana. La habitación la recibe en los objetos. La luz destaca los relieves, suaviza las formas.

La claridad de la mañana de septiembre sin sol, sin la descarnada agresión que la luz del sol tiene para las cosas. La luz blanca, nubosa, en la que el mundo se recuesta.

«La luz que yo necesito para trabajar —piensa Helen—, la luz para pensar y trabajar y estar dentro de un torreón, de un estudio, dentro de algo. Luigi se va acostumbrando a esta luz».

Las ocho de la mañana. Verónica llama a la puerta.

—Entre.

Verónica deja el desayuno sobre la mesita. Aparta los papeles a un lado, cuidadosamente. Sonríe.

—Buenos días, *Miss Hutkins*.

—Buenos días.

«¿Quién vendrá al torreón cuando yo me marche? *Miss Dudley* tenía razón: “Tiene usted suerte, *Miss Hutkins*, si necesita un cuarto con buena luz”. Dos años. En octubre la casa de Hampstead. Elegiré para mí aquella habitación en lo alto, con una ventana pequeña... El estudio de Luigi, en el salón con la pared de cristal, la débil

barrera para la luz. El torreón quedará vacío. Lo ocupará enseguida alguien, como la casa de Sussex. En la casa de Sussex viven gentes extrañas y también aquí, en el torreón vivirá otra mujer que no conozco, que no tengo interés en conocer. En la casa de Hampstead olvidaré Sussex y el torreón».

Helen desayunó de prisa. En el espejo se ajustó una boina negra, cogió la cartera, se puso los guantes. Salió.

El torreón recogía toda la luz de la mañana para verterla, desleída, por la habitación vacía.

## RACHEL

Las diez de la mañana.

Las mejillas de Rachel, sofocadas del vapor de sus cazuelas, hirvientes de guisos, tienen un color sano, violento. Rachel está entregada a sus tareas con tranquilo interés.

La mañana ha llegado a su exacto punto medio, entre pronto y tarde. Las siete es la llegada, la puesta en marcha de las cocinas, el temprano comienzo del día. Después, la una es la comida, terminando en el salón la última mirada al último plato. La una es la comida, tarde, de Rachel.

El equilibrio de la mañana está en las diez.

«Todo en marcha, dispuesto. Ahora un momento de descanso, hasta que, enseguida, las primeras cosas estén en su punto y sea necesario intervenir».

A las diez Rachel toma su cuarta taza de té, sola o acompañada de la ayudante de turno, de las chicas que hayan bajado, accidentalmente, o de algún visitante comercial: el hombre del pan, el muchacho de la carne, el niño de la fruta. Si está acompañada, Rachel dice unas frases sin importancia, puramente circunstanciales, a la persona que la acompaña.

—Podemos ir preparando el repollo de la noche —dice, si se trata de la ayudante.

O también:

—Están sin abrir las latas de guisantes.

Si es Louise o Mary o Verónica, Rachel comenta:

—¿Anda Jackie por arriba? No me ha dado la lata en toda la mañana. Creí que estaba enferma.

Y, otras veces:

—He comprado un sombrero rebajado, negro y blanco, precioso.

Con *Mr. Brown*, o *Mr. Smith* o Tommy, Rachel emplea las mismas palabras de saludo y cortesía.

—¿Mucho frío? ¿Mucho trabajo? Un pastel, por favor, tome un pastel.

Cuando Rachel está sola, como hoy, las diez de la mañana llevan su pensamiento a la reflexión o el recuerdo.

«No me explico —se dice mientras mueve la cucharilla en la taza— cómo a la gente le gusta el té sin azúcar. Claro que tampoco me explico cómo a la gente le gusta fumar, y son dos cosas absolutamente normales».

Rachel bebe el té, dulce, confortante.

«¿Qué sería en invierno sin té? Ni la guerra es tan dura, teniendo té. Hubo momentos en la guerra en que era difícil tenerlo... Recuerdo cuando Bobby escribía desde el campo: “No te preocupes, tenemos mucho té”... En la Navy tampoco nos faltó. Preferible, a pesar de todo, la falta de té a la sobra de bombas... Preferible la Navy a Londres, en la guerra. Si hubiera otra guerra, yo volvería. Bobby tendría que ir... Ya no es un niño al que se evacúa al campo... Bobby es un hombre y la guerra sería para él, para que se alistase con Dick y con todos los chicos de su edad que eran entonces niños... Si hay otra guerra, mejor será morir que verla, aunque yo creo que iría a la Navy vieja y cansada o como sea..., si me admiten, claro, contando con que les interese Rachel, vieja, y sus guisos. Si hubiera otra guerra lo siento por Bobby, sería tremendo por Bobby, pero guisaría otra vez para la Navy...».

A las diez y cuarto el equilibrio se ha roto. La mañana se inclina a la prisa, las cazuelas se retiran y se sustituyen, la comida del servicio urge. Las doce llegan enseguida. Mientras las chicas comen, se puede terminar con los platos de arriba. Después, cuando todo haya sido resuelto, la mañana, terminada, agotada, podrá dejar a Rachel un último descanso, su propio almuerzo.

Las diez y cuarto. El tomate, la carne, la salsa dorada, harinosa.

«La lechuga no va a llegar a tiempo... El melón delante... Puede que si no tarda mucho, podamos todavía...».

La imaginación de Rachel vuela entre las cazuelas, salta de una a otra, sujeta, prisionera del menú del día, de los pequeños, iguales y conocidos obstáculos con los que se necesita luchar para llegar, vencedora, al mediodía.

## TERESA

*Miss Jackson* me ha buscado esta mañana, temprano.

—Teresa, ¿quiere ayudarme a trabajar en el almacén? Quiero eliminar de allí varios cajones, latas grandes medio vacías. Venga conmigo.

El almacén es frío y oscuro. *Miss Jackson* enciende la luz. Nuestro aliento se hace visible y *Miss Jackson* comenta:

—Los almacenes deben ser frescos.

El almacén no tiene ventanas. Las paredes tienen estantes anchos, muy separados

entre sí, llenos de botes, latas, paquetes, cajones.

—Empezaremos por aquí —dice *Miss Jackson*, señalando la pared de la derecha, al lado de la puerta. Se queda de pie, a la entrada—. Súbase a esta escalera. Bajaremos lo de arriba, Teresa. Mire los paquetes que estén abiertos y bájelos todos.

La escalera de mano, pequeña y firme, está apoyada en la pared.

*Miss Jackson* coge de mis manos las cajas de cartón, los paquetes desenvueltos, con los precintos rotos. Tiene en la mano un cuaderno, en el que va anotando números, nombres.

—Dígame, Teresa, ¿cuántas latas de queso?

El almacén está helado. Tengo las manos rojas y *Miss Jackson* también. *Miss Jackson* tiene los dedos deformados, con señales de sabañones. Su vida debe de haber transcurrido en gran parte en fríos almacenes. De pronto siento compasión por ella, Jackie temida y burlada por las chicas de la Casa, seria y consciente de su importancia, más tiesa que el cuello verde de su guardapolvo.

—*Miss Jackson*, ¿algo más? ¿Puedo subir estos paquetes?

*Miss Jackson* anota. Mermelada, leche condensada, café. Las reservas alimenticias de la Casa pasan a su cuaderno, se aprietan en sus letras del mismo modo que ha querido que las apretáramos en los estantes.

—*Miss Jackson*, ¿qué hacemos con estas botellas de agua mineral?

—Las llevaré a la despensa, se están terminando las que hay allí.

Seria, responsable, sin una frase frívola o amable.

—La carne danesa aquí... Los espárragos allí... Deme, por favor, las guindas en almíbar...

Hace frío y prefiero moverme escaleras arriba y abajo, antes que estar de pie, quieta y vigilante como *Miss Jackson*, que no debe de sentir nada, aunque al verla, parece que se hubiera quedado helada, fija en el suelo.

—Son las once, Teresa. Hay que pensar en ayudar a Louise en el salón. En otro momento seguiremos.

En otro momento. Si *Miss Jackson* no se da prisa, no seguirá ordenando el almacén con mi ayuda. Porque las maletas, arriba, en el cuarto piso, me esperan para irse llenando con mis cosas en el primer rato libre.

## 2. El mediodía

---

### TERESA

El sábado es un día de muchos invitados. Louise se pone de mal humor porque, además, el sábado es el día en que más residentes se quedan en la Casa para el lunch.

Mary, Louise y yo somos pocas para atender las mesas del coro, los platos que nos traen y nos piden, el cuaderno de control.

Louise sirve las mesas y nos deja a Mary y a mí al cuidado del mostrador. Mary se mueve a ciegas, aturdida e ineficazmente, entre el *office* y el salón.

—Buenos días, *Miss Dudley*... Un día frío, sí.

*Miss Dudley* busca su sitio, al lado de la doctora y de *Miss Lancaster*. La chimenea del salón está encendida. Del jardín entra, por la ventana entreabierta, un aire húmedo y gris. Otro plato. Ha entrado *Miss Lancaster*.

—Buenos días... Sí, pocos días, *Miss Lancaster*, muy pocos días ya...

Mary recoge los platos sucios. Pocos días. Dentro de pocos días no estaré aquí. Entra Kate.

—Te espero luego, para tomar en mi cuarto una taza de café.

De las mesas del coro viene Louise con una fuente en la mano.

—Un poco más de lechuga, Teresa, por favor.

La lámpara central del salón está encendida. La luz de las velas eléctricas entristece el salón. Entra *Miss Dewey*.

—Un plato, Mary.

Las primeras residentes van saliendo, camino del saloncito.

—Mary, por favor, ¿has preparado el café? Llévalo con cuidado, ya es hora.

Los platos sucios van aumentando. Las mesas van quedando vacías.

El lunch ha transcurrido al ritmo de todos los sábados. Louise vuelve del saloncito.

—Allá las he dejado, fumando y cotorreando. Ven a tomar una taza de café.

Mary ha preparado tres tazas en la mesa del *office*. Louise se sienta en el único taburete. Mary, en la mesa, yo, en el saliente interior de la ventana cerrada. Mary, desde la mesa, por encima de mi cabeza, mira al jardín.

—*Miss Dudley* ahora trabaja poco en el jardín.

A mis espaldas imagino el jardín, verde y mojado, sin carretilla y sin hamacas. Las piedras viejas del salón brillan más grises que el aire, y el río es negro, espejeante, como un pozo hondo. Fuera de la ventana, a mis espaldas, empieza Londres, las calles otoñales y adustas, los cristales empañados de los *pubs* y las salas

de té.

Louise fuma un cigarrillo y el *office* se vuelve íntimo, caliente, con el humo y el aroma del café.

—Se está bien en casa, ya —dice Louise. Y echa el humo por la nariz.

Los ojos de Mary se animan.

—Sí, Louise, se está bien en casa. ¿Tú tienes chimenea, Louise? Me gustaría tener en mi cuarto una chimenea.

Hay que recoger los platos, limpiar las mesas, lavar cubiertos, vasos. Doy la voz de alarma.

—Cuando queráis, chicas.

Louise tira el cigarrillo. Mary suspira.

—Chimenea y café, ¿eh, Teresa? Para el invierno, chimenea y café.

## KATE

«Las tazas de mamá. Hoy es casi la despedida de Teresa, hay que usar las tazas de mamá. Puede que Teresa no venga ya otro día a este cuarto a tomar café. Tendrá cosas que hacer... Mamá tiene pasión por estas tazas. ¡Qué milagro hizo regalándomelas!: “Para ti, Kate, para que las tengas en tu cuarto de Londres y te acompañe algo del hogar”... Mamá es tan conmovedoramente tradicional. Lissi quiere imitarla, pero su casa es vulgar y ella no tendrá nunca el delicado instinto de mamá para los detalles, para colocar la cosa adecuada en el sitio preciso... La casa de Lissi es fría, destartalada, como un almacén de muebles, aunque ella crea que es una maravilla... Claro que no es fácil, con un marido como el suyo, conseguir un ambiente refinado, ni siquiera cómodo... Pobre Lissi, compadeciéndome porque cree que nunca voy a tener lo que ella tiene... A Dios gracias».

Kate ha colocado sobre la mesa dos tazas, dos cucharillas, el cazo eléctrico con el agua a punto, el bote de Nescafé. La chimenea está encendida y los cristales de la ventana, empañados, no dejan ver el patio.

«Es mejor que los cristales empañen el espectáculo del patio —piensa Kate cuando su mirada tropieza con ellos—, porque el patio en invierno es más triste que nunca... Los cristales me protegen de la negra perspectiva de chimeneas, de la sucia hondura del patio».

En la chimenea, en el hueco que el Donald de trapo dejó vacío, hay un candelabro de un solo brazo, con una vela. Cuando lo colocó, Kate, burlona se dijo: «Una vela encendida al amor muerto».

Luego la burla se volvió amargura y pensó: «Una vela para el amor de Dan y el mío y para ella, para Ana, la muerta, para el fantasma al que no puedo imaginarme

como un ser real. Ana, de la que no he visto una fotografía, de la que Dan no quiso nunca hablar, como persona de carne y hueso. Nunca aludió a su pelo, a los ojos, a la estatura. Ana era un fantasma para Dan o empezó a serlo cuando me conoció».

La amargura se reflejó en el espejo de la chimenea y Kate pensó en quitar el candelabro, pero no lo hizo porque un presentimiento, un vago temor la asaltó.

«Está bien ahí, por Ana o por nosotros o por todos».

Después, Kate dijo un día a Teresa:

—Estoy poniéndome neurasténica, créeme. Pienso constantemente cosas tristes y sombrías relacionadas con la muerte, y no quiero seguir así. Tengo que buscar un estímulo para salir de este decaimiento. Tengo que refugiarme en algo que me haga reaccionar y comprender que la vida exige seguir adelante, saltando por encima de los baches...

Pero Kate no buscó nada a su alrededor.

«Nada que esté fuera de mí puede ayudarme —decidió—. La voluntad es la que puede luchar dentro de mí, en contra y a favor de mí misma».

El agua hierve, la chimenea se apaga. Kate busca en su bolso y encuentra unas monedas. El calor reavivado de la chimenea espesa el vapor de los cristales.

Kate mira las tazas y piensa: «Tengo que comprarle unas tazas a mamá, unas tazas bonitas en el anticuario de King's Road... Mamá sería feliz revolviendo en esas tiendas de Chelsea... Tendrá una alegría con las tazas... Merece la pena dar alegrías a mamá. Es una de las pocas cosas que merecen la pena... Mamá está cerca de mí aunque no comprende mis locuras: "Kate, no hagas locuras. Kate, por favor, hija mía, procura ser una chica normal y búscate un buen hombre que te ayude a seguir viviendo"... Lissi es distinta, Lissi es mezquina y si supiera que Dan..., que he dejado ahora lo de Dan, se enfurecería: "Kate, no te entiendo y me pareces retorcida y malvada; ahora es cuando tienes derecho, ahora y no antes, a pensar en Dan". Eso pensaría Lissi suponiendo que yo le diera ocasión de saber algo concreto... Mamá reza por mí. Mamá piensa que sus rezos me están transformando y que me devuelven suave y mansa cada semana a sus brazos. Puede que tenga razón».

Kate mira el reloj.

«Teresa debe de estar a punto de subir. El Nescafé está listo... Cuando Teresa se marche ya sólo hablaré conmigo misma, pero no importa porque ya todo va calmándose y la voluntad ha vencido al torbellino».

—La voluntad ha vencido, Teresa. No te preocupes por mí. Yo creo que, de veras, he encontrado la tranquilidad.

—Y ahora que estás tranquila y los absurdos remordimientos y resentimientos y terrores han desaparecido, ahora..., cuando pase algún tiempo más, ¿no crees que podrás volver a pensar en Dan? ¿Crees que él va a ser tan loco como tú y te va a dejar en paz? Volverá, Kate, volverá a insistir en cualquier momento, cuando juzgue que la

crisis de nervios ha pasado y se te puede hablar de las cosas serenamente.

Kate siente una congoja de lágrimas subiéndole hasta la garganta. No quiere hablar. No se mueve para que la voluntad actúe, domine, castigue. Teresa sigue hablando. Kate escucha el sordo rumor del torbellino, naciéndole en lo oscuro, en lo hondo, fluyendo liberado a la sangre. El dolor se desenrosca, se extiende por las sendas del pensamiento; el recuerdo, el amor... Kate siente el torbellino destruyendo controles, anulando propósitos. El torbellino y la congoja suben a los ojos de Kate. El llanto, prohibido, olvidado, difícil, cae sobre sus manos entrelazadas.

«Todo está igual. La voluntad no ha avanzado nada... Estoy tan desamparada como el día que llegué a Inglaterra, de vuelta de la guerra y de Dan... Estoy tan dispuesta a oír a Dan como lo he estado estos años de espera, de angustia y desesperación...».

Teresa ha cesado de hablar. Kate siente el llanto como una gran paz. Teresa habla y Kate recibe sus palabras serena, limpia, débil.

—No intentes seguir luchando, Kate. No quieras rebelarte contra algo que estaba escrito desde antes de que nacieras...

## MARJORIE DEWEY

Marjorie tiene un diario. Lo empezó en el barco, el primer día de navegación a Europa. En la primera página Marjorie escribió:

«Creo que este diario se irá llenando de las cosas más importantes de mi vida. Cuando llegue a la última página, ya estaré empapada de Europa, si Dios quiere que así sea...».

Las páginas del diario de Marjorie habían ido llenándose con su hermosa caligrafía canadiense, de rasgos claros, redondos. La ilusión y la desilusión de Marjorie, el dolor y la esperanza, todo había pasado al papel, blanco y grueso, del diario. Los días en que no había nada interesante que anotar, Marjorie escribía: «Día incoloro». Los días de los grandes acontecimientos, las páginas se sucedían, bajo la fecha única.

Los sábados, Marjorie gusta de hacer un repaso de la semana. Un repaso mental, mezcla de examen de conciencia y lista de arrepentimientos. El sábado, después de comer, Marjorie dedica unos momentos al diario, y sólo luego, libre de obligaciones, se prepara la tarde y sus programas de fin de semana.

«Estoy contenta —escribe hoy— porque me ha salido un nuevo trabajo. Esta vez parece más seguro que el anterior. Se trata de dar clase a dos niños, en su casa, todas las mañanas, de lengua inglesa. Es una familia francesa que acaba de establecerse en Londres y no puede enviar a sus niños a un colegio inglés de momento, hasta que no

aprendan bien el idioma. Es un trabajo bonito seguramente. Lo malo es que no podré ir a la biblioteca, pero lo primero es el dinero. No quiero pedir más dinero a papá. Al contrario, quiero ahorrar algo para que no necesite mandarme el importe del pasaje completo, cuando vuelva. Estoy muy animada a volver pronto. Quizá en la primavera. En la primavera ya habré pasado un año en Europa y puedo volver. Estoy contenta de haber venido y de los malos y buenos ratos que estoy pasando aquí. Es muy fácil hablar desde Kingston de lo que es la cultura europea, sin haberla vivido, que es lo que les pasa a la mayor parte de nuestros profesores allí. Yo podré explicar otra vez Historia Antigua con el profesor White, pero será distinto. He visto demasiadas cosas en Londres y en el British Museum para hablar con la frialdad de antes. También estoy contenta por lo que me ha servido este viaje para la vida. La vida, desde Kingston, no se puede conocer. Hay que verse en situaciones como las que yo he tenido que afrontar para saber que no todo es remar y pasearse entre los árboles del parque a la salida de la universidad... Esta tarde vamos al teatro y creo que nos divertiremos. Pensamos ver una obra de Anouilh, traducida. La semana próxima quiero terminar unos libros que he sacado de la biblioteca de abajo, de la Casa, y volver por tercera vez a la National Gallery. También tengo intención de visitar Westminster por dentro, porque un compañero inglés de mis amigas australianas conoce la abadía con todo detalle, y como sabe mucha Historia nos va a explicar todo minuciosamente».

Marjorie hizo un alto en su tarea para pensar.

«¿Escribiré algo sobre la anécdota del otro día, la que contó en la mesa *Miss Lancaster*? No estoy muy segura de si se referiría al primer Lord que vivió en la Casa o al que mandó construir el salón... Mejor es no escribir en caso de duda».

Marjorie siguió pensando. No sabía cómo seguir. De pronto, se dijo en voz baja:

—Hay algo importante. El lunes...

«El lunes en el autobús, un muchacho me cedió el asiento de la ventanilla. Me sonrió. Parecía estudiante. Era muy inteligente, por lo menos tenía mirada inteligente. Parece que vive cerca de aquí. Me lo pareció porque a las ocho y media de la mañana, la gente que coge el autobús en un barrio es porque vive en ese barrio. No sé por qué creo que a él se le ocurrieron cosas parecidas acerca de mí. Se bajó en Oxford Circus. El martes fui exactamente a la misma hora pero ya no le encontré. Quizá cogió el autobús anterior o el siguiente. Es fácil que cualquier mañana vuelva a encontrarle y me ceda el asiento o me sonría. Esas cosas no sólo pasan en Kingston, me imagino que también pueden suceder en Londres...».

Marjorie releyó lo escrito. La frivolidad de las últimas líneas contrastaba con las serias disquisiciones en que se había entretenido líneas arriba. Se avergonzó un poco. Para borrar su ligereza, siguió escribiendo.

«Desde luego eso son pequeñas anécdotas callejeras que escribo sólo para

sonreírme cuando las relea, dentro de muchos años. Lo grave y lo decisivo es lo otro, lo que Londres me está haciendo aprender y mejorar en el aspecto intelectual. Temo que al volver a casa encuentre todo poco exquisito y la gente cerrada, obtusa para la fina ironía y la aguda penetración que aquí he adquirido. Pero no creo que tenga sentido quedarme dos años, como pensé en un principio; esto sólo serviría para ahondar las diferencias entre mis paisanos y yo. Mejor es que vuelva a casa en primavera. El verano en casa, en el lago, con los chicos, descansando, me vendrá muy bien. No es que añore a nadie. Soy lo suficientemente fuerte para pasar los años que haga falta lejos de casa, pero será agradable. Si lo pienso bien, quedan sólo unos meses para que sea verdad...».

Al llegar a este punto, Marjorie se sintió inoportunamente conmovida. Se indignó.

«¿Voy a permitirme sensiblerías acerca de mamá y la abuelita como una de mis amigas de Kingston que nunca ha salido de las faldas del hogar? Marjorie, por favor, tú eres una mujer, te has hecho una mujer en Europa y con tu experiencia no estaría bien que... No está bien que llores».

## VERÓNICA

—Pues mi nuera estaba preocupada pero ya no, parece que no era eso. Y me alegro mucho porque no necesitaban tenerlo tan pronto. Un niño cuesta muchos sacrificios, Veric, tú lo sabes y ellos son tan jóvenes...

Verónica asiente.

—Sí, Louise, un hijo es un martirio... Yo estoy encantada con las dos pequeñas pero otro... Me vuelve loca la idea de que pueda ser otro y no una falsa alarma como la mujer de Dick...

Verónica cruza los brazos. Se sienta en la mesa del *office*. «No quiero ni decírselo a Tom, ¿para qué? Primero debo esperar, cerciorarme. Tom se quedaría tan contento y diría: “Esperemos que sea chico”. Pero no necesito un chico. Estoy cansada, Dios mío, las niñas van siendo mayores, no necesito otro... Dos hijas ya son mucho para gente que trabaja, como Tom y yo... Fue el aniversario, yo se lo advertí: “Tom, la fecha, te digo que es un día peligroso”. Pero Tom dijo: “Es nuestro aniversario, Veric”... Cuando nació Charlotte, cuando Charlotte vino y yo pude notarlo nos llevamos un disgusto».

—Yo me llevé un disgusto con Charlotte. Con la pequeña no, porque teníamos a la otra y estábamos acostumbrados. Pero con Charlotte... Eramos muy felices solos, Louise. No digo que después no lo hayamos sido, pero... están ellas y no hay tiempo, no hay ocasión de recordar los dos, solos, como al principio, que nos queremos y que estamos juntos y...

Louise secaba los últimos platos. Los cogía de la pila del *office* e iba colocándolos unos sobre otros en la mesa, al lado de Veric. Mary y Teresa limpiaban las mesas, pasaban el cepillo al suelo encerado, colocaban los vasos en el armario de cristales.

Verónica se había escapado un momento a ver a Louise. Estaba preocupada y Louise podía, sabía consolar.

—No te apures, Veric. Hasta en el peor de los casos no te apures... Todo se arregla y es alegre al final si se recibe con alegría... ¿Y si tienes un chico? Yo prefiero los niños, preferiría un nieto a una nieta cuando llegue el momento.

Verónica seguía recordando.

—Cuando nos casamos salíamos todos los días. Tom quería ir a bailar o al cine. Ahora vamos al *pub*, los dos, y yo soy muy feliz, pero... parece que estuviéramos viejos para intentar otras diversiones.

Louise se seca las manos. Se dirige a Verónica en un tono animoso, estimulante.

—No te nubles, mujer. Cuando seáis de verdad viejos como Charlie y yo, y los hijos se os hayan marchado, entonces estaréis todavía mejor. Fíjate que Charlie la otra noche viene y me dice: «En la primavera te advierto, Louise, que vamos a hacer un viaje largo. Hasta creo que podemos llegar a París». Me quedé viendo visiones. Le respondí: «Pero, Charlie, ¿tan joven te sientes? ¿Tanto dinero piensas ahorrar?». Pero no le dije que no, desde luego. Ahora sí que podemos ir y venir sin cuidados. Todo lo que ganamos podemos gastarlo sin miedo... ¿A qué vamos a esperar?

Verónica mira al jardín por la ventana del *office*. El día está nublado. Por el paseo camina Miss Dudley hacia la cancela, con un impermeable azul. Verónica observa sus pasos cuidadosos, sus precavidos pasos que pretenden evitar la posible torcedura de sus tacones altos. Verónica piensa: «Qué cuidadosa, qué prudente es Miss Dudley. No hay miedo de que se tuerza un pie».

—Louise, ¿verdad que Miss Dudley, suponiendo que estuviese casada, tendría sólo el número de hijos que quisiera tener?

Louise, la mira asombrada.

—¿A qué viene eso, Veric?

Verónica mueve la cabeza a ambos lados.

—No sé, tonterías. Se me ocurrió de repente al verla andar.

Louise sale del salón. Habla con Teresa, con Mary.

—¿Terminamos?

Teresa devuelve el cepillo a Louise.

—He terminado. Subo al cuarto de Kate, que me espera con el café hecho. Hasta luego.

«Tengo el tercer piso sin tocar —piensa Verónica—, la chica nueva habrá hecho su parte pero yo no he empezado».

—¿A qué hora te marchas, Verónica? —pregunta Louise—. Podemos ir juntas un

rato, si quieres. Tomar por el camino una taza de té, te invito a unos bombones. Voy a sacar mis últimos cupones.

Verónica casi ha olvidado que es sábado, que en el bolsillo tiene las libras de la semana, recién cobradas. Libras, chelines, peniques, dinero. Sin tocar, además. Esta semana no hay deudas en la Casa. Ni Louise ni Rachel. El sueldo entero. Al llegar, Tom también traerá su dinero.

«¿Cómo puedo estar triste?».

—Louise, ¿cómo puedo estar triste con dinero en el bolsillo? ¿Estaré dejando de ser yo?

Verónica ríe alegre. La preocupación ha pasado y queda el momento, prometedor y seguro.

—Saldremos pronto, Louise. Lo antes posible. Me voy con mi aspiradora.

El rumor de la aspiradora balancea los pensamientos. Atrás y adelante.

«No estoy segura, no se lo diré a Tom».

Adelante y atrás.

«Se lo diré si encuentro ocasión».

La alfombra verdosa del cuarto tiene zonas blanquecinas y zonas en las que la aspiradora ha vuelto el color vivo y renovado. Verónica ataca las zonas blancas.

«¿Qué habrá tirado ésta aquí? Polvos o cal».

La aspiradora enreda en sus dientes los pensamientos de Verónica.

«Se lo diré cuando estemos bebiendo y Tom empiece a animarse, a hacer planes...».

La aspiradora absorbe el polvo, los hilos. Verónica no intenta introducirla debajo de la cama.

«Le diré: “Tom, no sé si darte una noticia o no, porque aunque no es mala, tampoco es buena”. Parece que estoy viendo lo que me va a contestar Tom: “Dímela o cállate, pero no empieces con tus rodeos”».

La bayeta baila sobre los objetos de la mesa, roza, leve, los cuadros.

«No es una noticia en realidad, Tom: es un temor, una probabilidad entre muchas...».

Verónica sale y cierra la puerta. Abre la habitación siguiente.

«Ésta no vuelve hasta la noche. Todo el día fuera. No mancha mucho la habitación».

Verónica recoge del suelo un alfiler. Se lo prende en la solapa del traje de lana beige, un poco corto y deslucido.

«Tom, no sé si vamos a tener otro niño».

Verónica se detiene, se apoya en el mango largo de la aspiradora. Va a abrir el armario para mirarse en el espejo, pero está cerrado con llave. Se mira en el que hay sobre la chimenea. Da vueltas contemplando su figura, un poco alejada del espejo.

«Otro niño. ¿Me pondré muy fea? Ya no soy tan joven como cuando nacieron Charlotte y Veric».

Verónica deja caer los brazos que mantenía apoyados en las caderas, se vuelve de espaldas al espejo.

«“Estoy cansada, Tom —le diré—, me da miedo luchar por otro más”. No me imagino lo que contestará Tom».

### 3. La tarde

---

#### MISS LANCASTER

El brazo de *Miss Lancaster* tenía unas venas abultadas, palpitantes. La piel era blanca alrededor de las venas, un poco amarillenta en la parte exterior del brazo, velloso y rubio.

La mano de la doctora no tembló. La aguja entró en la vena y *Miss Lancaster* esperó el calor del líquido en la sangre un segundo después. Se echó hacia atrás en la silla, un poco sofocada. El rápido correr de la sangre, el violento calor que la inyección había transmitido a su cuerpo casi la ahogaban.

—¿Se siente mal? —preguntó la doctora Rupa.

—No, es la reacción de todos los días, a veces es más fuerte.

La doctora recogió sus cosas. Observó a *Miss Lancaster*, aparentemente tranquila, recostada en la silla. Se despidió.

—Buenas tardes, *Miss Lancaster*. No olvide las gotas antes del té.

«Este plan me hace bien, indudablemente —pensó la directora de la Casa—. Creo que las fuerzas me vuelven poco a poco y soy capaz de resistir las mismas horas de trabajo que hace un mes, antes del último bajón».

*Miss Lancaster* dudó un poco antes de decidirse a bajar al despacho. «Podía quedarme aquí un rato, echada, leyendo».

Pero en vez de hacerlo se puso la chaqueta de punto, negra y holgada, y bajó las escaleras.

*Miss Dudley* le había dejado una nota: «Voy a salir enseguida. Ya he pagado a todo el mundo esta mañana. Volveré tarde. L. D.».

La directora sonrió.

«Las notas misteriosas de *Miss Dudley*».

El despacho estaba un poco frío. *Miss Lancaster* enchufó la estufa eléctrica y el calor, a sus pies, le hizo sentirse bien.

Respiró con esfuerzo, pero profundamente, queriendo liberarse de la sensación de ahogo que le había hecho sentir la inyección.

«Tarda un rato en desaparecer, pero hay momentos, enseguida de ponerla, en que es difícil respirar... Qué horrible sensación, la de los ahogados...».

Sobre la mesa, al alcance de la mano, están los cigarrillos. *Miss Lancaster* hace un movimiento, queriendo coger uno, pero se contiene.

«Esperaré un poco. He prometido fumar menos. Me lo he prometido a mí misma, no me importaría si la promesa hubiese sido sólo a la doctora. Es tan molesto tener

varias cosas a la vez y necesitar tratamientos contradictorios... Las inyecciones que me levantan de la silla me agobian de calor, de fuego... y los cigarrillos que no son convenientes porque me excitan demasiado...».

Miss Lancaster puso a un lado las cartas que contestaría personalmente, los asuntos que pensaba resolver para luego pasárselos a la secretaria. Empezó a trabajar. A los pocos momentos se encontraba mejor. Mecánicamente alargó la mano y cogió un cigarrillo. Al buscar el encendedor, reparó en lo que iba a hacer.

«Ya es hora. Me encuentro bien del todo..., puede que sea la inyección. Me siento descansada, limpia la cabeza, dispuesta a trabajar unas cuantas horas, fuerte como para resistir diez cigarrillos seguidos».

La llama rodea el papel, penetra en el tabaco. Miss Lancaster apaga el encendedor. Muerde el cigarrillo.

«Me siento bien ahora. Puedo fumar y estar sentada ocupada en estas estúpidas tareas sin cansancio, sin aburrimiento... Será un año de molestias e inquietudes, dijo la doctora. Después me sentiré nueva. Después, cuando el camino desciende y queda ya la parte fácil... El descenso en el que no podemos hacer más que dejarnos llevar de lo que hemos hecho o no hemos querido hacer en otras épocas... Debe de ser cómodo alcanzar el otro lado de la barrera... No dudar, ni luchar, ni temer equivocarse porque ya nada tiene remedio y lo único que puede hacerse es esperar la paz, si es que llega...».

El cigarrillo se consume entre los dedos de Miss Lancaster. La ceniza cae sobre los papeles. Los ojos azules —«como nunca los has visto tú, Rachel», dice Louise— tienen en este instante una vaga nostalgia, un descontento, una interrogación.

«Nunca se hace bien o mal, nunca se pierde o se gana la vida... Oramos impulsados por cosas fuera de nosotros y pocas veces es posible elegir».

Louise llama a la puerta. Miss Lancaster ha reconocido sus pasos, tras la llamada del timbre de la calle.

—Entre, Louise.

Louise aparece en el umbral.

—Unos señores, Miss Lancaster, necesitan verla. Algo urgente, según parece. No puedo decirle quiénes son, porque no me lo han dicho, pero juraría que es algo serio...

## ISOLINE KATZ

El policía tiene entre las manos una caja de bombones vacía.

Mira a sus compañeros y a Miss Lancaster. Dice:

—Así, esto es todo lo que Isoline Katz ha dejado tras de sí. La información ha

llegado demasiado tarde, como siempre.

*Miss Lancaster* se dirige al policía que ha hablado:

—Si vienen ustedes a mi despacho, podré darle toda clase de detalles respecto a la vida de esta señorita en la Casa... A la vida que cualquiera podía ver; y quizá eso pueda darles alguna pista. Las camareras pueden saber... Y la encargada de la oficina de recepción nos dirá las fechas y lugares de algunas conferencias telefónicas...

El policía da vueltas a la habitación. La cama está deshecha; los cajones de la cómoda, en el suelo; el armario, abierto; la mesa...

La caja de bombones, vacía, la habían encontrado sobre el radiador. El policía la sostenía entre sus manos y la miraba pensativo.

—La caja de dulces vacía. Una burla.

Tiró la caja sobre la cama. Miró a su alrededor.

—La bombonera está aquí pero ha desaparecido el único bombón que nos podía servir.

El compañero no hablaba. *Miss Lancaster*, directa, cordial, invitó de nuevo.

—Cuando ustedes quieran, a no ser que quieran seguir examinando la habitación. Es una pena que la limpiaran enseguida, cuando quedó vacía, aunque dudo que dejara cosa de interés alguna. Preguntaremos a la camarera de todos modos. Cuando ustedes quieran...

El policía volvió a coger la caja. La guardó en el bolsillo de su gabardina. Se inclinó ligeramente ante *Miss Lancaster* invitándola a salir. El compañero salió detrás. *Miss Lancaster* bajó las escaleras, guiándoles. En el despacho llamó al timbre.

—Louise, por favor, ¿puede usted traer unas tazas de té?

Los policías se sentaron frente a ella. El que al parecer dirigía la investigación habló.

—Es desagradable molestarla a usted... en una tarde de sábado. No hubiéramos podido esperar. Hace media hora que supimos el nombre de la muchacha y su dirección.

*Miss Lancaster* explicó.

—La enviaron de una Embajada amiga, lo cual no tiene nada de extraño, porque nos envían a las universitarias que piden alojamiento para un tiempo largo, y *Miss Katz* debió de informarse de que esta casa reunía muchas garantías de comodidad y discreción... No puedo imaginarme... Es la primera vez, y no deja de ser enojoso no haber podido adivinarlo..., ayudándoles así en su trabajo.

El policía escuchaba con atención. Su compañero anotaba todo lo que *Miss Lancaster* iba diciendo. *Miss Lancaster* recapacitó unos momentos.

—Hasta el día veintiocho de agosto no dijo nada de marcharse. Lo tengo anotado aquí.

Buscó en su agenda de mesa. La mostró al policía. Escrito en letra pequeña podía

leerse: «Avisad *Miss Dudley*, *Miss Katz* marcha mañana. Cuenta a Kate».

—Se marchó el veintinueve por la mañana. Dijo que iba al campo pero que no volvería a la Casa. Pensaba marcharse a Escocia. Viajar algún tiempo por la isla...

El compañero anotaba. El policía pidió:

—La camarera... ¿No podría informarnos de algunos detalles de su vida en el cuarto? Por ejemplo, una frase de una carta que algún día, impensadamente, haya podido leer..., una nota, una palabra entrevista en algún sitio puede servirnos...

*Miss Lancaster* se dio un pequeño golpe en la frente.

—¡Qué mala suerte!... La camarera actual va a poder dar pocos detalles. El cuarto lo arreglaba una camarera que ya no está en la Casa. Claro que eso no es un gran inconveniente, porque puedo darles su dirección. Vive ahora en Glasgow con su familia.

—De acuerdo. Deme esa dirección, por favor.

El policía se disponía a escribir. *Miss Lancaster* no se atrevía a preguntar. Al final lo hizo, educada, impersonalmente.

—¿Es un asunto... privado o que afecta de algún modo al Gobierno?

—Es un asunto muy grave. Internacional. Afecta desde luego a la política nacional, pero no puedo darle más detalles... Lo siento.

Louise entró con las tazas de té. *Miss Lancaster* se dirigió a ella:

—Busque a Kate en su habitación. No creo que haya salido todavía de la Casa. Afortunadamente es muy temprano —y dirigiéndose a los policías terminó—: Kate les dirá lo que sepa respecto a las conferencias con el extranjero... Apunte la dirección, por favor, de la camarera: Glasgow, 7 Low Street, Emily...

## EMILY

En lo alto de la escalera de servicio, Emily se detuvo, miró abajo, a la cocina desierta, limpia, ordenada como si nadie pensara ya trabajar en ella.

«Rachel debe de estar libre y ha dejado todo dispuesto para la cena fría. Louise estará en el salón».

Emily bajó las escaleras. El corazón le latía deprisa. Se detuvo sin atreverse a cruzar la cocina y seguir avanzando.

«¿A quién vengo a ver, en realidad? Creí que encontraría a alguien aquí... No sé cómo está abierta la puerta si no hay nadie en la cocina... Creí que habría alguien y así hubiera sido fácil decir: “Hola, Rachel, Louise. Vengo a dar una vuelta, a saludaros”. Pero si no hay nadie es más difícil. ¿Por quién voy a preguntar arriba? No quiero ver a las brujas y soportar sus amables preguntas sobre mi salud».

Emily salió al pasillo. Fue hacia el comedor de servicio. No había nadie.

«Parece que me huye todo el mundo. Otros sábados, cualquier otro sábado suele estar Verónica por aquí, esperando a Louise, o si está Louise de guardia o Mary ya me las habría encontrado husmeando la cena, subiendo fuentes, preparando los pasteles del té... No hay nadie... No sé si debo o no subir... Encontraré a Kate o a Teresa... Teresa no quiere encontrarme, porque no contestó a la carta... *Miss Lancaster*, si me ve, dirá: “Hola, Emily, ¿ya está usted bien? ¿Piensa solicitar un trabajo aquí? No lo espere. Aquí no queremos locas”... Con sus uñas roídas, la loca número uno, pero me lo dirá...».

Emily se sentó en una silla del comedor de servicio. Encendió un cigarrillo. Miró la mesa larga, de madera mala, con el pan en una esquina, sobre la tabla, el cuchillo al lado.

«El pan siempre está ahí, preparado para que la hambrienta Mary en sus viajes a la cocina se coma una tostada. En el estante están los tarros de mermelada para que Mary los olfatee. Mary es golosa. Se entretiene comiendo. Mejor para ella...».

El sótano estaba silencioso. No se oían pasos en él: los lavaderos, el almacén, el cuarto de las calderas. Nadie venía en sábado a lavar. *Miss Jackson* no entraba en sábado al almacén, *Polish* no llegaba hasta la noche a las calderas.

«He escogido un mal día. Un lunes estarían todas aquí. Creo que debo volver el lunes».

Aplastó el cigarrillo en la concha marina que hacía de cenicero. Salió al pasillo. Caminó hasta el pie de las escaleras del sótano, que subían a la planta baja, al lado del salón. Escuchó. Creyó oír la voz de *Miss Lancaster*, despidiendo a alguien.

—Buenas tardes, señores. Siento mucho no haber podido ayudarles en algo más. Siento de veras que la camarera ya no esté aquí, pero creo que la encontrarán en las señas que les he dado.

Emily se quedó quieta, sin respiración. Un repentino terror la invadió.

«¿Quién? ¿Quién pregunta por mí? Es por mí, no hay duda... Me buscan... Me persiguen... Teresa habrá avisado a la policía... Se creerán que estoy loca...».

Quiso moverse, pero el terror se lo impidió. La voz de *Miss Lancaster* volvió a oírse por el hueco de la escalera. Emily se dijo que debía de estar a la puerta de su despacho, despidiendo a los que la buscaban.

«De todas formas sepan que la Casa insistirá en la búsqueda de detalles que puedan aclarar todo esto. Buenas tardes, señores...».

Emily apretó el bolso, grande, feo, mal rematado, contra su pecho.

Tuvo ganas de llorar.

«No puedo creer lo que me pasa. ¿Por qué he venido aquí para encontrarme con esto? ¿Por qué *Miss Lancaster* habla así de mí? He vuelto después de aquello y nadie me molestó y ahora esos señores. Ha dicho: “Adiós, señores”... La policía me busca... Tengo que marcharme. *Miss Lancaster* puede bajar aquí..., encontrarme.

¿Por qué todo me sale mal y todos me odian? ¿Por qué he venido aquí?».

Emily fue retirándose de espaldas por el pasillo, queriendo vigilar hasta el último momento la entrada de la escalera. Llegó a la cocina. Subió las escaleras de servicio. Echó a correr en los últimos escalones y se perdió en la calle después de cerrar la puerta, lenta, sigilosamente.

## TERESA

No he comprado muchas cosas, pero las maletas se niegan a aceptar todo lo que quiero meter en ellas. He deshecho tres veces la más grande intentando comprimir la ropa, aplastar los zapatos, extender al máximo los libros. No cabe casi nada. No me explico cómo se cerraron al venir. Sobre la cama he colocado todo lo que quiero guardar. Dejo fuera las cosas de última hora, lo que puedo necesitar, pero quiero hacer el equipaje con tiempo, no tengo quien me ayude y mañana trabajaré todo el día. El lunes todo debe estar dispuesto.

Oigo hablar a Kate y a Louise en el pasillo. Kate parecía calmada al fin. Pobre Kate. Sobre la mesa he dejado una lista de pequeñas cosas que debo hacer a última hora: telefonar preguntando por el billete, escribir a casa, comprar bombones con los cupones que me queden, lavarme la cabeza, etcétera.

Mañana quiero despedirme de las chicas. Rachel ha dicho que hará unos dulces para nuestra fiesta. Yo traeré una botella de vino del Soho, de Casa Pepe, Kate llevará Gold Flakes... Rachel ha dicho: «Sólo beberé vino después de beber té, no pretendas cambiarme a mi edad, Teresa». No pienso en la marcha. Pienso sólo en los pequeños detalles. Mejor así. Quiero escapar, si es posible, a la sugestión de las despedidas, la melancolía de la partida y todas esas cosas. El lunes por la mañana limpiaré el cuarto. No quiero que la inspección de *Miss Jackson* sea para recordarme desdeñosamente. También me tengo que despedir de *Miss Jackson*. Adivino lo que me dirá: «Gracias, Teresa, su ayuda ha sido muy útil». Algo parecido dirán la directora y la secretaria. Tengo la gabardina mojada. La colgaré junto a la chimenea, necesito salir dentro de un rato. La maleta grande ya se ha cerrado. En la pequeña meteré las cosas que voy a necesitar en París. Me gustaría no tener que abrir la maleta grande en París. París, ojalá me dure el dinero unos cuantos días. Una carta a Thomas Dunn. Mañana, la carta mañana. Y la de casa, también mañana. Tengo que limpiar los zapatos, están horribles de la lluvia, pero creo que ya estarán secos. Si me quedara aquí necesitaría unas botas o algo así y un impermeable amarillo. Me compraría sin dudar un impermeable amarillo y parecería una inglesa más. «Ya pareces inglesa», me dice Louise, queriendo hacerme un favor. El acento es lo que debería parecer inglés y sin embargo... No debo quejarme. Delia lleva aquí un año y no habla mejor que yo.

Delia, tengo que contestar a Delia. Tengo en la cartera del laboratorio su carta. Me alegro de que haya mejorado tanto. Romualdo debe de estar fuera de Londres. No me ha telefoneado en todo este tiempo. Intentaré despedirme también de él. Veo que me he dejado la mitad de las cosas sin anotar.

## 4. La noche

---

### TERESA

—*Mrs. Lorigde*, yo no sé qué decir de su hospitalidad, de su amistad.

*Mrs. Lorigde* sonrío. El pelo gris y la sonrisa y el collar de perlas, sobre las venas nudosas, azuladas del cuello; esto es lo que recordaré cuando piense en *Mrs. Lorigde*. Ahora, que puedo mirar los detalles de su traje y grabar en la memoria las manos, la mirada, recuerdo ya, veo ya sólo el pelo, las venas, el collar.

—*Mrs. Lorigde*, cómo me gustaría volver, venir pronto a su casa otra vez.

*Mrs. Lorigde* sonrío.

—Teresa..., claro que volverás. Te esperaremos. Si no estoy yo, alguien habrá por aquí para esperarte.

*Mrs. Lorigde* estará. Siempre que yo recuerde o venga a esta casa tiene que estar en su sillón, leyendo, esperando la visita joven que la anime y le discuta sus puntos de vista.

Marta está al lado de su madre. Así lo estará también en mi recuerdo, separando la vista de su madre un instante para observar sus peces en el acuario. Marta, niña a los pies de *Mrs. Lorigde*, leyendo sus libros de pájaros, sentada en el suelo. Marta en el piano tocando para su madre, para que su memoria vibre y duela, para que *Mrs. Lorigde* recuerde y hable para alguien como ha hablado tantas veces para mí.

—La música. ¿Por qué he tenido que renunciar a la música, a mi música? Sólo William podía exigirme que renunciara, no la enfermedad ni la vejez... No es justo que se nos quite lo mejor que tenemos, William y la música.

Y el Mayor escucha. El Mayor también está, apoyado en la chimenea, escuchando a *Mrs. Lorigde*, que habla para él y para mí, que hablará para otras personas, pocas, íntimas, en otras tardes. El Mayor callará, fumará sus cigarrillos, respetará los recuerdos de *Mrs. Lorigde*, el Mayor, el admirador más antiguo, más que el propio padre de Marta, seguramente, que siempre se ha quedado en la sombra, atrás, a un lado, apoyado en la chimenea, hablando poco, diciendo: «Silvia, me voy». Como diría cuando se fue a África y al volver la encontró casada. «Silvia, adiós». Desapareciendo en la India otros años. La guerra y al volver, *Mrs. Lorigde* sola, viuda, con las niñas. «Silvia, estoy aquí. Avísame si necesitas algo, ahora ya no me muevo de aquí, Silvia». El Mayor, desde la chimenea, despidiéndose al anochecer para volver pronto, otro día, otro sábado. «Hasta pronto, Silvia». Ya no adiós porque el Mayor no se marchará, quedará al lado de *Mrs. Lorigde* hasta que ella... «Habrà alguien para esperarte, Teresa, si no estoy yo...». Si no está *Mrs. Lorigde*, cuando yo

vuelva estará el Mayor y me hablará. Me dirá: «Vamos, Teresa de España. Silvia está cerca, no se ha ido. Teresa, yo leí unos libros de vuestros místicos. Bebía, leía. Entre los místicos y el alcohol pasó el tiempo. Al volver, Silvia estaba casada, Teresa».

—Vuelve, Teresa, te esperaremos.

Marta se despide de mí. Sabe que volveremos a vernos. Marta es una niña, sabe que el tiempo es largo, que dura años y años. Pero *Mrs. Lorigde* sabe que el tiempo es corto y se acaba.

—Te esperarán si yo no estoy.

Y el Mayor:

—Vamos, Teresa de España, te acompañaré a esa casa. Seré tu caballero andante por última vez.

No por última vez. El Mayor será en mi recuerdo el caballero quieto de la chimenea, el hombre que puede sostener con sus espaldas la chimenea, más que apoyarse en ella, que sostuvo una insurrección en África, que bebe alcohol y mística a la vez, sin necesidad de apoyarse en nada.

—Vuelve, Teresa, te acompañaré siempre que vuelvas a esta casa o a otra casa.

El Mayor me estrecha la mano. Pone su mano en mi cabeza, un momento protector y bendiciente.

—Adiós, Teresa de España.

## DOCTORA RUPA

—Desde luego, cuente conmigo, doctor. Media hora, tres cuartos de hora y saldré de la Casa. En cuanto deje dispuesto todo lo que aquí tengo entre manos.

La doctora Rupa salió de la cabina de teléfonos. Llamó al despacho de la directora. No hubo respuesta.

«*Miss Dudley* no está, la he visto salir esta tarde, temprano. Pero *Miss Lancaster* debe de estar en la Casa».

Rápida, ágil, la doctora subió al primer piso sin esperar la llegada del ascensor. El cuarto de *Miss Lancaster* estaba entreabierto. La doctora pudo ver a la directora vuelta de espaldas, vestida para salir recogiendo algo de la mesa. Llamó.

—Entre.

*Miss Lancaster* miró hacia la puerta esperando. La doctora entró. Dejó abierta la puerta tras de sí.

—¿Qué ocurre, doctora? No me diga que a una residente le ha dado un ataque de algo, porque es la única noticia que necesitaría para completar el día...

La doctora no se atrevió a preguntar cuáles habían sido las otras noticias. Por otra parte su asunto le preocupaba más que nada.

—*Miss Lancaster*, me ha llamado el doctor..., mi jefe, desde el laboratorio. Tiene que salir en avión para asistir a una conferencia privada, urgente, con otros doctores que se ocupan de investigaciones parecidas. Han sido invitados a Copenhague por el jefe de una clínica danesa para cambiar impresiones... Es una cuestión tan importante, *Miss Lancaster*. Todos han iniciado casi al mismo tiempo sus trabajos y...

La directora tenía prisa. No parecía muy interesada con las entusiasmadas declaraciones de la doctora Rupa. No pudo menos de atajarla.

—De acuerdo, ¿y qué puedo hacer en todo eso?

La doctora no se resignó a ser cortada en seco. Siguió.

—... y van a comprobar, a confrontar datos.

Luego, contestó a la pregunta de la directora.

—El doctor me necesita estos días. Hasta su regreso tengo que trasladarme al laboratorio, a su casa. Dormiré allí... El doctor no se fía de nadie y las investigaciones están en un punto delicado... ¿Cree usted que podrían prescindir de mí en la Casa por estos días?

El tono no era suplicante sino agresivo, comprometedor. La doctora hubiera querido decir: «Ustedes pueden prescindir de mí estos días».

«Por lo demás, si no le parece bien, que me lo diga. Algún día tengo que decidirme a escoger».

*Miss Lancaster* no tardó en contestar:

—Doctora, usted sabe mejor que yo si hay algo o no que hacer en la Casa. En cuanto a mí, no se preocupe usted...

La doctora intervino ahora, interrumpiendo:

—En cuanto a usted, Kate, que es enfermera, se ha ofrecido otras veces a ayudarme con las inyecciones. Yo no he aceptado porque prefiero hacer personalmente mi trabajo, pero estos días creo que ella podría hacerlo. Kate fue enfermera en la guerra, en la Navy.

*Miss Lancaster* espera, impaciente, a que termine la doctora.

—Está bien, doctora, lo que usted decida está bien para mí. Precisamente debo decirle que me siento mejor estos días, gracias a su plan, y que si puedo suspender las inyecciones...

—No, *Miss Lancaster*, no creo que sea aconsejable suspender...

La doctora subió a su habitación. En un bolso grande, de viaje, fue metiendo sus cosas, lo más necesario para unos días fuera de casa.

«Queda avisar a Kate —pensó—, por lo de la directora».

Dejó sobre la mesa la jeringa, la caja de inyecciones, el alcohol, el algodón.

«El doctor sabe que puede contar conmigo. Podría aunque me quedara en la calle. Ya sé que él no me dejaría desamparada, pero yo no iba tampoco a reclamarle. No puede darme más, no tiene dinero, los investigadores gastan más que ganan... Yo no

le diría nada y me las arreglaría por mi cuenta..., pero es una tontería lo que digo. Miss Lancaster ha estado simpática, un poco inquieta, debía de tener prisa... El retrato estaba sobre la chimenea. ¿Por qué habló de la prisa? No, no habló de la prisa, habló de otros disgustos relacionados con la Casa. ¿Iría a ver a la del retrato? Es sábado... Rupa O'Connor, ¿por qué preguntas lo que no te importa? A ti te han contestado lo tuyo, a lo que preguntabas, a lo que pedías... ¿Cuántos días dijo el doctor? No dijo cuántos. Dijo: "Unos días"... Kate estará... Si no está, le dejaré una nota en la oficina. Buena chica, Kate, buena enfermera, además...».

La doctora Rupa se colocó sin mirarse al espejo su viejo fieltro negro. Cogió un paraguas, el impermeable, y salió nerviosa, alegre y excitada de su habitación.

## JOAN BRACKLEY

El traje de noche tenía una mancha amarilla, extendida en el cuerpo. La mancha empezaba en el escote y llegaba hasta el corte que daba forma al pecho. Joan frotó la mancha fuertemente con un trapo empapado en el líquido oloroso, mareante. Sacó la tela que había colocado, doblada, bajo la mancha, dentro del traje. Esperó unos minutos. La mancha seguía. Joan, aburrida y fastidiada, dejó el trapo sobre la cama y fue hasta la ventana. No llovía pero el patio estaba mojado. Brillaba con el cuadrado luminoso de la ventana, dibujada sobre su suelo.

«Un cubil que da a un patio. Eso es una habitación barata... ¿Cuánto pedirán por las del jardín y el río? No llueve pero lloverá más tarde. Tengo dinero para el taxi, pero ¿cómo vuelvo? Es mucho imaginar, imaginar que habrá alguien lo suficientemente amable para acercarme en el coche, no conozco a los que andan por esta Embajada, pero para mi desgracia conozco a los de otras y sé lo que pueden dar de sí... Con mucha suerte podría ser que alguien... Y siempre queda el recurso supremo. Siempre se puede comprometer a un imbécil de los muchos que habrá. "Oye, chico, acércame en tu coche. ¿Mucho tiempo sin aparecer por los Estados?". Otra forma: "¿Cómo estás, chico? Desde París sin verte. ¿Cuánto tiempo hace que no apareces por los Estados?". Igualmente buenos los dos procedimientos, porque todos han estado en París con compatriotas de difícil recuerdo, en condiciones que prefieren no recordar... y porque a todos les conmueve la alusión a los Estados, en un país extraño. Inglaterra es un país extraño para nosotros».

—Para mí —dijo en voz alta.

Joan volvió a mirar el traje. La mancha seguía.

«No puedo hacer nada más por quitarla. La culpa fue de ese hijo de..., de gata que es Gilbert. La última noche. La despedida de Viena. ¡Cómo bebimos, Dios Santo! ... Hizo la gracia de tirarme champán por el escote... Champán... ¿Es posible que

haya bebido hace tan poco tiempo champán? Juraría que no lo he probado desde una existencia anterior a ésta, en la que yo debí de ser una especie de gran duquesa rusa... Duquesa, ¿en qué ser te reencarnarás la próxima vez? Probablemente en un inmundo y asqueroso viejo borrachín...».

Joan tenía el pelo recogido con horquillas, para rizarlo; las uñas recién esmaltadas.

«Dispuesta a vestirme dentro de un cuarto de hora, si el traje se puede poner... ¿En qué olvidada vida has llegado a tener tres trajes de noche, pobre duquesa...?».

Sobre la mesa vacía de libros y papeles, llena de frascos, había un tarjetón blanco, de cartulina gruesa. Joan lo leyó por cuarta vez: *Mr. y Mrs...* invitan a usted... RSVP.

«¿Por qué me invitan a mí a esta fiesta? Una confusión. Mi nombre está en la Embajada para que me busquen empleo, mi nombre habrá ido a caer en manos de la encargada de las invitaciones... “¿Quién es Joan Brackley? —diría—. No lo sé pero hay que mandar invitación, debe de ser americana”».

La mancha del traje amarilleaba más que nunca.

«Imposible de disimular», pensó Joan. La falda negra, de un tejido brillante, estaba intacta.

«La falda puede pasar. El cuerpo es un desastre. Podría descoser la falda y ponérmela con una blusa blanca, sin mangas. Veremos...».

Las blusas fueron cayendo, desechadas, sobre la cama. En las manos de Joan quedó una, de manga larga, de terciopelo rojo.

«Estupendo. Dios Santo, ¿cómo no había pensado en esta blusa? Todo arreglado».

El reloj de la chimenea marcaba las ocho. Joan descosía con fervor. Cuando la falda cayó al suelo, libre del cuerpo estropeado, tiró éste lejos, al aire. La falda necesitaba un cinturón. Joan escogió entre varios uno negro, ancho. Empezó a vestirse.

«Ojalá llegue a tiempo. He perdido la tarde sin encontrar una solución a esta tontería del traje. Ojalá encuentre allí a quien poder conmové: “Por favor, necesito un empleo urgente. Imagínese, tanto tiempo en Londres y todo lo que he conseguido”...».

Joan se miró en el espejo. Empezó a quitarse, con el traje puesto, las horquillas del pelo.

—Todo lo que he ganado han sido veinte libras.

Su voz no le sorprendió. Repitió:

—Veinte libras.

«De las cuales ya no quedan más que una y tres chelines... Pero he pagado, no tengo más que una semana pendiente en la oficina de Kate. *Miss Jackson* duerme tranquila. Ya no tiene que pensar más que en sus sábanas y en sus camareras y no como antes, que pensaba en mí, en asesinarme con la mirada en el salón...».

Joan empezó a peinarse.

«Empiezo a estancarme otra vez... Esto hay que remediarlo de alguna manera. Si esta noche entre *whisky* y *whisky*... Habrá *whisky* para los íntimos después de las doce, me imagino... La suerte, necesito la suerte para que el pelma que me caiga al lado sea persona importante... Poder decirle: “No haga usted caso de las cartas secretas que hayan llegado a la Embajada, yo soy buena chica y trabajo como nadie... La mejor secretaria de los Estados licenciada en Leyes, título especial de la Escuela de Secretarías de Nueva York... Dos años de trabajo en Viena, por la nación, por los Estados, de veras. Soy buena taquígrafa, señor” ...».

—Soy muy buena taquígrafa —había dicho Joan aquel día al hombre que bebía solo, a su lado, en el *pub*.

El hombre la miraba en silencio. Los ojos de Joan brillaban de excitación.

—Sería vital para mí conseguir un trabajo.

El hombre hacía rato que la observaba. Amablemente había preguntado:

—¿Americana? Neoyorquina, ¿verdad? El acento es inconfundible, señorita. He trabajado en Nueva York y me alegro cuando oigo este acento por las calles.

—No a todos los ingleses les sucede lo mismo.

El hombre había reído bajo, cautelosamente.

—Tienen ustedes demasiados dólares, señorita, eso es un defecto.

Joan había abierto los ojos, admirada, como cuando llegó a la Casa y *Miss Lancaster* le explicó la historia del salón.

—¡Dios Santo! Demasiados dólares... Usted delira, amigo. No tengo en el bolsillo más que unos chelines... prestados.

El hombre la miraba en silencio. Joan, con los ojos brillantes, siguió:

—Sería vital para mí conseguir un empleo. Soy una buena taquígrafa, señor.

El hombre, antes de marchar, pagó la consumición de Joan, sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio a la muchacha.

—Pásese por esta dirección. Podrá usted trabajar allí unos días. Se va una de mis secretarías de vacaciones.

El hombre estrechó su mano y salió.

La oficina del hombre era grande, espaciosa, seria y comercial. Había varias mecanógrafas y hombres sentados en sus mesas, que, a veces, entraban y salían de una habitación al fondo, del despacho del hombre, pensó Joan, aunque no le vio ni fue reclamada por él durante las dos semanas que estuvo allí, trabajando toda la mañana.

«Todavía estoy deseando verle para darle las gracias. Veinte libras por dos semanas, no está mal. El cajero me advirtió: “Tenemos su dirección aquí y el jefe ha encargado que le dijera que si hubiera algo, la avisáramos” ...».

—Pero ya sé que es difícil, un buen puesto como ése...

Joan hizo un gesto de molestia.

«No tiene gracia esto de acostumbrarse a hablar alto».

El pelo negro de Joan caía, suelto, sobre sus espaldas. La blusa roja destacaba el color moreno de la piel, los ojos oscuros.

—Preparada...

Se miró en el espejo, por última vez, con el bolso plateado en la mano, el abrigo de piel sobre los hombros.

«No está mal —pensó—, no está mal la duquesa. No se puede comprender cómo aquella gata esmirriada de Gilbert pudo...».

Joan apagó la luz y salió de la habitación.

Por el paseo largo del jardín, marchó de puntillas para no mojar los zapatos de baile.

## EL PORTERO DE NOCHE

«Para uno no hay sábados, para uno todo lo más hay lunes, miércoles o el día que le venga bien elegir a ese loco Jimmy».

Polish estaba sentado en la oficina de recepción, con las piernas cruzadas, los brazos apoyados en el cristal de la mesa, la mirada borrosa de pensamientos.

«Jimmy elige, uno no puede elegir».

Jimmy, el loco Jimmy, el viejo Jimmy, como suele llamarle Polish, es el hombre que viene, una vez a la semana, a sustituir al portero de noche, para que éste disfrute su jornada semanal de descanso.

Jimmy trabaja en otro sitio y desempeña la guardia de la Casa una vez por semana, como un regalito que se permite para pasar un buen sábado.

«Pero para uno no hay sábado ni de casualidad», repite Polish para sí mismo, monótono e incansable. Lo piensa sin rencor, sin tristeza. Sí, lo repite para recordarlo, para hacerse cargo de que las cosas son así, y le suceden así, para tener claro, en su mente, lo que es en resumen su trabajo y su vida.

«Todas las noches aquí y una libre. La que el viejo loco quiere...». Polish no necesita el sábado para nada. Tampoco necesitaría la vacación —lunes, miércoles o la que Jimmy elija—, porque sus horas están ya matemáticamente distribuidas, noche y día, y la noche libre no sabe en qué llenarla. No quiere dormir, porque si duerme, la mañana siguiente está vacía, inhospitalaria: la mañana lo rechaza. Y él sobra en la mañana porque, a esas horas, su puesto está en la cama, como de noche su puesto está en la Casa.

«No sé si algún día conseguiré que Nancy se acostumbre. Si me caso con Nancy, mejor dicho, si Nancy se casa conmigo, ¿qué haremos? Nancy tendrá que buscarse un

trabajo de noche también... Vamos, eso no, eso no estaría bien. Pero Nancy tendrá que lavar y coser y lo que sea posible hacer durante la noche en nuestra casa, para luego, cuando yo vaya por la mañana... Mi noche es la mañana si se mira bien...».

Y piensa que Nancy debe estar preparada por la mañana para empezar su noche de casada.

«No es sólo por lo que es —se dice Polish—, sino porque quiero que ella duerma conmigo; estoy deseando que ella duerma conmigo, sobre todo ahora, en el invierno, en el frío... Nancy tiene calor. La mañana durmiendo con Nancy, luego a comer a las dos y la tarde para estar juntos, en casa, yo mirando a Nancy mientras ella prepara la cena, y a las nueve yo que me vengo para acá y Nancy que sigue con sus trabajos de la casa. No quiero que Nancy siga en la panadería. Nancy tiene que estar en la casa conmigo y cuando yo no esté, también, porque de noche no hay trabajos fuera para una mujer casada...».

Los pensamientos de Polish, a primera hora de la noche, cuando la oficina de Kate es un lugar amable, de descanso y meditación, siguen rumbos optimistas, mientras el cigarrillo se consume lenta, concienzudamente.

A la una, cuando llega el frío y el sueño, la tentación del sueño, que es superior a la necesidad de sueño, Polish ve las cosas distintas y empieza a recordar al padre de Nancy.

«A lo mejor se muere pronto», piensa como única solución al obstáculo.

Lo piensa sin mala intención, con naturalidad, como un pequeño suceso que vendría a aclarar su horizonte sin perjudicar a nadie, como una cosa que, tarde o temprano, tiene que suceder, y que sería cómodo que sucediese pronto.

«Si se muere pronto, yo le digo a Nancy: “No esperamos más, ya gano bastante para lo que tú necesitarás, vente conmigo de una vez”».

Se casarían por la Iglesia, como la gente debe casarse.

«A dónde la gente debe ir aunque sólo sea para casarse».

El supuesto, la muerte del padre de Nancy, reanima a Polish. Las dos de la mañana. La taza de té, el cigarrillo, dentro de una hora la cena. A las cuatro, el sueño robado a la guardia, el cabeceo de amorosas ensoñaciones.

Pero todavía faltan horas para el sueño. Todavía estamos en las primeras horas de la noche, en el fluir de los proyectos de vida matrimonial, en el horario planeado para un futuro nebuloso, en la reflexión indiferente pero repetida monótona y machaconamente, una y otra vez.

«Para uno no es sábado, para uno es sábado cuando el loco Jimmy quiere».

## 5. El domingo

---

### MARY

—¿Qué escondes, Mary? —preguntó Verónica.

Mary ocultaba bajo la mesa un paquete pequeño. Lo colocó sobre sus rodillas juntas. Siguió comiendo.

—Nada, Verónica, me subía una media; ¿qué voy a esconder?

Verónica no insistió, pero al poco rato dio un codazo a Rachel. Rachel miró disimuladamente bajo la mesa. Guiñó el ojo a Verónica. No dijo nada.

Mary tomaba sus tostadas de mantequilla y mermelada, silenciosamente y embebida.

—Teresa, ¿a qué hora vais a tomar el té esta tarde? —preguntó Verónica.

Mary comió más deprisa. No quería que Teresa mirase hacia allí, que se fijase en ella y le hiciera coger, temerosa, el paquete que sostenía en su regazo, al borde para que no se viera. Verónica siguió:

—Vendré de fijo, a las once me escapo. Hoy quedo libre a las doce pero tendré que correr para ir a casa, comer con Tom y las niñas y estar aquí a las cuatro.

«¡Qué bien! Yo no tengo que ir y volver corriendo como Veric. Qué suerte tener hoy mi domingo de turno».

—Louise vendrá también a las cuatro, me dijo —seguía hablando Verónica—. Será muy divertido y lo pasaremos muy bien, Teresa. Claro que también será triste. Esta fiesta no debería ser una despedida, debería ser la bienvenida del año que viene...

Mary sujetó con una mano el paquetito, lo subió un poco. Había estado a punto de caérsele.

«Se va a aplastar», pensó.

—¿Otra tostada, Mary? —preguntó Rachel desde el otro extremo de la mesa—. Mary, ¿qué tienes ahí?

Mary enrojeció.

—No tengo nada. Dejádme en paz.

La barbilla se movía a ambos lados en un tic de disgusto. Rachel no insistió. Teresa se levantó en cuanto terminó. Mary se quedó sentada.

—Enseguida subo, Teresa, vete a limpiar las mesas, con la bayeta.

Verónica rió.

—¡Sube, Teresa, que Mary vendrá en cuanto acabe!

Mary cerró los ojillos de topo. Bebió el té y no contestó a Verónica.

«Ahora lo dejaré encima del armario de los abrigos. En el abrigo no, porque allá iría Verónica a mirar. Esperaré a que ella suba y lo colocaré sobre el armario».

—Mary, cuando termines lleva la tetera a la cocina, por favor —pidió Rachel.

Mary asintió. Verónica no se movía.

—Mary, ahora que estamos solas, ¿por qué no me dices lo que escondes en tu regazo?

Mary apretó las piernas, juntas, contra el borde de la mesa.

—Verónica, a ti no te importa. Es un secreto mío que no tiene importancia. No es nada que a ti te vaya a gustar.

Verónica se encogió de hombros. Tiró su colilla al cenicero y se levantó.

—Como quieras, mujer enigmática.

Cuando se quedó sola, Mary subió el paquetito a la mesa. Lo dejó al lado de su taza y lo protegió con una mano, cariñosamente.

«Lo tendré allí hasta después de comer. Entonces iré un momento al lavabo sin que se enteren y lo cogeré».

Mary se deslizó por el pasillo hacia el vestuario del servicio.

No había nadie. Se subió a una silla, extendió el brazo a lo alto del armario y depositó el paquetito sobre la tabla polvorienta.

«Se va a manchar el papel».

Se bajó de un salto. Dejó la silla en su sitio. La limpió con la mano.

«Si ve Verónica las pisadas, se entera de lo que he hecho. Verónica es muy lista...».

Luego Mary volvió al comedor de servicio, recogió la tetera y su taza y fue hacia la cocina.

## TERESA

—Mary, eres genial —afirmó Verónica.

Mary bajó la cabeza, sonrojada, avergonzada, con una conciencia culpable de estar siendo la heroína de la fiesta.

—No me digáis nada, dejadme en paz —repetía.

Los pañuelos estaban en la mano de Louise.

—Hilo fino, has tenido muy buen gusto, Mary.

La cucharilla estaba entre Rachel y Kate.

—La Torre de Londres. Estupendo recuerdo para ti, Teresa —dijo Kate.

Mary no se decidía ni a comer un pastel. Estaba frente a mí, nerviosa y feliz, moviendo la cabeza a los lados, evitando mirarme.

—Dime cómo fue. Yo no estaba aquí cuando lo contaste. Dímelo —pidió Louise.

Louise no se burlaba en aquel momento. Tampoco se burlaba Verónica. Todas estaban un poco admiradas y conmovidas y saeteaban a Mary con sus exclamaciones, cariñosas y amigas.

—Toda la mañana —intervino Verónica— Mary anduvo pensativa y misteriosa. No dejó que nos acercáramos a ella...

Louise la interrumpió:

—Perdona, querida Veric, prefiero que me lo cuente Teresa...

—Por la mañana no me enteré de nada —expliqué—, aunque vi que Verónica gastaba bromas a Mary. Mary y yo trabajamos en el salón, comimos juntas y después Mary me llamó aparte. «Teresa, ven a los lavabos un momento. Tengo que decirte una cosa...». Yo no adiviné para qué me necesitaba. Al llegar allí, Mary se subió a una silla ante mi asombro y cogió del armario un paquete pequeño... Los ojos de Mary parecían más grandes, más abiertos. Me lo tendió y me dijo: «Para ti, Teresa, un recuerdo de Mary». En el paquetito había dos pañuelos blancos, de hilo, bordados a máquina en colores chillones. Uno tenía el escudo de Londres, el otro, unas flores silvestres. También había, en el centro, entre los dos pañuelos, un paquetito duro. Lo desenvolví: era la cucharilla para medir el té, de metal dorado, con la Torre de Londres en el mango.

—Teresa —dijo Mary—, para que midas el té en España... Hemos tomado tantas tazas juntas... Los pañuelos para que los uses, porque son bonitos, y para que te acuerdes de Londres...

Mary esperaba que yo dijera algo, pero yo no sabía qué decir.

—¡Qué bonito es todo! ¿Por qué lo has hecho, Mary? Son preciosos.

Palabras absolutamente vacías, desprovistas del emocionado temblor de las manos de Mary, de la timidez y el sonrojo de Mary cuando todas la miran y hablan de su secreto.

—Mary, no sabes cuánto te lo agradezco.

Palabras pobres, vulgares, totalmente imperfectas y frías para poder contestar al temblor de las manos de Mary, a su misteriosa llamada hace un instante, a la subida al armario, ayudándose de la silla...

—Gracias, Mary.

Una palabra aproximada pero que puede servir a Mary para entenderme.

—... Gracias, Mary —le dije y nada más—. No hago más que mirar los pañuelos y la cucharilla, ¿verdad que son maravillosos?

Louise mueve la cabeza afirmativamente. Rachel dice:

—¿Y qué tal una taza de té?

Mary coge un pastel. La atención se ha desviado de ella y se siente otra vez segura de sí misma, capaz de comer. Verónica dice la última palabra:

—Con ese vino, chicas, brindaremos por Mary. Brindaremos por Teresa, pero

también por la buena idea de Mary...

Louise brinda.

—Por Mary, por Teresa y por todas nosotras...

Mary está tranquila. Todo ha pasado. Sus ojillos de topo buscan sobre la mesa alguna cosa.

—¿Qué buscas, Mary?

—Nada, Teresa, buscaba el papel. Envuélvelos, no los dejes por aquí porque éstas, con el vino y el té, los van a manchar.

## 6. Una carta

---

### TERESA

... estaré unos días en París. Dos o tres, pero no puedo decir exactamente cuántos porque depende de lo que duren los francos que tengo. Me he despedido de las chicas esta tarde. Fue una fiesta alegre y divertida. Bebimos una botella de vino español. Verónica estaba entusiasmada. No ha bebido vino muchas veces en su vida. Yo le he dicho: «Vete a España, Verónica, y allí sabrás lo que es beber a gusto». Me preguntó: «¿Cuánto cuesta allí una botella de vino?». Se quedó asombrada al saberlo y prometió convencer a Tom para emigrar lo antes posible. Luego se quedó callada, como triste, y dijo: «No importa, es un proyecto, después de todo, y en ningún caso lo habiéramos podido hacer». Louise es más sensata y opina que ella, en España, no haría nada, no trabajaría y se limitaría a tomar el sol y a beber vasitos. Yo le dije: «Eso hacen muchos y viven felices». Pero ella no parecía convencida. Mary... De Mary ya os contaré con detalle.

Rachel bebió más té que vino. Kate estaba entristecida, era la más apagada aunque también es verdad que Kate es triste por naturaleza o a causa de sus circunstancias, y además, Kate es mi amiga. Las otras son sólo unas buenas, inmejorables, compañeras de trabajo.

Tendremos tiempo de hablar de estas cosas. No pueden decirse por carta. Tampoco pueden contarse en un día. Se recuerdan en distintos momentos. Creo que os hablaré mucho, con frecuencia, de estos meses que dejo enterrados en la Casa. La Casa me perseguirá como un libro que se recuerda siempre, mucho tiempo después de haberlo leído, cuyas frases vienen a nuestros labios sin nosotros saberlo.

No he trabajado mucho en el laboratorio y creedme que lo siento.

Sé que en este año, en cuanto vuelva, debo decidir lo que voy a hacer. No puedo, ahí, buscarme un nuevo empleo de camarera, ayudante de cocina, etcétera, que es de lo que tanto he aprendido aquí.

Os llevo pocas cosas. No tuve dinero para comprar lo que hubiera querido, pero os contaré, cuando os vea, lo que os habría regalado en caso de haber podido. Eso quizás os consuele.

Hace tiempo que no os escribo porque quería decir la fecha exacta de la vuelta. El invierno se me ha echado encima sin sentir. No puedo imaginarme que este otoño frío será en Madrid sol y manga corta todavía.

No sé qué más puedo decir. No se me ocurre nada en las cartas. Mejor es que me preguntéis y yo os conteste o si no, que esperéis a que las cosas vayan saliendo por sí solas, a borbotones, cuando menos se espera.

Tengo que seguir haciendo el equipaje. Mañana salgo temprano.

Tengo muchas ganas de veros a todos. Telegrafiaré desde París o desde Irún, mejor desde Irún.

Un abrazo muy fuerte. Hasta pronto,

Teresa

## 7. La despedida

---

### MISS DUDLEY

—Bien, Teresa, buen viaje. Ha sido una suerte para nosotros poder contar con su ayuda este verano. Esperemos que también usted haya estado contenta con nosotros...

*Miss Dudley* tiende la mano a Teresa y sonríe —«la vendida sonrisa de *Miss Dudley*», dice la directora—. Luego pregunta:

—¿Ha visto usted a *Miss Lancaster*? Está en su despacho, sí.

Teresa ha salido de la habitación. *Miss Dudley* permanece unos momentos inactiva, pensando.

«... a España. La gente de esta casa va y viene a través del mundo con una naturalidad asombrosa. España está cerca, Europa está cerca, el continente... Betty, cuando aquella locura del alemán, me ha confesado que estaba dispuesta a ir a Alemania con él si él se lo pedía... Una locura... Moverse de esta isla es una locura...».

*Miss Dudley* imaginó por un instante lo que sería lanzarse a una aventura de países, idiomas, carreteras... Lo que sería no encontrar, al levantarse, la seguridad de los muebles, las caras, las palabras conocidas. Sintió que la inmovilidad de su vida, la firmeza de su silla de trabajo, sujeta al suelo por una fuerza ciega y superior, la protegían de un gran peligro, de una amenaza.

«Qué locura, cómo Betty pudo pensar, a su edad... Yo creo que ni a los veinte años se me hubiera ocurrido la idea de marchar, menos ahora... La guerra fue distinto, la guerra nos llevó a todos de un lado a otro, lo mismo a los que quedaron que a los que nos fuimos. La guerra llevó a la isla en el aire, la agitó de un extremo a otro de la tierra...».

Lucila Dudley recuerda el barco como algo confusamente vivo que las olas y las órdenes movían con rumbos ignorados, que el mismo Dios, amigo de los británicos, movía. El contacto breve con un trozo de tierra extraña dejaba a Lucila la impresión de un accidente desagradable: como si al barco se hubiese adherido una partícula gigante de un material innoble. Como si en el mundo conocido del barco se hubiera querido cobijar un mundo desconocido y, seguramente, inferior.

«Era como si este despacho, este trozo de jardín que veo desde la ventana y el cielo y el río hubiesen chocado de pronto con un planeta hostil», recordaba *Miss Dudley*.

«... sin embargo, seguimos permitiendo la entrada de pequeños planetas intrusos

y en esta casa... Indigna pensar que esta casa tenga que aceptar gentes tan lejanas, tan diferentes entre sí, tan diferentes de nosotros. A veces me pregunto si no es una traición a las piedras del salón, al espíritu de *Sir Charles*, a todo... Me pregunto si no acabarán influyéndonos ellas a nosotros en lugar de influirles nosotros a ellas...».

*Miss Dudley* rechazó las divagaciones, se reprochó mentalmente su innecesario alto en el trabajo. Se ajustó las gafas, el aro dorado de las gafas en la nariz. Cogió, distraída aún, el primer papel que tenía a su alcance. Al levantarlo quedó al descubierto una carta. *Miss Dudley* tuvo un ligero sobresalto al verla.

«Me he olvidado de entregar esta carta...».

Pulsó el timbre.

—*Louise*, por favor, entregue esta carta a *Teresa*. Me la dio *Kate* esta mañana al salir. Llegó en aquel momento y yo he olvidado...

El pequeño incidente había estimulado la capacidad de trabajo, momentáneamente inhibida, de la secretaria de la Casa.

«Ya es hora de seguir...», se dijo *Miss Dudley*.

Por espacio de un segundo cerró los ojos. Cuando los abrió, los recuerdos y reflexiones inhibidores habían desaparecido. Sólo quedaba una vaga, oscurísima sensación parecida al deseo de rozar el césped, empapándose de su olor y su humedad, parecida también al minuto de contemplación ante la ventana del segundo piso, abierta sobre el río... *Miss Dudley* miró los muebles, los ficheros, las facturas. Respiró el blando aire del despacho y sintió algo muy parecido a la felicidad.

## DELIA SOTO

Calais, Ville Blanche, 17 de septiembre

Querida *Teresa*:

No sé si estás en Londres. Temo que esta carta llegue tarde, pero la recibirás al fin, en Londres o en Madrid.

*Delia* murió hace dos días. Me asombro de escribirlo por primera vez, con tanta facilidad.

Estuve con ella una semana, la última semana. El doctor me habló claro desde el principio, pero *Delia* creyó hasta el fin que mejoraba.

No sé qué haré, pero creo que volveré a Londres cuando pueda dejar resueltas las cosas de *Delia*. Espero noticias de su familia. Cablegrafíé ayer.

Buena suerte, *Teresa*, hasta siempre.

Romualdo

## LOUISE

—Buena suerte, Teresa. Escribe. Vuelve alguna vez. Adiós, querida.

Louise entró deprisa en la Casa. Fue al salón y entró en el *office*. Se sentó en el taburete y sacó un pañuelo del bolsillo del delantal.

—¿Seré tonta? Estoy hecha una vieja. Por cualquier cosa me dan ganas de llorar... Teresa es buena chica, estupenda chica, pero no es como para llorar... Teresa va a ver a su gente, está contenta de marcharse... Dentro de unos días estará en su casa...

—Rachel, ¿te gustaría viajar? Ir a Francia y a España, ir a España a visitar a Teresa, ¿te gustaría?

Rachel preparaba una taza de té para *Mister Brown*.

—Me gustaría, Louise, pero estoy vieja para pensar en eso. Claro que me gustaría. Bobby dice que cuando ahorre me llevará a alguna parte y yo le digo: «Sí, Bobby, a Brighton para el fin de semana».

Louise se sentó en la mesa, cerca de Rachel. Dijo:

—Charlie también habla de viajar. Dice que antes de morirse quiere ver mundo. Ya sabes que Charlie vio bastantes tierras en la otra guerra, pero dice que quiere verlas conmigo, para que me dé cuenta de que no todo es Inglaterra y que en otros sitios las cosas van de otra manera, mejor o peor que aquí, según se mire...

«En la primavera si hay dinero... Charlie puede pedir las vacaciones en la primavera y yo desde luego no esperaré al verano como este año para que luego venga *Miss Lancaster* diciendo que hay fiestas en la Casa y poco servicio... En el verano ya estaré de vuelta... ¿Adónde iremos? ¿Será caro ir a España? ¿A Francia...?».

—Teresa pasa por París para ir a España, Rachel. París es un buen sitio para ir de vacaciones el año que viene. Estoy pensando que a Charlie...

«Hoy mismo, cuando vaya, le diré: “Charlie, Teresa se ha marchado a España y me han entrado ganas de viajar. Vete pensando en tener dinero para la primavera porque París nos espera”...».

—Rachel, qué bueno debe de ser viajar...

## TERESA

Kate se ha marchado a su casa esta mañana. El lunes es su día libre. En la puerta de la Casa me despide Louise. Me ha dado una carta de Francia, con remite de Romualdo, debe de ser de Delia. La he guardado en el bolso para leerla en el tren. Louise me ha dicho: «Buena suerte, Teresa». En la calle espera el taxi. Antes, Louise me ha ayudado a llevar las maletas. Iré sola a la estación. Prefiero ir sola a la estación. No me gustan las despedidas de andén. La gabardina al brazo, el bolso... Empiezo a

andar.

El jardín tiene un paseo largo. A derecha e izquierda el césped mojado, intensamente verde. A mis espaldas queda la Casa, gris, maciza, endurecida por el humo y las lluvias.



JOSEFINA R. ALDECOA. Josefa Rodríguez Álvarez (La Robla, León, 8 de marzo de 1926 – Mazcuerras, Cantabria, 16 de marzo de 2011), conocida como Josefina Aldecoa, fue una escritora y pedagoga española, directora del Colegio Estilo. Estuvo casada con el escritor Ignacio Aldecoa, de quien adoptó tras su muerte su apellido para su carrera literaria.

De familia de maestros (su madre y su abuela eran maestras que participaban de la ideología de la Institución Libre de Enseñanza, institución que nació a finales del siglo XIX con idea de renovar la educación en España), vivió en León, donde formó parte de un grupo literario que produjo la revista de poesía *España*. Se traslada a Madrid en 1944, donde estudió Filosofía y Letras y se doctoró en Pedagogía por la Universidad de Madrid sobre la relación infantil con el arte, tesis que luego publicaría con el título *El arte del niño* (1960). Durante sus años de estudio en la facultad entró en contacto con parte de un grupo de escritores que luego iban a formar parte de la *Generación del 50*: Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos e Ignacio Aldecoa, con quien se casó en 1952 y del que tomó su apellido —pero sólo después de su enviudamiento en 1969, dejando la R. de Rodríguez (Josefina R. Aldecoa)— y con el que ha tenido una hija.

Tradujo para Revista Española, dirigida por Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio y Alfonso Sastre, el primer cuento publicado en España de Truman Capote.

En 1959 fundó en Madrid el Colegio Estilo, la que fue para ella su gran obra, situado

en la zona de El Viso, Madrid, inspirándose en las ideas vertidas en su tesis de pedagogía, en los colegios que había visto en Inglaterra y Estados Unidos y en las ideas educativas del Krausismo, base ideológica de la Institución Libre de Enseñanza: «Quería algo muy humanista, dando mucha importancia a la literatura, las letras, el arte; un colegio que fuera muy refinado culturalmente, muy libre y que no se hablara de religión, cosas que entonces eran impensables en la mayor parte de los centros del país».

En 1961 publicó la colección de cuentos *A ninguna parte*. En *Los niños de la guerra* (1983) hizo una crónica de su generación ilustrada por semblanzas, biografías y comentarios literarios sobre diez narradores surgidos en los años 50. En 1969 murió su marido y permaneció 10 años en los que abandonó la escritura dedicándose a la docencia, hasta que en 1981 publicó una edición crítica de una selección de cuentos de Ignacio Aldecoa. Continuó su actividad literaria con novelas como *Los niños de la guerra* (1983), *La enredadera* (1984), *Porque éramos jóvenes* (1986) o *El vergel* (1988). En 1990 inició una trilogía de contenido autobiográfico con la novela *Historia de una maestra* (1990), *Mujeres de negro* (1994) y *La fuerza del destino* (1997), parcialmente en respuesta al discurso político durante los años posteriores a la dictadura acerca de cómo reconstruir el sistema educativo, al que no consideraba lo suficientemente laico.

En 1998 escribió el ensayo *Confesiones de una abuela*, en el que abordaba la relación y experiencias vividas con su nieto. En 2000 publicó *Fiebre*, una antología de cuentos escritos entre 1950 y 1990, y en 2002 *El enigma*, novela de temática amorosa.

En 2003 obtuvo el Premio Castilla y León de las Letras.

En 2005 publicó *La casa gris*, una obra que escribió cuando tenía 24 años en la que narra, en forma de novela protagonizada por Teresa, su vida en Londres reflejando la diferencia de España y Europa en los años 50.

En 2008 publicó *Hermanas*, su última novela.

Falleció el 16 de marzo de 2011 en Mazcuerras, Cantabria, a causa de una insuficiencia respiratoria.